ALBERTO BLEST GANA



RAUL SILVA CASTRO

ZIG-ZAG

ALBERTO BLEST GANA

COLECCION BIOGRAFIAS

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
SANTIAGO DE CHILE, 1955.

RAUL SILVA CASTRO

ALBERTO BLEST GANA

1830-1920

(SEGUNDA EDICION, REFUNDIDA)



ZIG-ZAG

Prologo de la Segunda Edicion

La Universidad de Chile abrió concurso público en 1937 para premiar una biografía de don Alberto Blest Gana que contuviera también un estudio de sus obras literarias. El libro de que se hace ahora segunda edición fué presentado a ese certamen y obtuvo premio por recomendación del informe que sobre él emitió la comisión designada especialmente por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación. La primera publicación de esta obra fué ordenada también por la Universidad de Chile, en un abultado volumen, en 1941.

Con esto queda dicho que la edición que tiene ahora el lector en sus manos ha sido reducida y simplificada; más aún: ha sido refundida, para dar a la redacción el nuevo estilo que le corresponde por haberse suprimido en su mayor parte los documentos anexos y complementarios que se incluyeron en la anterior para justificar los asertos del autor en todas aquellas materias que se tocaban por primera vez o que se presentaban en forma diferente a la tradicional. Las reducciones pretenden, todas, en conjunto, aligerar la lectura; el material suprimido puede, sin embargo, ser consultado en la primera edición, que se halla por cierto en todas las bibliotecas públicas.

Para la comodidad del estudio, se ha dividido en este libro el relato de la vida de Blest Gana de la consideración detenida

de sus obras, dispuestas estas últimas en orden cronológico tan estricto como es posible establecer al través de las fechas de las primeras ediciones. Al relato precede un esbozo biográfico del doctor Blest, padre de nuestro héroe.

Cuando se redactó este libro por primera vez, el culto de Blest Gana era reducido; desde entonces se ha ido ampliando en términos realmente notables. Todos los títulos que componen su vasta bibliografía se han reeditado desde entonces, lo que acredita la existencia de un público fielmente dispuesto a participar en la creación novelesca que lleva su nombre. Se apreciará mejor el cambio sufrido si se recuerda que de algunas de sus novelas (DURANTE LA RECONQUISTA, LOS TRASPLANTADOS, EL LOCO ESTERO...) no circularon en Chile, por muchos años, sino las ediciones ordenadas por el autor en París. Hoy el lector dispone de tiradas chilenas. El cambio indica que el contenido emocional de los libros de Blest Gana afecta al público de su patria en grado sin duda creciente, y ello se debe atribuir principalmente a la sinceridad de los recursos de que echó mano el novelista al escribir sus obras.

En la primera edición de este libro esforzóse el autor en poner de relieve concertadamente, al correr de la cronología biográfica, el titánico esfuerzo que realizó Blest Gana como representante de Chile en Europa para contribuir a la defensa de su patria en la Guerra del Pacífico. Idéntica atención se presta en esta nueva edición a ese aspecto de la carrera de nuestro héroe, la cual deja una huella profunda en la historia de la diplomacia nacional. Siendo la tarea diplomática un arte en que los precedentes adquieren más peso que las doctrinas, no será tal vez inútil señalar, como aquí se hace, lo que ejecutó Blest Gana como Ministro de Chile en Londres y en París y como plenipotenciario especial ante la Santa Sede, entre muchos otros encargos menores que también se le confiaron, para cimentar las bases de una tradición común y uniforme de la diplomacia chilena.

EL AUTOR

CAPITULO PRELIMINAR

EL DOCTOR BLEST

EL 21 de marzo de 1821 la Academia Jacobo IV de la Universidad de Edimburgo recibía solemnemente, con el esplendor medieval que conservan sus aulas, a un joven rubio, de aventajada estatura, de porte distinguido, nariz aguileña y ojos claros, a quien el decano saludó en latín y nombró Guillermo Cunningham Blest. Aunque la Universidad que le concedía el título de doctor en Medicina funciona en la capital de Escocia, el nuevo facultativo procedía de una familia irlandesa y había nacido en Sligo, del matrimonio de Alberto Blest y de Ana María Mayben. Antes de estudiar en la Universidad de Edimburgo frecuentó las aulas del Trinity College de Dublin, donde obtuvo la licencia en Medicina y práctica obstétrica. Después de tales estudios el nuevo profesional debió trasladarse a Londres, donde fué recibido por la Compañía de Cirujanos-Boticarios como un nuevo cofrade.

Ya en esos años había tenido el doctor Blest noticias de un hermano mayor suyo de nombre Andrés, a quien una empresa mercantil había arrojado a las playas de Chile (consta que residía en Santiago ya en abril de 1817). Por él sabía que en esta tierra nueva era Director Supremo un ciudadano hijo de irlandés y de chilena, que acogía con cordial benevolencia a todo individuo de lengua inglesa, si procuraba introducir a Chile cien-

cias y artes útiles a la nacionalidad naciente. Otro hermano suyo, el doctor Juan Blest, vivía también en América, y después de haber residido algunos años en Chile salía al Perú y a Bolivia a conocer nuevos horizontes. Tan notables noticias animaron al joven facultativo, que veía en Londres a demasiados médicos ya instalados, para salir también de sus islas en busca de una nueva patria. A fines de 1823 o a principios de 1824 el doctor Guillermo C. Blest estaba en Chile y se aprestaba a conquistar sitio en una nación desconocida. Por desgracia, en enero de 1823 el Director O'Higgins había debido resignar su cargo; pero esta sorpresa no podía ser óbice a las intenciones del joven médico desde que en Chile se mantenía la política de acoger a los extranjeros. Para emprender la batalla contaba elementos sobrados: por la tesis de doctor que presentó en 1821, sobre la amenorrea, y por la práctica en obstetricia, podía aspirar a ser un eficaz auxiliar en partos difíciles y en todas las enfermedades femeninas que demandan la intervención del cirujano. Chile carecía de profesionales competentes en el número necesario para atender las necesidades de la población, y no era difícil advertir que muchos no habrían podido resistir un examen, siquiera ligero, de sus conocimientos generales y profesionales. Hacía notable excepción a esta ignorancia el doctor Nataniel Miers Cox, que desde 1814 escogió a Santiago como lugar de su residencia y a Chile como su segunda patria. Una cordial amistad unió luego a los dos médicos, y más adelante juntos figuraron en la enseñanza de la Medicina y en la fiscalización profesional.

El doctor Blest se instala en Chile

A su ingreso en Chile el doctor Blest encontró en funciones un Tribunal de Protomedicato que presidía el doctor Eusebio Oliva, hombre de edad ya madura y cuyos estudios se habían hecho sólo en Chile. Médico desde 1794, no tenía de su ciencia y profesión otras noticias que las muy cortas que habían podi-

do proporcionarle sus maestros de la Universidad de San Felipe, sometidos a lugareño empirismo. El Tribunal funcionó, presidido por Oliva, desde 1819 hasta 1826, año en que, para separarlo, fué fundada la Sociedad Médica, de corta vida. Las relaciones entre Oliva y Blest deben de haber sido poco gratas a juzgar por los resultados que tuvo en Chile la presencia del segundo. Consta que en 1823 el doctor Cox hizo campaña contra el Protomedicato, lo que era hacerla contra Oliva mismo; pero no consiguió que la organización que había dado el Gobierno al cuerpo médico fuese alterada.

En 1826, es decir, a los dos años o poco más de su llegada a Chile, el doctor Blest dió a luz un informe titulado *Observaciones sobre el estado de la Medicina en Chile*, que debe haber producido impresión rayana en el escándalo entre sus colegas. El recién llegado denunciaba en las 18 páginas de su opúsculo no sólo el mal estado sanitario de Chile, sino que enrostraba al cuerpo médico la carencia de conocimientos, que era fruto, naturalmente, de una atrasada enseñanza de la medicina. Podía atemperar el rigor de la censura aquella parte en que el autor decía que tan deplorable como la situación de Chile en punto a medicina era la de otras naciones americanas; pero su crítica era severísima cuando hablaba de "la falta de una educación liberal en los individuos que son admitidos como miembros de la profesión médica, entre los que se hallan algunos hasta sin la menor cultura superficial". La influencia de este estudio, que contiene además otros temas de interés (1), sobre la Medicina chilena, fué casi inmediata: el decreto supremo de 6 de abril de 1827 creó, en reemplazo de la Sociedad Médica, una Inspección General de Medicina, cuyo cargo más eminente, el de inspector, fué confiado al doctor Blest. Es verdad que en la misma Inspección, Freire y su ministro Gandarillas designaron como subinspector al doctor Oliva; pero tal acomodo duró

(1) El doctor Blest llamó la atención a que enfermedades caracterizadas por los médicos europeos se presentan en Chile con rasgos diferenciales, lo que era causa de frecuentes tropiezos en la práctica.

muy poco, porque el mismo año, el 26 de noviembre, restablecida por segunda vez la Sociedad Médica, ya Blest aparece como presidente de ella, hasta que el 27 de abril de 1830 el Vicepresidente de la República Ovalle y el Ministro Portales restablecen el Protomedicato, con Blest y Cox a la cabeza, el primero como presidente del Tribunal y profesor de Medicina, y el segundo como profesor de Cirugía. El doctor Oliva quedaba completamente eliminado.

Desde entonces, y hasta 1836, el doctor Blest fué el supremo árbitro del ejercicio de la Medicina en Chile, organizando de nuevo la enseñanza, aceptando después de exámenes a quienes querían validar títulos extranjeros y autorizando a matronas y boticarios para el ejercicio profesional. Pero su acción fué todavía más intensa y extensa, como se verá por los siguientes detalles. En 1831, como muriese el Vicepresidente Ovalle, su cadáver fué sometido a autopsia para determinar las causas de la muerte: el doctor Blest, en compañía de su colega Bouston, fué encargado de tan delicada diligencia. El 7 de abril de 1832 el Gobierno creó la Junta Central de Beneficencia, en un intento de organizar la asistencia hospitalaria con normas generales a todos los establecimientos del país, y en la primera nómina de los miembros de esa Junta el único médico que aparece es el doctor Blest, al lado del general Blanco Encalada, presidente, pariente suyo desde el matrimonio que el facultativo irlandés había contraído en 1827. Imparte instrucciones profesionales y organiza servicios nuevos. Don Enrique Tocornal, hablando en la Cámara de Diputados el 13 de agosto de 1880, decía: "Desde el año 1832, en que se estableció la oficina de vacuna, no se ha dictado una instrucción distinta; en aquella época dictó las instrucciones el señor protomédico don Guillermo Blest, y desde entonces la Facultad no ha introducido en ellas modificación alguna". La Junta de Beneficencia elaboró un reglamento que publicó en *El Araucano* de 23 de abril de 1832, en el cual también aparecen las comisiones en que aquélla se dividió con el objeto de atender mejor a sus trabajos.

Allí figura el doctor Blest en las comisiones de hospitales y panteones y de policía, salubridad, comodidad y aseo. Por todo lo cual puede verse que fué el doctor Blest uno de los fundadores de la Beneficencia Pública de Chile y el primer técnico que contó la institución para iniciar sus irreemplazables funciones.

Claro está que en posición tan destacada el doctor Blest era un blanco propicio para censuras tan acres por lo menos como las que él mismo dirigió a sus colegas al llegar a Chile. En 1829 había tenido una polémica con José Passaman acerca del empleo del *Secale cornutum* en los partos; Passaman llegó en seguida en su campaña hasta publicar, al año siguiente, un periódico, *El Criticón Médico,* buena parte de cuyas columnas se emplean en desacreditar a Blest por los ya conocidos cargos de capricho y favoritismo en las autorizaciones para el ejercicio de la Medicina. Anteriormente un señor González, con las iniciales J. A. G., había publicado un *Remitido* en *El Monitor Imparcial,* N.° 7, de 22 de setiembre de 1827, con rudos ataques al protomédico, que había entorpecido su instalación en calidad de boticario. Hubo además un doctor Dow, de lengua inglesa, que trató en vano de establecerse en Chile; un francés, Jean-Louis Boché o Bauché, a quien el doctor Blest, lo mismo que a Dow, no permitió ejercer la profesión, y un doctor Indelicato que había refutado a Blest en 1834 en un opúsculo acerca del clima de Santiago y a propósito de una publicación de aquél que más adelante mencionaremos.

El 22 de abril de 1836 publicaba *El Araucano* un *Remitido* suscrito por el doctor Blest, que no era otra cosa que réplica al artículo titulado *Patología Interna* que con la firma del doctor J. N. Casanova se había podido leer en el mismo periódico, algunos días antes. Fué éste el origen de una polémica de consecuencias gravísimas para la carrera del doctor Blest. Casanova respondió a su contradictor con otro artículo publicado el día 13 de mayo, y como en él se deslizaran algunas apreciaciones fuertes sobre el Protomedicato, el doctor Blest, que lo presidía, no sólo replicó en la edición del 20 de mayo, sino que

acudió a la justicia para que declarara injurioso el escrito. El fragmento acusado en el artículo de Casanova era aquel en que éste, al explicar por qué no había pedido al Protomedicato autorización para practicar la Medicina, decía que había tenido dos razones: "1.ª porque no necesito ejercer para vivir, y 2.ª por no exponerme a sufrir los desaires que otros han sufrido en razón del monopolio con que ha oprimido el Protomedicato a la Facultad, privando a esta capital de facultativos capaces como los que lo componen". El doctor Blest se hizo cargo especialmente de esta acusación en su respuesta, y dijo que "el protomédico, en todo el tiempo que ha tenido el honor de desempeñar este cargo, siempre justo y resuelto a no entregar las vidas de los chilenos a los charlatanes y aventureros, que a menudo vienen con pesetas o sin ellas, ha rechazado, y rechazará mientras exista, a todos los que no manifiesten en sus exámenes los conocimientos necesarios para el ejercicio de su profesión". En abono de sus palabras, daba a continuación una lista de los profesionales autorizados para ejercer en Chile, previo examen, y decía que sólo a cuatro, cuyos nombres se reservaba por motivos muy comprensibles, se había negado autorización, debido a la insuficiencia de sus pruebas. En el jurado de imprenta que juzgó su artículo, el doctor Casanova fué condenado a pagar una multa de $ 200, porque se le declaró injurioso "en primer grado" (*El Araucano*, 3 de junio de 1836).

El 10 del mismo mes y año aparecía en el periódico oficial un régimen curativo para la gente del campo, elaborado por el Protomedicato a petición del Gobierno, con la firma del protomédico Blest. En el mismo número aparece la noticia de haber sido aceptada la renuncia de Blest y de que en su reemplazo se ha nombrado interinamente al doctor Cox. Es difícil no establecer alguna relación entre la polémica de Casanova y la renuncia de Blest, por más que en aquélla la justicia sentenciara en favor del Protomedicato. No puede dudarse de la simpatía con que el omnipotente Portales trató al doctor Blest, ya que fué él quien le nombró y acaso también él quien le mantuvo

hasta 1836 en las difíciles funciones de presidente del Protomedicato (2). Sin embargo, fué Portales quien le puso en la precisión de renunciar. En 25 de enero de 1836, es decir, poco antes de la incidencia que hemos narrado, el Ministro Portales había expedido un decreto que reconvenía a Blest porque, como allí se dice, "se extraña que el presidente del Protomedicato haya faltado a sus deberes, ya manifestándose omiso en la visita de las boticas públicas, ya concediendo permiso para que permaneciese abierta alguna de ellas sin un profesor examinado que la administre, como está dispuesto por las leyes". Y finalizaba diciendo:

El Gobierno espera, por lo tanto, que el doctor Blest, observando en lo sucesivo una conducta más circunspecta, no dará lugar a nuevas quejas que escandalizan al público y distraen al Gobierno de sus presentes atenciones.

Ante reto tan explícito, el doctor Blest no demoró en presentar la renuncia del cargo de presidente del Tribunal del Protomedicato, la que el Gobierno aceptó por decreto de 6 de junio de 1836, en el cual se nombra en su reemplazo, con carácter provisional, al doctor Cox, como hemos dicho.

De este modo terminó la notable situación que en 1830 se había dado al doctor Blest como árbitro del ejercicio de la Medicina en Chile (3). Si es difícil, a más de un siglo de distancia, juzgar cuál fué el verdadero sentido que infundió a su misión el doctor Blest, lo que no puede ponerse en duda es que adquirió como profesional una nombradía y una respetabilidad grandes. Puede vérsele atacado, y hasta con virulencia, pero él guarda siempre una actitud digna y no desciende a contestar sino a las observaciones netamente científicas. Hay además otros

(2) Véase *El Loco Estero*, p. 35, donde el doctor Blest habla de Portales.

(3) El doctor Blest, como presidente del Protomedicato, informó favorablemente, el 2 de abril de 1834, la fundación de la villa de Linderos, en el valle del Maipo. (*Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, t. XXIII, p. 94-5.)

indicios para pronunciar en general, y sin temor alguno, la certidumbre de que Blest fué en Chile oído y respetado. Vamos estudiar ligeramente el más importante de todos ellos.

Fundación de la Escuela de Medicina

Hemos dicho ya que el doctor Blest a poco de establecerse en Chile había publicado unas *Observaciones sobre el estado de la Medicina en Chile,* en las cuales planteó el problema de la organización de una enseñanza más moderna y científica que la que hasta entonces tenía ese ramo entre nosotros. Pues bien: en 1828 dió a luz un trabajo no menos famoso, el *Ensayo sobre las causas más comunes de las enfermedades que se padecen en Chile,* que en número de cincuenta ejemplares envió al Congreso Nacional, quien lo puso a disposición de sus miembros. Esta obra contiene tantas observaciones curiosas sobre la higiene general de la sociedad chilena en sus diferentes clases, que es una valiosa fuente de consulta para el historiador de las costumbres. En 1830, en fin, presentó al Gobierno un informe sobre la vacuna y su empleo para la preservación de la viruela, que don Diego Portales mandó publicar a fin de que fuese ampliamente conocido (4).

De estos estudios se desprende que era hacia 1830 el doctor Blest uno de los más eminentes miembros del cuerpo médico de Santiago, si acaso no el más eminente de todos. En la vida privada, además, había emprendido el doctor Blest una viva campaña en pro de una reforma de la enseñanza médica, porque no le parecía normal que Chile careciera de buenos profesionales de su propio suelo en el número preciso para las necesidades de la población. Los alumnos de los cursos de Medicina de la Universidad de San Felipe siempre habían sido muy pocos, y a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX habían disminuído todavía

(4) Fué publicado en *La Opinión,* núm. 6, correspondiente al 17 de junio de 1830.

más. Uno de los más eminentes profesores universitarios decía en 1808:

> En este fértil reino hay escogidos talentos y superiores ingenios que con el cultivo y aplicación pueden hacer notables progresos en la Medicina y demás Facultades; la lástima es que por una preocupación perjudicial juzgan los chilenos por indecoroso el estudio de una Facultad tan noble.

El doctor Blest formuló por escrito la idea de que era tan decente y adecuado a una sociedad respetable el ejercicio de la Medicina como el de cualquier otra profesión, y a su incesante prédica se debe el que desde 1833 la carrera médica fuese tenida por tan liberal como la de abogado. Y en ese estado de ánimo vemos inspirado al Gobierno, y dentro de él especialmente al Presidente de la República, general don Joaquín Prieto, y a su Ministro don Joaquín Tocornal, cuando autorizan la erección de una Escuela de Medicina independiente de la Universidad de San Felipe y organizada conforme lo que para ella pide el doctor Blest. El 17 de abril de 1833 se da el paso trascendental, y la Escuela de Medicina queda instalada definitivamente. Desde el punto de vista de la disciplina escolar y del presupuesto, depende del Instituto Nacional, cuya Junta de Estudios consultó previamente a Blest acerca de los detalles de organización; y en lo que toca al acomodo material e instalación, se le ofrecen salas del Hospital de San Juan de Dios para que en ellas se den las lecciones y se proporcione la práctica. La inauguración solemne tuvo efecto en la capilla del Instituto Nacional, y allí el doctor Blest conoció una de las grandes emociones de su larga vida al dar lectura a un discurso que era su programa y su declaración de fe. Comenzó por hacer notar que había sido "constante y ardiente deseo" suyo ayudar a que se diera "importancia y respeto a la profesión", y agradeció al Gobierno que le "ha proporcionado los medios de llenar mis anhelos y de que mi nombre se encuentre en su futura historia". Luego hizo hincapié en la trascendencia de los estudios de la Anatomía y de la Fisiología, "dos

ramas que debemos mirar como la base principal, como los órganos vitales, como el alfa y el omega de la ciencia médica":

Estos dos ramos son para el profesorado (lo mismo que para el estudiante) como el microscopio para el naturalista, como la brújula para el marino, porque sin ellos jamás se puede apreciar en su debido grado el intrincado y hermoso mecanismo de nuestro cuerpo.

Luego hizo un resumen de lo que hoy se llama Deontología médica, refiriéndose directamente a los que iban a ser sus alumnos, los fundadores de la carrera médica chilena, en esta nueva etapa de su desarrollo, entre los cuales estaba el joven Francisco Javier Tocornal, hijo del Ministro, que quiso oponerse con un miembro de su propia familia a la preocupación que hasta entonces alejaba de la Medicina a la gente más distinguida de la sociedad chilena.

Dentro del año 1833 quedó fundado también en el Hospital de San Juan de Dios un Instituto de Anatomía, que fué el primero establecido en Chile, con lo cual se cumplía el programa de Blest para la organización de la Escuela. El mismo Blest fué, naturalmente, el jefe de los estudios, y además tomó a su cargo la cátedra llamada de Medicina, con una renta anual de $ 800.—; el doctor Cox fué profesor de Cirugía, con $ 500.— de sueldo; el doctor Pedro Morán, chileno, desempeñó la cátedra de Anatomía, y la de Química y Farmacia fué confiada al chileno don José Vicente Bustillos. Más tarde se incorporaron a este grupo dos franceses, los doctores Lorenzo Sazie y Francisco Julio Lafargue, quien reemplazó a Morán, que a poco andar había fallecido.

Estos pañales toscos tuvo la enseñanza de la Medicina en Chile; pero eran ellos los únicos que en 1833 podían dársele, y es para el doctor Blest un honor insigne haber conseguido la fundación de la Escuela antes de enterar diez años de permanencia en Chile, y cuando ya había sufrido varias veces el asalto de la incomprensión y de la calumnia. En 1838, el fundador presentó al Gobierno la renuncia de su empleo de profesor, al parecer porque consideraba insuficiente la renta; pero volvió a desempe-

ñarlo y en él permaneció hasta que en 1853 se retiró definitivamente para dedicarse sólo a la atención de su clientela personal. No pocas veces, sin embargo, el Gobierno requirió los servicios del Dr. Blest para encargos propios de su especialidad, como cuando, en 1846, se le nombró en comisión, junto a Crosnier y a Domeyko, para informar acerca de la potabilidad de las aguas de Ramón, Mapocho, Maipo y otras de Santiago.

Matrimonio. Naturalización

A comienzos del siglo XIX la familia Gana y López era una de las más prominentes de la sociedad santiaguina, tanto por los servicios que algunos de sus miembros habían prestado a la patria naciente, cuanto por los entronques que había contraído. Don José Francisco Gana y Amézaga, el primero de su apellido que vivió en Chile, había sido bautizado en Plasencia (España), y casó con doña Rosa Darrigrande; uno de sus hijos, don Agustín, al casar con doña María Dolores López, hermana del padre López, tan famoso en la historia de la literatura colonial, formó una extensa familia. Don José Francisco Gana López, nacido en Santiago hacia 1796, fué militar, y permaneció en el Ejército hasta 1830, en que fué dado de baja por pipliolo, poco antes del triunfo de Lircay. Se reincorporó en 1842, y designado Director de la Escuela Militar, ocupó este cargo hasta abril de 1847; en 1851 fué Ministro de Montt. Otro Gana López, don Rafael, también fué militar distinguido. Don Agustín Gana Darrigrande se pronunció patriota, y en castigo fué tomado preso y enviado a Lima cuando, después del desastre de Rancagua, en Chile se restableció el régimen español. En su destierro de Lima le acompañó su hijo José Francisco.

Entre los doce herederos de su nombre que engendró don Agustín Gana Darrigrande se cuentan varias mujeres de notable belleza, que contrajeron principalmente matrimonios con extranjeros distinguidos. Una de ellas, doña Luz, fué la esposa del doctor Guillermo Blest y fundó con él la familia Blest Gana.

Otra era la mujer de don Manuel Blanco Encalada, figura prominente del Ejército y de la Marina, de la política y de los salones, hombre exquisito y refinado que vivió siempre en grande y que acopió honores que difícilmente reúne un hombre solo. A todos los títulos logrados en la carrera de las armas, Blanco unía el de haber sido Presidente de la República. Por esto no es raro ver al Dr. Blest rodeado a poco andar de las mejores amistades que se podían tener en Chile en la primera mitad del siglo XIX. Don Diego Portales, don Andrés Bello, don Diego Antonio Barros, don Antonio Jacobo Vial, don José Manuel Valdés, don Juan de la Cruz Gandarillas, don Juan de Dios Correa de Saa se cuentan entre los principales personajes de quienes fué amigo el Dr. Blest. Y al aspirar un hijo de éste, don Joaquín Blest Gana, a la carrera del foro, practica en el estudio de don Antonio García Reyes, a quien despide el Dr. Blest con simpático brindis el 9 de agosto de 1855, cuando sus amigos le festejan con motivo del nombramiento de Encargado de Negocios de Chile en Wáshington de que va García Reyes a recibirse, en un viaje que interrumpió la muerte. La ciencia toma en Blest formas amables, y la cultura completa de universitario le permite reunir en torno a él una corte de amigos fieles, que trasmiten a sus propios hijos el afecto que hiciera nacer el médico y el buen ciudadano. Barros Arana así lo prueba cuando en varias ocasiones se muestra custodio de la fama póstuma del Dr. Blest, que había sido compañero y amigo de su progenitor don Diego Antonio Barros.

La unión del doctor Blest y de doña María de la Luz Gana López fué fecunda. El matrimonio se efectuó en la parroquia del Sagrario de Santiago el 21 de marzo de 1827, y de él nacieron todos los hijos que se indican a continuación: Patricio Alejandro, Guillermo, Alberto, José Joaquín, Juan, José Francisco, Julio, María de la Luz de las Mercedes, Manuel Víctor, Mercedes Rosario y Sara de los Dolores. De estos hijos llegaron a la edad adulta, por su orden, Guillermo, Alberto, Joaquín, Julio, María de la Luz, Manuel Víctor y Mercedes Rosario. La vida del hogar for-

mado por el doctor Blest y la señora María de la Luz Gana cesó con el fallecimiento prematuro de ésta el día 6 de marzo de 1851. El deceso de Sarita a los cinco años de edad produjo a la madre un estado de abatimiento que alteró gravemente su salud. El doctor Blest la llevó a la playa de Constitución en cuanto pudo, confiando en que la naturaleza obraría una mejoría, pero todo fué inútil, y la joven madre falleció cuando más precioso podía ser su auxilio al hogar.

El artículo 5.º, núm. 2, de la Constitución de 1828 decía que serían aceptados como ciudadanos chilenos los extranjeros que lo solicitaren y que fuesen casados con chilena, ejercieran una ciencia, arte o industria y tuviesen, por lo menos, dos años de residencia en Chile. El doctor Blest, como hemos visto, había ya enterado de sobra estos requisitos en 1831, y en abril de este año pidió que se le reconociera como ciudadano chileno. Por la solicitud que a su nombre presentó don Antonio Jacobo Vial y por la información de testigos que la acompaña, quedó acreditado que Blest tenía más de siete años de estada en el territorio chileno. Debe conjeturarse, pues, que llegó entre 1823 y 1824, y no hacia 1825, que es la fecha que fija don Diego Barros Arana (Hist. Gen., t. XIV, p. 315), ni entre 1822 y 1823, como dice don Benjamín Vicuña Mackenna en el artículo que le dedicó a su muerte. Es justo anotar que el mismo Vicuña indica los años más precisos de 1823 ó 1824 en su obra sobre los *Médicos de Antaño* (ed. 1877, p. 269).

Vida pública y carrera política

Ingresó el Dr. Blest al Congreso Nacional como diputado por Rancagua, con acta firmada el 11 de marzo de 1831, y en el Parlamento formó parte de la mayoría que secundaba la política de Portales, orientada a dar ejecución al triunfo de Lircay. El 2 de junio de 1831, estaba presente en la solemne sesión destinada a calificar la elección presidencial y en la cual se proclamó Presidente de la República al general Prieto y Vicepresidente a Por-

tales. La Cámara le hizo primero miembro de la comisión de poderes, y el 3 de agosto de 1831 le nombró también para la de Gobierno. Es un parlamentario silencioso, ya que por lo menos las incompletas actas de ese tiempo no conservan sus discursos, pero de asistencia regular. Su período en el Parlamento duró hasta marzo de 1834.

A la posteridad llega el nombre del doctor Blest aureolado por la leyenda de un liberalismo extremo que aparentemente está en contradicción con la ayuda que prestara al Gobierno de Prieto. Esa leyenda está basada, sin embargo, en un hecho cierto.

En sesión del Consejo de la Universidad, Egaña propuso castigar con suspensión al doctor Blest por "la parte activa que tomó en el vitoreo a Bilbao el día del jurado" que condenó al autor de *Sociabilidad Chilena,* y el Consejo acordó declarar que el catedrático "queda suspenso en sus funciones como profesor de Medicina (5), hasta que en vista de las explicaciones que diere de su conducta se tomen las providencias que se estimare justas sobre su separación". El decano fué autorizado para oír al doctor Blest en sus descargos, pero entretanto el Rector había recibido del inculpado un oficio en el que no se halló una explicación satisfactoria, "sino un desahogo del resentimiento del doctor Blest, en términos que desdicen en gran manera del respeto que es debido guardar hacia este cuerpo". El Consejo acordó entonces devolver el oficio y dejar a firme la suspensión en tanto el acusado no se explicara. La enérgica actitud de la autoridad universitaria debe haber hecho recapacitar al doctor Blest, porque éste manifestó luego al decano que "si había concurrido a la plaza pública el día del jurado fué sin objeto determinado", y que en obsequio del autor de *Sociabilidad Chilena* no hizo otra cosa "que mandar servir al acusado una copa de vino, no como un acto de aprobación a sus principios, sino como un acto de caridad viéndole fatigado y pronto a desfallecer". Negó haberle

(5) Desde la fundación de la Universidad, la Escuela de Medicina, como todo otro establecimiento de instrucción, estaba bajo la vigilancia de ese Instituto.

facilitado "su caballo o su birlocho", como se había dicho, e hizo protesta de respeto a las leyes "de su patria adoptiva". El penoso incidente no llegó más lejos debido a esta explicación que el Consejo de la Universidad, al parecer, consideró satisfactoria.

El doctor Blest formó parte del Senado entre 1873 y 1876, en calidad de senador suplente, y al fijarse en la primera sesión del período el orden en que los suplentes serían llamados a reemplazar a los propietarios, se le dió el sexto lugar en atención al número de votos que había obtenido en las elecciones. Debido a esto su nombre aparece varias veces entre los de los asistentes a sesiones, aunque no tomara participación en los debates ni presentara al Senado ningún proyecto de importancia (6).

El hombre íntimo. Ultimos años

El doctor Blest vivió en sus primeros años de Chile, por lo menos a poco de contraer matrimonio, en una casa de la Alameda de las Delicias frontera al Cuartel de Artillería y muy próxima al Hospital de San Juan de Dios: es la que ha evocado don Alberto en su espléndida novela *El Loco Estero.* Allí vivía la familia Blest Gana en 1839. Poco más tarde se trasladó a otra de la misma Alameda, ubicada frente al convento de las Clarisas, solar ocupado ahora por la Biblioteca Nacional.

El doctor Blest aprendió castellano al instalarse en Chile, y después de los folletos citados y de algunos artículos de prensa, publicó varios trabajos que dan fe de su laboriosidad y de sus amplios estudios; por las citas que en ellos hace puede colegirse, además, que recibía los más novedosos libros de su especialidad, editados sobre todo en Inglaterra, y las mejores revistas, entre las cuales por cierto *The Lancet,* cuya colección guarda todavía su nieto don Clotario Blest. No llegó nunca, empero, a hablar el castellano sin un fuerte acento. El doctor Orrego Luco, que le

(6) Comprueba también el liberalismo de Blest la anécdota que de él cuenta don Abdón Cifuentes, *Memorias,* t. II, p. 109-10, de cuando aquél era senador.

conoció en el ocaso de la existencia, dice haberle oído "hablar en español de rara corrección y de una pronunciación británica cerrada, que hacía singularmente expresivo su lenguaje". En 1872, al publicar un estudio sobre la vacuna, daba las gracias en una extensa dedicatoria a don Benjamín Vicuña Mackenna, amigo de sus hijos, "por haber tenido usted —decía—, en medio de sus numerosas e importantísimas atenciones, la exquisita amabilidad de corregir por su propia mano la multitud de faltas que, sobre el idioma español, abundaba esta obrita". En 1845 tenía terminada una de mayor aliento en la cual se compendiaban las lecciones dadas en la Escuela de Medicina, bajo el título de *Elementos de Patología y Terapéutica;* don José Victorino Lastarria pidió al Gobierno que la imprimiese a su costa, o auxiliara pecuniariamente al autor para hacerlo, pero no debe haberlo conseguido, porque los manuscritos, inéditos, llegaron a poder del doctor don Pedro Lautaro Ferrer.

Del doctor Blest, anciano ya y ajeno al desarrollo de la enseñanza médica que había fundado, ha quedado un testimonio de vista del doctor Orrego Luco. Al evocar éste sus *Recuerdos de la Escuela de Medicina,* dice que vió algunas veces a "un hombre alto, delgado, esbelto, de un porte altivo y elegante"; tenía cierto aire de distinción soberbia, cierta nobleza segura de sí misma: era una figura esencialmente aristocrática"; "sus facciones eran delicadas, de una finura casi femenina", ojos muy claros y cabellos rubios. En una fotografía que hemos visto en poder de don Patricio Blest Gana nos ha sorprendido, a pesar de lo que observó el doctor Orrego, una nariz aguileña, grande, junto a la cual los ojos, muy hundidos en las cuencas, aparecen ensombrecidos por cejas espesas: en suma, nada de femenino, a no ser acaso la tez, que en el daguerrotipo no se puede identificar. En el mismo retrato se advierten detalles indumentarios que indican refinamiento de gustos: chaleco de género de fantasía con puntos de color esparcidos a espacios regulares; cadena de oro para el reloj, cinta para los quevedos, ocultos en un bolsillo, y bastón con empuñadura de marfil o de oro. Al paso del doctor Blest —dice

el doctor Orrego—, los servidores de los hospitales, "profesores, monjas, enfermeros, todo el mundo lo saludaba con respeto", "las manifestaciones de respeto lo envolvían, lo seguían a todas partes". "Nunca iba solo, siempre lo rodeaban algunos de los médicos." Todos estos tributos parecían merecidos porque el doctor Blest había inaugurado en Chile los estudios médicos y sido "la piedra angular de nuestra escuela en sus comienzos", y hasta "había sido el inspirador elocuente de la idea de fundar esa Escuela, de levantar nuestra profesión y ennoblecerla socialmente". No, sin luchas, por cierto, ya que en su camino de triunfador le salió al paso el ataque incisivo del Dr. Passaman, "médico francés, educado en Montpellier" (7), que "sentía por Blest una explicable antipatía personal". "Su camino entre nosotros había sido tan difícil y embarazado como había sido fácil y risueño el camino de su rival afortunado. Sus doctrinas médicas se inspiraban en escuelas diversas, casi opuestas. Y esas divergencias habían sido todavía envenenadas por violentas frotaciones en la práctica."

En una casa de la calle Dieciocho que adquirió en remate en 1870 pasó sus últimos años, salvo las estancias veraniegas en San Bernardo, que año por año prolongaba más. En esa villa murió el 7 de febrero de 1884.

Los funerales del doctor Blest fueron bastante lucidos, aunque el fundador de la Escuela de Medicina estaba harto olvidado ya después de tan larga vida. La prematura muerte de su hijo don Joaquín y la lejanía en que se hallaba don Alberto, ausente de Chile desde 1866, quitaron, sin duda, a esa ceremonia mucho del esplendor que debió tener. La opinión de la prensa fué, sin embargo, muy elocuentemente manifestada. *El Ferrocarril* decía:

Hombre abierto a las grandes ideas y partidario de las doctrinas liberales y progresistas, tanto por impulso de raza como por convicción, figuró siempre entre los espíritus más avanzados en materia de ciencias o de instituciones.

(7) En realidad, Passaman no era francés, sino español.

La Facultad de Medicina, por su parte, delegó en el doctor don Augusto Orrego Luco la misión de despedir a Blest en el Cementerio, y aquel facultativo cumplió su encargo con un discurso cariñoso.

La posteridad ha sido en general avara para mostrar el agradecimiento que la sociedad chilena toda debe al Dr. Blest. En la sesión de 10 de marzo de 1884 se dió cuenta del fallecimiento en el Consejo de Instrucción Pública: los señores Pinto y Barros Arana recordaron al extinto, y pidieron "que se hiciera una manifestación especial de respeto y de gratitud a su memoria". El señor Fontecilla expuso que abundaba en las mismas ideas, y que así lo había manifestado en la sesión anterior; que habiendo tenido el honor de ser discípulo del señor Blest y de tratarle de cerca por largos años, podía dar testimonio de sus relevantes méritos y de sus esclarecidos servicios; y que, en pocos días más, pensaba convocar a la Facultad de Medicina y Farmacia a fin de proponerle que encargase a uno de sus miembros el elogio del ilustre maestro, y el que pase a su familia una carta de pésame. La función de homenaje al Dr. Blest no parece haberse realizado porque en los *Anales de la Universidad* no figura mención alguna de ella. Sólo el 9 de agosto del siguiente año se vuelve a hablar de Blest y se toma un acuerdo en beneficio de sus hijos menores (8). El mismo señor Barros Arana propuso en 1886, a indicación del Consejo de Instrucción Pública, que había aprobado la idea en principio, una lista de retratos de miembros de la Universidad para colocarlos en la sala de sesiones de aquel organismo, y entre ellos mencionó al doctor Guillermo C. Blest.

Poco a poco el olvido más completo lo cubre, y ni siquiera una pequeña calle recuerda en Santiago al transeúnte el nombre de quien fundó en 1833 la nueva Escuela de Medicina de que con tanta justicia se enorgullece Chile.

(8) Los de un segundo matrimonio, contraído en avanzada edad.

Capitulo Primero

ALBERTO BLEST GANA

I. Nacimiento. Primeros años

El tercer hijo del doctor Guillermo C. Blest nació en Santiago de Chile el día 4 de mayo de 1830, pero sus padres no le presentaron a la pila bautismal del Sagrario hasta el 16 de junio. En el acto del bautismo se le impuso en primer lugar el nombre de Alberto, que era el de su abuelo paterno, y, además, el de Francisco Javier, seguramente en homenaje a doña Javiera Gandarillas, que, con don Angel Ortúzar, le sirvió de madrina. La familia del doctor Blest había adquirido ya las distinguidas relaciones a que le daban derecho las prendas personales y la cultura de aquél y la limpia cuna de doña María de la Luz Gana y López. De la infancia del novelista, ese período plástico que influye poderosamente en el destino futuro de un hombre, no tenemos otro testimonio que el que ofrece la novela autobiográfica *El Loco Estero.* Allí el autor aparece como niño de nueve años, vivo y algo bullicioso, en cuyos juegos el *ñato Díaz,* campeón del volantín de la parte alta de la Alameda, era un eficacísimo animador. La vieja casa de adobes que ocupaban el doctor Blest y los suyos tenía enfrente, del otro lado de la calzada, un cerro bravío, tosco montón de peñones que la incuria de los po-

bladores de Santiago dejaba entonces abandonado a las correrías de los pilluelos y al paseo de tal o cual lunático transeúnte que se atreviera a subir los agrestes caminos que llevaban hasta la cima. Hacia el poniente la calle seguía estrecha hasta el convento de San Francisco, y desde ahí se ensanchaba para formar la avenida propiamente tal. Para el oriente eran más comunes las quintas rodeadas de jardines que las casas urbanas, y comenzaba el camino hacia Apoquindo y Las Condes, bordeado de árboles y limitado al norte por la sólida fábrica de los tajamares levantados para defender a la población de las avenidas invernales del Mapocho. El recuerdo que dejó en la memoria del infante el espectáculo del señor Otero, el loco de la novela, fué indeleble, y a él debemos uno de sus mejores relatos novelescos. A corta distancia, a través de una calle entonces lóbrega y estrecha, se divisaba, también hacia el oriente, la iglesia del Carmen Alto, asiento de un monasterio femenino.

Desde esta casa de la infancia, que tan nítidamente evocaba el escritor setenta años más tarde, salía en cada jornada el doctor Blest para cumplir sus deberes profesionales en el hospital de San Juan de Dios, contiguo al convento de San Francisco. Allí funcionaron, desde 1833, los cursos de la Escuela de Medicina, instalados por el doctor, y a los cuales éste dedicaba cada día su esfuerzo y su ciencia. El centro urbano estaba lejos, y para llegar a él era preciso atravesar la polvorienta Alameda regada por dos acequias y flanqueada por las filas de árboles que le dieron su nombre tradicional.

El barrio no era distinguido y parecía demasiado nuevo al santiaguino celoso de las tradiciones ciudadanas: las crecidas del Mapocho invadían con sus sucias aguas la Cañada durante el invierno en los días coloniales, antes de que la protegieran los tajamares, y lentamente fué surgiendo al sur de la Avenida una población informe que para la urbanización rescataba sitios eriazos y paños de quintas rústicas. O'Higgins, que había heredado de su padre las aficiones ornamentales y el gusto por levantar edificios públicos, trazó de su puño un plano que sirvió para

hacer el paseo hoy conocido con el nombre de Alameda y al cual se ha agregado el de su fundador. En los años que estamos evocando era visible la pobreza de los moradores de este "arrabal del sur", como lo llamaría más tarde Blest Gana; todos ellos habían buscado lejos de las calles viejas de Santiago una vivienda que no ocasionara gastos excesivos de representación ni atuendo doméstico dispendioso. Casi todos los parientes de los jóvenes Blest Gana vivían en el centro, y a corta distancia de la Catedral, del Palacio de Gobierno, del Tribunal del Consulado, del templo de la Compañía, barrio compuesto de grandes casas amobladas con decoro y hasta con lujo, si jamás pudo hablarse de lujo en aquella ciudad estrecha, mal compuesta y edificada pobremente, cuyas calles, que se cortaban en ángulos rectos, dejaban ver siempre perspectivas uniformes.

II. Estudios. El Instituto Nacional y la Escuela Militar

Aunque el joven Alberto Blest Gana fué matriculado en el Instituto Nacional en 1843, en compañía de sus hermanos Guillermo y Joaquín, no cursó allí los estudios regulares sino por unos cuantos meses, puesto que en septiembre de aquel mismo año figura ya como alumno de la Escuela Militar. La base de la enseñanza del Instituto estaba formada entonces por el Latín, pero sea que el joven Blest Gana permaneciera en el viejo establecimiento muy poco tiempo, como efectivamente ocurrió, o sea que la instrucción no fuese muy eficaz, es el hecho que años más tarde haría notar que no era el Latín su fuerte, ni ramo de sus predilecciones, y optaba porque se le suprimiera o redujera grandemente en los estudios de humanidades. El Rector del Instituto en esos años, don Antonio Varas, había impreso en el establecimiento una disciplina austera de trabajo, que era fiel reflejo de su fisonomía moral. Las clases del Instituto seguían reproduciendo fielmente las que en años anteriores habían formado a varias generaciones de chilenos distinguidos, y comprendían unos cuantos ramos en los cuales ocupaban los sitios de honor el ya

citado Latín, la Gramática Castellana y la Historia: la enseñanza de las Ciencias Naturales, reducida a los estudiantes de Medicina y Farmacia, no había sido introducida aún al marco de la educación humanística.

Fué, sin duda, don José Francisco Gana, tío carnal del joven Alberto, quien le hizo abandonar el colegio dirigido por don Antonio Varas para llevarle a ocupar un asiento en las clases de la Escuela Militar. El había sido nombrado para regentarla cuando en 1842 el Gobierno decidió su reapertura, y puso empeño en que fuesen sobre todo miembros de su familia quienes formaran el nuevo elenco del alumnado. El tercer hijo del doctor Blest tenía buena salud, era vivo y de talento rápido, aplicado y serio, y podía figurar con brillo en las filas del Ejército, donde tantos de su mismo nombre se habían honrado anteriormente. "Si es Gana, puede ser un buen militar", se decía el coronel, que había llegado a la Escuela con audaces proyectos de mejoramiento y empeñado en convertirla en rodaje indispensable de la organización bélica de Chile. El reciente triunfo de Yungay había confirmado la idea que del temple militar del chileno tenía formada el Gobierno, y el Ejército pasó a ser por esos días ocupación preferente de los poderes públicos. En la Escuela Militar estudió Trigonometría, Gramática, Geografía, Inglés, Religión, Escritura y Dibujo, Esgrima y Baile, como ramos generales; el programa profesional estaba compuesto de los siguientes ramos: Ordenanza, Táctica y Ejercicios Militares. Fuera de esto, había clases de Gimnasia. La Historia, la Filosofía, el Latín, eran estudios reservados a los alumnos del Instituto, y el joven Blest debió decirles adiós en edad temprana. Puede verse, pues, que tuvo el futuro novelista una formación intelectual *sui generis*, en todo caso incompleta y muy diferente a la que recibieron otros jóvenes de su generación que también figurarían en las letras nacionales, como Eusebio Lillo, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana.

Desde este punto de vista, la ilustración literaria de Blest Gana fué, en cierto modo, la de un autodidacto. El la debió a

las lecturas hechas fuera de las aulas, y conforme el gusto personal del joven aprendiz de escritor y la influencia de la moda, no sin que desde la primera infancia su propio padre cuidara de ella. El doctor Blest era aficionado a la lectura, y en su biblioteca no faltaban los libros de amena creación literaria, junto a las colecciones de *The Lancet,* la famosa revista médica inglesa, ya recordada, y a los más modernos tratados de Medicina y Cirugía. Las veladas vespertinas en el escritorio del facultativo, amoblado con severidad británica, eran una escuela de lengua inglesa que tenía al padre como profesor y a los hijos como alumnos. Allí los jóvenes se ejercitaban en la lectura bajo la mirada atenta y vigilante del médico, que como hijo de su siglo imponía a la niñez un sacrosanto respeto vecino a un temor reverencial. En la casa de la Alameda se leyeron sobre todo en esa forma las novelas de Walter Scott, que iban a tener influjo notorio en la composición de las novelas de don Alberto, y el Dr. Blest interrogaba a sus hijos en cada velada acerca de lo que habían leído y oído leer en la anterior. Por lo demás, la casa daba a un inculto huerto que la limitaba por el sur, y en él crecían flores, árboles frutales y hortaliza; a los niños les era fácil coger mariposas en la primavera y oír los cantos de los pájaros con sólo entrar a esa parte de la habitación familiar que, como muchachos, debe haberles parecido la más grata. El Dr. Blest era también amigo de los animales, y fuera del falderillo, del mastín y del ratonero de que cuidaba solícito, criaba palomas en un palomar resonante de cálidos arrullos.

III. Viaje de estudio a Francia

Don Alberto entró a la Escuela Militar el 29 de setiembre de 1843, y salió de allí, en posesión de los despachos de subteniente, el 19 de enero de 1847, no para holgar en su casa ni siquiera para trabajar de inmediato en el Ejército: la superioridad militar había dispuesto algo mejor para su desarrollo y su aprovechamiento. En ese mismo año 47 partía de Chile un grupo de

jóvenes egresados de la Escuela, con el objeto de proseguir en establecimientos militares de Francia los estudios profesionales que en Chile se hacían en forma imperfecta y rudimentaria. Tenía ya diecisiete años de edad y apenas conocía el pequeño mundo santiaguino el futuro novelista, cuando se asomó, por vez primera, a la vida de París.

El 21 de julio de 1847, después de larga navegación en el *Arequipa,* Blest Gana y sus compañeros quedaban a las órdenes de don Francisco Javier Rosales, Encargado de Negocios de Chile, a quien iba a corresponder por espacio de varios años ocuparse en la suerte de sus jóvenes compatriotas (1). El señor Rosales matriculó a Blest Gana en la Escuela Preparatoria de Versalles, donde aquél cursó un año completo. El director del establecimiento advertía en un informe "que Blest constituía una esperanza que no tardaría en realizarse, que tenía una inteligencia viva, pero que su carácter había experimentado un cambio brusco que había repercutido en su trabajo, resintiéndolo". ¿Cuáles fueron las causas de este cambio? Si volvemos los ojos a la edad del gallardo subteniente, podremos imaginar que la nostalgia le hacía lamentar hallarse lejos de su casa, en un medio extraño, sin nada que le hablase a la intimidad; también podremos presumir que tuviera dificultades iniciales para penetrar el idioma y para adaptarse a la psicología de sus nuevos compañeros los cadetes franceses, y hasta que en Chile hubiera dejado algún afecto naciente, cuya ausencia le hacía intolerable la lentitud de las comunicaciones. Sin embargo, el espectáculo mismo de la nueva tierra que pisaban era propicio para entusiasmar a los jóvenes. A comienzos de 1848, cuando contaban poco más de seis meses en Francia, cayó la monarquía de Luis Felipe y fué proclamada —¡por tan poco tiempo!— la república, en medio de una sucesión

(1) Eran éstos los siguientes alféreces: Ricardo Marín, José Francisco Gana Castro, Félix Blanco, Tomás Walton, y los subteniente: Alberto Blest Gana, José Antonio Donoso, Nicanor Gana, Luis Arteaga, Seleuco Gutiérrez, Benjamín Viel, Carlos Zenteno, José María Corvera, César Lezaeta. Muchos de ellos, como se ve, formaban parte de la familia Gana, y varios eran primos hermanos de don Alberto.

de manifestaciones populares, motines y otras muestras de un desconcierto profundo. En una novelita de poca importancia literaria —*Los Desposados*—, dejó Blest Gana una parte de las impresiones que pudo producirle aquella revolución, y sus páginas encierran una descripción de las jornadas de 1848. Pero a nuestro juicio la explicación del cambio de carácter que M. Barthe anotó en Blest debe buscarse en el conflicto de conciencia que le planteó la carrera que había abrazado. La Providencia no lo había dotado de espíritu militar, y no es aventurado suponer que no tuvo idea clara de esto sino en Francia, en un medio extraño, donde nada podía dulcificar el rigor de la disciplina. Tenemos para confirmar nuestra suposición un solo antecedente, de mucho peso si no conjeturamos mal. Años después de los sucesos que hemos rememorado, don José Victorino Lastarria emitió la sospecha de que fuera el Dr. Blest quien había obligado a don Alberto a abrazar la carrera de las armas; el novelista le replicó:

No fué mi padre, como usted se imagina, quien me hizo abrazar la carrera militar, que usted se alegra de que yo haya abandonado por la de las letras. Fué un engaño de niño, del que más tarde el peso enorme de una ciega subordinación me hizo despertar. Pero así como escribo novelas *entreveradas* con decretos y notas del Ministerio de la Guerra, pienso que las habría escrito también en medio de las tareas del ingeniero, porque tengo para ello lo que el vulgo llama manía y que los más cultos llaman vocación. Buenas o malas, novelas habría escrito, y me alegro ahora de haber cedido a mi inclinación, cuando hombres como usted vienen tan cariñosa y espontáneamente a honrarme con su aprobación y simpatía.

Sin embargo, a pesar de la observación que había hecho M. Barthe, el joven Blest Gana continuó en Francia trabajando en la Escuela del Estado Mayor, y más tarde en el levantamiento de las cartas topográficas de la Picardía, para lo cual fué comisionado en 1849 en compañía de Félix Blanco y de Ricardo Marín, que habían salido junto con él de Valparaíso dos años antes. En estos trabajos cartográficos permanecieron los tres chilenos hasta 1851, y sólo el 21 de noviembre de este año se embarcaron en Liverpool de regreso a Chile.

El joven estudiante no alcanzó a cerrar los ojos de su madre, puesto que ella murió en abril del 51 y don Alberto no estaba de vuelta en Santiago antes de los primeros meses de 1852. Su hermano mayor, Guillermo, era ya en ese tiempo un poeta ventajosamente conocido, y Joaquín, estudiante de Leyes próximo a ser abogado, ensayaba la pluma con artículos y cuentos en los periódicos juveniles publicados por sus amigos y condiscípulos.

IV. Vuelta a Chile. Primeros trabajos literarios

La administración Montt inauguró solemnemente su primer período el 18 de setiembre de 1851, y el 20 de abril del mismo año había tenido su prólogo o portada sangrienta: la opinión liberal no se daba tregua en su obra de agitación, y en las conmociones de Francia en 1848 encontró nuevo precedente y alientos renovados para sus protestas. La Sociedad de la Igualdad, en la cual tanta participación cupo a Eusebio Lillo, uno de los más queridos amigos de Blest Gana, organizó a las masas y realizó mítines que por primera vez pondrían en jaque a las fuerzas del Gobierno frente a grupos de ciudadanos que no contaban con otras armas que algunos viejos fusiles y pistolones. Blest Gana, ajeno a la preparación de tales sucesos y hasta a su desenlace, volvía a la patria a poco de ese momento de incertidumbre que el general Bulnes supo desviar con mano firme para satisfacción del Gobierno y sin que sufriera gravemente el marco de las instituciones nacionales.

Brillantes estudios cumplidos en Francia hacían a Blest Gana, como a varios de sus compañeros de estudios, digno de ascensos y de premios desde el momento mismo en que pisara el suelo nativo. Efectivamente, promovido al grado de teniente de ingenieros el 5 de febrero de 1852, fué, además, nombrado profesor de la Escuela Militar el día 8 de marzo del mismo año. Por su parte, Blest se interesó en revalidar los estudios hechos en Francia: en la sesión de 27 de noviembre de 1852 del Consejo de

la Universidad se dió cuenta de "un oficio del señor Ministro de Instrucción Pública, acompañando, para que el Consejo informe oyendo a la Facultad correspondiente, un legajo compuesto de las solicitudes que han elevado al Supremo Gobierno los ayudantes de la Escuela Militar don Luis Arteaga, don Alberto Blest Gana y don Seleuco Gutiérrez, y los ingenieros don Tomás Walton y don José Antonio Donoso; todos con el fin de que se les expida título de Agrimensor en vista de los certificados que presentan de exámenes rendidos y estudios cursados por ellos, tanto en la Academia Militar de esta capital como en Francia. Aunque hasta ahora no incumbe a esta Universidad lo relativo a la concesión del título a que los solicitantes aspiran, pareciendo ser la intención del señor Ministro, al pedir este informe, que la Universidad emita una opinión sobre si son bastantes para pretender ese título los cursos seguidos por dichos solicitantes, sus peticiones se mandaron pasar al efecto al señor decano de Matemáticas". El informe fué presentado en la sesión de 4 de diciembre de 1852, pero no aparece en los *Anales;* en todo caso, la Universidad reconoció como agrimensores (hoy se diría ingenieros civiles) a los peticionarios, y sus nombres figuran en la lista oficial de titulados publicado en nuestros días.

Al principio, Blest Gana hizo en la Escuela Militar las clases de Geometría Elemental, según el texto de Legendre; luego pasó a ser profesor de Topografía, conforme el texto de Olavarrieta, y de la segunda clase de Aritmética, de acuerdo con los textos de Farcy y Gorostiaga. El Gobierno quiso aprovechar, además, en otra forma los conocimientos que habían adquirido en Europa los alumnos de la Escuela Militar pensionados en 1847, y fuera de la comisión que se dió al señor Blest Gana para que hiciera clases en ese mismo establecimiento, a él y a su colega don José Antonio Donoso se les encargó ayudar al levantamiento de la carta topográfica de Chile que estaba trabajando M. Aimé Pissis. En el estado de las operaciones catastrales de la provincia de Santiago que éste elevó al Gobierno el 16 de mayo de 1853, se lee que "el 14 de marzo, habiéndose presentado los agrimensores

Blest y Donoso, se formó una segunda división encargada de medir las haciendas situadas en la margen del río Maipo, desde San Francisco del Monte hasta la costa" (Memoria de Hacienda, junio de 1853, p. 37).

Pero Blest Gana no permaneció mucho más tiempo en el Ejército, ni siquiera en la Escuela Militar, de la cual se alejó en los primeros meses de 1854: enviado en comisión al Ministerio de Guerra, fué nombrado jefe de la Sección Ejército poco después, y dejó las clases de la Escuela en cuanto tuvo la designación en propiedad para ese empleo de oficina. El 11 de octubre de 1854 pidió permiso reglamentario para contraer matrimonio con doña Carmen Bascuñán Valledor, y el enlace fué bendecido al día siguiente en la parroquia del Sagrario por fray José Donoso Pajuelo, por especial licencia del provisor don José Miguel Arístegui. Muchos años más tarde la hermana del novelista recordaba:

> Después de contraer matrimonio, se fué a vivir a la casa de sus suegros, don Manuel Ramón Bascuñán y la señora Lucrecia Valledor, cuyo hogar constituía una de las casas más visitadas de Santiago por las familias más distinguidas. La Lucrecia Valledor y su esposo poseían una cuantiosa fortuna, que les permitía mantener un alto rango.

Y, en fin, el 12 de julio de 1855, el señor Blest Gana obtenía la separación absoluta de las filas. Había llegado el instante en que, movido de irresistible vocación, debía comenzar activamente la profesión literaria. En Francia leyó a los escritores de moda, y sobre todo a los autores de novela, y fué en este género en el cual él se propuso descollar. Para abrazarlo era preciso, sin embargo, ensayarse en trabajos menores, y por eso no nos extraña verle colaborando en *El Museo*, donde trabajaban asiduamente amigos y compañeros suyos como Diego Barros Arana, que era el director y propietario, Adolfo Valderrama, Manuel Blanco Cuartín, Eusebio Lillo, Guillermo Matta y su propio hermano Guillermo. Con el seudónimo *Abejé*, compuesto con las iniciales de su nombre y apellidos, escribió allí algunos artículos de cos-



tumbres, como *Las Manías*, publicado en el número 24, y *Un Baile en Santiago*, que vió la luz en el número 26. Pero más importante que todos estos ensayos de un escritor que busca en el comentario de los hábitos sociales un pretexto para insinuar nuevas ideas, es su novelita *Una Escena Social*, publicada en varios números y a partir del décimotercio (3 de setiembre de 1853). Retengamos la fecha: con ella nace Blest Gana a la carrera de novelista.

Los temas parecen apretujarse en su cerebro, y esperando siempre encontrar un clima más propicio a la redacción de una larga obra que le represente tal como sueña mostrarse a los ojos del mundo, ya que las luchas políticas embargaban la atención de las gentes cultas, escribe artículos en que traza, con suelta mano de dibujante al carbón, siluetas de personajes conocidos en el ambiente santiaguino.

> Tengo en la cabeza mil proyectos literarios —escribe a su amigo José Antonio Donoso—, pensando ya hacer alguna *obra*, para mirarme empastado en un volumen, placer que en nuestra especie debe asemejarse al de las mujeres cuando levantan moño, y por ahora contribuiré a *La Semana* con algunos artículos. La actividad literaria se va despertando entre nosotros: Lastarria va a formar una sociedad con el objeto de fomentarla, y no será raro que de ella salga algún periódico de más considerables proporciones que *La Semana*.

Esto ocurre en 1859: anteriormente el autor ha dado a las prensas otros trabajos, y en 1858, particularmente, aprovechaba la publicación de *El Correo Literario*, emprendida por Guillermo Blest Gana y José Antonio Torres, para contribuir con *El Jefe de la Familia*, la única pieza teatral que de él se conoce, con tres actos, escrita en prosa, nunca llevada a la escena. El trabajo administrativo no es absorbente, y el señor Blest Gana emplea las fugaces horas de ocio para redactar sus artículos y sus novelas.

En 1855 ha publicado en *La Revista de Santiago*, y luego en volumen independiente, *Engaños y Desengaños;* ese mismo año da a conocer *Los Desposados* en la revista citada, sin que nunca haga de este corto ensayo novelesco una edición independiente.

Guillermo Blest Gana, entretanto, inicia en 1858 la publicación de la *Revista del Pacífico,* la más completa de su género que haya visto la luz en Valparaíso, y allí entrega don Alberto su nueva novela, *El Primer Amor,* que en seguida las prensas de Tornero dan en un volumen de 94 páginas. También en la *Revista del Pacífico* encuentran acogida los capítulos de *La Fascinación,* cuya edición en volumen hace el mismo Tornero en 1858. *Juan de Aria,* que se contiene en el *Aguinaldo de El Ferrocarril a sus Abonados* (1858), es editada al año siguiente. En *La Semana,* fundada por los hermanos Arteaga Alemparte, publica *Un Drama en el Campo;* una segunda edición de esta obrita, acompañada de *La Venganza* y de *Mariluán,* no viene a salir sino en 1862 auspiciada por *La Voz de Chile.*

Blest Gana produce con fecundidad poco usual en Chile, y sin gran cuidado de la crítica, la cual no siempre le prodiga aplausos: *La Revista Católica* le censura acerbamente, por ejemplo; pero el autor se ha propuesto una tarea y la cumple sin prisa y sin descanso. El mismo modo de trabajo será el de su vida entera, como lo atestiguan los volúmenes de correspondencia diplomática, en que pasa revista a todo género de asuntos. En *El Primer Amor* hallamos una explicación aparentemente satisfactoria de su actitud. El protagonista, Fernando Reinoso, poeta, es vituperado por entregarse al cultivo de las letras; su amigo Marcos le defiende:

> Si los que ahora escriben pierden su tiempo, los que vengan más tarde encontrarán preparado el terreno y sus empeños serán menos estériles. En un país nuevo toda tarea de iniciación es ingrata y fastidiosa. ¿Y esto debe desalentar a los que quieran emprenderla? No me parece, pues deben pensar en el porvenir y en que, si hay fuertes preocupaciones que vencer, no faltan por eso gentes que sepan apreciar estos esfuerzos.

Esto ha sido dicho, sin duda alguna, para responder al ambiente que rodeaba al escritor chileno a mediados del siglo XIX; cuanto haya mejorado la acogida que a las obras del literato prestan sus contemporáneos es cosa que no nos incumbe establecer.

El hecho es que Blest Gana en pocos años ha logrado lo que nadie habría creído posible de un literato nacional: ha creado la novela genuinamente chilena, dotándola de modelos para varios lustros. ¿Fué el autor consciente de lo que hacía? Vamos a verlo inmediatamente.

V. Colaboraciones en LA SEMANA

1859. Los hermanos Arteaga Alemparte abren una nueva pista de ensayos para sus colegas de letras al fundar *La Semana*, que permitirá exploraciones prometedoras en el arte de escribir. Don José Victorino Lastarria, seguramente porque en el grupo de los literatos de *La Semana* figuraban algunos de sus antiguos alumnos, no vaciló, años más tarde, en calificar de "acontecimiento tan feliz como inesperado" la salida del nuevo periódico (*Recuerdos Literarios*). En el fuego innovador que alumbraron en su revista los Arteaga Alemparte se abrasan por algún tiempo aquellos de sus amigos y colaboradores que en esas páginas dejaron la huella de su talento. Los nombres de Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, José Victorino Lastarria (oculto a veces tras el seudónimo *Ortiga*), Daniel Barros Grez, Miguel Cruchaga, Marcial González, Adolfo Valderrama, Abdón Cifuentes, Zorobabel Rodríguez, Hermógenes de Irisarri, Martín José Lira, Luis Rodríguez Velasco, Eduardo de la Barra, para no citar sino a los principales y a los que mejor justificaron más tarde los comienzos de esos días juveniles, hacen de *La Semana* un nutrido muestrario de la literatura chilena del siglo XIX. El lector debe reparar en que estos nombres provienen de todos los campos, porque *La Semana* no fué el periódico exclusivo de una tendencia literaria o política, sino que estuvo siempre abierto a los cultivadores de las letras, sin pedirles más que escribieran con talento y novedad de concepto y de forma.

El primer artículo de Blest Gana que apareció en la revista de los Arteagas no es ni de costumbres ni novelesco, sino un ensayo titulado *De los Trabajos Literarios en Chile*, donde el

novel autor invitaba a sus colegas a trabajar sin descanso, a no desmayar en la tarea de cultura que se habían propuesto.

A las inquietas declamaciones —decía— de los que, sintiéndose con fuerza, abandonan la tarea culpando a la indiferencia de la sociedad, nosotros responderemos diciéndoles que busquen en su voluntad la energía que su propia indiferencia les roba y hallarán en el trabajo y la perseverancia su propio desengaño. Chile se encuentra ahora como esos campos que sólo esperan la mano del cultivador para rendir frutos abundantes y sazonados; la civilización ha arrojado ya los cimientos que prepara la inteligencia: tened constancia y veréis convertirse en flores las que creíais zarzas y malezas. No es el aprecio por los trabajos literarios lo que falta, es la constancia y el entusiasmo de los que pueden cultivarlos.

No le parece, por lo demás, obstáculo para llamar al cultivo de las letras el que en Chile no pueda encontrarse fácilmente una originalidad que sería engañosa en todas partes, y hasta acepta que "después del trabajo los resultados sean modestos y obscuros: valdrán al menos una ofrenda que habremos depositado en el altar de la civilización y que será recogida por todos los que crean con sinceridad en la grandeza del porvenir". Y pocos años más tarde, al escribir a uno de sus más queridos amigos, José Antonio Donoso, ved cómo se corrobora:

Tienes razón de esperar de mi constancia en el trabajo; siempre escribo, porque es una necesidad en mi naturaleza. Si tuviese que romper mi pluma de novelista, rompería también con la poca alegría que me queda en el alma y acabaría por fastidiar a los que me rodean a fuerza de fastidiarme a mí mismo.

En *La Semana* se ocultó el señor Blest Gana tras el seudónimo *Nadie* para redactar esos artículos de costumbres que forman una pequeña parte de la obra que ha legado a la posteridad, como cuantía material, pero en los cuales hallamos los gérmenes de escenas de novelas donde brillan sus mejores cualidades. El primero de la serie, *Algunos Matrimonios* (núm. 7), adquiere casi el carácter de un cuento por los abundantes diálogos que lo entreveran, y es una escena palpitante de emoción y de gracia. También

apareció en *La Semana* la novelita *Un Drama en el Campo* (publicada desde el número 8), que no es otra cosa que un cuento largo, y en el mismo número que le da fin, vuelve *Nadie* a consignar en el artículo *Los Placeres de Santiago* las observaciones que le sugiere la vida de su ciudad natal. En el número 14 publica Justo Arteaga Alemparte un artículo sobre las *Cuatro Novelas de Alberto Blest Gana,* que hasta entonces eran *Juan de Aria, El Primer Amor, Engaños y Desengaños* y *La Fascinación.* No estudia ni *Una Escena Social,* que había visto la luz en *El Museo* en 1853, ni *Un Drama en el Campo,* de que nos acabamos de ocupar.

En el segundo tomo del periódico, correspondiente en gran parte al año 60, la colaboración de *Nadie* vuelve a aparecer en el número de 3 de marzo, donde comienza la narración de *Un Viaje a los Baños de Chillán.* Las observaciones de costumbres se mezclan en los artículos de esta serie al itinerario que pone al autor en contacto con gentes diversas, cuyas conversaciones aparecen enlazadas a descripciones de paisajes, poco precisos como casi todos los de Blest Gana. Los artículos son tres, y están escritos con un humor ligero y liviano. También en el segundo tomo de *La Semana* reanuda, siempre bajo seudónimo, la sección *La Vida,* que había iniciado el año anterior, y deja pasar los últimos números de la revista, hasta su extinción, sin contribuir con nuevos trabajos. La cosecha, sin embargo, no es pequeña.

VI. Certamen universitario: LA ARITMETICA EN EL AMOR

En 1860 la Universidad quiso ayudar a la formación de la novela nacional, género literario que había tardado en introducirse entre nosotros y que contaba ya a Blest Gana como el más honorable y asiduo de sus cultores. Para incitar a otros literatos a abrazarlo, la corporación abrió un certamen que daría abundante publicidad a la obra distinguida. Blest Gana presentó *La Aritmética en el Amor,* que fué, naturalmente, premiada, ya que era difícil que en esos años hubiese en Chile escritor que

como él dominara, con avezada maestría, los resortes del interés novelesco y las interioridades de la psicología humana. Este triunfo fué el más grande que logró el autor en toda su carrera literaria, y lo alcanzó en plena juventud, a los treinta años de edad, cuando un amplísimo porvenir se abría a sus ojos.

Tocó a don José Victorino Lastarria y a don Miguel Luis Amunátegui señalárselo: ellos fueron los miembros de la Facultad de Humanidades que examinaron las obras presentadas al certamen y quienes recomendaron *La Aritmética en el Amor* para el premio de $ 200 que se había ofrecido. El informe, fecha 2 de noviembre de 1860, habla de las tres novelas presentadas, *Judith, El Jugador* y *La Aritmética en el Amor,* pero se especializa en la última como es fácil adivinar (2).

Si la novela de *Judith* —se lee allí— es una esperanza en flor de lo que será un joven escritor que hace un buen estreno, la novela titulada *La Aritmética en el Amor* es un fruto sazonado de un escritor ya veterano, que presenta, no su primer ensayo literario, sino una obra bien meditada y bien ejecutada, que descubre una larga práctica en el difícil arte de escribir.

Ya en esta obra señalan los censores la singularidad que caracteriza a las novelas de Blest Gana desde el punto de vista de la composición, al decir que "contiene una acción principal y varias accesorias que sirven para complicar las situaciones y desenvolver los caracteres de los personajes, algunos de los cuales se hallan dibujados por mano de maestro". Señalan también su chilenidad:

El gran mérito de esta composición es el ser completamente chilena. Los diversos lances de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos presenciado, o hemos oído, cosas análogas. Los personajes son chilenos, y se parecen mucho a las personas a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos.

. . . .

(2) *El Jugador* es la misma obra que con el título de *Alberto el Jugador* publicó doña Rosario Orrego de Uribe en 1861. No hemos logrado identificar al autor de *Judith.*

Toda la novela se halla animada por un gran número de cuadros de costumbres nacionales llenos de colorido y de verdad, y ciertamente nada inferiores a los tan justamente aplaudidos del Larra chileno, el espiritual Jotabeche.

Finalmente, aplicándose a lo que de más profundo puede haber en el arte literario, su acuerdo con una verdad moral íntimamente arraigada en el corazón de una sociedad que se precia de su buena organización, los jueces dicen:

El autor de la novela ha escrito su obra, no para hacer pinturas literarias simplemente, sino para desenvolver un pensamiento. Lo que él ha querido reproducir, y hacer odioso reproduciéndolo, es ese egoísmo desenfrenado que ahoga en tantas personas todo sentimiento honrado, que ofusca en ellas la voz de la conciencia, que justifica a sus ojos el empleo de toda especie de medios para llegar a la riqueza y al poder, que hace para ellas la pobreza más espantosa que el crimen y que la infamia, que convierte el cálculo aritmético en regla de la vida. Nos complacemos en decirlo: el autor ha conseguido plenamente su objeto; ha hecho resaltar la fealdad del egoísmo y la belleza de la virtud, haciendo pasar delante de sus lectores un cierto número de personajes que simbolizan la degradación o la elevación moral.

En virtud de este informe, el 13 de noviembre se dictó el decreto supremo que ordenaba pagar a Blest Gana el premio fijado a su obra. A esta recompensa siguió con extraordinaria rapidez otra, exclusivamente espiritual, que debe haber llenado de gozo al novelista: la Facultad de Humanidades acordó en su sesión del 6 de diciembre reemplazar a don Juan Bello, que acababa de fallecer, por don Alberto Blest Gana. De este modo pasaba el autor de *La Aritmética en el Amor* a ser miembro de número de la Universidad y a ocupar, por lo tanto, un puesto entre los orientadores y jefes de la cultura chilena.

VII. En la Facultad de Humanidades. Un programa literario

Blest Gana no se mostró indiferente al honor que se le acababa de hacer ni remiso para cumplir lo que ordenaban los reglamentos universitarios, y se apresuró a incorporarse a la Facultad

de Humanidades. En efecto, el 3 de enero de 1861, antes de que se cumpliera un mes desde su designación (3), pronunció ante la Facultad el discurso de estilo.

Es un ensayo sobre las letras en general, pero ante todo es un programa literario al que el autor sujetaría en lo futuro sus iniciativas novelescas. Dando por establecido que el concepto de escuela en literatura ya no tenía importancia ni podía señalar rumbos al creador, habló de la necesidad de que las letras llenasen una "tarea civilizadora" y se esmeraran "por revestir de sus galas seductoras a las verdades que puedan fructificar con provecho de la humanidad". Tomando en cuenta la observación, hecha hacia 1842, respecto de si el genio chileno era apto para el cultivo de la poesía, cuestión promovida en la polémica de los emigrados argentinos, se responde afirmativamente, pero lamenta a renglón seguido:

La poesía chilena ha sido hasta hoy esencialmente sentimental: ha buscado su principal inspiración en los dolores del alma, que si bien es cierto que abundan en la tierra, no constituyen el estado normal del hombre; ha vertido demasiadas lágrimas para que la expresión de una melancolía perenne pueda conmover, ha tocado con demasiada frecuencia las fibras del corazón, para que haya podido conservar la exquisita sensibilidad de sus sentimientos.

Este lenguaje se explica en el siglo XIX, porque dentro de él se desconoció como chilena la poesía colonial, a la que no calzan las censuras de Blest Gana, ni era aplicable a una buena porción de la poesía de pocos años antes, como la de Salvador Sanfuentes, como la del propio Bello, en donde lucen esmeradas composiciones no subjetivas. Era, además, un reproche al propio hermano del novelista, don Guillermo, que había tomado los tormentos de su alma como materia, casi la única, adecuada a su poesía. Después de estas observaciones, don Alberto se ocupa de la novela, terreno en el cual se le presenta la oportunidad de pronunciarse abiertamente sobre el género en el que Lastarria

(3) Todavía menos, puesto que el decreto supremo que ratificó su nombramiento fué expedido sólo el 21 de diciembre.

y Amunátegui le diputaban maestro. Dice que la novela cuenta con muchos más lectores que la poesía, y por eso lamenta que "no haya encontrado en Chile sino muy pocos" cultivadores, "y reconocemos —añade—, como causa principal de este fenómeno, además de las dificultades que ofrece la ejecución de obras de esta clase, el natural desaliento que infunde la idea de luchar con la muchedumbre de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna en manos de los lectores".

En Chile —agrega— no ha predominado hasta hoy ningún género especial de novela, porque, como dijimos, es el ramo literario que menos discípulos cuenta. Sin duda alguna que tanto la novela histórica cuanto la de costumbres y la fantástica pueden prestar eminentes servicios a las letras nacionales y segar lauros envidiables. El acierto en el desempeño decidirá del éxito y no el género o escuela a que pertenezcan: giran todas ellas en el dominio de la ficción y disponen de variados medios para interesar y para instruir. Pero creemos que, consultados el espíritu de la época y la marcha de la literatura europea durante los últimos treinta años, la novela que está llamada a conservar por mucho tiempo la palma de la supremacía es la de costumbres. Con efecto, la novela histórica, revestida de poéticas galas por Walter Scott, ha sufrido desde entonces notables pero poco acertadas modificaciones, en manos de los escritores del día, y ni aún conservando el carácter que el ilustre escritor escocés le diera en sus inmortales trabajos, la popularidad inmensa que con sobrada justicia alcanzaron y aún conservan, puede decirse que salva la esfera que habita la gente de esmerada educación.

La previsión del señor Blest Gana se ha realizado en la literatura chilena: la novela de costumbres no sólo fué cultivada mucho en Chile, sino que es la única en la cual se han logrado sazonados y sabrosos frutos. Después de plantear aquellos principios, el disertador se preguntaba "si este género literario puede adquirir entre nosotros un carácter verdaderamente nacional", y se respondía que sí:

Nuestras costumbres tienen un sello particular que las distingue y forman un fecundo manantial para el hombre de observación. Las dificultades que ofrece lo reducido de nuestras poblaciones son, sin duda, un impedimento contra el cual puede estrellarse muchas veces la imaginación del escritor; pero no es tan insuperable que no pueda vencerse, tratando de buscar los incidentes novelescos en medio de las escenas natu-

rales de nuestra vida, pues creemos que la pintura de incidentes verosímiles y que no tengan nada de extraordinario puede, si el colorido es vivo y verdadero, interesar al lector tanto como los hechos descomunales con que muchos novelistas modernos han viciado el gusto de los pocos letrados.

A continuación se ocupa en estudiar el punto de la moralidad de la novela, en presencia, seguramente, de los reproches que había recibido de *La Revista Católica* por *Una Escena Social*, y habla de "algunos críticos que comprenden, bajo el mismo anatema, tanto a la injustificable licenciosa pintura de escenas sin decoro cuanto a la de ciertos extravíos humanos, que no pueden dejar de figurar en obras destinadas a la descripción social".

El deber del novelista en este caso —agrega— no creemos que consista en evitar la mención de esos extravíos, sino en retratarlos de modo que no hieran a la moral. Si por un temor irreflexivo se ciñese a lo primero, no habría pintado las costumbres, porque no existe sociedad humana en la que no corran parejas los vicios y las virtudes confundidos; en hacer resaltar la fealdad de aquéllos está el deber y no en callarlos, y para esto las segundas ofrecen un poderoso auxiliar.

Vimos ya que este mecanismo de virtudes y vicios que se combaten, puesto en marcha por el novelista para encarecer el precio de aquéllas, había sido advertido por los censores de *La Aritmética en el Amor*. El discurso del señor Blest Gana finaliza con algunas ligeras reflexiones sobre la crítica literaria, donde se lee una definición bastante acertada:

La crítica debe mostrar siempre la verdadera senda, atacar sin acrimonia los desaciertos, popularizar las buenas doctrinas y defender su causa siempre con razonamientos estudiados y poderosos, sin dejarse arrastrar por la pasión, para no infundir desaliento a los que se presentan en la arena de la publicidad.

VIII. MARTIN RIVAS *y su éxito*

En 1862 el autor de *La Aritmética en el Amor* publicaba una nueva obra, caudalosa y bien compuesta, a la cual el gusto público ha acordado desde entonces una acogida excepcional-

mente grata. Se habrá adivinado ya que hablamos de *Martín Rivas,* en cuyas páginas puede seguirse claramente el plan o programa que el creador trazó en el discurso de la Facultad de Humanidades. A pesar de no contar sino treinta y dos años de edad, ha observado mucho: puede vanagloriarse de conocer íntimamente la vida chilena que aspira a reflejar en sus escritos, y ha ensayado el pulso en obras menores, que revelan el progreso del artista en la profesión literaria. La repercusión de *Martín Rivas* es grande desde el momento en que sus capítulos aparecen como folletín en el diario *La Voz de Chile;* luego lo estudia don Diego Barros Arana en un sesudo artículo, y el autor recibe multitud de felicitaciones: a ellas, por lo menos, alude en una carta dirigida al entrañable amigo José Antonio Donoso, de quien reprocha un silencio que parece indiferencia:

Dos jóvenes vivían unidos por la más estrecha y sincera amistad. Separólos el destino y no por esto dejan de vivir unidos; se escribían con frecuencia. Era su amistad de las que aplauden con sinceridad los triunfos del amigo. Los dos tenían el mismo pecado, pues eran escritores. En fin, pasó el tiempo y uno de ellos, inaccesible a la pereza, publica entre otras una novela, *Martín Rivas.* Sensación en el público, coro de felicitaciones, artículos lisonjeros, quejas de las mujeres cuando se interrumpe su publicación, cartas de elogios, todo llueve sobre el autor como una lluvia de flores. Su amigo entretanto no da señales de vida. Envuelto en un manto de egoísmo, se olvida del otro, y éste, que no es olvidadizo, se pregunta: ¿Qué es esto? ¿Es la flojera una patente de indiferencia?

Las ocupaciones del autor de *Martín Rivas,* que le impiden escribir una larga carta, le dejan tiempo, sin embargo, para enviar al amigo una palabra de cariño quejoso.

Si *La Aritmética en el Amor* no fuese una novela chilena tan elegante y precisa como es, si no contuviese informaciones acabadas y completas de la vida nacional, podría asegurarse que con *Martín Rivas* entraba a la literatura chilena un género no cultivado antes en ella y una especialidad que le hacía falta; pero esto no amengua el mérito de *Martín Rivas,* ya que el estudio de caracteres que aquí se realiza es muy completo, y la exhibición de las costumbres nacionales, tan oportuna como la de su hermana mayor. *Martín Rivas* resulta en definitiva muy superior a *La Arit-*

mética en el Amor, cuyos caracteres están esbozados con cierta inverosimilitud y en cuyo estilo persiste el mal gusto balzaciano que acompañó al autor los primeros años de su carrera. El hecho es que, por muchos lustros, Blest Gana es por antonomasia "el autor de *Martín Rivas*", antes de que sobre esta linda obra echaran su sombra agostadora *Durante la Reconquista* y *El Loco Estero,* libros de la madurez, libros definitivos, a cuya comparación los demás parecen meros ensayos y aproximaciones tímidas.

IX. *Colaboraciones en* LA VOZ DE CHILE. EL IDEAL DE UN CALAVERA

En 1862 había comenzado a publicarse en Santiago el diario liberal *La Voz de Chile*; hemos visto ya que en sus columnas apareció como folletín *Martín Rivas,* uno de los grandes acontecimientos literarios chilenos. Blest Gana mantuvo allí, además, la sección hebdomadaria *Conversación del Sábado* desde el 12 de abril hasta el 21 de junio inclusive. El 28 aparece reemplazándole don Guillermo Matta, porque Blest Gana se ha trasladado a Valparaíso a esperar a su hermano Guillermo que regresa del destierro. Vuelve a redactar la conversación del 5 de julio, hasta que es luego reemplazado definitivamente por don Guillermo Matta, Isidoro Errázuriz, Luis Rodríguez Velasco y otros más, que alternativamente redactan la sección.

También escribe en 1862 en las páginas de *El Correo del Domingo,* y allí, como en *La Voz de Chile,* muestra una audacia juvenil que no tiene manifestaciones parejas en *Martín Rivas.* En esos artículos no teme el autor exponer a las risas de sus lectores a todas aquellas personas que siguen con la fidelidad del rebaño las modas del día, ni retrocede ante la empresa de fustigar la ignorancia del provinciano extraviado en la muchedumbre de la capital, la fatuidad del mundo de *medio pelo* y del mundillo elegante o que por lo menos de tal presume. *Los Retratos en Tarjeta (Correo del Domingo,* núm. 1) es uno de aquellos artículos en que las crudas observaciones no son hirientes nada más que

porque no se leen en ellos nombres que individualicen a las víctimas. En él usó Blest Gana el seudónimo *Nadie* que le hemos visto emplear anteriormente y que abandonó en las novelas y demás escritos literarios para usar su nombre completo.

Una fusión perfecta de la novela y de las observaciones de costumbres iba a encontrar al año siguiente, es decir, en 1863, un campo propicio para desenvolverse en *El Ideal de un Calavera,* que acaso no ha tenido la acogida que merece por sus sobresalientes cualidades. Es, sin lugar a dudas, la más fresca, fogosa y amena de las obras de la primera época, y la galería de tipos que en ella se expande no tiene rival, como completo muestrario de la vida chilena, en las demás novelas de Blest Gana. Del tiempo en que esta obra era dada a luz tenemos una confesión íntima que muestra claramente la conciencia que de su misión como novelista se había formado el autor. En una carta a su amigo Donoso se halla lo siguiente:

> ...busco lectores y aspiro a que mis novelas salven los límites de la patria y hagan conocer mi nombre en el resto de la América. Que los que me hayan leído me juzguen.

El Ideal de un Calavera fué saludado en *El Mercurio* por un artículo tan simpático como entusiasta de Vicuña Mackenna, que se anticipaba halagüeñamente al juicio de la posteridad al decir de Blest Gana que "no sólo es nuestro primer novelista, sino que es el creador de la novela de costumbres entre nosotros". La observación es certera y debe haber conmovido el corazón de Blest Gana porque le arrancó la más completa y trascendental profesión de fe, el más entrañable grito de seguridad en sí mismo que haya proferido un escritor chileno:

> ...desde un día en que leyendo a Balzac hice un auto de fe en mi chimenea, condenando a las llamas las impresiones rimadas de mi adolescencia, juré ser novelista, y abandonar el campo literario si las fuerzas no me alcanzaban para hacer algo que no fuesen triviales y pasajeras composiciones. Desde entonces he seguido, incansable, como tú dices, mi propósito, sin desalentarme por la indiferencia, sin irritarme por la crítica, sin enorgullecerme tampoco por los aplausos con que el público

ha saludado mis últimas novelas. El secreto de mi constancia está en que escribo no por culto a la gloria, que no existe ni aún con oropeles entre nosotros; no por ambición pecuniaria, porque sólo últimamente mis trabajos empiezan a producirme algún dinero; sino por necesidad del alma, por afición irresistible, por ese algo inmaterial, en fin, que nos lleva a apartarnos de los cuidados enfadosos de la vida, lanzando la imaginación a un campo en que nadie puede vedarnos los dulces frutos de la satisfacción intelectual. En fin, escribo, como creo habértelo dicho alguna vez, porque tengo la manía de escribir.

La más importante aportación de Blest Gana a *La Voz de Chile* fué la de los folletines que publicó en sus columnas, desde la novela corta *La Venganza* hasta la magnífica narración de *El Ideal de un Calavera.* La primera apareció a poco de ser fundado el periódico, en números del mes de marzo de 1862; luego se publicó *Martín Rivas,* que llenó el folletín desde mayo hasta julio del mismo año; poco después se publicaba *Un Drama en el Campo,* en octubre, y en seguida, y a partir del 20 de octubre, aparecieron los capítulos de *Mariluán,* que sólo se extinguen en noviembre de 1862. Luego intervienen varios meses de silencio, hasta que se hizo la publicación de *El Ideal de un Calavera* entre agosto y diciembre de 1863. La novela fué anunciada en los días anteriores, como se hace con una primicia cuyo éxito se descuenta de antemano, pero cuando terminó, las circunstancias no eran propicias a comentarios proporcionados a su importancia como obra literaria. En la tarde del 8 de diciembre se había producido el desastroso incendio de la Compañía, y toda la sociedad chilena estaba ocupada en llorar a sus muertos, que según listas de la propia *Voz* llegaron a 2.030. Después de esta obra, la firma de Blest Gana no vuelve a figurar en las columnas de *La Voz de Chile* hasta la suspensión definitiva de este diario.

X. El Independiente. *Blest Gana, regidor de Santiago*

En marzo de 1864 el político don Manuel José Irarrázaval decidió intentar la publicación de un nuevo diario, *El Independiente,* para defender una política conservadora hostil al montt-

varismo, y confió la dirección a don Miguel Luis Amunátegui. Este distinguido escritor se había dado cuenta del ascendiente que sobre el público tenía Blest Gana, y puso como condición *sine qua non* para aceptar el cargo que don Alberto fuese invitado a colaborar en el nuevo periódico. Así se hizo, y Blest Gana publicó allí algunos artículos humorísticos y una novela corta, *La Flor de la Higuera.* El 21 de junio de 1864, Amunátegui dejó la Redacción de *El Independiente,* siendo reemplazado en ella por don Pío Varas. Antes de esa fecha las colaboraciones de Blest Gana se habían suspendido ya. Los artículos a que nos referimos llevan como firma el apellido Solama, que era el de uno de los personajes de *El Ideal de un Calavera,* lo que bastaría para atribuirlos al señor Blest Gana si no pudieran identificarse, además, por el estilo, que en este género de composiciones el autor lo tuvo, y bastante personal.

Blest Gana entre tanto había llegado a ser regidor de la Municipalidad de Santiago, y el 18 de junio de 1864 el propio *Independiente* daba cuenta de un proyecto de acuerdo presentado por él a la Corporación. Del texto de este proyecto, que el diario publicó completo en la edición señalada, se desprende que se trataba de una fórmula para disminuir los inconvenientes del déficit que pesaba entonces sobre las arcas municipales. Según los datos que allí mismo encontramos, la Municipalidad debía más de $ 345.000, la mayor parte de los cuales ($ 242.000) ganaban intereses superiores al 8% anual como término medio. Blest Gana proponía que la Municipalidad recabara del Gobierno autorización para emitir hasta $ 500.000 en billetes que pagarían un 8% de interés anual, interés que la Corporación podría ir reduciendo, con hipoteca de todos los bienes municipales, y un 2% de amortización. El autor de la proposición estaba persuadido de que ella era ventajosa para la Municipalidad porque le permitiría cancelar sus deudas, y para el público, que en esos billetes encontraría "una colocación para sus capitales, al abrigo de eventualidades que en el giro del comercio los amenazan".

XI. *Intendencia de Colchagua*

En esta fecha el señor Blest Gana había enterado ya diez años de servicios en el Ministerio de la Guerra y contaba treinta y cuatro de edad. Los éxitos obtenidos por el novelista y por el autor de artículos de costumbres eran, sin duda, resonantes y le indicaban para trabajos de mayor vuelo que la rutinaria tramitación de una oficina administrativa. En julio de 1864 se dictó en su favor el decreto que le nombraba intendente de Colchagua, con el carácter de interino. De la capital rumorosa donde había nacido pasaba a una ciudad provinciana, San Fernando, de vida monótona, pero el nuevo empleo era un ascenso positivo e importaba una distinción que no podía menos que halagar al funcionario. Blest Gana, empero, no aceptó lisa y llanamente el cambio, sino que conservó la propiedad de su empleo de jefe de sección, seguramente al abrigo de las ambiciones y de los trastornos que suelen acechar los cargos de la confianza del Ejecutivo. A esto se refiere en *El Independiente* el colaborador que firmaba *El Duende* (16 de julio de 1864):

> El nombramiento de intendente de Colchagua en la persona del conocido novelista don Alberto Blest Gana ha sido aprobado generalmente por todos los que desean que al frente de los destinos públicos se vaya colocando la inteligencia; pero lo que no aprobamos nosotros es que se le retenga el empleo de jefe de sección, que bien podrían dárselo a mi humilde persona sin comprometer los altos destinos de la República ni hacer huella muy profunda en nuestro agotado erario.

Por aquellos años, anteriores a la ley de comuna autónoma, el intendente debía cumplir al mismo tiempo las funciones de alcalde, en las cuales influía considerablemente su prestigio como representante del Presidente de la República. En tres memorias sucesivas, presentadas en 1864, 1865 y 1866, Blest Gana dejó testimonio de sus trabajos como intendente. Aunque no tomara a su cargo la Intendencia sino el 8 de julio de 1864, hubo de presentar con fecha 1.º de agosto su primera memoria, que natu-

ralmente comprende una revista de trabajos hechos con anterioridad a su nombramiento. Más personal es la cuenta de 1865, que corresponde ya a actos ejecutados por el propio Blest Gana o bajo una ingerencia directa de él en los negocios administrativos. Anotaba entonces con orgullo que se habían aprobado y puesto en vigor las siguientes medidas: "Un reglamento de sala; una ordenanza para la contribución de patentes de carruajes; un acuerdo para la dotación de los empleos de procurador y de secretario municipal; un reglamento para la tesorería municipal; un reglamento para la contribución de patentes; un acuerdo para el ornato de la plaza principal de esta ciudad de San Fernando; un acuerdo para establecer de cuenta del tesoro municipal un puente de cimbra sobre el río Tinguiririca", y que pendían de la aprobación del Gobierno las que se indican: "Una ordenanza para la contribución de alumbrado público; un acuerdo para recabar del Congreso, por el conducto del Gobierno, que se declare de utilidad pública el terreno necesario para la rectificación del camino de Nancagua; un acuerdo para la publicación anual de un boletín de ordenanzas, reglamentos y de acuerdos municipales; una ordenanza para el pago de balseaje de los ríos Rapel y Tinguiririca; un acuerdo para que se abone sueldo a los individuos del cuerpo de serenos que se enfermaren estando en servicio activo; un acuerdo para establecer un arreglo más conveniente en la contribución de serenos".

Entraba luego a examinar algunos de estos actos, estudiaba el ramo de policía, referíase más adelante a la obra de beneficencia, hecha a través del único hospital de la provincia, ubicado en San Fernando; dedicaba importante mención al capítulo de caminos, que bajo su administración había sido especialmente atendido, y finalizaba con un resumen de las operaciones del censo de la provincia, ejecutado en diciembre de 1864.

Al año siguiente podía alegrarse de haber llevado a San Fernando todos los siguientes adelantos: "los trabajos ejecutados en la plaza principal de esta ciudad; el establecimiento del alumbrado público en la misma; la conclusión de las reparaciones

que se habían emprendido en el edificio y patios del cementerio, y el considerable ensanche dado a éste por medio de la compra de algunos terrenos que han aumentado su extensión hacia el norte". El balance del hospital de San Fernando en 1.º de abril de 1866 no podía ser más favorable, puesto que después de hechos todos los gastos quedaba en caja un sobrante de $ 1.755 y medio centavo, a pesar de "no haber bajado de ochenta el número diario de enfermos asistidos", y aunque se había adquirido "un juego completo de instrumentos de cirugía de primera clase, por la suma de cuatrocientos pesos".

Sobre los caminos contiene esta memoria una observación que da fe del profundo interés que Blest Gana dedicaba a la Intendencia:

La circunstancia de terminarse a fines del presente año la línea de ferrocarril que se construye entre San Fernando y Curicó, lo que hará que una línea férrea atraviese esta provincia en toda su extensión longitudinal, me hace juzgar oportuno llamar la atención de US. hacia este ramo de los caminos vecinales. A mi juicio, para que el ferrocarril produzca los beneficios que se buscan con su construcción, dando a la agricultura el impulso y desarrollo que esta clase de obras comunica al cultivo de los campos, conviene atender gran parte de los caminos vecinales como si fueran de los que apellida públicos la ley. Así encontrarán fácil salida para sus frutos muchos campos que en el día experimentan grandes dificultades en la extracción de sus granos y cecinas, y, por consiguiente, aumentarán el transporte de carga por el ferrocarril, que es la arteria principal a que afluyen los productos que por esos caminos vecinales buscan su salida. Convencido de la importancia de esta observación, he comisionado al ingeniero de esta provincia para que, a medida que sus ocupaciones se lo permitan, haga un estudio de los caminos vecinales entre esta ciudad y Curicó, que, en el sentido que dejo indicado, merezcan una atención preferente.

Al aceptar Blest Gana en 1864 el nombramiento de intendente de Colchagua se alejó totalmente del ejercicio de las letras, sin otra excepción que la descripción del viaje al Niágara que hizo cuando era Encargado de Negocios de Chile ante el Gobierno de los Estados Unidos. En cartas del mismo tiempo dirigidas a su amigo Vicuña Mackenna, el intendente se queja de que las ocupaciones del gobierno provincial y de la administra-

ción local le arrebataban todas sus horas. Ocasión será ésta, sin duda, para elogiar en Blest Gana un método de trabajo que le iba a permitir cumplir tareas de suprema responsabilidad y dar siempre la impresión de que era invulnerable a la fatiga y al desaliento. Trabajando un poco cada día y dejando siempre espacio, hasta en lo más agitado de su misión en Francia en 1879 (que, como veremos, es la prueba máxima a que fué sometido), a recapitular lo hecho y lo que faltaba hacer, Blest Gana asombra por la formidable tarea que echó sobre sus hombros. Y esta potencia de labor, acompañada de una claridad intelectual que no conoció un solo eclipse, duró no sólo hasta que en 1887 obtuvo la jubilación, sino también en los trabajos intelectuales que más tarde, y hasta la más extrema ancianidad, se atrevió a emprender.

XII. Se propone a Blest Gana la Legación en Washington

A mediados de noviembre de 1866 el intendente se dirigía a Vicuña Mackenna para obtener datos de él sobre la vida en los Estados Unidos; en su carta decía:

> He estado a verte en tu casa, y me encuentro con la noticia inesperada de tu viaje a Valdivia. El objeto principal de mi visita, fuera del placer de estrecharte la mano, era el de pedirte informes acerca del viaje a Estados Unidos y de la manera de vivir en aquel país. Como tú acabas de hacer ese viaje, debes hallarte en situación de poderme suministrar todos los informes que necesito.
>
> ¿Cuánto cuesta, poco más o menos, por persona, la traslación desde Santiago a Nueva York?
>
> ¿Puede vivirse en Washington con una renta de seis mil pesos con la decencia y desahogo correspondientes a un Encargado de Negocios?
>
> ¿Presentan comodidades los vapores de éste y del otro mar para viajar con una familia en la que se llevan tres niños, de los cuales el menor es de pecho?
>
> Este es el resumen de las preguntas que deseaba hacerte hoy en mi visita. Tú has estado en Norteamérica con Astaburuaga, y debes saber si es posible vivir ahí con seis mil pesos, como corresponde a un agente diplomático, aunque de segunda clase.

Esta carta tiene fecha 14: el 24 de noviembre de 1866 el Supremo Gobierno nombraba a Blest Gana Encargado de Nego-

cios de Chile en Washington. Las preguntas hechas a Vicuña estaban, por cierto, muy bien dirigidas, puesto que éste acababa de pasar diez meses en la Unión Americana del Norte, enviado por el Gobierno de Chile a que se hiciera cargo de la tarea confidencial de adquirir armamentos indispensables para sostener la guerra con España. Don Francisco Solano Astaburuaga (1817-1892), que desempeñaba el puesto de Encargado de Negocios desde 1861, no era apropiado para afrontar la tarea que se encomendara a Vicuña Mackenna, como más joven, impulsivo y dinámico. Posteriormente, y cuando ya Vicuña estaba de vuelta en Chile, el Gobierno chileno reconvino a Astaburuaga porque no había sabido arrancar al Ministro de Estado de la Unión, Mr. Seward, una actitud simpatizante con las repúblicas del Sur que se batían de nuevo con España. A pesar de los recuerdos que a Seward se hicieron del compromiso moral en que la llamada Doctrina de Monroe ponía a su Gobierno, la neutralidad de la Unión fué severamente guardada por ese Ministro: en virtud de ella se enjuició a Vicuña por sus proyectadas adquisiciones de armamentos y se obstaculizaron las diligencias regulares de Astaburuaga.

Estos datos, aunque someros, explicarán que el nuevo nombramiento que el Gobierno de Chile daba a don Alberto Blest Gana no era una distinción frívola ni podía ser tomado a la ligera: la República necesitaba atender a su defensa, sobre todo marítima, ante la constante provocación de la escuadra española que merodeaba por sus costas, y que había llegado ya a cometer el 31 de marzo de 1866 el inicuo bombardeo de Valparaíso. Después de esta acción de guerra, la escuadra española hizo rumbo a Europa, pero era muy de temerse que reiniciara las operaciones. En esta incertidumbre angustiosa para el patriota, Blest Gana partió a Washington.

XIII. *Escasos resultados de la misión en Washington*

Blest Gana se trasladó en los primeros días de diciembre de 1866 a Valparaíso, con el objeto de embarcarse allí en su viaje

a Washington, pero hubo de postergar varios días su partida porque enfermó una de sus hijitas: el 10 de diciembre lo cuenta a don Federico Errázuriz. La partida no vino a verificarse sino el 17 del mismo mes, en el vapor *Chile*, que le dejaría en Panamá. El viaje duró en total un mes y tres días, al cabo de los cuales desembarcaba en Nueva York y emprendía en el acto camino hacia Washington

Vicuña Mackenna entre tanto se había apresurado a recomendar a su amigo ante las personas que podían servirle en los Estados Unidos. A don Francisco Solano Astaburuaga le escribió una carta el 13 de noviembre de 1866, lo que prueba que el nombramiento era cosa segura varios días antes de su dictación oficial:

> No sé cuándo partirá Blest, que todavía se halla en San Fernando —escribía Vicuña—. Es un excelente muchacho y se lo recomiendo mucho.

Y el 29 de diciembre le dice al mexicano don Matías Romero, a quien había conocido como Ministro de México en Washington (4):

> Mucho recomiendo a usted al nuevo Ministro de Chile Alberto Blest Gana. Es un caballero, un literato distinguido y un excelente amigo.

Blest Gana fué presentado en Washington al Ministerio de Estado por su antecesor Astaburuaga, en enero de 1867. Al parecer, Blest Gana no simpatizó con el carácter de los norteamericanos, lo que puede explicar su corta estancia en Washington: en una carta de 27 de febrero dirigida a Vicuña Mackenna, dice:

> Me preguntas: ¿Cómo te han recibido esos farsantes del Potomac? Nada tengo que decir de ellos hasta la fecha. Tú sabes que cuando se siembran esperanzas, la cosecha de desengaños no viene hasta después.

(4) Una biografía de Romero se lee en *Diez Meses de Misión*, etc., t. II, p. 25 y sigs. Huelga acaso advertir que Romero era ardiente chilenófilo.

No parece haber esperado mucho la recolección, porque un año apenas permaneció en Washington en una situación que debemos calificar de ingrata; su propósito inicial fué, sin embargo, permanecer más tiempo en la capital de los Estados Unidos: así se desprende de la carta a Vicuña Mackenna (27 de febrero de 1867), en la cual dice que se ha instalado en la misma casa que había ocupado Astaburuaga, y que a éste compró "casi todo su menaje". Y ofrecía su hogar al buen amigo: "Si el acaso te vuelve a traer por estos mundos, *ya conoces la casa,* como dicen en la patria; no faltará una pieza para ti, ni ninguna de las atenciones que mereces". Y dos días después se queja ante Errázuriz de la carestía de la vida en los Estados Unidos, y sobre todo de los altos precios que cobran los hoteles a quienes, como él, se presentan acompañados de toda una familia y con servidumbre para los pequeñuelos. A esta carestía se unen los ineludibles compromisos de la diplomacia: ya el 9 de abril del mismo año declara abiertamente que no le basta la renta, que ha comunicado esto mismo al Ministro don Alvaro Covarrubias, y que Errázuriz, su corresponsal, le hará un servicio si refuerza la gestión en marcha que le permita salir de los Estados Unidos.

A estos motivos de desazón se unen los desprendidos del propio encargo que le ha llevado a ese país. El Gobierno de los Estados Unidos, atareadísimo con la liquidación de la guerra secesionista, ha olvidado el compromiso moral que parecía ligarle con las naciones hispanas de América, desde las enfáticas declaraciones de Monroe, y no ha prestado a las naciones amenazadas por el ataque de España la mínima asistencia que se le había pedido. En sus notas enviadas al Ministerio de Relaciones Exteriores, Blest Gana opta por tener informado a su Gobierno sobre todos los hechos políticos de trascendencia que llegan a su conocimiento: elecciones de representantes, iniciativas del Ejecutivo para aminorar los daños producidos por la guerra de Secesión, y atiende también a las vicisitudes de la lucha que en

esos días libra México contra las pretensiones imperiales de Maximiliano. Conforme datos de don Matías Romero, da cuenta del progreso de Juárez contra el invasor, y anuncia como inminente (12 de abril) la rendición de éste en Querétaro, como efectivamente ocurrió. Más tarde se ocupa en llamar la atención al Gobierno acerca de la posibilidad de atraer a Chile, como por su parte había hecho el Brasil, a muchos americanos de los Estados del Sur, que, descontentos por la derrota que les había infligido Lincoln, estaban dispuestos a emigrar (29 de abril). Al tomar conocimiento del resultado de las elecciones de 1867, que han renovado el Parlamento de Chile, dice:

Por el final de la segunda de las notas que contesto, quedo impuesto del satisfactorio resultado que hasta la salida del vapor se conocía de las elecciones. Me complazco en felicitar a US. y al Gobierno por este merecido triunfo, que importa no sólo un acto de justicia de parte del pueblo chileno hacia sus mandatarios, sino, también, la consolidación de las prácticas liberales y de respeto a los derechos de los electores que el Gobierno de US. ha cimentado en nuestro país. (9 de mayo).

Sólo el 20 de junio toca un punto que puede interesar a Chile en la difícil tarea que se ha impuesto al correr los riesgos de la guerra con España. Comunica a su Gobierno que ha recibido la visita de don Blas Bruzual, Encargado de Negocios de Venezuela, para proponerle la adhesión de su país a la guerra con España; resolución tan tardía no debe haber sido tomada muy en serio en Chile; en todo caso, el 9 de setiembre acusa recibo de la respuesta de Santiago, en que se le ha dicho que sugiera a Bruzual insinúe a su Gobierno el envío de un representante especial a Santiago, para tratar con él los pormenores de la negociación; Blest Gana agrega que no ha podido cumplir el encargo, porque el señor Bruzual se ha ausentado de Washington. El 10 de julio informa de los rumores, hasta entonces no confirmados, de la ejecución de Maximiliano en Querétaro, que, según sus noticias, se había producido el 19 de junio. También registra en una de sus notas el importante pro-

greso logrado en las comunicaciones, al dar cuenta de que el 24 de agosto de 1867 ha entrado en servicio el cable submarino entre los Estados Unidos y Cuba (29 de agosto).

Como paréntesis al trabajo de la Legación, bastante monótono por lo que se ha visto, hace un viaje al Niágara. El 16 de setiembre de 1867, a las diez de una noche plácida de otoño, iluminada por la luna, Blest Gana contemplaba las aguas de la incomparable catarata. El relato de este episodio ha quedado en las páginas del menudo volumen titulado *"De Nueva York al Niágara"*, que el autor mandó a Chile para su publicación, único paréntesis literario que abre en su carrera desde que fuera nombrado intendente de Colchagua.

Mientras tanto, el 16 de noviembre el Gobierno le despachaba el nombramiento de Enviado y Ministro Plenipotenciario en Londres, de cuyo decreto da cuenta en la nota, todavía de Washington, fecha 30 de diciembre. En la misma anuncia que el archivo de la Legación quedará encajonado y sellado, en poder del representante peruano, a falta de un diplomático chileno, ya que don Juan E. Mackenna, oficial de la Legación de Chile en Washington, pasa con él a Londres, en igual cargo. Y el 10 de enero de 1868 dice a su Gobierno:

> Como he tenido el honor de comunicar a US., el 15 del actual saldré de Washington para embarcarme en el vapor que sale el 22 de Nueva York para Liverpool.

En la Legación de Washington le reemplazó don Mariano Sánchez Fontecilla, cuyos primeros documentos llevan fecha marzo de 1868.

XIV. Blest Gana en Londres

Don Alberto Blest Gana llegaba a Londres, a hacerse cargo de un puesto de extraordinaria responsabilidad, a punto de cumplir 38 años, con bastante experiencia administrativa y con todos los conocimientos que le podían hacer fácil su misión:

sabía el inglés desde niño, por haberlo hablado con su padre y haberse ejercitado bajo la tutela de éste en la lectura de libros británicos; conocía el francés por sus cuatro años de vida en París, en Versalles y en las poblaciones de la Picardía que recorriera como topógrafo, y había adivinado, más que practicado, por lo corto de su misión en Washington, los secretos de la diplomacia. Llegado a Londres el 3 de febrero de 1868, se instaló oficialmente el 6 del mismo mes, e inició las gestiones de rigor para presentar a S. M. la Reina Victoria las cartas credenciales que le encargaban Ministro en reemplazo de don Maximiano Errázuriz (1835-1890). La Reina no se encontraba en esos días en el lugar oficial del Gobierno, y por eso no pudo Blest Gana cumplir el trámite de la presentación hasta el 6 de marzo.

Desde que Blest Gana salió de Chile por segunda vez, a fines de 1866, no regresó nunca más a su patria, y los únicos actos que de él se registran, hasta su jubilación en 1887, son las gestiones oficiales que le tocó emprender como Ministro diplomático de Chile. La enumeración de estas negociaciones deberá ser necesariamente enojosa, porque están todas ellas, salvo contada excepción, vertidas por el propio negociador en notas oficiales, puramente expositivas; la vida íntima del hombre queda oculta tras las actuaciones públicas, y sólo la estupenda laboriosidad de que da muestra en ellas puede ser parte a restar monotonía a la copia de tales y cuales documentos, y al esbozo de las situaciones, a veces singularmente difíciles, a que debió hacer frente como diplomático. No debe creerse que Blest Gana cumplió las obligaciones de su cargo con esa estrictez para omitir un mayor esfuerzo, que es por lo común la norma que aplican los hombres al ejercicio de una profesión que no es la de sus tendencias vocacionales espontáneas. El diplomático estaba en el derecho de sentirse transeúnte en el mundo oficial, ya que la poesía primero y la novela más tarde habíanle absorbido el tiempo y los entusiasmos, mostrándole atisbos de un mundo en

el cual se viven satisfacciones tanto más gustadas cuanto más tiempo acariciadas como quimera. Y, sin embargo, extendió como diplomático su curiosidad a cuanto asunto podía interesar en su patria, y no dejó de ampliar sus notas oficiales con cartas privadas a los amigos que iban sucesivamente ocupando los puestos directivos del Gobierno. El mismo ánimo para trabajar que le hemos visto desplegar cuando, adolescente casi, escribía novelas y artículos, es el que le mueve cuando es Ministro, y surge de una tendencia de su espíritu, que en 1865, antes de salir de Chile, había sintetizado en una frase, de cuya íntima verdad juzgará el lector por lo que sigue en este libro. Estando en la capital de Colchagua, había escrito el 8 de diciembre a su amigo don Federico Errázuriz:

> ... en dondequiera que me encuentre empleado, no sólo trabajaré por obligación, sino para satisfacer una exigencia imperiosa de mi carácter, que tiene horror al ocio...

Ha renunciado a las letras porque las considera moralmente incompatibles con el buen desempeño de su misión, y, como necesita escribir, llena incontables pliegos para mantener informado al Gobierno acerca de todos los pormenores de la política europea, que juzga de utilidad y de interés para éste. Sólo al sonar para Chile la hora de la dura prueba de 1879 se altera un tanto el panorama de esta carrera regular: adquiere entonces la gestión diplomática una tensión dramática, y el Ministro se multiplica para atender los infinitos detalles que se piden a su patriotismo. Mas no debemos anticiparnos. Nos interesa en este paréntesis dejar sólo establecido que la oscura labor de la diplomacia ha pesado largamente sobre el nombre de Blest Gana, hasta el punto de que él como negociador diplomático no ocupa el lugar a que le dan derecho sus merecimientos. Sirva la crónica que sigue para hacerlos más notorios.

XV. *Difíciles negociaciones en Londres. Blest Gana es nombrado, además, Ministro en París*

Don Ricardo Montaner Bello, que estudió con minuciosidad y admiración la obra diplomática de Blest Gana, dice, a propósito de las primeras gestiones que debió iniciar éste en Londres:

> La primera negociación en que intervino el señor Blest Gana apenas llegado a Londres fué continuar la iniciada por su antecesor para conseguir la salida de aguas inglesas, con destino a Chile, de dos corbetas construídas en arsenales de Inglaterra para la escuadra de la República. Estos buques, listos para el servicio, estaban detenidos en el Támesis a consecuencia del estado de guerra que persistía entre las Repúblicas Aliadas del Pacífico y España, y las gestiones diplomáticas del señor Errázuriz se habían dirigido a obtener del Gobierno de Gran Bretaña la licencia necesaria para su salida, licencia que no había podido obtenerse por los deberes que la neutralidad imponía al Gabinete de St. James.
>
> Hubo necesidad de recurrir a la invención de un expediente que satisficiera esta circunstancia, y que fué realmente muy original y tal vez el único que se conozca en la historia de las guerras internacionales. Consistió en que ambos beligerantes, es decir, España y Chile, solicitaban del Gobierno inglés autorización para sacar de los puertos de Inglaterra elementos bélicos navales por valores equivalentes, dejando a salvo de este modo la neutralidad del Reino Unido.
>
> Pero como España deseaba extraer dos fragatas blindadas y Chile dos corbetas de madera, en lo que no había comparación de valores, se extendió este acuerdo a todos los países aliados de Chile para que pudieran sacar otros elementos navales hasta igualar el valor de los dos barcos españoles.

Las instrucciones que había dado el Gobierno chileno a Blest Gana para el desempeño de su misión comprendían "disposiciones relativas al objeto general de ésta; a la negociación para la salida de nuestras corbetas, iniciada por mi predecesor, y al encargo que se me hace de publicar los planos, presupuestos, informe y supremo decreto sobre el ferrocarril de Chillán a Talcahuano, a fin de que los interesados que haya en Europa a contratar esta obra puedan dirigir sus propuestas al Gobierno" (nota de 16 de marzo). Blest Gana gastó muchas diligen-

cias con el encargado de la Foreign Office, Lord Stanley, para llegar a destruir además un tropiezo que a última hora presentó la Legación del Perú, respecto de la salida de las corbetas chilenas detenidas en puertos británicos, y hasta debió autorizar a don Juan de Dios Merino Benavente para que en la prensa rebatiera las informaciones antojadizas del señor Jara Almonte, que, en ausencia del Ministro peruano señor Rivero, había publicado artículos que colocaban en enojosa situación a Chile. Se acusó entonces a Chile en Londres de que el antecesor de Blest Gana, don Maximiano Errázuriz, no había solicitado la aquiescencia del representante peruano para ajustar con España el arreglo de equivalencia para sacar elementos bélicos de Gran Bretaña sin vulnerar la neutralidad de ésta, y, posteriormente, habiéndose obtenido una explícita declaración de Errázuriz, Jara Almonte negó haber aceptado las bases del acuerdo. Por su parte, el Gobierno francés miró con disgusto el arreglo, como hizo saber su representante en Londres a nuestro Ministro (1.° de junio). Afortunadamente, el Gobierno chileno aprobó la conducta de Blest Gana (1.° de julio), quien, sin duda, mostró diligencia y oportunidad: en su Legación de Londres le era fácil advertir lo urgente de su encargo, puesto que, desde muchos meses antes del estallido, en la capital británica corrían rumores de una inminente revolución en España. Cuando ésta se produjo (Blest Gana la registró con detalles desde las notas de 30 de setiembre y 16 de octubre), ya los barcos y demás elementos bélicos chilenos se habían hecho a la mar. Sin la tenacidad diligente que gastó Blest Gana, la revolución española habría dejado desarmado a Chile por algunos años más.

En Santiago, la negociación no fué aplaudida por los adversarios del Gobierno, y dió motivo a un agitado debate parlamentario. La interpelación de don Marcial Martínez comenzó en la Cámara de Diputados el 22 de junio de 1868, ocasión en la cual el interpelante pronunció un extenso discurso enconadísimo contra el Gobierno y contra el negociador chileno en Londres. "El triste convencimiento que he adquirido —decía el se-

ñor Martínez— es que el Gobierno de Chile ha entrado en connivencias clandestinas con el enemigo, conducidas éstas de una manera irregular, anómala e indecorosa, infiriendo con semejante conducta lesión a la honra y dignidad del país y a la lealtad que debemos a nuestros aliados." La exposición fué acompañada de una vasta documentación de notas oficiales cambiadas entre don Maximiano Errázuriz, que había precedido a Blest Gana en Londres, y el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, a las cuales se agregan otras piezas de diversa procedencia, entre las que hay algunas que llevan la firma de Blest (*Boletín de Sesiones*, p. 168 y sigs.)

En la sesión de 30 de junio tomó la palabra don Federico Errázuriz, Ministro de Guerra y Marina, y al término de sus observaciones propuso un voto por el cual se aprobaba la conducta del Gobierno "en la negociación hecha en Londres para la liberación de las corbetas *O'Higgins* y *Chacabuco*". También usó de la palabra don Francisco Vargas Fontecilla, Ministro de Relaciones Exteriores, y al término de su discurso el señor Martínez habló nuevamente en términos violentos contra don Federico Errázuriz. El 2 de julio volvió al debate la cuestión, con la intervención de don José Victorino Lastarria y del señor Errázuriz, y luego habló el diputado Arteaga Alemparte, también contra el Gobierno. El diputado Lastarria propuso entonces un voto por el cual se "deplora que en tal negocio se haya contrariado el decoro de la República y sus propios deberes para con sus aliados". Cerrado el debate, y puestas en votación las indicaciones hechas, resultó aprobada la del Ministro de Guerra y Marina, por 46 votos contra 8 y una abstención.

El carácter general de este debate fué su extrema virulencia, planteada ya por el señor Martínez en su primer discurso, y mantenida por el señor Errázuriz, que no era persona de quedarse con los dicterios de nadie. En cambio, Vargas Fontecilla, como habría de reconocer el propio diputado interpelante, trató el asunto más desde lo alto y con serenidad encomiable. La

incidencia no tocó más que de paso al señor Blest Gana, ya que las negociaciones, como se ha dicho, habían sido iniciadas por don Maximiano Errázuriz, proseguidas por el Encargado de Negocios don Juan de Dios Merino Benavente, y asumidas y llevadas a término por Blest Gana sólo cuando éste se hizo cargo de la Legación en Londres.

Debe haber sido seguramente este feliz estreno el que determinó al Gobierno chileno a encargar al señor Blest Gana otra misión diplomática, sin abandonar la que tenía iniciada en Gran Bretaña. Por el decreto de 1.º de diciembre de 1869, quedó a cargo de la Legación de Chile ante el Emperador Napoleón III, con residencia en París, la que se hallaba vacante desde 1865. El señor Blest Gana se apresuró a fijar la Legación en la capital francesa, testigo de su primer contacto con la vida europea veinte años antes, y sólo en breves temporadas, generalmente por asuntos del servicio y por la salud, la abandonó para ir a Londres, o a Roma, o a Berlín. El 13 de marzo de 1870 fué recibido oficialmente por Napoleón III en el Palacio de las Tullerías, en una audiencia pública; después de la ceremonia, fué invitado a saludar a la Emperatriz Eugenia en sus departamentos del mismo palacio.

En cumplimiento del tercer punto enunciado en las instrucciones, Blest Gana imprimió un folleto sobre el ferrocarril de Chillán a Talcahuano, que se publicó primeramente en inglés y luego en francés, y en 1870 colocaba, por intermedio de los banqueros Morgan y Cía., el empréstito correspondiente, de cuyas tramitaciones iniciales había comenzado a hablarse mucho antes. En la memoria pasada en 1872 al Ministerio de Relaciones Exteriores, el señor Blest Gana decía:

Los términos en que fué contratado el empréstito llenaron en todas sus partes las condiciones señaladas por el señor Ministro de Hacienda en sus instrucciones. Procuré en cuanto me fué posible acercarme a la par en la combinación del tipo y el interés, habiendo servido de base a estas operaciones, como tenía forzosamente que suceder, la cotización de nuestros empréstitos anteriores en el mercado. Sólo después de haber

ensayado distintas combinaciones más favorables que no me fueron aceptadas por las diversas casas con quienes entré en correspondencia, me decidí a admitir la propuesta de setenta y nueve por ciento de tipo, libre de comisiones, al interés de cinco por ciento y con un fondo de amortización de dos por ciento durante los cinco primeros años y de uno por ciento para los siguientes, hasta la expiración de la deuda.

Es fácil adivinar que, a tan cortos años de la guerra con España, que mostraba la fragilidad de la existencia de los pueblos americanos, y cuando los Estados Unidos se despreocupaban soberbiamente de ayudarlos, no era posible colocar un empréstito en mejores condiciones.

XVI. La guerra franco-prusiana y la Comuna. Ataques a Blest Gana

A poco de instalarse en París y de abrir la Legación en el número 7 de la rue Vézelay, Blest Gana tuvo que asistir a la guerra franco-prusiana, que tan desastrosa fué para los intereses y la vida misma de Francia. El 15 de junio de 1870 dió en nota oficial al Gobierno las primeras informaciones acerca del incidente del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, uno de los motivos inmediatos de la guerra, y en una postdata se refirió a los rumores insistentes de ruptura bélica que circulaban en París por esos días. Durante las primeras semanas de agosto estuvo en Londres, y el 15, vuelto a París, comienza a dar cuenta del desarrollo de la lucha, en notas prolijas y muy bien informadas. Al horror de la guerra misma, llevada con resultados generalmente adversos por los ejércitos de Napoleón III, se agregaron luego los síntomas de un malestar político grande. Antes de que cayera el Gobierno monárquico al peso del desastre, Blest Gana dejó la capital de Francia, y se estableció en Boulogne-sur-Mer el 29 de agosto, con el objeto de permanecer en contacto frecuente y directo con Inglaterra, función a que le obligaba su doble investidura. Desde el comienzo de las operaciones, Blest Gana tomó como su obligación informar al Gobierno chileno detenidamente de la marcha de la guerra, sin

omitir detalle alguno que resultara de interés para apreciar sus resultados. El 15 de setiembre dió cuenta de la capitulación de Sedan y de la formación del Gobierno de la defensa nacional con que el pueblo francés organizó la lucha contra el invasor, una vez eliminado Napoleón III, y con él el Imperio; y, formado ya el Gobierno republicano de transición, que tomó a su cargo la prosecución de la guerra, el diplomático chileno dirigió a M. Favre, Ministro de Relaciones Exteriores, una nota en la cual, sin hacer cuestión de reconocimiento, se limitó a tomar nota del cambio habido.

El Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile le pidió que "no omitiera oportunidad alguna para comunicar sin dilación todos los acontecimientos, a medida que se vayan desenvolviendo", y en esta virtud los despachos de Blest Gana se amplían considerablemente y no dejan de mencionar detalle que pueda interesar en Chile.

En abril de 1871 se trasladó a Londres: en París quedaba el secretario de la Legación, don Carlos Zañartu, a cargo del archivo, y en Versalles, el Cónsul general de Chile, don Francisco Fernández Rodella, para el despacho de los negocios consulares que pudieran presentarse. Desde Londres siguió informando a su Gobierno sobre los sucesos de Francia, tal como se los presentaban los despachos de la prensa, el testimonio de viajeros ilustrados y las noticias transmitidas por los diplomáticos mismos. No eran ellas nada tranquilizadoras, como se comprenderá, y a poco andar, París pasaba a ser el centro de la agitación comunista más considerable que se haya visto en la historia moderna antes de la revolución de octubre. Blest Gana permaneció en Londres hasta el 13 de julio. Entre las informaciones que envió al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile sobre los sucesos de la Comuna, procedentes de la capital inglesa, merece especial mención la nota en la cual comunicó el incendio de París, una vez que las masas de *communards* vieron perdida su causa. Con fecha 27 de mayo de 1871 decía al Gobierno:

Apenas si es posible no salvar los límites de la sobria sencillez de lenguaje que corresponde a un documento del género de esta nota, al referir los sucesos de que París ha sido a un tiempo teatro y víctima desde el 16 del que rige, fecha de mi última comunicación sobre política general europea.

La más hermosa capital del mundo entregada a las llamas con deliberado propósito; los monumentos del arte y los palacios, que el tiempo y las revoluciones habían respetado, destruídos ahora con premeditación; la ruina esparcida por todas partes, como una venganza y no como medio de defensa; el incendio elevado a la categoría de arma política, practicado con método no sólo por los hombres, sino por las mujeres y hasta por los niños de la población insurrecta; una ciudad, en fin, entregada a sangre y fuego en la agonía de una defensa insensata, son motivos harto poderosos para justificar un desbordamiento de indignación, aun en una pieza oficial como la presente.

Y seguía relatando, en una larga nota de cuatro fojas por ambas caras, los episodios de la lucha con que la fuerza del Gobierno restaurador pudo recuperar a París, donde encontró los cuadros más tremendos de las depredaciones cometidas por las masas de *communards* en su desorden moral, y ante la inminencia de la entrega de la ciudad que habían señoreado tan efímeramente.

Normalizada ya la situación política en Francia, volvió a París, aunque tuviese que ir diariamente a Versalles, sede oficial del Gobierno mientras se reparaban los destrozos que las masas habían hecho sobre todo en los edificios públicos. Por su parte, Blest Gana también debió recapitular los inconvenientes que se habían creado a la Legación durante su ausencia: al acercarse el sitio de París, obedeciendo instrucciones de Santiago, notificó a los chilenos de que debían abandonar la ciudad. El único que no hizo caso de esta advertencia, que tenía el carácter de un imperativo mandato, fué el escultor Nicanor Plaza, becado por el Gobierno chileno para estudiar su ramo en Francia. Durante el sitio, los intereses de la Legación y de los chilenos residentes fueron encomendados al Ministro de los Estados Unidos, Mr. Washburne, a quien Blest Gana dió ofi-

cialmente las gracias por su acción defensiva, varias veces manifestada, en nota de Versalles, fecha 28 de marzo de 1871.

El estado de los negocios pendientes en la Legación era también difícil después de la guerra y de la Comuna: don Carlos Zañartu, secretario, había renunciado su puesto, y Blest Gana se encontró solo hasta que el 5 de octubre de 1871 llegó a hacerse cargo del suyo don Carlos Morla Vicuña (1846-1901), que acababa de ser nombrado. Poco tiempo más tarde, a partir de enero de 1872, la residencia de la Legación fué trasladada de la rue Vézelay a la avenue de Méssine. En abril de este mismo año, Blest Gana estaba otra vez en Londres, gestionando un convenio postal entre Inglaterra y Chile, y volvió pronto a París, para cumplir cerca de M. Thiers el deber de presentarle credenciales, trámite a que se sometieron todos los jefes de misión, con motivo del cambio radical de Gobierno que se había producido a raíz de la derrota.

Estos viajes continuos y estas sorpresivas determinaciones a que le había sometido la guerra, debilitaron notablemente la importancia de la asignación de mil pesos anuales que la ley de presupuestos concedía entonces al Ministro de Chile en Londres y en París con el objeto de pagar gastos de escritorio. Con fecha 15 de setiembre de 1872, pidió Blest Gana al Gobierno un aumento de la asignación referida, en atención al gran número de asuntos que le tocaba tratar, por su doble investidura y por la tuición que de hecho se le había confiado de todos los representantes de Chile en el extranjero. Porque, como se comprende, no era sólo Ministro en Londres y en París, sino también agente de colonización, tesorero de las misiones en el extranjero, inspector de los cónsules y agente de compras y de contratación del Gobierno en todas las materias que es posible imaginar. Las notas de la Legación están llenas de informaciones y despachos relativos a encargos de útiles de escritorio, de libros, de gabinetes para liceos, de uniformes, municiones y armas para el Ejército, etc.

Con notable inoportunidad e imprudencia se produjeron en Chile ataques a la conducta de Blest Gana por el simple hecho de que hubiera trasladado su residencia, en lo más agudo de la guerra, de París a Boulogne-sur-Mer, sitio especialmente escogido por el Ministro para no perder del todo su contacto con Gran Bretaña, como dijo él mismo en la primera de sus notas procedentes de ese puerto (31 agosto 1870), al explicar las razones que había tenido para establecerse allí. El diario de oposición *El Progreso* dirigió contra Blest Gana un artículo que reprodujo en seguida *La Libertad,* para hacerle coro; la defensa corrió a cargo de *La República,* que en su editorial del 18 de noviembre de 1870 hacía notar, entre otras razones, que Blest Gana no era sólo Ministro en Francia, sino también en Gran Bretaña, uno de los temas culminantes de la argumentación hecha por él mismo ante el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

XVII. Negociación en Roma

El 22 de diciembre de 1871, habiendo sido nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de Chile don Adolfo Ibáñez, el primero a quien tocó el desempeño especial de este departamento, que antes era sólo una subsecretaría del de Interior, se expidió una circular a los agentes diplomáticos de Chile, para pedirles que enviasen al Ministerio "una memoria anual de los trabajos hechos y de las diversas labores y tareas a que se han dedicado, agregando todos aquellos datos y noticias que en concepto de la Legación contribuyan al fin indicado". En cumplimiento de esta obligación, Blest Gana elevó desde París, el 30 de abril de 1872, la nota número 79, que contiene la cuenta de sus trabajos durante el último año, no sin agregar "todos los actos de alguna importancia ejecutados por la Legación que presido desde el día en que de ella me hice cargo". La repetición de este trámite en años sucesivos nos permite reconstituir la vida diplomática y oficial de Blest Gana; hechos más notables

han merecido, además, ser consignados en publicaciones independientes que se aprovecharán en cada caso.

El señor Errázuriz había podido advertir poco antes, a su paso por el Ministerio de Guerra y Marina, la necesidad de que Chile tuviera una armada de guerra apta para ejercer la defensa de sus dilatadas costas. Cuando en 1868 el Gobierno chileno consiguió del de Londres autorización para sacar de puertos británicos los dos barcos que habían sido embargados, en atención a las disposiciones sobre neutralidad, fué Errázuriz quien defendió la actividad del señor Blest Gana, que pasando por alto menudas cuestiones, que no afectaban al fondo de la negociación, había conseguido hacer llegar a Chile dos corbetas: la *O'Higgins* y la *Chacabuco*, indispensables para completar el armamento naval de la patria. Los graves contrastes de la misma guerra con España, y en especial el bombardeo de Valparaíso en 1866, daban a aquella necesidad los caracteres de una extrema urgencia. A esto se unía el curso de las negociaciones entre Chile y la Argentina por la posesión definitiva de la Patagonia, que hacia 1873 adquirieron el carácter de una tensión tal, que hacía presagiar sólo la guerra. Por eso, en cuanto llegó a la Presidencia de la República, el señor Errázuriz se propuso dotar a Chile de nuevos barcos que incrementaran la escuálida flota, y a su iniciativa dictaba el Congreso la ley de enero de 1872 que autorizaba al Gobierno para ordenar la construcción de dos naves capitales, con el producto de un empréstito de diez millones de pesos. Las diligencias de Blest Gana satisficieron a los entendidos en estos negocios, como se desprende del pasaje de una carta de don Aníbal Pinto a su suegro, el general Cruz, (6 de mayo de 1873):

Se ha contratado también en Inglaterra el empréstito de $ 10.000.000 para el pago de este ferrocarril (el de Curicó a Angol) y de los buques que se han encargado. Este empréstito se ha contratado también a condiciones sumamente ventajosas. Es el mejor empréstito que ha contratado Chile, y prueba el crédito de que goza nuestro país en Europa. (Archivo de Pinto, en poder de don Ricardo Donoso.)

Y con la misma actividad de siempre, comenzó en el acto Blest Gana a disponer la construcción de dos blindados, los que más tarde se llamarían *Almirante Blanco* y *Almirante Cochrane*, en astilleros ingleses. Cada día que pasaba eran peores las noticias que se le hacían llegar desde Chile: Argentina no sólo había adoptado una actitud intransigente al tratar la cuestión de la Patagonia, sino que además algo se rumoreaba acerca de un tratado que la uniría al Perú y a Bolivia. En una carta a don Adolfo Ibáñez, Ministro de Relaciones Exteriores a la sazón (París, 16 de enero de 1873), Blest Gana repite una frase que aquél ha escrito en su correspondencia: "Nuestros blindados representan nuestra salvación", y la comenta con todo el fuego de su corazón de patriota:

La marcha del trabajo de éstos es objeto de mi constante empeño, de mis continuas amonestaciones, y sobre ella hoy doy semanal y minuciosa cuenta al Ministerio de Marina. Cuando leo en su correspondencia frases como la citada, ¡quisiera tener la fantástica cuanto poética varillita de virtud de nuestros cuentos infantiles! Ella y sólo ella podría hacernos poseedores de la virtud sobrenatural de hacer que los contratistas cumplan sus contratos; que los obreros trabajen cuando se quiera y no cuando lo manda la asociación de que dependen y que les da de comer cuando están de huelga; de hacer que los ingenieros sean infalibles, y de que todo marchase como si éste fuera el mejor de los mundos posibles, como lo parecía al doctor Pangloss, en vez de ser el valle de dificultades incesantes, de obstáculos insuperables, de deseos impotentes, de esperanzas burladas, que U. y yo conocemos, como todo el que anda sobre el áspero camino práctico de la vida.

Por oficio de 4 de junio de 1872, el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública don Abdón Cifuentes encargó a Blest Gana trasladarse a Roma, capital en la que el Gobierno chileno no tenía acreditado un representante especial, a fin de tratar los acuerdos previos necesarios para que en la Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales, que entonces se estaba discutiendo en Chile, pudiese introducirse una reforma que el mismo señor Cifuentes resumía como sigue: "La abolición completa de los fueros especiales, afectando por consiguiente

al fuero eclesiástico, bien entendido sólo en lo que concierne a las causas temporales, pues en las espirituales US. sabe que por institución divina a la Iglesia corresponde el conocimiento exclusivo de ellas". A cambio de esto se ofrecía a la Santa Sede la supresión de los "recursos de fuerza", que por ser una apelación a la autoridad civil contra resoluciones de la eclesiástica, habían ocasionado lamentables choques entre ambas, que la Iglesia sobre todo deseaba evitar. En sus *Memorias* el señor Cifuentes recuerda el hecho y dice:

El Papa prestó su acuerdo para suprimir el fuero eclesiástico en las materias de la competencia del Estado; pero con la condición de suprimir al mismo tiempo los recursos de fuerza.

Blest Gana se trasladó a Roma, y el 20 de noviembre de 1872 era recibido por primera vez en el despacho del Cardenal Secretario de Estado; al día siguiente celebró una audiencia privada con el Sumo Pontífice, que no era otro que el Conde Mastai-Ferretti, que en 1824 había estado en Chile como secretario del Legado Apostólico Muzzi.

La acogida que mereció a Su Santidad fué altamente benévola y cordial.

El supremo jefe de la Cristiandad no había olvidado sus años mozos, como registra el plenipotenciario en su nota de 25 de noviembre:

En seguida hizo algunos recuerdos de Chile y de su permanencia en la República, dirigiéndome, acerca del estado en que ésta se encuentra, varias preguntas a las que me apresuré a contestar.

Las negociaciones, sin embargo, a pesar de haber comenzado bajo tan buenos auspicios, no fueron del todo expeditas: Blest Gana hubo de visitar varias veces al Cardenal Secretario de Estado y de proponerle diversas fórmulas en las cuales, sin lesionar la soberanía temporal de Chile, se consultase una efectiva reducción del fuero eclesiástico conforme a lo que en la materia podía aceptar la opinión ilustrada de Chile. En todo

caso, obtuvo lo que el Gobierno le había pedido, y pudo regresar a París el 7 de diciembre de 1872. Pero los arreglos a que llegó el negociador no satisficieron a una parte muy considerable y notoria de la sociedad chilena, y en obedecimiento a nuevas instrucciones debió trasladarse de nuevo a Roma en junio y julio de 1873. También conversó entonces con el Papa, y de su audiencia consignó el siguiente recuerdo:

> El Santo Padre, a los pocos momentos, me habló él mismo de mi negociación, diciéndome que había resuelto no ofrecer oposición a lo que pedía mi Gobierno; pero que contaba con la supresión de los recursos de fuerza. Le manifesté la complacencia con que el Gobierno recibiría esta noticia y le aseguré que al iniciar esta reforma siempre había sido su propósito renunciar a esos recursos, como en dos comunicaciones lo había ya expuesto a nombre del Gobierno a Su Santidad.

Estas negociaciones, en las cuales Blest Gana desplegó tino, diligencia y un prudente y acentuado deseo de mantener en pie las prerrogativas del Estado frente a la Iglesia, merecieron airadas críticas en Chile. Para responder a ellas se publicó la correspondencia oficial en un volumen de que hemos extraído la mayor parte de las informaciones que anteceden (5).

En el curso de 1873, Blest Gana recibió encargo del Ministerio de Guerra para que adquiriese en Francia sendas bibliotecas para ese Ministerio y para la Escuela Militar. La primera, como más general por su índole, fué formada "después de tomados plenos informes de los oficiales superiores bibliotecarios del Ministerio de Guerra de Francia y de tener a la vista sus catálogos y los de la Biblioteca de los oficiales de la Plana Mayor de la guarnición de París", y la segunda, más especial, fué encomendada al capitán don Baldomero Dublé, "cuyo conocimiento de los libros existentes en la Academia y de las numerosas obras que han visto últimamente la luz pública en

(5) El Ministro que en Chile negoció este asunto, don Abdón Cifuentes, no ha dejado en sus *Memorias* póstumas un recuerdo sustancialmente diverso de su tramitación, por lo que nos parece haber dado en estas páginas una relación fidedigna. Queda visible en esa obra, además, que Blest Gana interpretó rectamente las instrucciones recibidas de su Gobierno.

Europa le hacían especialmente apto para cooperar en esta tarea".

Y cuando llega el momento de recapitular la obra de este año preñado de inquietudes patrióticas, después de haber estimulado con tenacidad a los constructores de los blindados y de haber corrido de París a Londres y a Roma, Blest Gana, con humorismo que envuelve una experiencia dolorosa, escribía a don Adolfo Ibáñez las siguientes líneas:

Me temo que para la próxima no podré presentar a V. una memoria tan *nutrida* como la que remití para ésta. Ahí donde el público, por lo menos el de oposición, se figura que una Legación debe justificar su existencia por un incesante gestionar sobre negocios diplomáticos, que, por dicha de la República, no se presentan todos los días; ahí donde se cree que unos cuantos Cónsules generales podrían correr con todos los asuntos del país en Europa, porque esos asuntos, no siendo diplomáticos, han de ser muy sencillos, por grande que sea su importancia, mis pobres trabajos van a parecer bien insignificantes y a dar nuevo pábulo al ataque periódico que esta Legación sufre todos los años en el Congreso. Entre tanto, yo no puedo, por *crear* asuntos de interés internacional, meter pleito a M. Thiers (a quien hice antenoche una visita a Versalles) ni buscar camorra a S. M. B., que poco se deja ver; ni ir a decirle una herejía al Papa, que tan buena acogida me dispensó en la misión que fuí a desempeñar cerca de él. Mi Memoria tendrá pues que ser descarnada de carne diplomática, mal que me pese. (París, 14 de marzo de 1873.)

XVIII. Mr. Hyde y Orélie Antoine Ier., "Rey de la Araucanía"

Corría el año 1874, y el 7 de marzo naufragaba en la costa chilena, a la altura de Pichidangui, el vapor *Tacna,* capitaneado por un tal Mr. Hyde, súbdito de S. M. Británica. Reducido a detención Mr. Hyde, mientras se establecía la responsabilidad que podía afectarle en el siniestro, la Legación de su Gobierno ante La Moneda inició una reclamación en la que pedía que "fuese puesto inmediatamente en libertad, alegando que los tribunales del país eran incompetentes para conocer el asunto que motivaba la prisión"; "pretendía además que el Gobierno de la República debía acordar una indemnización por los per-

juicios que la conducta de sus autoridades ocasionaba al referido Hyde". El Gobierno de Chile, naturalmente, rechazó ambas pretensiones, y como el proceso continuara, llegó el momento en que la Corte Suprema debía pronunciarse sobre él, lo que ocurrió el día 21 de abril de 1874, fecha en la cual se expidió una sentencia que declaraba que Hyde debía ser puesto en libertad porque el naufragio había ocurrido fuera de las aguas territoriales de la República. Pocos meses más tarde, la Legación de S. M. Británica en Santiago, que había elevado los antecedentes de este asunto a conocimiento de la Foreign Office, dió a conocer al Gobierno chileno las instrucciones que había recibido de Lord Derby, a la sazón Secretario de Estado, para exigir que La Moneda manifestara "el pesar que sin duda experimentaba por la iniciación de procedimientos contra uno de los súbditos de S. M., con motivo de su imputada conducta a bordo de un buque bajo bandera británica y en alta mar, fuera de la jurisdicción de Chile; expresaba además que se consideraba autorizado para pedir que se concediese al capitán Hyde una indemnización moderada por su prisión ilegal".

Con este motivo, Blest Gana debió celebrar en Londres una serie de entrevistas con Lord Derby, en el curso de las cuales avanzó muy poco, porque el Secretario de Estado se mostró tenazmente empeñado en conseguir del Gobierno chileno, en forma oficial, una indemnización en favor de Mr. Hyde. En esta situación, Blest Gana propuso a Lord Derby la intervención de una tercera potencia, y sugirió que ella fuese Alemania, a cuyo Emperador se pediría, más que el arbitraje formal, no justificado por la cuantía del asunto, su cordial mediación. Se encontraba en este estado el negocio, cuando "llegó a conocimiento de la Legación chilena que el capitán Hyde estaba dispuesto a desistir de todo reclamo en consideración a cualquiera suma que se le concediese por vía de gracia", lo que se hizo efectivo mediante el pago de doscientas libras esterlinas.

La cuestión provocada por el apresamiento del capitán Hyde, que parece muy menuda ahora, llegó a revestir los más

odiosos caracteres y a producir viva inquietud al negociador chileno, quien no la ocultó en su correspondencia privada al Ministro de Relaciones Exteriores, don Adolfo Ibáñez, que hemos recorrido a lo largo de varias decenas de piezas (ver sobre todo la carta de 20 de noviembre de 1874). Por eso la salida que le dió el propio Hyde le pareció salvadora a Blest Gana, que en la Foreign Office había encontrado todas las resistencias que ofrece un mundo oficial prepotente y orgulloso a los empeños de un Gobierno débil, lejano y del cual nada debe temer. (Cartas a Ibáñez de 23 de abril y 20 de mayo, y a don José Alfonso de 3 de diciembre de 1875.)

El extraño aventurero francés que con el nombre de Orélie Antoine Ier. pretendió fundar en la Araucanía un nuevo reino, a cuya cabeza, naturalmente, él mismo se puso, dió también trabajo al señor Blest Gana. En la memoria de su servicio elevada al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile con fecha 9 de abril de 1875, informaba de las gestiones que había debido cumplir ante el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, Duque Decazes, para convencerle de que Chile poseía soberanía perfecta sobre las regiones araucanas y patagónicas en las que pretendía fundar su reino el curioso aventurero.

El señor Duque —añadía— pareció convencido de la justicia con que nuestras autoridades habían apresado a Tounens, y después de asegurarme que el Gobierno de Chile no tenía motivo para recelar conflicto diplomático alguno con la Francia a este respecto, me instó a que impusiera de toda la cuestión al señor de Villefort, Jefe de la Sección de su Departamento, encargado de estudiar y de proponer la contestación a la presentación de los representantes de la Dordoña (que habían pedido la intervención del Gobierno en defensa del pretendido Rey de la Araucanía). Accedí a la indicación del señor Ministro, y a más de hacer al señor de Villefort una relación verbal de todos los antecedentes, pasé al mismo Ministerio, breves días después, una extensa comunicación sobre la materia, acompañándola de una crónica completa de las diversas tentativas filibusteras de Tounens contra la soberanía y la paz de la República, y de las gestiones diplomáticas a que habían dado origen. De todos estos documentos he trasmitido copias a ese Ministerio de Estado con la oportunidad debida.

Las tentativas de Orélie Antoine Ier., acometidas cuando Chile desarrollaba los preliminares de un enojoso pleito de límites con la Argentina por la posesión de la Patagonia, parecían calculadas para introducir la confusión entre los europeos respecto de los límites exactos y de la extensión de la soberanía chilena. Por lo demás, el mañoso aventurero sabía tocar los resortes menos esperados. Hacia 1873 Blest Gana comunicaba al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile las diligencias que había hecho Orélie Antoine Ier. para lanzar un empréstito destinado a costear su expedición, los esfuerzos que le había costado convencer a las autoridades francesas de que todo aquello no pasaba de ser una añagaza ridícula y despreciable y, en fin, el temor que le asistía de que algunos católicos ingleses, a quienes Tounens había hablado, prestaran su apoyo a una empresa que terminaba por asumir los contornos de campaña en pro de la difusión de la fe cristiana. . . Por varios años no volvió a hablarse del asunto, hasta que el 10 de octubre de 1884 Blest Gana envió al Ministerio de Relaciones Exteriores una nota en la cual daba cuenta de las gestiones hechas por el heredero de Orélie Antoine Ier., el pretendido Rey Achille Ier., para reivindicar los derechos que aquél creía tener sobre la Araucanía, que habían motivado un artículo en *Le Figaro* de París. El Ministro de Chile no creyó necesario rectificar esa publicación por la prensa, pero sí contó que había conversado con el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia para reiterar el punto de vista del Gobierno de Chile acerca de aquellas pretensiones.

Desde entonces el asunto caía en el olvido más completo, que sólo en nuestros días han removido el estudio histórico y la curiosidad del escritor (6).

(6) La parte chilena de estos incidentes cómicos y lamentables a la vez se halla desarrollada *in extenso* en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, donde apareció el *Proceso seguido contra el titulado rey de Araucania y Patagonia, Orelie Antonio I de Tounens*, en los núms. 54, 55 y 56 del 2.º semestre de 1924, de 1925-1926 y de enero-marzo de 1927, respectivamente. Ella ha dado base además a dos publicaciones literarias de interés. Es la

Hemos citado estos dos incidentes, sin duda de corto alcance diplomático, para hacer ver de qué modo se ocupaba el tiempo del señor Blest Gana: encargado a la vez de dos representaciones, debía ir de París a Londres con frecuencia para no dejar prosperar aquellos incidentes, a veces enojosos, que pudieran ser parte a enturbiar las cordiales relaciones que Chile mantenía con la República Francesa y con S. M. Británica. Labor activa, muchas veces ingrata y mal comprendida, a la cual el Ministro chileno se entregó con abnegación de todo su tiempo, durante largos años.

XIX. *Dificultades del trabajo diplomático*

En la memoria elevada por Blest Gana al Ministerio de Relaciones Exteriores el 30 de marzo de 1873 aparece un párrafo relativo a la necesidad en que, según él, se encontraba el Gobierno chileno de acreditar sendos Ministros ante los Gobiernos de Francia e Inglaterra. En la memoria de 1877 insistió en estas observaciones, haciendo notar que "en el curso de cada año se presentan por lo menos dos o tres negociaciones de considerable importancia, para cuyo desempeño sería indispensable el nombramiento de un agente especial de la República". Ya hemos visto cómo Blest Gana hubo de trasladarse a Roma para gestionar la aceptación del punto de vista del Gobierno en lo relativo al fuero eclesiástico. En resumidas cuentas: no sólo era Ministro en Londres y en París, sino en cualquier otra parte a que llamasen las necesidades de su Gobierno. En aquella misma nota añadía:

> La celebración y cumplimiento de contratos tan serios como los que se refieren a la emisión y servicio de empréstitos cuantiosos, a la

primera el capítulo *Orllie-Antoine Ier, Rey de la Araucanía y Patagonia*, que se lee en *Pequeña Historia Patagónica*, que en 1936 dió a luz en Buenos Aires el ciudadano chileno don Armando Braun Menéndez; la segunda es una novela histórica completamente dedicada al personaje por don Víctor Domingo Silva, bajo el título de *El Rey de la Araucanía* (edición Zig-Zag, Santiago, s. a., aunque de 1936).

adquisición y envío de gran cantidad de materiales destinados a obras fiscales en el país, a la construcción de valiosas naves para la Armada Nacional, y respecto de los cuales no sería posible fiar los intereses del Estado a un simple agente comercial de vaga responsabilidad y no sujeto a los medios legales con que puede hacerse efectiva la de un empleado público, serían por sí solos motivos suficientes para mantener acreditado un representante de Chile cerca de los Gobiernos de Francia e Inglaterra.

Blest Gana en esa época contaba ya diez años de servicios diplomáticos, durante los cuales había residido oficialmente primero en Londres y luego en París, y desde 1870 reunía las dos investiduras que hemos anotado.

En oficio de 31 de diciembre de 1870 hace presente al Ministerio de Relaciones Exteriores que "a fines de 1869 se suprimió la Secretaría de esta Legación" (se refiere a la de París), y en apoyo de su pedido para que sea restablecida, agrega que a ella "no le están confiados exclusivamente los asuntos diplomáticos, como sucede con las Legaciones de otros países, sino que sirve de agencia general del Gobierno para todos los asuntos de la República en Europa". En virtud de esta petición se hizo el nombramiento de don Carlos Morla Vicuña, con cuyos servicios Blest Gana no contó, sin embargo, hasta octubre de 1871; además formaba parte del personal de la Legación don Carlos Zañartu. En 1876 desempeñó también un cargo de oficial en ella el hijo del Ministro, don Alberto Blest Bascuñán, a quien su padre hubo de mandar a Chile en 1877: su puesto quedó suprimido en todo caso el 1.º de enero de 1878.

Varios agregados *ad honorem* habían pasado entre tanto por la Legación; pero Blest Gana no acostumbraba exigirles ningún trabajo. Don Abdón Cifuentes, uno de ellos, recuerda en sus *Memorias* lo siguiente:

Nuestra vida en esta ciudad (7) era bastante monótona. Ella se reducía a informarse por la prensa de los sucesos de la guerra para comunicarlos al Gobierno, cada quincena, por los vapores del Estrecho de

(7) El señor Blest, como se sabe, se había trasladado a Boulogne-sur-Mer, ante la inminencia del sitio de París.

Magallanes. Entonces no había comunicaciones más rápidas ni más frecuentes, y eso sólo el año 1868 se había establecido, mediante una subvención de nuestro Gobierno a la línea de grandes vapores ingleses de la Compañía del Pacífico. Aprovechando el descanso forzado de la Legación, pedí permiso a Blest para hacer una jira por Bélgica, Alemania y otros países. "Vaya usted en buena hora, me contestó Blest, que a mí se me hace escrúpulo darle trabajo, ya que usted sirve la Secretaría gratuitamente. En Chile son muy aficionados a que los empleados públicos sirvan gratuitamente. Es costumbre que dejaron los gobiernos conservadores. En tiempo de Prieto y de Bulnes hasta los intendentes, gobernadores, subdelegados e inspectores eran empleados *ad honorem*. Desde la Constitución del 33, consejeros de Estado, senadores, diputados, municipales, hasta los celadores sirven gratuitamente. De esta costumbre nació que hasta los consejeros de los bancos, que son casas de negocios, sirvan gratis. Conque así vaya usted a echar su paseo con toda conciencia. Para dar noticias de la guerra me sobra con Zañartu, que gana sueldo".

No por mucho tiempo, ya que, como se verá, desde mediados de 1878 también fué suprimido el sueldo asignado a su empleo.

En varias notas, Blest Gana da cuenta de los trabajos que de orden del Gobierno ha encomendado a Morla Vicuña para que, en el British Museum, en la Biblioteca Nacional de París y en los archivos de España, acumule materiales históricos que sirvan a Chile en la defensa de sus derechos sobre la Patagonia. La sobresaliente obra de Morla sobre ese territorio fué el fruto de las más detenidas investigaciones, y se escribió a la vista de los documentos estudiados y copiados en archivos y bibliotecas europeos. Debido además a esas circunstancias, la presencia de Morla al lado del Ministro era alternativa y no constante: sólo en el período de la guerra del 79 se quedó a su lado para ayudarle en un trabajo que parecía hecho para agotar las fuerzas de los más tenaces y laboriosos diplomáticos.

A fines de 1875 el Ministro de Relaciones Exteriores don José Alfonso había hablado a Blest Gana de hacer alguna publicación en cualquier revista seria de Francia que permitiera al lector culto de Europa formarse idea clara de Chile y de sus progresos bajo la administración Errázuriz, que tocaba a su fin.

A este asunto se refiere la carta de 3 de diciembre de 1875, en la cual se lee lo siguiente:

La idea, de que V. se sirve hablarme, de hacer publicar aquí, en la "Revue des Deux Mondes" o algún otro periódico importante, una reseña histórica de la Administración del señor Errázuriz, me parece muy acertada y feliz. Nada más justo, como V. observa, que hacer el inventario de un período de nuestra vida pública, en el que tan eficaz como valientemente se ha contribuído al progreso moral y material del país. Espero pues que V. me enviará, como me ofrece, todos los materiales para tan importante trabajo, y yo, que deseo secundar a V. en la realización de su acertado pensamiento, pondré en buenas manos esos materiales y me asociaré a la obra en cuanto sea necesario.

No parece haberse llevado a cabo el intento de que allí se habla, porque por lo menos en la revista indicada no se publicó entonces un artículo de ese género.

XX. *Pinto quiere vender los blindados*

1878. Las condiciones en que don Aníbal Pinto recibió las arcas fiscales, al dejar la Presidencia de la República don Federico Errázuriz, eran harto precarias, tanto por la baja de los productos chilenos de exportación como por el general estado de postración en que se hallaban la agricultura y otros ramos de actividades productoras. El 11 de enero de 1878 Blest Gana escribía al Presidente Pinto una carta en la cual se resumen las dolorosas experiencias recogidas en años anteriores y se insinúan algunos remedios para la situación hacendaria, esbozados con la timidez de quien no se siente especialista ni ha sido siquiera instado a dar consejos:

Pienso exactamente como V. que es muy triste gobernar a un país con sus arcas vacías. La tarea en este caso es sumamente dura, mas acaso puede no ser exenta de gloria y satisfacciones para más tarde. Hay en primer lugar el mérito de hacer frente a la escasez, conservando el crédito nacional, y hay, además, la empresa de enseñar al país que es menester que se resigne a contribuir para las necesidades del Estado. Entre nosotros, donde el capital flotante goza de la tranquilidad y del progreso de la nación sin conocer el impuesto; donde los derechos de timbre

están apenas iniciados; donde las diarias transacciones del comercio no tienen, por cuantiosas que sean, gravamen alguno; donde los licores y el lujo, vicios esencialmente gravables, o más bien fuentes de vicios o satisfacciones que deben pagar su existencia y apenas dan algo si lo dan; donde, en fin, las contribuciones son ligeras en unos casos y están por crearse en otros, me parece que el momento de esa enseñanza ha llegado y puede producir muy buenos frutos.

Fué también ésa la oportunidad en que Blest Gana recibió una carta personal del Presidente Pinto en la cual se le hablaba "de la necesidad que había de vender los blindados, tan luego como se arregle la cuestión argentina". Se trata del *Almirante Blanco* y del *Almirante Cochrane,* hechos construir en virtud de la ley de 1872 a que ya nos hemos referido y que habían sido motivo de tantas inquietudes y angustias para el Ministro de Chile en París. Pero además de las razones económicas que podían aconsejar la venta, las relaciones argentino-chilenas pasaban a la calma. Sin embargo, las noticias que Blest Gana había recibido de América no eran todas tranquilizadoras. Véase, por ejemplo, la nota de 16 de noviembre de 1877:

> El señor Barros Arana [plenipotenciario de Chile en Buenos Aires a la sazón] cree encontrar en la situación de la República Argentina bastantes síntomas para temer un rompimiento con Chile y me hace presente la necesidad de apresurar los trabajos de reparación del blindado *Cochrane,* para hacer frente a una eventualidad de esa clase.

Pero en Santiago había más confianza. ¿A quién podía temer Chile si la Argentina aceptaba negociar con serenidad la soberanía sobre la Patagonia y si Bolivia, muy poco antes, firmaba un tratado para establecer el *modus operandi* sobre las ventas de salitre y de guano en ese vago desierto fecundado por capitales chilenos y cuyos negocios regía el talento inventivo y audaz de hijos de Chile? La Moneda no había encontrado la pista del Tratado secreto de 1873 que unía al Perú y a Bolivia, y terminaba por declararlo inexistente. No se explica de otro modo la orden que Pinto daba al Ministro de Chile para vender los dos más importantes barcos de la Armada Nacional. Blest

Gana tomó el encargo con la mayor diligencia, y en el acto inició gestiones para la venta:

La prontitud con que creí necesario dar este paso era aconsejada por las circunstancias, verdaderamente excepcionales, en que me llegaba la carta de U. Por una parte, acabábamos de recibir noticias de la República Argentina, que pintan con todos los visos de una perfecta verosimilitud como celebrado un arreglo para someter a arbitraje la cuestión de límites con Chile. Por otra, es casi imposible que vuelva a presentarse una oportunidad de venta como la presente, en que, amenazada la paz europea por las complicaciones de la cuestión de Oriente, la Inglaterra se ocupa de aumentar sus elementos de guerra en proporciones considerables.

Por intermedio de un súbdito británico, consultor técnico de la Legación para las adquisiciones navales y autor de planos de buques chilenos, el ingeniero Sir Edward J. Reed, propuso al Almirantazgo la adquisición del *Almirante Cochrane,* que estaba por zarpar a Chile después de haber sufrido importantes transformaciones, en la suma de 220.000 libras esterlinas (8). De esta gestión dió cuenta al Presidente Pinto en la carta de 8 de marzo de 1878, y el 16 del mismo mes le anunciaba que Reed había comunicado el fracaso de su tentativa: el Gobierno de S. M. Británica había ya adquirido "tres acorazados turcos que estaban por terminarse, y la fragata *Independencia,* que desde hace tres años se está construyendo en el Támesis para el Brasil". En mayo de 1878 el *Almirante Cochrane,* bajo el mando de Simpson, emprendía viaje a Chile, totalmente reparado y renovado. La gestión que entonces emprendió Blest Gana no se hizo extensiva a los dos blindados, sino que se redujo al *Almirante Cochrane,* porque en este punto no había habido un pronunciamiento explícito:

(8) Se recordará que la construcción de los blindados fué emprendida en 1872; en la memoria de mayo de 1874, Blest Gana daba informaciones sobre el *Almirante Cochrane,* cuya entrega parecía inminente, debido a que "la actividad con que se han conducido los trabajos en los últimos meses encuentra pocos precedentes en arsenales ingleses". En la de 1875, fecha 9 de abril, el Ministro comunica que la nave ha salido el día 9 de octubre del 74.

Como he dicho a U. en mi anterior, esto es todo lo que por ahora podrá hacerse hasta que se resuelva de un modo oficial la venta de uno o de los dos blindados, pues yo no puedo ofrecerlos a ningún Gobierno sin estar autorizado para ello. No obstante, si alguna circunstancia me parece oportuna para dar pasos indirectamente en ese sentido, no dejaré de aprovecharla.

La circunstancia, providencialmente para Chile, no se presentó: propuesta la adquisición del *Almirante Cochrane* al príncipe Orloff, Embajador del Zar de Rusia en París, la rehusó diciendo que su Emperador no se interesaba por el momento en hacer operaciones de ese género.

Las inquietudes internacionales de que hemos venido dando cuenta procedían sobre todo de la Argentina. Los incidentes emanados del apresamiento de la *Jeanne-Amélie* afectaron las relaciones entre Francia y Chile; pero el de la *Devonshire,* apresada por la corbeta *Magallanes,* radicó la cuestión entre las dos naciones andinas. El 5 de noviembre de 1878 el Gobierno dió cuenta a Blest Gana de ese apresamiento, no le ocultó la gravedad de la situación, que parecía llevar irremediablemente a la guerra, y le pidió, en fin, que comunicara al agente confidencial chileno en Montevideo, don Arturo Prat (1849-79), cuanto observara respecto de adquisiciones de armamentos y de buques para el Gobierno de Buenos Aires. Pocos meses bastaron para hacer ver que no era ánimo de la Argentina hacer la guerra a Chile, y que, en cambio, los peligros internacionales provenían del Pacífico, en uno de cuyos puertos iría a encontrar el mismo Prat la muerte de un héroe.

XXI. *Dificultades financieras. Opinión de M. Courcelle-Seneuil*

¿Por qué mostraba el señor Pinto tanto interés en deshacerse de esos blindados cuya construcción, seis años antes, había sido estimada indispensable por los hombres de Gobierno? Las arcas fiscales, como queda dicho, habían entrado a una situación de tal penuria, que todas las medidas de economía que se pro-

pusieran eran acogidas con interés. A Chile no afectaba entonces otra cuestión internacional que la relativa al dominio de la Patagonia, y si ella era arreglada pacíficamente, como se preveía, por medio del arbitraje o cualquier otra fórmula similar, nada hacía indispensable afrontar el gasto de sostenimiento de unos barcos mandados construir cuando la cuestión parecía conducir a la guerra. Pinto, además, era partidario de las economías a corto plazo, y acudió a la medida tradicional en Chile: reducir los sueldos de los empleados públicos. Aumentados éstos en un 25% en 1872, fueron rebajados en la misma proporción a partir del 1.º de enero de 1877; y, mientras tanto, el Ministro de Hacienda, don Rafael Sotomayor, anunciaba un aumento en las tasas de contribuciones para poder equilibrar los presupuestos, medida a la cual se agregaban otras que no prosperaron, al igual de la mencionada. La baja de los precios del cobre y de la plata en el mercado internacional y una mala cosecha de trigo aconsejaban medidas radicales cuya discusión fué agitada y hasta tempestuosa.

Las polémicas de prensa y los debates parlamentarios ocurridos en Chile a propósito de esta grave situación rentística movieron a Blest Gana a buscar el consejo de M. Courcelle-Seneuil, que hasta poco antes había residido en nuestro país, ejerciendo la cátedra de Economía Política en la Universidad.

> Oyéndolo hablar —escribió el 25 de enero de 1878— se me ocurrió preguntarle si no le gustaría volver a Chile, y supe por él que indirectamente se le habían hecho propuestas a nombre del Gobierno; pero que se le ofrecía menos sueldo que el que tuvo ahora dieciocho años.

Anexo a una carta que debe ser de los últimos días de abril y que aparentemente se ha perdido, Blest Gana envió al Presidente Pinto el estudio de M. Courcelle-Seneuil, en el cual se incluía nada menos que un plan para el arreglo de la Hacienda Pública. Por lo que de él se comenta en la carta del 3 de mayo, parece que allí el profesor francés aconsejaba la aplicación del impuesto a la renta y la rebaja del arancel aduanero para fomentar el comercio.

Vuelvo, pues, a recomendar a U. el proyecto Courcelle-Seneuil que le mandé con mi carta duplicada de que hablo al principio. A los que digan que ese proyecto empieza por gravar lo más recargado de las fuerzas productoras del país puede decírseles que ese plan no es un sistema financiero, sino la bomba destinada a concluir con el incendio que principia. Hay que hacer en todas las dificultades humanas lo que llaman "la parte del fuego", y si todo lo humano es imperfecto, nadie ha inventado todavía el modo de crear recursos pecuniarios a un Estado en angustia sin descontentar a muchos. Es cierto que con los arbitrios que M. Courcelle-Seneuil sugiere, perderán los bancos y perderán los monopolios; es verdad que los capitalistas verán amenazadas sus rentas, que hasta ahora han sido más respetadas en Chile que los animales entre los *indus*, que creen en la trasmigración; pero el Estado puede salir de apuros indudablemente y crearse una situación más holgada, a favor de lo cual pueden echarse las bases de una reforma radical y saludable de nuestra hacienda pública.

Y no por lo dicho deja tampoco el plan que me ocupa de contener indicaciones de reformas permanentes. Ahí está, por ejemplo, la de la rebaja de nuestro arancel de aduanas. Mientras caminemos del lado del proteccionismo iremos cegando poco a poco esa fuente de nuestros principales ingresos. El ejemplo de los azúcares, citado por M. Courcelle, es de una elocuencia incontestable, y el ejemplo de todos los países que acuden a ese funesto recurso confirma cada día con más vigor las teorías liberales en materia de hacienda.

Veo por los diarios —añadía el señor Blest Gana— que el señor Ministro de Hacienda se ocupa de estudiar su proyecto de contribución sobre la renta. Ese sería, indudablemente, un medio salvador si llegara a ponerse en planta. Mas, ¿cuántas demoras, cuántos obstáculos va a encontrar ese valiente propósito?

Tantos que no se aplicó; en la misma carta da cuenta de la conversación que ha tenido con Mr. Rose Innes, y le envía la comunicación en la cual este caballero le habla de "la imposibilidad de efectuar la conversión de nuestra deuda", propuesta también como arbitrio para arreglar la situación fiscal de Chile.

Las economías sugeridas para arreglar la situación fiscal no se limitaron, sin embargo, a la rebaja de los sueldos: se habló entonces también de suprimir empleos, y entre ellos se mencionó el de Ministro de Chile en París. A juicio de algunos parlamentarios, bastaba para un país pobre como éste acreditar Cónsules generales en las cabeceras de las principales naciones con las cuales se habían entablado relaciones comerciales y diplomáticas. Se

olvidaban, al decir esto, los muchos trabajos propiamente diplomáticos encargados a Blest Gana y que éste había cumplido con tesonera diligencia, y se olvidaba sobre todo que la misión del representante de un Gobierno ante otro no puede ser asumida por los agentes consulares. Pero, ¿sería siquiera el propósito confesado de hacer economías el único que movía a aquellos parlamentarios? ¿No habría otros ocultos? A éstos parece referirse Blest Gana en su carta de 30 de mayo de 1878 al Presidente Pinto:

> Por lo que hace a la Legación que ocupo, ya he escrito tanto sobre su utilidad, que prefiero callarme ante la tempestad desencadenada contra ella, o más bien contra mí, por los que ambicionan ocuparla, sin acordarse de que yo la obtuve después de quince años de servicios, y que me he hecho digno de conservarla por doce años de consagración y pureza inatacables.

Tampoco en el Gobierno había unanimidad para apreciar los servicios del diplomático; en la carta de 15 de setiembre de 1878, dirigida al mismo corresponsal, el Ministro se refería a esa circunstancia:

> ¿Qué podré decir a V. de lo que me informa tocante a la casi unánime oposición que ha encontrado, entre los miembros que han compuesto los dos últimos Gabinetes, el mantenimiento de esta Legación? El hecho es desalentador y triste. Lo primero por la injusticia que importa tal oposición, y lo segundo porque es tiempo de que nuestros hombres conozcan los intereses a que tiene que atender el país en Europa y dejen sólo para la malicia o la envidia de los adversarios políticos el abogar por la supresión de un puesto que ellos restablecerían, y harían bien en restablecer, el día que llegasen al Gobierno.

La supresión de la Legación en París no se hizo, pero en cambio se redujo el sueldo del Ministro que la servía, dejándolo al nivel del que percibía el Encargado de Negocios; se redujo igualmente la categoría del secretario y se suprimió, en fin, el sueldo que se pagaba al oficial. A partir del 1.° de julio de 1878, Blest Gana pasó a percibir una renta anual de $ 6.000.— en lugar de la de $ 9.000.— que tenía su empleo. En la misma fecha

se dió al secretario de la Legación, a la sazón don Carlos Morla Vicuña, abono de un sueldo de oficial, y se suprimió el empleo de éste, servido entonces por don Carlos Zañartu. Zañartu declaró hallarse dispuesto a seguir sirviendo *ad honorem* el cargo en que durante ocho años había venido ayudando a Blest Gana, así como todos los miembros de la Legación, encabezados por el Ministro, se sometieron sin protesta alguna a tales nuevas condiciones, inusitadamente rigurosas. Sólo en sus cartas particulares al Ministro de Relaciones Exteriores dejó transparentar Blest Gana la amargura que sentía ante tales tratamientos que con razón le parecían injustos.

Al señor Alfonso, que era el Ministro, le decía desde París, el 12 de julio de 1878:

Con su carta que contesto me ha traído el último correo la orden gubernativa de reducir mi sueldo a $ 6.000, de rebajar a $ 1.500 el del secretario y de suprimir los empleos de oficial de Legación y de oficial encargado de la contabilidad. Este último fué suprimido por mí como un año ha. En cuanto a Zañartu, creo un deber de justicia recomendarle al Gobierno para que, apenas sea posible, se le restituya el goce de su sueldo. Para mí, los 6.000 pesos representan casi la miseria, y tendré que imponerme economías humillantes. Al hablar a V. con esta franqueza, para lo que me da fuerza la conciencia de los grandes ahorros que he hecho al Erario durante mi gestión del puesto que ocupo, espero que el Gobierno, si consigue escapar la Legación a la voracidad de los intrigantes y de los suprimidores del presupuesto, conseguirá también, cuando mejore la situación financiera, restablecer el sueldo de plenipotenciario. Entre tanto, y como la disminución me dejará, sólo en pago de casa, un déficit considerable, hoy escribo a Chile a don Domingo Fernández Concha, pidiéndole algunos reales con que tapar esa brecha, y he de merecer de V. que los haga recibir por Tesorería y me dé la *orden oficial* de tomar aquí igual cantidad a la entregada, de fondos del Estado. De este modo ahorraré siquiera el valor del cambio.

El austero diplomático llegaba hasta el sacrificio de su propia fortuna personal, bastante reducida, y hasta comprometer su crédito, para mantener el decoro de la Legación. Tales acontecimientos justifican el desahogo que había tenido el 14 de junio del mismo año al escribir al mismo corresponsal:

Todo esto me parece bien triste para mí y no poco para el país. Aquello de que una Cámara se crea con derecho de enviar a la miseria, con un puntapié, a un antiguo servidor cuyos actos siempre han merecido la más amplia aprobación de su Gobierno, me hace el efecto de una teoría indigna de un país serio. Hay una moral pública como hay una moral privada, y no porque el Erario está escaso, es justicia ni decencia echar a la calle al que ha consagrado lo mejor de su vida a servir al Estado, so pretexto de economía. Según nuestras leyes, cualquier jefe de oficina está al abrigo de destituciones injustas; ¿por qué la fe nacional no ha de ofrecer igual garantía a un alto funcionario, como lo es un Ministro diplomático, respetando su empleo mientras no tenga nada equivalente que ofrecerle? La confianza en la justicia, en la hidalguía, por decirlo así, del país y de sus representantes, confianza manifestada en la aceptación de un empleo movible, no debe ser excusa para que se ponga su existencia oficial todos los días en tela de juicio, y para que a cada estrechez del Tesoro se le amenace con quitarle de una plumada el fruto de sus sacrificios, de su honradez, de sus desvelos: su destino.

Y, en fin, hasta la propia organización del hogar doméstico del señor Blest Gana había sufrido con la racha de economías desencadenada en Chile. La siguiente confidencia, hecha al señor Alfonso el 1.º de julio, es bastante explícita:

Se trata de la casa que ocupo, y V. se preguntará, al leer estas palabras de introducción, cómo puede V. tener algo que ver con mis distantes lares. El caso es el siguiente: Llevado del patriótico, bien que la experiencia viene ahora a enseñarme, poco cuerdo deseo de representar a mi país con la mayor decencia posible, apenas me llegó noticia de aquel acto de pública generosidad que se llamó la gratificación del 25%, me apresuré a tomar una casa mejor que la muy modesta que entonces ocupaba, haciendo, es verdad, un considerable sacrificio de mi sueldo. Llegados los tiempos de escasez para el tesoro y suprimida aquella gratificación, he procurado seguir en la misma casa, siempre por el espíritu de representación que me inspiró al tomarla, e imponiéndome grandes economías en otros renglones de mis gastos. Mas hoy que la tempestad arrecia contra los pobres empleados y que, según V. me ha hecho saber, debo pasar por una reducción enorme de mi sueldo, si no quiero que se premien mis servicios arrojándoseme a la calle, me encuentro en la imposibilidad de seguir pagando el arriendo de mi casa y tengo forzosamente que dejarla. Y aquí empieza la dificultad. Casas como la que tengo sólo se arriendan por contratos de tres, seis y nueve años. Yo renové mi contrato hace un año, de suerte que me quedan dos forzosos por lo menos todavía. Yo intercalé, no

obstante, en el contrato una cláusula por la cual si mi Gobierno me manda residir en otro punto que no sea París, o si se me llama a Chile, puedo hacer cesar el contrato dando desahucio de 6 meses; pero este desahucio tiene que ser antes del 1.º de octubre o del 1.º abril, no valiendo el aviso mientras yo no haya recibido la orden gubernativa para uno u otro de los casos previstos. Ahora bien, si V. me dirige una nota diciéndome que el Gobierno ha dispuesto que me traslade a residir en Londres, y esta orden me llega antes del 1.º de octubre próximo, podré quedar libre de la casa 6 meses después.

Mas como yo no deseo fijarme en Londres, cuyo clima me hace mucho mal para mi salud, querría que con la orden mencionada me viniese al mismo tiempo una nota confidencial facultándome para hacer uso de dicha orden por el tiempo que me parezca conveniente.

El expediente que proponía Blest Gana al Ministro de Relaciones Exteriores debe haber sido inaplicable desde que aquél hubo de atender a la misión especial que le llevó a Roma a gestionar ante el Padre Santo la preconización del señor Taforó como Arzobispo de Santiago. En todo caso, no hemos encontrado en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores nota alguna que faculte al señor Blest Gana para trasladar su residencia a Londres, que era lo que perseguía para poder desahuciar el contrato de su casa de París.

Por el mismo tiempo, Morla Vicuña había completado una ardua labor a la cual antes nos hemos referido de paso: había ido a buscar en el British Museum, en los archivos de España y en muchos otros sitios, todos los documentos apropiados a la defensa de Chile en la cuestión de límites con la República Argentina y sobre el dominio de la Patagonia. La primera memoria de Morla, sobre papeles de los archivos españoles, fué entregada oficialmente a Blest Gana a fines de 1873; en 1876 publicó un folleto en francés titulado *La Question des Limites entre le Chili et la République Argentine*, hecho para refutar los artículos que había dado a luz en la *Revue des Deux Mondes* M. Emile Daireaux. En agosto de 1876 resumió Morla sus nuevas investigaciones de Sevilla en una segunda memoria, con la cual quedaba agotada la investigación para hacer una obra definitiva sobre la materia, que se aplazó entonces por haberla estimado innece-

saria el Gobierno, en vista del giro que a la sazón tomaban las negociaciones con la Argentina. Morla Vicuña había hecho copiar doce volúmenes de documentos escogidos de entre los consultados. Pero en 1879 se dió orden a este mismo Morla, a quien se pagaba sueldo de oficial por sus funciones de secretario de la Legación de Chile en Francia, de que procediera a preparar su trabajo en forma definitiva: así nació el *Estudio Histórico sobre el Descubrimiento y Conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego,* que Morla no alcanzó a ver publicado. Este volumen, editado sólo en 1903, comprende las indicadas memorias anteriores sobre la misma materia, que ya enumeramos. En el curso de su investigación dió el acucioso diplomático y escritor con el archivo de los Jesuítas, colección que hizo adquirir a Chile y que forma hoy uno de los más ricos fondos documentales del Archivo Nacional de Santiago.

Si bien la Legación de Chile en Francia y Gran Bretaña era mal rentada y se reducían sus empleados haciendo recaer sobre los restantes, y especialmente sobre el Ministro, el peso de mil enojosos detalles, júzguese cuánto más ardua no habría resultado la tarea de Blest Gana si no hubiese contado con la inestimable ayuda que le llevó desde 1871 don Carlos Morla Vicuña. Estrechamente unidos, por la amistad así como por obligaciones comunes, siguieron ambos hasta que a Morla, ascendido en virtud de sus excelentes servicios, le tocó la hora de tomar a su cargo las mismas responsabilidades de jefe de misión de que había aliviado a Blest Gana.

A fines del mismo año de 1878 debió Blest Gana contar al Ministro de Relaciones Exteriores las diligencias que había avanzado para estudiar la emisión de un empréstito que resolviera las augustias económicas que atenaceaban al Gobierno de Chile. De paso hizo en su carta de 1.° de noviembre de 1878, dirigida al Presidente Pinto, una aclaración importante:

La cuestión del nuevo empréstito es lo que más me preocupa en este momento. En mi nota al S. Ministro de Hacienda he tenido que

tocar, a propósito de esa proyectada operación, un punto que me es personal.

Creo que no sólo a mí, sino al Gobierno que me emplea, conviene que el público vea desvanecerse ese rumor sordo, que, empiezo a saber, ha corrido de que se me hayan pagado primas por los empréstitos anteriores. En mi nota explico lo que es, a mi juicio, fuera de la natural malignidad humana, el origen de esa creencia. Don Maximiano Errázuriz cedió al Estado, no una prima, sino una ganancia que le correspondió por la parte que tomó en el sindicato del empréstito del 6%, y como no todos los negociadores son ricos como el señor Errázuriz, no a todos se les puede pedir que tomen parte en sindicatos y cedan al Erario lo que ganen, puesto que el Erario no les pagará lo que perdiesen. Lo del señor Errázuriz fué una operación financiera muy legítima que yo habría hecho en su lugar, pero no sé si, pobre como soy, habría cedido mi ganancia al Estado. Pero con ello no hay prima ni nada que se le parezca. Yo que soy poco inclinado a averiguar los negocios ajenos, no he tomado informes oficiales de los SS. Morgan sobre ese incidente; pero recuerdo que me lo contaron, tal como lo refiero en mi nota oficial de ayer, don J. de D. Merino Benavente y don Gaspar Ríos, que veían mucho en aquel tiempo al señor Errázuriz, y aún creo que me dijeron entonces que el capitalista que se había retirado del sindicato era un Barón Stern. Sea lo que fuere, repito que no ha habido prima ofrecida al señor Errázuriz y cedida por éste al Fisco. Por mi parte yo celebraré que si se da a luz la nota del S. Ministro, se publique también la mía, para dar a la opinión pública su verdadero asiento y hacer que cesen las suposiciones gratuitas de los que no saben bien lo ocurrido.

Y, en fin, en los últimos días del año (27 de diciembre), Blest Gana comunicaba al Presidente de la República que la proyectada emisión de un nuevo empréstito debía ser considerada irrealizable:

Espero que V. habrá recibido oportunamente un telegrama que le dirigí en días pasados diciéndole, en cifras: "Empréstito imposible ahora". Mis comunicaciones oficiales sobre esta materia, de las que V. se habrá impuesto antes de recibir esta carta, contienen todas las explicaciones necesarias para la inteligencia completa de ese telegrama. Yo espero que el Gobierno, en vista de esas explicaciones, se convencerá de que cualquiera operación de crédito en estas circunstancias habría sido ruinosa y de consecuencias gravísimas para nuestro crédito en el porvenir. Yo creo que en situaciones como en la que ahora se presentaba, el mejor servicio que un agente puede hacer a su país y a su Gobierno es el no lanzarlo imprudentemente en operaciones desventajosas que ningún sacrificio basta más

tarde para remediar. Guiado por esta convicción, me he mantenido sin salir de la esfera comercial en que Chile ha negociado en sus tiempos de prosperidad, absteniéndome de ocurrir a especuladores de baja categoría, en cuyas manos perderíamos en el presente y descenderíamos de la respetable posición que ocupamos.

La incorporación de Chile al sistema conocido con el nombre de Unión Postal Universal se debe también a la diligencia con que Blest Gana atendió el encargo que le había hecho el Gobierno para que estudiara la forma en que nuestro país podía suscribir el Tratado de Berna de 1874, vigente entonces en la mayoría de los países del mundo. Con fecha 26 de marzo de 1878, el Gobierno designó a Blest Gana delegado de Chile ante el Congreso Postal de París, inaugurado el 1.º de mayo del mismo año, en el cual se acordaron modificaciones importantes que Chile aceptó. La aprobación definitiva de estas gestiones no vino a producirse sino en 1881, cuando el Congreso Nacional despachó favorablemente el convenio por el cual Chile entraba a formar parte de la Unión Postal Universal.

XXII. *Estalla la guerra de 1879*

En febrero de 1879, Blest Gana estuvo en Roma tratando de obtener de la Santa Sede su pronunciamiento sobre la propuesta que el Gobierno había hecho del señor Taforó, para proveer la silla arzobispal de Santiago, como se verá más adelante al estudiar *in extenso* esa negociación. Ya en marzo, al regresar a París, aparecen en sus cartas y notas las primeras referencias al conflicto de Chile con Bolivia que iba a desencadenar la guerra llamada del Pacífico y a la que entró poco más tarde el Perú. Desde 1873 los Gobiernos peruano y boliviano estaban ligados por un pacto secreto denunciado al Gobierno de Chile por don Guillermo Blest Gana, sin noticias suficientes para llevar a La Moneda el convencimiento de que la gestión era extremadamente grave y envolvía una directa amenaza para Chile. Al pretender aquellos dos Gobiernos que entrase la República Argenti-

na a la alianza y al dejar fuera de ella a Chile, parecía evidente que el objeto remoto del pacto era imponerse sobre el pueblo chileno en el caso de cualquier eventualidad, con elementos notoriamente superiores.

Esta eventualidad fué precipitada por Bolivia al saberse que Chile atravesaba por una crisis financiera y económica que hacía presumible su general ineptitud para la defensa. Por el tratado de 1874 entre Chile y Bolivia, quedó establecido que esta nación no gravaría con nuevas contribuciones las industrias chilenas que se establecieran en su territorio, donde exploradores chilenos habían comenzado a beneficiar ricos yacimientos salitrales. La desorganización política era, sin embargo, en Bolivia tan profunda y general, que este tratado fué letra muerta para el general Daza, quien, en 1878, promulgaba una ley "que imponía una contribución sobre el salitre que exportara la compañía chilena de Antofagasta", puerto habilitado por capitalistas chilenos. A una proposición de arbitraje sobre la incidencia, hecha por Chile, el atrabiliario Gobierno de Daza replicó con la airada determinación de expropiar las salitreras de la compañía de Antofagasta, en subasta pública. La ocupación del puerto y ciudad de Antofagasta fué la réplica de nuestro Gobierno; Daza se apresuró a declarar la guerra, confiado en que el Perú secundaría su acción. No estaban errados los cálculos del gobernante boliviano, puesto que el Perú fué quien sufrió más tarde todos los rigores de la campaña, de los cuales no fué el menor la humillación de ver ocupada por fuerzas chilenas la capital del Rímac. La guerra quedó declarada al Perú el día 5 de abril de 1879. Era entonces Presidente de Chile don Aníbal Pinto, como ya se ha dicho, y en el Ministerio que le acompañaba, don Joaquín Blest Gana, hermano del Ministro de Chile en Francia y Gran Bretaña, ocupaba la cartera de Justicia e Instrucción Pública.

Las condiciones en que Chile entraba a la guerra no podían ser más precarias, porque no sólo debía hacer frente a una crisis rentística extraordinariamente rigurosa, sino que, además, no contaba ni con escuadra ni con ejército que pudieran afrontar

a los de los aliados. La acción de Iquique, el 21 de mayo de 1879, fué sin embargo, de un efecto moral imprevisto, puesto que en Chile no produjo el resultado de una derrota, sino que galvanizó las voluntades y unió a toda la población tras la enseña patria: el ejemplo de heroísmo dado por Prat y sus compañeros desencadenó una fuerza psicológica incontrastable que llevó a Chile a la victoria definitiva.

Vamos a ver en qué proporción colaboró Blest Gana desde París a este resultado.

XXIII. *La defensa de Chile en la guerra del Pacífico*

El 4 de abril de 1879 el señor Blest Gana escribía a su amigo don Aníbal Pinto, Presidente de la República:

> La inesperada guerra con Bolivia ha hecho ya aquí una víctima tal vez antes de que las hubiera por allá y puéstome a mí en peligro de serlo también, como podrá verlo V. en una nota que dirijo a Relaciones Exteriores, en la que refiero el grave incidente que nos ocurrió a Morla y a mí cuando íbamos en un *fiacre* a enviar un telegrama a V. pidiendo rectificación de los dos indescifrables aludidos. El pobre Morla, como verá V. por esa relación, se fracturó un brazo y se halla en cama quién sabe por cuánto tiempo. Por dicha mía, y también por la del servicio, yo salvé milagrosamente sin daño alguno, y me estoy multiplicando para que las infinitas atenciones que hoy pesan sobre la Legación no sufran atraso alguno por la desgracia ocurrida a mi único e inteligente empleado. Así, después de despachar yo sólo toda la correspondencia que lleva el correo, de atender a telegramas y cartas y órdenes de todos los instantes, pienso marcharme mañana para Prusia, a arreglar la compra de los cañones en Essen, el flete de un vapor en Hamburgo y hacerme comunicar por telégrafo donde vaya lo que sea de muy urgente despacho. Mi tremendo temor en estos días es que el Banco Oriental, por causa de las dificultades que atraviesa, me disminuya o escatime los fondos. Confío, sin embargo, en que el Gobierno, gracias al empréstito que ha realizado, irá tomando sus providencias para que tan fatal ocurrencia no suceda.

Mal comenzaba tan apremiante período de trabajo para Blest Gana. Hemos visto ya que en circunstancias normales él era intermediario obligado del Gobierno para todas sus diligencias

en Europa; ¿cuánto más no se le iba a pedir ahora que la defensa nacional era inexcusable y quedaba sometida a las urgencias de la guerra? Desde ese día la correspondencia oficial, así como la particular, crece en proporciones asombrosas, y contiene infinitos detalles sobre los múltiples encargos bélicos a que debió atender el Ministro. De enviar cartuchos, vestuario y todo género de equipo para el Ejército, hasta colocar espías en los sitios frecuentados por la gente de mar, para saber si los agentes peruanos fletaban buques y contrataban mercenarios, Blest Gana hubo de atender a todo durante el curso de la guerra. Sus quejas sobre la concentración del servicio exterior en un solo funcionario no habían sido oídas, y, como si esto fuera poco, unos cuantos meses antes se había reducido su sueldo y el de sus colaboradores, ¡en vista de que no prosperó la idea de suprimir su empleo, que alguien propuso!

A fines de abril hubo de dar aviso en Londres a los tenedores de bonos chilenos de que el Gobierno suspendía el pago de la amortización pero respetaba el de los intereses, y permaneció en Londres durante los meses de mayo y junio para atender al envío de importantes partidas de material de guerra:

> Lo que escribo por el correo es la milésima parte del trabajo diario —leemos en una carta de esos días.

Vuelto a París, informa al Presidente Pinto que el Perú ha iniciado gestiones a fin de contratar oficiales europeos para su Ejército, y sugiere que Chile haga otro tanto:

> No creo que una medida de esta clase —dice el 16 de julio— pudiera ofender el amor propio de nuestros dignos jefes y oficiales. Muchas veces, y no ha mucho tiempo, Chile ha pedido instructores militares y profesores a Europa. Esto forma, pues, un precedente. Además el jefe o los jefes que se contratarán irían a llevar la aplicación de una práctica que nuestros militares, por hábiles y estudiosos que sean, no tienen ocasión de haber adquirido.

Esto último era verdad, ya que, desde la guerra de 1837-9, contra la Confederación de Santa Cruz, el ejército había debido

constreñirse a la instrucción teórica del cuartel y a la práctica incruenta de las maniobras; pero el Gobierno no juzgó discreto, con muy buenas razones seguramente, que fuesen extranjeros quienes triunfasen en la guerra de 1879, y ensayó planes y directivas hasta que dió con los que habían de llevar a la victoria.

Las relaciones diplomáticas entre España y Chile, interrumpidas desde la guerra de 1865, podían hacer temer que fuese aquella potencia un campo propicio para las gestiones de los agentes peruanos, que afanosamente buscaban dónde adquirir armamentos para sostener la guerra recién iniciada. El 5 de setiembre de 1879, Blest Gana dió cuenta de la posibilidad de reanudar las relaciones entre España y Chile, y trasmitió al Gobierno el pensamiento de un personaje altamente colocado, cuyo nombre reserva a pedido expreso suyo, que indicaba la posibilidad de un restablecimiento nunca tan precioso como entonces. De allí siguieron conversaciones con el Marqués de Molins, Embajador de España en París, de las que informa en varias notas, y especialmente en la de 28 de noviembre, escrita para comunicar que el Marqués ha recibido de Madrid un oficio de su Gobierno, firmado por el Duque de Tetuán, cuya copia transcribe, con la seguridad de que el Gobierno español guardará la más severa neutralidad en la guerra. Esta nota, cuyo efecto moral fué muy grande, se publicó en la prensa chilena, y debe ser considerada uno de los más notables triunfos diplomáticos del señor Blest Gana.

Antes del comienzo de la campaña comunica que Sir E. J. Reed, arquitecto naval y consultor, le ha informado acerca de la posibilidad de adquirir, a bajo precio, dos buques en construcción para el Gobierno de Turquía, que éste no tenía entonces con qué pagar. El precio fijado asciende a £ 244.000 cada uno, hecho un 10% de descuento por los armadores en vista de la urgencia en que les ha colocado el atraso de la Sublime Puerta (14 de julio de 1876). Esta negociación no prosperó, y al revés, el señor Pinto estuvo a punto de hacer vender en 1878 los dos blindados con que entonces contaba nuestra armada. Uno de

ellos, el *Almirante Cochrane,* fué enviado a Europa en 1877 con el objeto de que se ejecutaran en él obras urgentes de conservación, no imputables, como hizo establecer Blest Gana, a defectos de origen, sino al poco esmero con que se le había manejado en Chile. En el *Almirante Cochrane,* al mando de Simpson, fueron a Europa trece oficiales de la Armada que el Gobierno había querido hacer instruir en las marinas de guerra británica y francesa mientras durasen las reparaciones. Las diligencias de Blest no lograron dar entrada sino a cinco de estos oficiales en los barcos europeos, a saber: don Policarpo Toro, don Avelino Rodríguez, don Carlos M. Herrera, don Alberto Silva Palma y don Alvaro Bianchi, aunque este último no alcanzó a gozar de este beneficio porque a última hora pidió traslado por motivos de salud. Terminadas las reparaciones del *Almirante Cochrane,* que ocuparon menos tiempo del esperado, los nombrados siguieron en Europa hasta que, con fecha 17 de abril de 1879, Blest Gana habla del regreso a Chile que con urgencia les ha intimado, de orden del Gobierno.

A los trabajos encaminados a robustecer la defensa de Chile, el Ministro debía agregar diligencias destinadas a coartar el incremento del poder ofensivo del enemigo. Hemos aludido ya a algunas de ellas; veamos en seguida otras de mayor envergadura que encontraron en Blest Gana un aventajado negociador:

Sin embargo, después de la captura del *Huáscar,* en octubre de 1879, algunos agentes peruanos en Europa, alentados por las risueñas ilusiones, que han sido la enfermedad incurable de su patria en toda la guerra, esperaban organizar una escuadra poderosa en Turquía, en Italia y en España. El Ministro plenipotenciario de Chile en París, don Alberto Blest Gana, se acercó entonces al Embajador español, marqués de Molins, para cerciorarse de la disposición de su Gobierno. Desde el primer instante, este alto funcionario garantizó la absoluta neutralidad de España; y como si esto no bastase, pocos días después le dió conocimiento de una nota del Ministerio de Madrid, en que esa declaración estaba consignada con la más resuelta franqueza. En cumplimiento de esta promesa, el Gobierno español impidió poco más tarde la salida de Barcelona de un buque cargado de armas para los enemigos de Chile. (Barros Arana.)

Las necesidades del armamento naval de Chile no podían ser satisfechas por Blest Gana directamente, porque no tenía competencia técnica en tal materia. Esta fué la causa del viaje que hizo a Europa don Luis Alfredo Lynch (1834-1883), que después de proceder a diversas adquisiciones menores, compró la embarcación *Belle*, en Chile llamada *Angamos*, con cuyo mando emprendió viaje en seguida. Después de haber dejado a la *Belle* en Chile, Lynch regresó a Europa a proseguir en el desempeño de su comisión. No es una exageración decir que el pesadísimo trabajo que se impuso fué la causa de la prematura muerte de este distinguido marino: en noviembre de 1883 pedía permiso para trasladarse al país con el objeto de atender al restablecimiento de su salud, seriamente quebrantada, y ya el 3 de diciembre daba cuenta Blest Gana de la fatal nueva. El capitán Lynch falleció después de pocos días de enfermedad, y no sin que durante ella siguiera ocupándose en la misión que había recibido del Gobierno, como recordaba el Ministro en la nota referida.

Blest Gana agota las partidas de dinero que se le envían desde Chile para adquirir armamentos, y pide con urgencia nuevas remesas para atender las órdenes que recibe por cada correo y por despachos telegráficos. En todos los vapores y barcos a vela que salen, manda a Chile algo de lo que se le ha pedido, y fleta embarcaciones especiales para el mismo objeto. El *Almwich Castle*, que era de ese número, se incendió en Hamburgo cuando se aprestaba a completar la carga que debía trasportar a puertos chilenos (21 de abril de 1880). El trabajo es abrumador y de extraordinaria responsabilidad: en la diligencia y patriotismo del Ministro descansa una buena parte del resultado de la guerra. Entonces se desahoga ante el Presidente Pinto (setiembre de 1879):

Veo que se cambian nuevos Ministros con sueldo íntegro a Legaciones que, por cierto, no tendrán la milésima parte del trabajo que yo tengo. ¿No cree usted equitativo, comparando los servicios pasados y la labor presente, que se me restituya mi sueldo, por lo menos, durante

la guerra? Lo que ahorra el Gobierno en *regateos* y comisiones es cien veces más que lo que con ese acto, que yo creo de justicia, se me pagaría. Esto es sólo una reflexión sugerida al amigo, por el que lo es de usted muy sincero y afectísimo.

Pero hay más: en noviembre de 1879 han llegado al señor Blest Gana poco airosas noticias respecto al juicio que en Chile se hace de sus gestiones: se le dirigen censuras porque alguna partida de uniformes no es tan excelente como se había podido imaginar y porque, en atención al informe técnico de Lynch, ha preferido una determinada marca de fusil, y se olvida que para cumplir todos los encargos y velar por su puntual servicio debe trabajar desde las seis de la mañana hasta la medianoche y abandonar París para ir ya a una fábrica a vigilar la provisión de un artículo, ya a un astillero a contratar un barco nuevo o el fletamiento de otro que lleve elementos de guerra. La tarea se hace más dura cada día; y que a sus naturales sinsabores se agregue la ingratitud de la opinión pública, es mortificante:

Yo le confieso a usted, francamente —escribe al señor Pinto—, que todos esos cargos me hacen muy penosa impresión. Consagrando mi vida y mis fuerzas a un trabajo incesante, comprando las mejores calidades en todo lo que se me pide, y a precios que por cierto no podrían dar los comisionistas, luchando con dificultades que es inútil enumerar y haciendo, en fin, todo lo que la decisión más completa y el desinterés más absoluto pueden hacer para cooperar a la obra del Gobierno, es imposible que pueda recibir con filosofía, cuando yo esperaba elogios, cargos que considero infundados y de cuyo valor no es posible decidir sin conocer personalmente el objeto que se critica.

Individuos que deseando aprovechar la oportunidad pidieron al señor Blest que les diese trabajo, y a quienes debió desengañar porque el presupuesto no permitía tales dispendios, hacían correr en Chile los más tristes relatos sobre la Legación.

Lo único que hay de cierto en ese pasquín —afirmaba Blest Gana—, es que vivo pobremente.

Cuando el Congreso por premio de mis servicios me ha reducido el sueldo, dejando intacto el de mi secretario, nadie puede esperar que yo viva como los otros diplomáticos de París que son perfectamente pagados. Es cierto que yo tengo una pobre oficina y que ando a pie

cuando los agentes peruanos andan en soberbios carruajes; pero la plata que el Gobierno me confía se emplea como le conviene al Estado y yo no escaseo mi trabajo aunque se me haya tratado con injusticia.

Una oposición inconsistente pero algarera había iniciado, entre tanto, activa campaña en Santiago para pedir al Gobierno mayor actividad en la guerra. Sin comprender el alcance de las dificultades que rodeaban el cumplimiento de cualquier programa bélico, una vez y otra se mofaron de esta *"guerra de carretas"*, como dijo Vicuña Mackenna (*Campaña de Lima,* p. 272), que mezquinaba a la patria los triunfos a que creía tener legítimo derecho el pueblo de Chile. Blest Gana, ubicado en el centro de la mayoría de los encargos para la defensa, podía comentar con agudeza una campaña tan mal encaminada, y en carta a don Aníbal Pinto (10 de octubre de 1879) escribió:

Desde el principio me parecía insensato y aún criminal ese clamor que pedía victorias instantáneas al Gobierno. "Por aquí quieren guerra barata y a la prusiana", me dice usted. Lo uno y lo otro son incompatibles para cualquier persona de buen sentido. Un país que sistemáticamente ha negado al Gobierno los recursos más esenciales para armarse y apertrecharse; que ha querido llevar sus economías hasta vender sus mejores buques, que por cierto no se hicieron en un día, como puedo asegurarlo yo que contraté y vigilé su construcción, ese país no tiene derecho a pedir victorias a la prusiana.

XXIV. *Nuevas asechanzas internacionales*

En la nota del 29 de enero de 1880, Blest Gana denunció los preparativos bélicos que realizaba la República Argentina, diciendo:

Llamo nuevamente la atención del Gobierno hacia el acopio de preparativos bélicos que continúa haciendo la República Argentina. Noticias que creo fidedignas aseguran que dicha República ha comprado gran cantidad de armamentos para ejército. Se sabe que tiene un gran blindado en construcción en el astillero de Samuda, y un transporte en el de los señores Laird. Ultimamente se me ha informado que está para despachar una flotilla de botes torpedos. También se me ha informado que ha contratado en Glasgow la construcción de una cañonera del tipo y fuerza de la que construye la casa de Armstrong para nuestro Gobierno.

La importancia de estos avisos queda de resalto si se recuerda que Bolivia tenía pedida a la Argentina su adhesión al Tratado de 1873, que la disputa de límites y sobre la soberanía del Estrecho de Magallanes entre Argentina y Chile inquietó más de una vez al Gobierno chileno y que estos problemas no estaban de ningún modo resueltos cuando la guerra del 79 seguía su curso. Afortunadamente la misión de don José Manuel Balmaceda en Buenos Aires había estabilizado las relaciones en forma pacífica; pero siempre era de temer que cambios de hombres en el Gobierno argentino, o de la opinión de los mismos, dejaran a Chile entre dos fuegos. El 8 de octubre de 1880, Blest Gana envió al Ministerio el recorte de un diario británico que anunciaba que había sido lanzado ya al agua el blindado *Almirante Brown*, construído para la Argentina, con 4.200 toneladas de desplazamiento y de eficacia técnica muy superior a la de los barcos capitales semejantes de Chile.

Entre las muchas curiosidades que ofrece la correspondencia oficial despachada a Chile por Blest Gana, durante la guerra de 1879, las piezas relativas a las gestiones hechas en Constantinopla, para asegurar que el Gobierno de la Sublime Puerta no vendería armamento naval al Perú, son tal vez las más pintorescas. En la nota de 21 de abril de 1880, que contiene considerables detalles sobre la organización que planteó Blest Gana en Constantinopla para aquel objeto, se habla de la misión reservada que dió a Lynch para que en aquella corte destacara a un funcionario que, mediante el estipendio de no menos de tres mil libras, se comprometía a influir en el ánimo del Sultán, a fin de que éste no accediera a vender buques al Perú. El informe de Lynch sobre el asunto, anexo a la nota ya citada, contiene cuanto detalle puede desearse sobre la materia, muestra el nivel a que alcanzaba la corrupción política y moral de los altos dignatarios turcos. Baste decir que con esa suma logró desbaratar una de las posibilidades con que el Perú contaba para robustecer su poder naval, gravemente afectado con la pérdida del *Huáscar*.

Era preciso, como se ve, multiplicarse para atender a tantas

necesidades que simultáneamente se presentaban al Ministro. Por lo común éste residía entonces en París, acompañado del señor Morla, a quien solía enviar a otras ciudades, tanto de Francia como de Inglaterra y de Alemania, a despachar asuntos urgentes o diligencias imprevistas; el capitán de navío don Luis A. Lynch viajaba constantemente entre Gran Bretaña y Francia para tener al Ministro en conocimiento de los trabajos de los astilleros y vigilar la ejecución de las instrucciones que daba a una serie de agentes secundarios, entre los cuales el más eficiente y respetable era, sin duda, Mr. Reed. El 16 de junio de 1881, Blest decía: "Sólo tengo, puede decirse, para ayudarme en el considerable trabajo que corre por esta Legación, un solo oficial, pues el secretario, por las exigencias del servicio, está continuamente ausentándose de París". El oficial era Zañartu, y el secretario, don Carlos Morla. Los viajes de éste pueden seguirse por las cuentas que de sus gastos elevó en conjunto en marzo de 1882, anexas a los documentos de la Legación. En junio del 79, Blest Gana contrató un escribiente a razón de 300 francos mensuales, y dos desde noviembre, a 400 francos cada uno. En noviembre de 1880, quedó otra vez con uno solo, que pagó a 625 francos por mes. Desde el 1.º de enero de 1882 quedó restablecido el puesto de oficial que servía don Carlos Zañartu, y con ello Blest Gana suprimió el pago del escribiente. En 1880 Lynch pidió un ayudante para su trabajo, y Blest Gana trasmitió el pedido a Chile: en julio de 1881 estaba ya en funciones el capitán de corbeta don Luis Angel Lynch, hermano del anterior, a quien el Ministerio de Marina había encargado la ayudantía.

XXV. *Juicio del Gobierno sobre la obra de Blest Gana*

Entre tanto había tocado a su fin el período constitucional del señor Pinto, y en las elecciones de 1881 obtuvo el triunfo don Domingo Santa María, que inició su administración con un Ministerio de concentración liberal apoyado por los nacionales.

A Santa María iba a corresponder proseguir la guerra hasta las negociaciones de una paz definitiva, y liquidar enojosas cuestiones derivadas de ella y que competían a Blest Gana, como las ventas de guano procedente de los territorios ocupados por Chile y el pago de las cuentas pendientes y de las reparaciones de la guerra. Muchas son las notas que sobre estos asuntos se cruzaron entre Francia y Chile, y todas muestran una vez más la dedicación prestada por Blest Gana a las misiones que se le encomendaban, sobre todo cuando, como era de notar en este caso, estaban de por medio el buen nombre y el honor de su patria.

Las censuras que ocasionalmente se le habían dirigido, nacidas más de incomprensión que de razones válidas, no consiguieron obstaculizar su misión, ni mucho menos impedir al Gobierno apreciar los trascendentales servicios que se le debían. Nadie ha podido más tarde arrebatar al Ministro de Chile en París y Londres la gloria de haber sacrificado su tiempo y sus energías para atender, con notable competencia, los pedidos que se le dirigían a fin de proveer, en lo que estaba de su mano, a la defensa nacional. En la Memoria de Relaciones Exteriores de 1881 consta el reconocimiento oficial del buen éxito que coronó las gestiones del señor Blest Gana. Quien conozca el estilo administrativo echará de ver cuánto significa que un Ministro de Estado se detuviera a hacer este elogio poco usual en documentos de esa categoría. La parte pertinente de esta Memoria, suscrita por don Melquíades Valderrama (1838-1895), dice así:

Nuestra Legación en Francia e Inglaterra, llamada a obrar en un vasto campo, ha desplegado un celo y actividad que me hago un deber de consignar aquí.

Merced a su vigilancia y esfuerzos previsores, se ha suspendido la salida de municiones y buques de guerra para nuestros enemigos, no sólo de los puertos españoles como ya lo he manifestado, sino también de diversos puertos europeos.

A mediados del año pasado, agentes encubiertos del Perú dieron pasos ante el Gobierno de Turquía, secundados por personas influyentes de ese país, con el fin de obtener en venta una de las mejores naves de guerra de la Marina otomana.

Nuestro Ministro en Francia tuvo conocimiento de este peligro y

tomó providencias eficaces para conjurarlo. Al mismo tiempo que gestionaba ante la Embajada otomana en París, envió en misión de confianza con destino a Constantinopla al capitán de navío de la Marina chilena don Luis Lynch.

El señor Lynch no descansó en el cumplimiento de su delicado encargo hasta desbaratar la negociación ya bastante avanzada y alejar para lo sucesivo todo peligro que por ese lado pudiera amenazarnos.

Con igual celo nuestro Ministro en París dió los pasos necesarios para evitar que viniera a poder de los enemigos de Chile un bote torpedo puesto en venta en un puerto de Inglaterra.

Sabedor más tarde de que los agentes del Perú trabajaban por adquirir algún buque perteneciente al Gobierno de Dinamarca, el señor Blest Gana llamó hacia este hecho la atención del Gobierno de Copenhague por medio de su Legación en París, obteniendo todas las seguridades que podíamos apetecer.

Análogas gestiones han sido practicadas por la misma Legación con éxito satisfactorio a consecuencia de rumores circulados en diversas ocasiones sobre ventas de buques de guerra pertenecientes a Francia, Prusia, China y Japón.

XXVI. Reorganización del servicio diplomático

La terminación de la guerra del Pacífico alivió considerablemente el trabajo de Blest Gana, como es de presumirse; y, por lo demás, las quejas del Ministro que hemos referido y transcrito en parte fueron al fin escuchadas: en 1881 cambió totalmente la situación para él y para el servicio diplomático en general. La cruel experiencia de la guerra estaba probando a Chile que era necia economía no contar en Europa sino con una Legación a firme, y en conformidad a esta experiencia se procedió a reorganizar la diplomacia. El Ministro de Relaciones Exteriores de Santa María, don Luis Aldunate, atendió a ensanchar la representación, labor que prosiguió y completó en seguida don José Manuel Balmaceda al ocupar la misma cartera. El Presidente decía en su Mensaje en 1882 al dar cuenta al Parlamento de la marcha de la administración:

He acreditado diversas Legaciones en Europa y América con el propósito de estrechar más nuestras amistosas relaciones. De esta manera se comprenderá mejor y se sabrá apreciar, *sin incurrir en equívocos*, el espíritu pacífico que anima a Chile, y se hará justicia cumplida a la lealtad de sus procederes.

El Ministro de Relaciones Exteriores era, como se comprenderá, más explícito y decía:

Tanto el legítimo deseo de instruir a Gobiernos amigos en Europa, de los antecedentes y verdaderas causas de la guerra y de los propósitos que en ella nos han sostenido, como el anhelo por alimentar y ensanchar las corrientes de comercio en que se cambian nuestros valores y productos, decidieron al Gobierno a establecer sin demora dos Legaciones de primer orden en ese continente, la una en Londres y la otra en Berlín. No obstante que nuestro Ministro plenipotenciario en Francia prestaba la más asidua consagración a los negocios que era menester gestionar en Inglaterra, se juzgó indispensable no mantener fraccionada la representación de Chile en aquellos grandes centros políticos y comerciales del Viejo Mundo.

La decisión del Gobierno sólo se produjo varios años después de haberla aconsejado como indispensable Blest Gana, y más que por efecto de las palabras de éste, como fruto de las lecciones de la guerra. El 15 de junio de 1882 Blest Gana anotaba que se había impuesto del ascenso del señor Morla a un cargo de jefe de misión y del restablecimiento de algunos puestos de ella. Debido a estos movimientos administrativos, don Carlos Zañartu fué ascendido a secretario en reemplazo de Morla, y como oficial se designó a don José Bernales Mancheño. Por aquella misma fecha la representación de Chile quedaba como sigue: Ministro en Francia, don Alberto Blest Gana; Ministro en el Imperio Germánico, don Guillermo Matta, nombrado el 17 de diciembre de 1881, y Ministro en Gran Bretaña, don Marcial Martínez, nombrado el 4 de abril de 1882. Cada Legación contaba con un secretario y un oficial y con algunos adictos, de funciones esencialmente transitorias y no sujetas por lo tanto a la disciplina de un trabajo normal. Morla Vicuña, sin embargo, no dejó a París sino muchos años después, por no haber aceptado el nombramiento que se le había hecho, y permaneció en calidad de contador de la Legación.

Los servicios diplomáticos de Blest Gana fueron unánimemente aplaudidos por los diferentes jefes del Ejecutivo que se sucedieron en los muchos años que abarcan, y a los testimonios

que ya hemos copiado debe agregarse el de don Domingo Santa María, que en 1886 le escribió las siguientes nobles palabras:

Esta carta es la última que he de dirigir a usted sobre negocios públicos, desde que, en días más, habré de dejar la Presidencia de la República. No sería perfectamente justo con usted si no le asegurase cuán vivo es mi agradecimiento por los empeñosos y acertados servicios que usted me ha prestado durante mi Administración. Siempre le recordaré a usted con gratitud, y siempre me haré un deber en recomendar el celo con que usted se ha conducido en todos los negocios confiados a la Legación que usted desempeña.

XXVII. La cuestión del Arzobispado de Santiago

Al producirse en 1878 la muerte del Ilmo. señor don Rafael Valentín Valdivieso, quedó la Iglesia chilena sin el jefe arzobispal que le correspondía, e inmediatamente comenzaron las gestiones, dentro y fuera de los círculos eclesiásticos, para hallar un reemplazante. La tarea era difícil: en el difunto perdía la Iglesia un pastor eminente a quien la sociedad entera había tributado repetidas muestras de acatamiento y de filial respeto. El Gobierno de Chile examinó detenidamente la cuestión, hizo las consultas previas que creyó pertinentes, y después de maduras reflexiones propuso a la Santa Sede el nombre del prebendado don Francisco de Paula Taforó (1817-1889) para ocupar la silla vacante. El Consejo de Estado compuso una terna en la cual se dió el primer lugar al señor Taforó; la misma terna fué aprobada por el Senado unánimemente en una sesión a la cual asistieron diecisiete senadores. La importancia del nombramiento de Taforó como Arzobispo de Santiago y la razón por la que el Gobierno lo había indicado pueden verse en una carta confidencial que dirigió el entonces Ministro de Relaciones Exteriores don Miguel Luis Amunátegui a Blest Gana, que fué investido del carácter de Plenipotenciario ad hoc para tratar ante la Santa Sede de apresurar la designación del señor Taforó. En esta carta, fecha 1.° de julio de 1878, Amunátegui decía:

Tú sabes tan bien como yo que desde algunos años atrás un grupo de eclesiásticos seculares ha concebido el plan de constituir al clero en

un partido político, que busque su punto de apoyo en los ultraconservadores o pelucones, y que se haga fuerte con la cooperación de éstos. La pretensión mencionada ha sido pésimamente acogida por la gran mayoría de la nación chilena; que siendo, por lo general, muy sensata, no gusta de que se mezcle la religión con la política.

La *camarilla eclesiástica* formada en torno a los obispos Salas, Orrego y Larraín Gandarillas, los canónigos Astorga y Montes, el presbítero Fernández Concha y otros connotados clérigos, esperaba que fuese sucesor del señor Valdivieso un hombre de sus filas y de sus simpatías, y organizó trabajos para que la sede fuese otorgada a don Joaquín Larraín Gandarillas, que era ya obispo *in partibus* de Martyropolis, dignidad que se le había otorgado en subsidio de la de obispo auxiliar de Santiago, solicitada cuando el estado de salud del señor Valdivieso hacía temer un fatal desenlace. Al hacer el Gobierno pública su designación, los miembros de aquel grupo de eclesiásticos se dieron a roer el nombre de Taforó, presentándole como un sacerdote indigno y sobre quien no podría recaer la designación pontificia por ser hijo "natural o ilegítimo", como dice Amunátegui, quien agrega:

La Santa Sede ha dispensado ya dos veces al señor Taforó esta irregularidad para que obtenga dignidades en la Catedral de Santiago.

La misión que el Gobierno de Chile encargaba a Blest Gana era, pues, delicada, y de antemano debía contarse con que encontraría irremovibles resistencias. Previendo el resultado de las gestiones, Amunátegui decía:

Sólo en último extremo, si contra nuestros deseos y esperanzas el Papa se negase a confirmar la presentación del señor Taforó antes de que llegue la información canónica que va a levantar el delegado apostólico Monseñor Moccenni, trata de conseguir siquiera que la Santa Sede nombre, desde luego, al señor Taforó Vicario Apostólico y le encargue provisionalmente el gobierno de la Arquidiócesis de Santiago. Esto es urgente e indispensable.

El grave negocio que se encargaba a Blest Gana no podía tomar a éste de sorpresa porque en varios años de trabajo diplo-

mático había llegado a adquirir esa maestría que sólo da la práctica cuando a ella se unen relevantes condiciones intelectuales. Pero, así y todo, el Ministro mostró su escepticismo inicial ante aquella negociación al escribir al Presidente Pinto el 9 de enero de 1879:

> Me habla V. en su apreciable carta de 13 de noviembre último de la esperanza que le asiste acerca del favorable resultado de la propuesta arzobispal. Por mis correspondencias sucesivas acerca de este negocio habrá observado V. que *yo me he mantenido constantemente en el terreno de la duda* a este respecto. Y no se necesita ciertamente ser discípulo de Descartes para quedarse en ese terreno, tratándose de un negocio que por la clase de oposición que se le ha hecho ha tomado las proporciones de un asunto excepcional, sobre todo cuando ese negocio se ventila ante el Gobierno del Papa. Son tantas las reticencias ante las cuales se estrella toda pregunta, tanta es la prudente reserva con que se acoge todo argumento, que es muy raro el caso en que el negociador puede salir, sin ser temerario, de una duda más o menos templada por la esperanza. Yo abrigo ésta como V. y fundado precisamente en las reflexiones que V. hace; mas ahí me quedo por ahora, *sin atreverme a dar seguridad alguna.*

Pero los censores que comenzaron a surgir entonces en Chile y que mellaron sus dientes en el Gobierno y en el Ministro Blest Gana no conocían tales expresiones; lo que no disminuyó en nada el encono del ataque:

> A Santa María escribo sobre el asunto Taforó. Parece que la chismografía social y de sotana se ha apoderado de mi reputación y se me supone creo hasta intrigas con el partido opuesto. Espero que mis amigos, y sobre todo los que me han visto consagrar mi vida a la honradez y al honor, los que saben que siempre estoy dispuesto a sacrificar mi persona al servicio y al éxito del Gobierno que me presta su confianza, habrán sabido despreciar tan absurdas como temerarias calumnias.

Al llegar la guerra, la gestión quedó paralizada; entonces el señor Blest Gana dirigió a su pariente y amigo don Jorge Huneeus, Ministro de Relaciones Exteriores subrogante a la sazón, una carta (5 de setiembre de 1879) en la cual aplaudía el aplazamiento y recapitulaba el negocio:

Creo muy cuerda la resolución de aplazar el asunto del señor Taforó. En carta de poco tiempo ha informé al señor Presidente que ha llegado a mi noticia que nuestro Arzobispo electo ha elevado renuncia de ese cargo a la Santa Sede por conducto del delegado apostólico que se halla en el Perú.

No son los momentos de ocuparse de hacer conjeturas sobre si esa renuncia vendrá o no a evitarnos un conflicto. En mis comunicaciones creo haber dado bastante luz al Gobierno tocante a la índole de la corte de Roma en estas materias. Yo tengo la convicción de que padecen un error los que se figuraron que el viento del liberalismo iba a soplar para el Vaticano con la entrada de León XIII. Lo que yo he visto, lo que yo he hablado, lo que yo he palpado me infunde la contraria convicción. El nuevo Papa, sin la dulzura de Pío IX, será tan inflexible como éste en la guarda de lo que llaman prerrogativas de la Iglesia y desconfianza del poder civil. Dada esa fórmula, no es difícil resolver cómo se tratarán en la Santa Sede todas las cuestiones entre los dos poderes.

Blest Gana encontró en la Sede romana el más rotundo y cortés rechazo a las pretensiones del Gobierno chileno, y su misión fracasó por completo, no ciertamente debido a incompetencia del negociador, sino por la índole misma del asunto que negociaba. Ello se entiende fácilmente, y nos lo va a explicar del modo más categórico don Domingo Santa Cruz Wilson, el que mejor ha estudiado tan delicada cuestión:

Si por un lado el Gobierno de Chile se esforzaba en presentarlo (a Taforó) adornado de condiciones especialísimas de dignidad y ciencia y pedía, en nota del Ministro de 2 de julio, que se excusara aún la información canónica "en atención a la dignidad que ocupa en la Arquidiócesis de Santiago como por el gran número de documentos fehacientes anexos a este oficio, en los cuales se expresan prolijamente los servicios y merecimientos de tan respetable eclesiástico", y pedía la dispensa del impedimento canónico del nacimiento ilegítimo que afectaba al electo; casi la totalidad del clero y gran parte de los católicos miraban esa designación del señor Taforó como un reto lanzado a la independencia de la Iglesia, y como producida por el deseo de humillarla, dándole por pastor a un sacerdote que se consideraba en extremo liberal y sumamente afecto a las tendencias avanzadas del Gobierno de entonces.

Blest Gana hizo varios viajes a Roma para atender a este asunto: en el primero, en 1878, dejó hecha la presentación; y

noticiado de que era preciso dar tiempo suficiente para su trabajo a la Congregación a que la Santa Sede somete el despacho de tales nombramientos, volvió a París a reanudar las habituales tareas de la Legación. En febrero de 1879 regresó a Roma, y allí recibió de la Santa Sede la notificación oficial de que la propuesta del Gobierno de Chile no sería aceptada y "que el Papa deseaba que tal determinación quedara secreta y se pidiera al Gobierno de la República que, poniéndose previamente de acuerdo con la Santa Sede, propusiera otro sacerdote para Arzobispo" (Santa Cruz). A su regreso a París tuvo Blest Gana noticia de la guerra con Bolivia, y debió abandonar la gestión.

XXVIII. Nuevas gestiones en Roma

Pero el cambio de Gobierno ya mencionado (1881) fué parte a que Chile se mostrara empecinado en obtener el nombramiento del señor Taforó, y Blest Gana hubo de trasladarse una vez más a Roma a negociar de nuevo lo que ya se le había negado. Durante su tercer viaje a Roma con este objeto, noviembre de 1881 a febrero de 1882, Blest Gana no supo nada que no supiera ya, hasta el punto de que temió que el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores no se hubiese informado debidamente de las noticias que él en su oportunidad había enviado a Chile (nota de 28 de noviembre de 1881). Pero la insistencia del negociador chileno consiguió algo extraordinario: el Papa aceptó que la proposición pasara nuevamente a estudio, lo que se hizo saber a Blest Gana el 31 de diciembre. Reforzó el plenipotenciario chileno su diligencia elevando a manos del Sumo Pontífice un largo memorándum titulado *Resumen de las consideraciones que recomiendan la candidatura del canónigo don Francisco de Paula Taforó para el Arzobispado de Chile,* fecha 21 de febrero de 1882. Preciso es reconocer que Blest Gana dedicó a este negocio una atención especialísima, a pesar de la cuantía de los asuntos que podían detenerle en París. Volvió, en efecto, a Roma en marzo y en julio de 1882, y al regresar a París escribió al Presidente de Chile una carta en la cual se lee:

Acabo de llegar de Roma —la carta es de 31 de agosto—, donde dejé, por el momento, agotada la materia de la presentación del señor Taforó para el Arzobispado de Santiago. Pocas causas se habían defendido con más ardor y constancia. Estoy por creer que ya empezaban a tenerme miedo en el Vaticano, tantas y tan largas fueron mis conferencias con los altos personajes a los que incumbe influir cerca del Papa en esta clase de asuntos. No he dejado, en efecto, argumento por aducir, razón por alegar, circunstancia por hacer valer, incidente por poner de relieve, cargo o calumnia por combatir y arbitrio, en fin, por disponer en favor de la aceptación de la propuesta. Todo lo que usted me ha dicho en sus cartas, todo lo que Miguel Amunátegui me ha escrito oficial y privadamente; cuanto he hablado yo en la prensa, o se me ha ocurrido meditando o hablando sobre el asunto, todo, todo ha sido puesto en juego y presentado por mí a la Santa Sede en la forma y con los colores que he juzgado más convenientes al éxito completo y rápido del encargo.

Toda esta insistencia fué en vano. La mejor impresión que ha dejado el propio negociador acerca de la diplomacia vaticana está contenida en el siguiente pasaje de una carta que ha permanecido inédita más de medio siglo y que sólo en 1934 se publicó:

Paciencia y prudencia he habido menester, sin duda, para no dejar asomar a mi semblante la irritación que produce esa resistencia fría pero llena de urbanidad; esa desconfianza instintiva con que el poder religioso recibe toda insinuación del civil; esas reticencias elocuentes, esa majestad del que afecta no tener nada que temer ni que esperar de los poderes humanos; esa especie de aislamiento especial desde el cual se responde a todos los Gobiernos laicos, sobre todo a aquellos que han desdeñado el hacerse forjar en el mismo Vaticano ese poder del patronato, sin el cual no hay existencia ni relación posible mientras se mantenga la unión entre la Iglesia y el Estado.

El Papa anunciaba, por fin, al señor Blest Gana, en audiencia de 25 de febrero de 1882, que enviaría a Chile un delegado apostólico con el encargo de conocer, en el seno mismo de la sociedad chilena, el pro y el contra de la cuestión para que la Santa Sede pudiese resolver en definitiva: se trataba como se ve de una especie de recurso de alzada después de la apelación que había confirmado la sentencia de primera instancia de 1879. El delegado de Su Santidad, monseñor Celestino del Frate, trasladóse

en el acto a Chile, y fué recibido solemnemente por el Presidente Santa María el 25 de mayo de 1882. Citemos una vez más al señor Santa Cruz, para reconstituir esta parte del asunto:

La venida del delegado no fué del gusto del Gobierno, a quien desagradó profundamente el que monseñor Del Frate recogiese informaciones de otras fuentes que las que éste le señalaba como auténticas; así, el enviado pontificio comprendió desde un principio, por muchos indicios, que la elección del señor Taforó más bien que al bien de la Iglesia se dirigía a la realización de un plan político preconcebido de reformas liberales para las cuales se quería tener un aliado en el primado de Chile; y, según se desprende de las quejas del Gobierno, el delegado cultivó escasísimas relaciones con los círculos políticos.

No había dejado entretanto de negociar Blest Gana en Roma, y obtenía en noviembre de 1882, en un nuevo viaje a la Ciudad Eterna, que el Papa entregara una vez más el estudio de la presentación de Chile a la Congregación de Negocios Extranjeros. Del dictamen de ésta surgió el espíritu de la comunicación autógrafa que con fecha 25 de noviembre de 1882 dirigió Su Santidad al Presidente de Chile, para hacerle saber, una vez más, que no aceptaba su designación y que había de formular otra nueva...

XXIX. *Ruptura de las negociaciones: ataques a Blest Gana*

La repercusión de este asunto fué ingratísima, y por ella, sobre todo, nos hemos detenido tanto en contarlo. El Gobierno de Chile entregó sus pasaportes a monseñor Del Frate; Blest Gana hubo de dar cuenta a la Santa Sede de la ruptura de las relaciones, y hasta 1887, año en que se declaró terminada la vacancia de la sede (gobernada entretanto por el señor Larraín Gandarillas como vicario capitular), Chile apareció en grave pugna con el Vaticano. Es conocido, además, el hecho de que a la ruptura de las relaciones el Gobierno de Santa María hizo seguir una serie de medidas que, con carácter de simples repre-

salias al principio y de permanentes después, contribuyeron a modificar no poco el orden familiar y social y la conciencia del pueblo de Chile. Las leyes de cementerios, de matrimonio civil y de organización del Registro Civil, encaminadas a restringir la intervención, hasta entonces exclusiva, de la Iglesia en los actos más solemnes de la vida de las personas, tuvieron su origen en aquellos días y fueron fraguadas al calor de la resistencia al terminante rechazo que en Roma había merecido el señor Taforó.

Las gestiones de Blest Gana en la Santa Sede se ajustaron hasta en el menor detalle a las instrucciones emanadas de Santiago; y por eso no debe extrañarnos que el negociador dijera el 5 de mayo de 1882 al Ministro de Relaciones Exteriores:

He tenido la honra de recibir la nota de US. fecha 14 de marzo, signada con el N.º 14, por la que quedo impuesto con viva satisfacción de la completa aprobación que han merecido al Gobierno mis gestiones cerca de la Santa Sede en la presentación del señor Taforó para el Arzobispado de Santiago.

Aun cuando el conflicto arzobispal había tenido los más ingratos resultados en Chile, Blest Gana debió seguir tratando de restablecer la concordia interrumpida, desde su sede parisiense. No volvió a Roma porque le pareció innecesario; pero el Presidente Santa María le confió una parte de las gestiones que fué preciso realizar para llenar las sedes vacantes, la de Arzobispo de Santiago y las de los obispados de Concepción y de Ancud, que perdieron a sus pastores por fallecimiento mientras se tramitaba la primera provisión. Don Alfredo Santa María Sánchez, que ha estudiado el punto en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (núm. 109, 1947, p. 123 y sigs.), divide las gestiones en esta forma:

Tres contactos se produjeron, uno personal del Presidente con monseñor Mario Mocenni, Arzobispo de Heliópolis y prosecretario de Estado de Su Santidad, con quien el Mandatario chileno había tenido buenas relaciones, especialmente en el tiempo en que éste desempeñara el cargo de Internuncio Apostólico ante el Gobierno del Perú, y a quien el

Presidente había atendido personalmente a su paso por Santiago de regreso a Roma, vía Buenos Aires; otro personal de don Alberto Blest Gana con monseñor De Rende, Nuncio de Su Santidad ante la República Francesa..., y un tercero por intermedio del Excmo. señor Barón de Aguiar d'Andrada, Ministro que fué del Imperio del Brasil ante el Gobierno de Chile...

Producida la renuncia irrevocable de Taforó, el Presidente Santa María indicaba como probable sucesor a don Juan Escobar Palma, "hombre probo, ilustradísimo, modesto, virtuoso y notablemente conocido como filósofo y literato" (carta de 20 de agosto de 1883). Para el obispado de Concepción sugería el nombre de fray Agustín Lucero; y "a Chiloé —agrega— podrían ir o el presbítero don Ruperto Marchant o el presbítero don Agustín Barceló". "No conozco a Barceló —comenta el Presidente—, que es hijo de Ancud, bien que reside y enseña en Santiago; pero conozco algo a Marchant y puedo dar testimonio de que si no fuese clérigo sería hoy un distinguido literato y un excelente magistrado."

La provisión de las vacantes vino a producirse algo más adelante, y en virtud de negociaciones que se prolongaron casi en los mismos términos en que las hemos visto desenvolverse antes, es decir, con la paciencia y el método que aplicaba Blest Gana a todas sus labores diplomáticas. Don Mariano Casanova fué preconizado Arzobispo de Santiago en diciembre de 1886; fray Agustín Lucero, señalado por Santa María, fué también obispo de Ancud, y don Fernando Blaitt, aceptado finalmente como obispo de Concepción por la Santa Sede, ejerció apenas el gobierno de su diócesis porque la muerte le sorprendió pocos meses después de haber sido solemnemente consagrado.

De esta manera terminó el largo interinato de la arquidiócesis de Santiago y así se proveyeron las otras vacantes. Conflicto enojoso, difícil, áspero si los hubo, en que Blest Gana debió más de una vez hacer uso de todas sus facultades para mantenerse en el terreno de la serenidad. Si lo exasperaba la diplomacia vaticana, por su extremada cautela, no menos lo hería la incomprensión de los suyos. Taforó, por ejemplo, creyó

que la defensa que de su candidatura había hecho Blest Gana no era eficiente, puesto que la preconización no había sido alcanzada en la primera instancia; y los liberales de Chile, de quienes era candidato, no escatimaron censura al negociador. Lastarria, sin ir más lejos, publicó un folleto, *Negociación sobre el Arzobispado,* 1883, en que el anónimo le iba a permitir descargar sobre Blest Gana no pocos mandobles. La publicación de los documentos que más tarde se han conocido reduce el alcance de las observaciones de Lastarria. No pudo éste compulsar sino los que había dado a conocer el Gobierno en el folleto titulado *Documentos relativos a la presentación hecha a la Santa Sede en 1878 por el Gobierno de Chile, del señor prebendado don Francisco de Paula Taforó, para ocupar la sede vacante de la arquidiócesis de Santiago,* 1883; en donde, naturalmente, fueron tachados y suprimidos los pasajes que podían despertar suspicacias o debilitar la causa por cualquier otro motivo. En aquellos nuevos papeles ha podido quedar en claro lo que venimos sosteniendo y que se nos permitirá recapitular.

Blest Gana entendió, desde el principio, que la preconización de Taforó no alcanzaría buen éxito en la Sede romana y no ocultó su pesimismo por la negociación a ninguno de sus corresponsales de Chile (Santa María, Amunátegui, Alfonso y otros). Entendió, igualmente, que para mejorar la postulación habría sido deseable que a la Santa Sede llegaran adhesiones en pro de Taforó firmadas no por instituciones laicas o indiferentes en religión, cuando no abiertamente hostiles a la Iglesia, sino de clérigos, congregaciones y católicos militantes; la verdad es que estas adhesiones era en definitiva imposible conseguirlas porque Taforó no contaba con relaciones o amistades en tales círculos, sino, al revés, entre los liberales, que eran los que menos podían agradar a los jefes del estado vaticano. Las tachas que pendían sobre Taforó (la irregularidad del nacimiento, por ejemplo) podían, a su juicio, contrarrestarse con testimonios fidedignos de que era buen sacerdote, ilustrado, culto y, sobre todo, amado y respetado de sus feligreses.

El ataque de Lastarria lo inquietó, y tanto, que pensó responder; pero se abstuvo. Sabía que el tiempo guardaba las verdades y que, en definitiva, su gestión no podía ser juzgada sino más adelante, cuando se dieran a luz todos los documentos producidos y sin las reservas que por discreción había hecho el Gobierno. Guardó silencio, y sólo en nuestros días se ha podido conocer íntegramente cuánto tiempo empleó y cuánta diligencia hubo de gastar en estas negociaciones enfadosas y, sobre todo, sin fruto visible.

Blest Gana quiso impedir el envío del legado apostólico a Chile, pero encontró que el ambiente vaticano no aceptaba sino este expediente para llegar a tener noticias fieles de lo que pasaba en tan lejano país. Las novedades que se le dieron a conocer después desde Chile confirmaron su intuición: Del Frate removió las aguas ya algo agitadas del corrillo santiaguino, y logró formar en ellas una verdadera tempestad, en la cual, como se sabe, naufragaron nada menos que las cordiales relaciones diplomáticas que ligaban a Chile con la Santa Sede. Y hubo el peligro de que desde las alturas se desencadenaran cosas peores. Santa María escribió a Blest Gana el 11 de agosto de 1882:

Vamos a entrar en un período de sobreexcitación en Chile. Ya se agita la cuestión de separación de Iglesia y Estado, bien que mal dirigida todavía. Los clérigos mismos la desean, sin advertir que perderán pan y pedazo. Se verán menoscabados en los respetos que hoy los rodean y se convencerán de que el país no les dará la plata con que sueñan, porque Santiago no es la República. Agregue que *se acabarán las instituciones monásticas* y que pasarán al Estado los bienes de manos muertas.

El negociador chileno, por su parte, advirtió, con la sutileza que le daba la práctica diplomática, que "la irritación empieza sobre esta cuestión en el Vaticano" (carta de Roma, octubre 3 de 1882). Más todavía: sus pasos eran todos infructuosos, a pesar de que se le daba la satisfacción de recibirle, escucharle, argumentarle y examinar todos los antecedentes por milé-

sima vez como si fuese la primera que entraban a estudio... El Papa le recibió, nuevamente, el 12 de noviembre, y en esta entrevista lo único que sacó en sustancia el negociador fué que el jefe de la Iglesia le comunicó "que en un punto su resolución estaba tomada, cual es que había determinado que él comunicaría directamente al Presidente de la República su decisión sobre el asunto del Arzobispado". En la misma carta en que Blest Gana comunicó estas novedades al Presidente Santa María se hace una útil recapitulación del largo negocio. Véase si ofrece interés a la luz de los antecedentes que hemos recordado más arriba.

Sea cual fuere el resultado de todo esto, creo que puedo decir que mi trabajo en esta larga campaña no ha sido del todo estéril. Dejo como incontrovertible el derecho de patronato, que al principio se quería poner en duda. He hecho vacilar a la Congregación, que después de haber rechazado en 1879 al señor Taforó, no se ha atrevido ahora a confirmar su rechazo y ha dejado a la conciencia del Papa la ardua resolución. Este, por fin, en vez de repetir su lacónica y autoritaria negativa de ahora cuatro años, recurre a un paso que demuestra alta consideración por nuestro Gobierno, y esto después que ese Gobierno rechazó una transacción, en la cual, por lo menos, el candidato habría recibido una muestra de aprecio de parte de su jefe espiritual, que habría hecho enmudecer a sus enemigos.

Este resumen es, como se ve, muy cuerdo y discreto, ya que no exagera ninguno de los logros obtenidos ni el autor hace vanagloria de su trabajo para conseguirlos. Más adelante, en la misma carta, Blest Gana aparece cediendo al deseo muy legítimo de que su mandante, el Gobierno de Chile, juzgue su acción, pero también es discreto lo que dice: "Ojalá que Ud.... se persuada de que era imposible alcanzar otros resultados en una lucha tan desigual con un poder celoso y suspicaz, que reputa como causas de resistencias y de desconfianza, tratándose de conferir el poder a un clérigo, todo aquello que lo hace popular y querido en la sociedad civil".

XXX. *Jubilación de Blest Gana*

Los últimos años de su permanencia en París como Ministro de Chile en Francia, Blest Gana los consumió en una serie de enojosas cuestiones relacionadas con la liquidación de los reclamos de extranjeros a propósito de la guerra del Pacífico, y sobre todo con la atención de las reclamaciones interpuestas por los tenedores de bonos emitidos por el Gobierno peruano. Estos últimos acudieron más de una vez a la prensa y a las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, así como a la Foreign Office de Londres, a hacer valer los títulos de que se creían depositarios para imponer al Gobierno de Chile determinadas formas en el cumplimiento de sus obligaciones. La tarea de Blest Gana resultó bastante pesada, a pesar de que había en Londres un representante chileno, don Marcial Martínez, que tomó a su cargo la parte correspondiente de las reclamaciones, y es frecuente verle dirigir a Chile notas en las cuales da cuenta de las entrevistas que ha tenido con el Ministro de Relaciones Exteriores de Francia para hacerle conocer los puntos de vista de su Gobierno.

Pero nuevas y más graves muestras de ingratitud aguardaban al señor Blest Gana para poner a prueba el temple de su alma de patriota y de ciudadano. Primero fueron las amenazas de economías reiteradas a cada discusión sobre el Presupuesto, es decir, de año en año; luego sinsabores que merecerán mención especial. En una carta sin fecha dirigida a don Ambrosio Montt por el Presidente Santa María, y que aparentemente es de 1885, se leen las siguientes palabras:

En el Congreso quieren *tijeretear* demasiado, y, como Ud. sabe, la tijera se aplicará de preferencia a las Legaciones. Ya está acordada la supresión de las de Nueva Granada, Ecuador, Buenos Aires y España. Muchos hay que quieren también eliminar la de Estados Unidos. La Argentina se agregará a la brasileña, debiendo residir en el Brasil desde que así lo exigen los tribunales arbitrales. Yo no suprimiría ninguna. Creo que, ante todo, debemos estar en el extranjero y ser oídos en el

extranjero; pero paso a este respecto por un extravagante, como Ud. lo sabe. Resistiré cuanto pueda, pero habré de rendirme ante la voluntad del Congreso.

Y en otra, también sin fecha, al mismo corresponsal:

Las economías han de venir de seguro, y la supresión de dos Legaciones en Europa será indefectiblemente una de ellas. Quedaría la de Francia y quedaría sirviéndola Blest como hasta ahora, desde que tiene en sus manos los hilos de los más graves asuntos que difícilmente, sin la experiencia suya, serían manejados con tanto acierto por otro. (Archivo de Pinto, en poder del señor Donoso.)

No: la Legación no fué suprimida entonces, ni lo fué más tarde; habría dado muestras de extraordinaria imprevisión, casi de locura, el Gobierno que hubiese aceptado semejante medida, cuando tan fresco estaba el recuerdo de las irremplazables funciones cumplidas entonces por el representante de Chile en Francia y Gran Bretaña. Lo único que se hizo fué separar las dos misiones y dejar a Blest Gana sólo con la que le mantenía en París. Nuevos hombres y nuevos apetitos llegaron al Gobierno, y he aquí que el 25 de abril de 1887 (9) don José Ezequiel Balmaceda dirigía a su hermano don José Manuel, Presidente de la República desde setiembre del año anterior, una carta en la cual encontramos un acre juicio sobre don Alberto Blest Gana. El corresponsal dice que ha oído hablar de que don Carlos Antúnez iba a reemplazar a Blest: "Cualquiera será bien recibido sin más razón que ver a Blest que al fin deja el puesto". ¿Cuáles eran los graves motivos para dictar estos términos? Las composturas en el *Almirante Blanco* son, al parecer, el principal capítulo de acusación a que se alude en esa carta, escrita con virulencia y ligereza. Al señor Balmaceda todo le parece

(9) Andando el tiempo, el Presidente Balmaceda tuvo intención de nombrar nuevamente Ministro de Chile en Londres a Blest Gana. En su diario de reminiscencias de la Revolución de 1891, don Fanor Velasco, que era subsecretario de Relaciones Exteriores, escribía con fecha 11 de junio: "Acabo de firmar las transcripciones de los decretos que nombran a Morla Ministro en Londres, a Vega en Bogotá y a Poirier en México. Alberto Blest Gana rehusó el puesto que se ha dado a Morla..." (Obra citada, p. 427.)

reprobable: en la carta referida, que es bastante extensa, comienza por encontrar mal que Blest Gana permanezca tanto tiempo en su puesto, y llega al absurdo de sostener que es mejor el funcionario diplomático a quien se cambia con frecuencia de sede; pasa al nombramiento de don Isidoro Errázuriz como agente de colonización, y asegura que este servicio es inútil, que Errázuriz ya no está en edad de hacer un trabajo activo (tenía entonces cincuenta y dos años), y que sería mejor enviarle a Alemania; encuentra mal a Antúnez por su carácter y estima mejor a don Evaristo Sánchez Fontecilla, que lo tiene "más entero"; critica a Morla, "porque alguna responsabilidad le cabe en los desaciertos de Blest, desde que era la cabeza, el alma de la Legación"; entiende que el secretario que lo reemplace debe ser entendido en contabilidad, "para que su sucesor (el de Blest o el de Morla, que estaba entonces encargado de las cuentas) no tenga que cargar con pecados ajenos si los hay"; se lamenta de que los informes de los jefes de la escuadra don Juan José Latorre y don Jorge Montt no hayan arrojado sobre el proceder de Blest sombras definidas, como él esperaba, y, en fin, toca cien temas con la misma versatilidad, con la misma intolerancia de que hemos querido dar un reducido muestrario. Cualquiera habría pensado que documento de tal jaez no iba a influir en nada sobre el criterio del Gobierno para apreciar la obra de un funcionario que había dado repetidas pruebas de dedicación a su cargo. No fué así, empero, a juzgar por los resultados.

Blest Gana hubo de tomar en cuenta los cargos que se le hacían, y en carta dirigida a don José Manuel Balmaceda con fecha 19 de noviembre de 1886 se leen algunos párrafos pertinentes a los ataques de don José Ezequiel. Se le acusa de haber perdido la noción de las cosas de Chile por su larga permanencia fuera de la patria:

No se me alcanza —escribe—, en verdad, qué género de cuestiones son aquellas en que una persona de alguna inteligencia, que ha tomado una parte activa y no estéril en la política internacional de su país,

no puede representar el espíritu y la tendencia exterior dominante en la nación, como dicen, según la estimada carta de usted, los que me niegan su confianza. Puedo, por el contrario, citar elocuentes ejemplos de un resultado diverso de esa aseveración, que manifestarán que los que piensan de aquel modo lo hacen, sin duda, por falta de un conocimiento exacto de lo que es la diplomacia, sus exigencias y sus mejores medios de acción. Todas las cuestiones difíciles que me ha tocado tratar en mi activa carrera pueden servirme a este propósito. Desde la suscitada por el incidente Hyde, pasando por la larga cuestión arzobispal, por las reclamaciones de la *Jeanne Amélie*, las continuas dificultades que surgían en tiempos de la guerra del Pacífico, los complicados y extensos debates relativos a los tenedores de bonos del Perú y las variadas cuestiones sobre el guano, hasta mis laboriosas gestiones tocante a los tribunales arbitrales, de las que me ocupo todavía, todas ellas manifiestan que he tenido invariablemente la fortuna no sólo de interpretar con fidelidad la política gubernativa, encarnación de la "tendencia exterior dominante en el país", puesto que tengo llenos el archivo oficial y el mío particular de comunicaciones que expresan la más completa aprobación de mis actos, sino que en casi todos estos negocios he creado sobre instrucciones las más veces lacónicas, como puede verse en nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, una argumentación abundante y sólida, hija de la meditación y del estudio, en la que nuestro Gobierno se ha dignado reconocer siempre el reflejo de su pensamiento y la acertada defensa de los intereses nacionales.

¿No hemos visto acaso, en los brevísimos resúmenes que aquí hemos hecho, confirmada punto por punto la observación del señor Blest Gana? Las interpelaciones eran contestadas por los Ministros sobre la base de los informes dados por el plenipotenciario en París, y ellos y los Presidentes elogiaban en Blest Gana la prudencia, el tino diplomático y, sobre todo, la fidelidad con que había seguido las instrucciones emanadas de La Moneda y el espíritu mismo que guiara las intervenciones de Chile en asuntos del orden internacional. ¿Y de este hombre que ha vivido pendiente de la vida chilena y que la sabía resucitar con tan penetrante acento en novelas escritas mucho después del ataque a que nos hemos referido pudo decirse que se había alejado de Chile y que no podía ya representar adecuadamente sus intereses?

En cuanto a que un hombre se desnacionalice porque reside muchos años fuera de Chile —agrega Blest Gana—, Ud. me permitirá que no

considere el cargo como apoyado en ningún fundamento sólido. Acaso podría decirse eso del que se mantiene muchos años alejado del suelo natal por puro gusto. Mas no es posible formular semejante acusación contra el que vive ocupado del servicio de su patria; que sigue con vivísimo interés su desarrollo; que le consagra todos sus instantes y que pone su grano de arena con infatigable celo en esa obra común de engrandecimiento nacional, que no puede ser completa si no tiene representantes activos y experimentados, repito "experimentados", en el exterior.

Están muy frescos los hechos que permiten afirmarlo así: la guerra del 79, ¿se habría coronado triunfalmente para Chile si éste no hubiese contado con un abnegado patriota en la Legación de París?

Yo abrigo la íntima convicción —añade— de que, si en vez de tener Chile, cuando estalló la última guerra, un Ministro conocedor de todos los recursos de estos países, hubiera estado representado por un diplomático novel y sin experiencia de estos mundos, la cooperación que entonces presté a la grande obra del Gobierno, y de la que vivo satisfecho en mi conciencia, no habría contribuído, como todo Chile conoce que contribuyó, tan eficazmente a los triunfos alcanzados.

Debe entonces acudir a sus recuerdos y exponer ante el Presidente de la República una de las muchas gestiones en que se pusieron a prueba no sólo su patriotismo, sino además todos los expedientes que a un conocedor del ambiente franquea el haber vivido muchos años en la tierra donde desarrolla su misión internacional. Dos buques en construcción en los astilleros de Kiel pueden ser para los enemigos de Chile; el Ministro manda a Lynch a que los visite, y Lynch informa que sin duda se trata de barcos para la guerra. El diplomático influye entonces cerca de su amigo el Príncipe Hohenlohe, Embajador de Prusia en París, y consigue que intente ante su Gobierno una instancia para que éste ordene detener aquellas embarcaciones e impedir que salgan de los astilleros. ¿Logra esto un advenedizo, un diplomático incipiente, por ilustres que hayan sido sus servicios en su patria, por talentoso y diligente que sea? ¿No serán éstos los frutos legítimos de una larga carrera que sólo co-

mienza a mostrarse halagüeña cuando se han pasado las asperezas iniciales y cuando el don de gentes del diplomático le ha abierto acceso a medios extraños y no siempre bien dispuestos a acoger al extranjero? No pretende Blest Gana, sin embargo, que haya hombres indispensables: "sostenerlo sería negar el progreso humano"; lo único que sí hay de cierto es que "el que sirve bien y tiene una larga experiencia en el puesto que ocupa, ofrece infinitas más garantías de acierto que el que no ha adquirido esa experiencia". No se le ha ocurrido ser "inamovible", como dice don José Ezequiel con ira mal disimulada; acepta cualquier traslado, cualquier destino que sea firme y que le evite la sorpresa de quedar en la calle cuando la vejez se avecina. Y si el Gobierno no quiere, que se le jubile:

Como alumno fundador de nuestra Academia Militar, donde hice mi educación y de donde salí por el resultado de mis exámenes para ser enviado a terminar mis estudios en Europa, se me cuentan mis años de servicios desde 1843, de modo que tengo más de 42 años de abono para el retiro. Por razones de familia y por la educación de mi hijo menor, que no querría interrumpir, necesito permanecer aún en Europa durante algunos años, de suerte que, en caso de jubilarme, tendría que pedir a Ud. y a su Gobierno el favor, que espero no me negarían, de que se me pagasen aquí, y sin descuento por cambio, los 5.250 pesos que me corresponderían según la ley de 1853. Creo que esto podría hacerse fácilmente nombrándome *ad honorem*, es decir, sin más retribución que mi jubilación, Ministro en Bélgica o en España... Con el escasísimo sueldo de mi retiro tendría que vivir aquí en la pobreza.

Copia la elogiosa carta recibida de don Domingo Santa María cuando éste dejaba la Presidencia de la República (ver capítulo XXVI) y la opone a las que han movido al señor Balmaceda a dirigirle la que contesta. Pero todo es inútil. Don José Ezequiel ha hecho en el ánimo de su hermano, una influencia que nada puede contrarrestar, y Blest Gana se ve obligado a aceptar la jubilación.

Hemos vacilado largamente antes de introducir en nuestro relato este enojoso episodio, pero al fin nos pareció que era mejor no ocultarlo. Es tan desapoderado el ataque, que nada

sufre con él la buena fama con que la posteridad ha recibido el nombre de Blest Gana. El Gobierno mismo de Chile dará más tarde la razón al diplomático a quien se atropellaba así y olvidará en cambio la torpe intervención de don José Ezequiel Balmaceda. En 1898 se le comisiona para coadyuvar con don Domingo Gana, Ministro en Londres, al éxito de una misión confidencial; el Ministro de Relaciones Exteriores que le designa es el mismo don Juan José Latorre que había desencadenado todas las iras del denunciante de 1887 porque no confirmó, en sus informaciones oficiales al Gobierno, los rumores anónimos que se hacían circular sobre pretendidas concomitancias de Blest Gana con los señores Armstrong. Al año siguiente se le confía la representación de Chile ante una reclamación hecha por un ciudadano francés, a la cual se había dado alcance diplomático. Y en 1901, en fin, el Gobierno de Chile le encarga llevar a la Conferencia Panamericana de México la representación oficial de una nación que no quería ver burladas las legítimas preseas de su guerra de 1879, a la cual con tanto fuego y con tanta abnegación había colaborado Blest Gana desde su puesto de París. La invención de 1887 está destruída: a un diplomático venal no se le confían esos cargos delicados y honrosos; a un hombre que especula con el buen nombre de su patria no se le acepta en la mesa de los mejores mensajeros de la vida nacional.

Por eso hemos copiado las expresiones descomedidas de don José Ezequiel Balmaceda: los años les han arrebatado todo lo que pudieran tener de valentía para acusar a un hombre perfectamente hábil para defenderse y les han dejado sólo lo que tienen de infundado y de mezquino.

Cuando Blest Gana vió que —por obvios motivos— no encontraría en el Gobierno de Balmaceda la elemental justicia a que creía tener derecho, elevó la siguiente solicitud:

Excelentísimo Señor:

Alberto Blest Gana, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en Francia, a V. E. respetuosamente expongo que encon-

trándome imposibilitado para continuar en el servicio, según lo acreditan los certificados de dos eminentes facultativos de esta capital, que acompaño originales, debidamente legalizados, y teniendo más de cuarenta años de servicios no interrumpidos, como consta de la anexa reseña de los empleos públicos que he ocupado desde 1843 hasta la fecha, a V. E. suplico se sirva concederme mi jubilación con arreglo a la ley.

Es gracia y justicia, Excelentísimo Señor.

París, marzo 24 de 1887.

A. BLEST GANA

En el certificado del profesor de la Facultad de Medicina de París doctor A. Hardy, de fecha 23 de marzo de 1887, se dice que Blest Gana "est atteint depuis plusieurs années d'une dyspepsie gastro-intestinale, laquelle affection a provoqué des accidents variés et particulièrement une anémie avec faiblesse générale. Cette maladie doit etre considérée comme causée par les fatigues dues à des travaux de bureau et à la vie agitée qu'on mène dans la carrière diplomatique. Elle est de nature à éxiger de la part de M. Blest Gana du repos et la cessation de ses fonctions". Cosa semejante certificó el profesor Landouzy, profesor agregado de la Facultad, en informe de la misma fecha. Tramitado el expediente en Santiago por don Rafael Bascuñán Valledor, cuñado de Blest Gana, obtuvo éste la jubilación solicitada, por decreto de 26 de mayo de 1887, firmado por el Presidente Balmaceda y por su Ministro de Relaciones Exteriores don Francisco Freire, que le otorgó una pensión equivalente al 75% del sueldo asignado por la ley de presupuestos al empleo de Ministro de la Corte Suprema de Justicia. El señor Freire envió además a Blest Gana la siguiente nota:

Santiago, 10 de junio de 1887.

El último vapor del mes pasado llevó a US. la transcripción del decreto en que S. E. el Presidente de la República, vista la solicitud de US. y llenados los trámites y requisitos legales, ha tenido a bien concederle el beneficio de jubilación en las condiciones señaladas por la ley de 12 de setiembre de 1853.

Cúmpleme ahora, haciendo merecida justicia a los servicios que durante largo tiempo ha prestado US. al país en su representación diplomática exterior, el agradable deber de manifestarle que ellos son estimados por el Gobierno en grado igual a la notoria importancia que

les ha caracterizado y al empeño activo y celoso con que de parte de US. han sido prestados.

El infrascrito, por su parte, agrega, con especial complacencia, sus expresiones de sincero agradecimiento por el concurso con qüe, durante la época en que le ha cabido el honor de desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores, le ha auxiliado US. en pro del éxito de la labor común.

Por lo demás, no siendo posible interrumpir el servicio de esa Legación sin daño de los asuntos que corren a su cargo, el Gobierno considera conveniente que US. continúe al frente de ella hasta que pueda asumir su desempeño la persona que habrá de suceder a US.

En consecuencia, y fiado en que US. no tendrá dificultad para conformarse a este deseo, le he dirigido hoy el despacho telegráfico que copio en seguida y que confirmo a US. por medio de esta nota, con la explicación que dejo apuntada.

"Santiago, junio. Michipampa. París. Aunque jubilación fué despachada último vapor mayo, deseamos continúe US. al frente de la Legación hasta nuevo aviso. Freire."

Dios gue. a US.

FRANCISCO FREIRE

Lo curioso es que los muchos amigos que Blest Gana tenía en Chile no fueron tan fuertes como para contrarrestar la intriga y la calumnia. Uno de los más eminentes, don Domingo Santa María, pensó por aquel tiempo descansar en Europa de sus fatigas, y el Gobierno le ofreció un cargo diplomático para el caso de que hiciera el viaje. El ex Presidente escribió entonces a don Ambrosio Montt las siguientes palabras (10 de mayo de 1887).

Tampoco iría a Francia a reemplazar a Blest porque no querría aparecer dándole de codazos para ocupar su lugar. Amigo suyo, declararé siempre que se condujo en la Legación honrada, activa y celosamente. Sé que se le ha pedido su renuncia y que él jubila. Entiendo que le reemplazará en último caso Carlos Antúnez. . .

Y a don Víctor Manuel Prieto, con fecha 26 de octubre, le decía lo siguiente:

Escribo dos renglones a Blest. Deploraría que se entendiese mal con Antúnez, quien no ha tenido parte alguna en la separación de aquél. Carlos es un cumplido caballero. (Archivo de Pinto, en poder de don Ricardo Donoso.)

Defiriendo a la petición del Gobierno, Blest Gana presentó cartas de retiro sólo el 16 de diciembre de 1887, y siguió en la Legación hasta el último día de este año, ayudando a don Carlos Antúnez (1847-98) a ponerse al día en los asuntos pendientes y haciéndole entrega del archivo. En una de sus últimas notas (16 de diciembre) decía además Blest Gana que no podía embarcarse inmediatamente a Chile porque el estado de su salud no se lo permitía, y anunciaba dicho viaje para enero del siguiente año.

XXXI. *Resumen de la carrera diplomática de Blest Gana*

La obra diplomática de Blest Gana, que en términos generales y sin temor de ser llamados al orden por exageración nos atrevemos a calificar de gigantesca, fué estudiada por don Ricardo Montaner Bello en el discurso leído ante el Ateneo de Santiago en la velada que éste le dedicó a poco de morir. El señor Montaner indicó allí tres gestiones principales: "la relativa a la cuestión española derivada de la guerra de 1865, la referente al nombramiento del señor Taforó como arzobispo de Santiago, y la tocante a la guerra del Pacífico, que no puede en realidad considerarse como una sola gestión, sino como múltiples y heterogéneas gestiones de la más desparramada actividad".

A estas tareas agregó *motu proprio* el señor Blest Gana la de informar a su Gobierno de todos los incidentes diplomáticos que redundaran en el esclarecimiento y mejor inteligencia de las prácticas y principios del derecho de gentes, o que pudieran dar origen al establecimiento de algunos nuevos. La utilidad de estas informaciones resultó inapreciable para la conducta exterior del Gobierno de Chile y se puso de manifiesto en las negociaciones que sobrevinieron con ocasión de la guerra del Pacífico.

Al apreciar la obra de Blest Gana en el asunto de la preconización de Taforó, el señor Montaner dice que en ninguna otra "mostró mayor talento de polemista, de argumentador, de

agudeza y perspicacia de espíritu como en esta larga y célebre cuestión de más de cuatro años". No empaña su nombre el que la diplomacia del Vaticano, con larga tradición de fineza y especializada en aquella resistencia fría y urbana que desarmaba al Ministro chileno y llegaba casi a exasperarle, resultara venciendo al Gobierno a quien representaba Blest Gana, ya que no a este mismo, puesto que nunca dió paso en falso ni fué rectificado en cosa alguna por sus mandantes de La Moneda. En su elogio el señor Montaner dijo lo siguiente:

Llevaba, junto con sus instrucciones y sus credenciales, el decidido propósito de servir a su país con entusiasmo y celo, y de regresar a él para reanudar su interrumpida labor literaria, que lo tenía seducido. No debía regresar, sin embargo, y aunque su vida fué dilatada, mil circunstancias se lo impidieron, de esas circunstancias que tuercen y fuerzan la voluntad de los hombres, y parecen dirigir sus destinos.

La nota acaso dominante de su fisonomía moral fué su sentimiento de patriotismo, o, mejor, de chilenismo, que le permitió en sus últimas novelas describir, con la frescura del natural, las escenas y cuadros de la vida nacional. No son las escenas de ahora, sino las de nuestros padres, las que él mismo había vivido y de que conservaba empapado su espíritu.

Este sentimiento profundo de amor a la tierra, unido al del cumplimiento del deber, fué el resorte secreto que hizo de él un gran diplomático y un gran servidor de Chile.

A este juicio autorizado podemos agregar un antecedente que da especial mérito a la carrera diplomática de Blest Gana: no había en su tiempo, como no hay ahora, incompatibilidad alguna de carácter reglamentario entre la diplomacia y las letras, pero el autor de *Martín Rivas* la creó para sí, y al salir de Chile se propuso no gastar un minuto de su tiempo en labores literarias. Alguna vez solía expresar ante sus íntimos la melancólica tristeza con que permanecía alejado de la literatura; en una carta de 1871 (21 de junio) exclamaba a Vicuña Mackenna: "¡Feliz tú, que puedes dar gusto a tu vocación literaria!" Cumplió su palabra como caballero, y sólo después de haber obtenido la jubilación hizo el movimiento, bastante significativo por eso mismo, de desatar el nudo de la cinta

que amarraba, bajo una cubierta lacrada, los originales de *Durante la Reconquista.* Desde ese día volvió a las letras, próximo ya a la ancianidad, quien las había buscado en plena juventud como el mejor alimento de su alma.

El examen de documentos originales que hemos debido hacer hasta aquí para dar cuenta, todo lo pormenorizada que admiten estas páginas, de las gestiones diplomáticas en que intervino Blest Gana, nos prueba que hay un vacío que llenar y que compromete la gratitud de Chile como nación. Varias docenas de volúmenes llena la correspondencia del señor Blest Gana desde 1866 hasta 1887, guardada en el Archivo Nacional, y después de haberlos revisado prolijamente podemos asegurar que el mejor homenaje a tan eminente negociador sería hacer en ella una selección que, además, prestaría utilidad a los servicios diplomáticos de ahora, así como al estudio de la historia diplomática de Chile en el período que abarca. Singularmente son de notar en sus piezas: 1.°, las que se relacionan con la situación política europea (sobre todo la guerra franco-prusiana, que el Ministro siguió con la puntualidad del mejor cronista), y 2.°, las que versan sobre negocios de directo interés para Chile, a saber: incidente de la *Jeanne Amélie,* propuesta del señor Taforó para el Arzobispado de Santiago, guerra de 1879 y cuestiones derivadas de la misma, para no citar sino los asuntos de mayor gravedad.

XXXII. *El novelista reedita sus primeras obras*

Durante su dilatada estancia en París, Blest Gana se limitó, por muchos años, a hacer reediciones de aquellas obras de la primera época que hemos ido reseñando a medida de su publicación en Santiago y en Valparaíso, sin variación sustancial. En 1874 la casa de Bouret publicaba *El Primer Amor,* llamada con razón tercera edición, ya que la primera había sido hecha en las páginas de la *Revista del Pacífico* y la segunda por Tornero en un corto volumen. Se hizo en seguida una cuarta edición

en 1884, y otra más, por lo menos, en 1910. *La Fascinación* también fué editada en Francia por Bouret en 1875 y en 1891. De *Juan de Aria,* así como de *Engaños y Desengaños,* no se acordó el autor para darla a su editor francés: pensaba acaso que una y otra eran ensayos de juventud que nada agregarían a una fama sustentada ya en trabajos más robustos. *Un Drama en el Campo,* seguida de *La Venganza* y de *Mariluán,* vió la luz en París en 1876 editada por Bouret. En Chile, como se recordará, las tres novelitas habían sido folletines de *La Voz de Chile* primeramente y luego habían sido editadas, también juntas, en un volumen de 1862. En 1875 apareció en París (Bouret), en dos volúmenes, *La Aritmética en el Amor,* y en 1897 y acaso también en años siguientes se hizo de ella una reimpresión. *El Pago de las Deudas, Martín Rivas, El Ideal de un Calavera,* fueron reproducidas en París en diversas fechas. La casa Hachette et Cie. publicó además una versión francesa de *El Ideal de un Calavera,* con el título de *L'Idéal d'un Mauvais Sujet,* acaso sugerido por el autor, aunque resulta muy infiel.

Estos libros circularon ampliamente por toda la América de habla española y permitieron al novelista ver cumplida la ambición de su juventud: ser leído y aplaudido fuera de la patria. Por lo demás, durante muchos años las novelas de Blest Gana, salvo pocas excepciones, en Chile mismo no fueron conocidas sino por las tiradas hechas en Francia. Sólo en nuestros propios días hemos visto renovarse el interés por esas obras: fuera de *Martín Rivas,* que cada cierto número de años es editada de nuevo, han aparecido principalmente, en 1933, las primeras ediciones chilenas de *Durante la Reconquista,* y en 1936 de *El Loco Estero* y *Los Trasplantados,* esta última tirada simultáneamente por dos editores. En años siguientes este interés editorial se ha visto acrecentado y robustecido.

XXXIII. *Otra vez en la tarea literaria*

El día 9 de setiembre de 1888 el diario santiaguino *La Epoca* publicaba en su sección noticiosa una nota que había apa-

recido en *La Unión* de Valparaíso y que se refiere a una nueva obra de Blest Gana. La información dice así:

Novela inédita de don Alberto Blest Gana. En el próximo vapor de Europa llegarán los originales de una novela que don Alberto Blest Gana envía a uno de sus deudos residentes en este puerto, para que atienda a la publicación de ella.

El señor Blest Gana ha querido que se haga en Chile la publicación de su libro, para no perder aquí los derechos que como autor le corresponden.

La novela de que se trata había sido comenzada hace años por el señor Blest Gana; pero había interrumpido su trabajo porque sus ocupaciones no le permitían proseguirlo. El año pasado reanudó sus tareas y terminó la obra.

La novela versa sobre asuntos ocurridos en tiempo de la Independencia, abarca un buen espacio de tiempo y consta de dos volúmenes.

Aunque un diario ha hecho proposiciones para comprar la novela y publicarla en sus folletines, todavía no hay trato cerrado.

Se trata de *Durante la Reconquista,* cuyos originales había llevado el autor al salir de Chile en 1866; sin embargo, la obra que se publicó con ese nombre fué escrita de nuevo porque el autor confesó no haber aceptado la forma que primitivamente diera a aquel proyecto. Es un vasto fresco de la vida chilena en el cual se mezclan las noticias y los personajes históricos a una intriga de amor y de política. Las prisiones de patriotas en Santiago, con allanamientos de sus casas; las tropelías de San Bruno, el asalto a Melipilla, forman un conjunto de hechos de la historia en los cuales el novelista se apoya, sin deformarlos, para tejer una intriga llena de interés, donde el amor, a menudo contrariado por vicisitudes políticas, aureola de luz sentimental las figuras del drama. *Durante la Reconquista* fué publicada en dos gruesos volúmenes por la editorial parisiense de Garnier Hermanos. El patriótico deseo que Blest Gana alentó de publicar en Chile la primera edición de esta obra no pudo ser cumplido, y a ello debe atribuirse que, concluída en 1888, no viera la luz sino nueve años después y en París. Por el mismo tiempo el jurado de literatura de la Exposición Nacional, compuesto por Jacincto

Chacón, Fanor Velasco, Enrique Nercasseau y Morán y Carlos Toribio Robinet, que actuaba como secretario, dió el primer premio de novela a Blest Gana; habían presentado también obras al certamen Daniel Barros Grez, Pedro N. Cruz, Moisés Vargas, Fernán Alledor, Rafael Egaña, Francisco Miralles, Enrique Montt, Alejandro Silva de la Fuente, Jorge Huneeus Gana, Ramón Pacheco y Arturo Givovich (*La Epoca,* 19 de diciembre de 1888). Hasta el momento en que se le acordaba esta distinción el autor no había publicado sino las obras de la primera época, anteriores todas a 1867, pero en los caracteres de ellas era ya visible que se hallaba reflejado el talento del primer novelista chileno.

Con su permanencia en París Blest Gana se puso en contacto con innumerables americanos, sobre todo chilenos, que hacían una religión de su descastamiento: deslumbrados por los esplendores de la vida europea, terminaban por menospreciar el terruño del Nuevo Mundo de que procedían, y trataban de injertarse en una sociedad que no les había llamado y que no les amaba. Esta vida de plantas a las cuales se ha quitado la tierra nativa producía todo género de obscuras tragedias, y Blest Gana concibió la idea de convertirla en tema central de una novela. Así nació la obra *Los Trasplantados,* que dió a luz en dos volúmenes la casa Garnier de París a fines de 1904 (10).

Después de esta novela amarga y trágica, que simboliza la irremediable situación de quienes se empecinan en hacerse europeos a la fuerza, el autor quiso volver al viejo Santiago de sus recuerdos infantiles, y de esta feliz inspiración surgió *El Loco Estero,* que también dió a luz en dos volúmenes la casa de Gar-

(10) *Los Trasplantados* encierran una formidable condenación del *snobismo* sudamericano, que busca en París un escaparate para lucir mejor. Así lo comprendió don Benjamín Vicuña Subercaseaux en *La Ciudad de las Ciudades,* 1905, donde dice: "En prensa ya el presente volumen, llega a nuestras manos la admirable novela de don Alberto Blest, en que se estudian los tristes fenómenos que la trasplantación produce. "Los Trasplantados" se llama esta novela, que hará época y que ejercerá, Dios lo quiera, una influencia benéfica en el sentido de curar el venenoso *snobismo* que induce a las familias americanas a radicarse en París. El talento del señor Blest, en la patética relación que hace, se refuerza de la autoridad de haber vivido cuarenta años en ese medio cosmopolita y fatal." (Pág. 189, nota.)

nier Hermanos (1909). En la novela figuran el doctor Blest, don Guillermo y don Alberto Blest Gana, tan levemente disfrazados que el lector menos perspicaz puede identificarles. La escena es el Santiago de Chile de 1839, con mil sabrosos detalles de color local; los personajes son por lo común gentes conocidas del mundillo santiaguino. Diversiones como el volantín, recuerdos como el de Portales, paseos como el de la Cañada, forman el marco característico de una obra fresca y graciosa que tiene derecho a figurar entre las mejores de su autor.

Pocos años antes había pasado por París don Antonio Huneeus Gana, pariente cercano del novelista, que con entusiasmo y diligencia dignos de aplauso tomó a su cargo, en cuanto regresó a Chile, la tarea de auspiciar la publicación de las obras completas del señor Blest. El 14 de mayo de 1910 éste escribía a su corresponsal:

> Por el correo que le lleva a V. la presente, o por otro muy próximo, irá destinado a V. un ejemplar de la nueva novela que acabo de publicar y que se titula *El Loco Estero*. En ella encontrará V. la evocación de muchos de mis recuerdos de niñez, condensados y reunidos en algunos cuadros de las costumbres de aquellos tiempos que me parecen capaces de despertar el interés de mis lectores compatriotas. Eran todavía los tiempos de la civilización colonial, que cedían el paso a los de nuestra existencia de pueblo nuevo.
>
> No recuerdo si hablé a V. de esta obra cuando estuvo aquí. El manuscrito durmió más de un año en un cajón de mi mesa de escritorio, siguiendo yo en esto mi costumbre de dejar *madurar* mis producciones literarias antes de lanzarlas a la luz pública. Es un sibaritismo intelectual que me ha procurado siempre refinados goces de alma. Escritor de vocación y no por lucro, no me doy prisa en publicar lo que escribo. De este modo, al abrir de nuevo el manuscrito, los personajes y las escenas en que se desarrolla su acción me salen al encuentro como amigos que vuelven de viaje y vienen a renovar las emociones que me dieron al nacer a la vida.

No fué éste el último trabajo literario que Blest Gana escribió al lado de su esposa: en la misma carta mencionada decía:

> He pasado con Carmelita el invierno en Niza. Ahí no he escrito nada. Después de corregir las pruebas de *El Loco Estero* me cogió una oleada

de pereza literaria que aún no he logrado sacudir. Quedo deseando que el público de mi querida patria acoja mi nueva obra con la misma benevolencia que ha dispensado a sus predecesoras;

y en otra procedente de la Villa Sunshine (Montecarlo), de 1.º de diciembre de 1911, escrita ya con trémulo pulso y con acentos desgarradores de emoción por la pérdida que acababa de sufrir, contaba:

Durante el último invierno que pasé en Niza con mi pobre Carmelita, escribí una novela que llevé terminada a París y entregué a los editores. No es un trabajo de largo aliento y tal vez no lo habría publicado si los míos no me hubiesen recordado el interés que tomaba Carmelita en mis trabajos literarios y el empeño con que siempre me estimulaba a no abandonarlos. La obra tiene ahora para mí el mérito de haberla escrito toda en su presencia, en la hora de reloj que todas las mañanas le consagraba. Actualmente he empezado la corrección de pruebas. ¡Qué espantoso contraste para mi alma lacerada, entre el tiempo que empleo ahora en ese trabajo y los felices momentos del tiempo que empleé en escribirlo!

Trátase de *Gladys Fairfield,* relato menos compuesto, que revela el desconcierto de la senectud en el novelista. Al publicarlo (1912), Blest Gana contaba ochenta y dos años. De esos días se conserva una carta enviada a su hermana doña María de la Luz, en la que se lee:

Antes que la presente espero que hayas recibido un ejemplar de mi última novela, intitulada *Gladys Fairfield.* Es una historia sencilla y sin pretensiones, que presenta un tipo de mujer interesante que sabe resistir a una pasión. El fondo del argumento es verdadero. En el joven héroe de la historia he pintado a nuestro primo Florencio Blanco, que por su excepcional belleza inspiraba esas pasiones violentas. Me proponía haber formado un tomo con esa novela y otra que tenía principiada. La muerte de mi adorada Carmelita apagó toda inspiración en mi alma, y no he tenido valor para concluir el trabajo principiado. Las luces que el dolor apaga a mi edad no pueden volver a encenderse, hasta que el tiempo traiga de nuevo la serenidad al espíritu contristado.

Pero dos años después nuevos motivos de quebranto vinieron a agobiarle: la guerra llamó a las filas de Francia a uno de sus nietos, y el anciano no pudo ya volver a tomar la pluma.

XXXIV. *Nuevas misiones diplomáticas*

La intempestiva jubilación de 1887, que alejó a Blest Gana del servicio activo de la diplomacia, no había podido extinguir en él ni el amor al trabajo ni el vivo y ardiente deseo de prestar su concurso a los intereses nacionales. El Presidente que le había obligado a jubilar caía en 1891, en medio del fragor de un combate fratricida que dividió por años a la familia chilena. Blest Gana asistió de lejos a la tragedia, entregado de nuevo a su obra literaria, y poco más tarde el Gobierno de Chile iba a golpear las puertas de su retiro para pedir al viejo diplomático que pusiera una vez más al servicio de la patria la dilatada experiencia que había atesorado.

En 1898 recibía de La Moneda el encargo de ponerse a las órdenes del Ministro en Londres, don Domingo Gana, con el objeto de proceder al desempeño de una misión confidencial ante el Gobierno de S. M. Británica. Los trabajos de la comisión arbitral que debía fijar la línea de frontera entre Chile y la República Argentina estaban a punto de verse interrumpidos, y se temía con justo fundamento la ruptura de las relaciones y la guerra en seguida. En esta situación, el Gobierno de Chile quería obtener de las naciones europeas amigas una manifestación en su favor que, presionando a la Argentina, la hiciera aceptar la idea del arbitraje. Para cumplir su labor, Blest Gana se trasladó a Londres, a donde llegó el 8 de junio de 1898. La misión estaba encomendada al distinguido ex diplomático, a don Domingo Gana y a don Carlos Morla Vicuña, y fuera del asunto mencionado se hizo extensiva a la contratación de un empréstito (11). Después de cumplido su encargo en Londres, Blest Gana hubo de trasladarse a Berlín para iniciar gestión semejante en compañía de don Ramón Subercaseaux, Ministro ante el Imperio Alemán. De una nota dirigida por este diplomático al Gobierno

(11) Así se desprende de la carta de Blest a don Juan José Latorre, fecha 17 de julio de 1898.

chileno se infiere la acogida que tuvo la negociación. El señor Subercaseaux escribía a Chile el día 25 de agosto:

La misión confidencial que trajo el señor don Alberto Blest Gana ante este Gobierno y las importantes revelaciones que hizo a nombre del nuestro produjeron verdadera impresión en esta Cancillería y no dudo que ella se habría traducido en hechos favorables a los propósitos que ha perseguido nuestro Gobierno si circunstancias imprevistas no hubieran venido a modificarla. En efecto, la llegada a esta ciudad del representante de Alemania en Buenos Aires y las declaraciones que ha hecho respecto de los propósitos pacíficos que dominan en la República Argentina para dar solución al litigio de límites pendiente, han venido a confirmar la opinión que desde tiempo atrás tenía este Gobierno de que no existen antecedentes que pudieran hacer temer la probabilidad de un rompimiento entre Chile y la Argentina, opinión en que siempre se ha basado esta Cancillería para contestar de un modo evasivo a las reiteradas instancias que le he hecho con el objeto de inducirla a interponer sus amistosos oficios cerca del Gobierno de la República Argentina para disuadirlo a aceptar la fórmula del arbitraje ilimitado.

.. ..

Como he tenido oportunidad de manifestarlo a US. en reiteradas ocasiones, creo que este Gobierno está animado de excelentes propósitos respecto de Chile y que, procediendo con las reservas que las circunstancias aconsejan, hará valer su amistad e influencias, siempre que lo considere oportuno, en apoyo de las soluciones conciliatorias y prontas que persigue nuestro Gobierno; pero que, mientras no se divise un peligro inminente de perturbación de la paz entre Chile y la Argentina, no es de suponer ni esperar que se preste a proceder de un modo distinto al que lo ha hecho hasta ahora.

La negociación se extendió, además, al Gobierno de Italia; en lo que se refiere a Alemania, el señor Blest Gana celebró largas entrevistas con el canciller Príncipe de Bülow, en las cuales se esforzó por persuadir al jefe de la Cancillería alemana de que la situación de paz en América estaba a punto de ser perturbada si no se acudía a interponer prontamente los oficios de las potencias en pro del cumplimiento de lo pactado entre Argentina y Chile (carta del 12 de agosto a J. J. Latorre). Blest insistió ante von Bülow en "que Chile ha hecho todos los esfuerzos posibles para evitar la guerra, y que si ésta tiene lugar, será la Argentina que la habrá provocado y ella la nación responsable de tamaña

calamidad". Parte principal del éxito que se prometía el Gobierno chileno para esta gestión estaba vinculada a la permanencia en Alemania de la misión militar chilena, tema al cual se refieren tanto el señor Subercaseaux (nota del 8 de setiembre) como Blest Gana (carta ya citada).

En el año 1901 debía celebrarse en la ciudad de México la Segunda Conferencia Internacional Panamericana, a la cual Chile debió dar especial importancia: las naciones vencidas en la guerra de 1879 insistían en pedir la revisión de los tratados que habían puesto término al estado de guerra, y Bolivia sobre todo, no ligada aún a Chile por el de 1904, quería obtener una revisión completa de los procedimientos de la liquidación del estado bélico. Para su representación, el Gobierno de Chile nombró a don Alberto Blest Gana, a don Augusto Matte, a don Joaquín Walker Martínez y a don Emilio Bello Codesido, Ministro de Chile en México a la sazón. En marzo de 1901 el señor Bello se trasladó a Europa a conversar con Blest Gana y con Morla Vicuña sobre la próxima Conferencia. La inesperada muerte de este último fué un serio obstáculo en los preparativos de la delegación chilena. Blest Gana tuvo el sentimiento de verle desaparecer en plena madurez, cuando era legítimo esperar los mejores frutos de su talento, que a su lado había visto prosperar y crecer en París, donde tan útilmente le sirviera de secretario y luego de contador de la Legación.

La Conferencia fué inaugurada en México el día 22 de octubre de 1901 y permaneció reunida hasta el 31 de enero de 1902. Antes de su apertura llegaba a Chile el rumor de que el Perú y Bolivia seguramente plantearían como tema la liquidación de la guerra de 1879, amenazando a Chile con una presión americana para que aplicase el principio del arbitraje a un asunto que estaba ya terminado. Como Chile se preparara para hacer frente a tal emergencia, su actitud fué mal interpretada, y se atribuyeron al Gobierno de La Moneda propósitos que encontraron su expresión en un artículo que vió la luz en el *Times* de Londres, al cual el Ministro de Relaciones Exteriores ordenó rectifi-

car, como se ve en el siguiente telegrama enviado al representante chileno en la corte británica:

Sírvase US. desmentir artículo atribuído al *Times* en que supone a Chile oponiéndose sistemáticamente a arbitraje. Lo único que resiste Chile es la imposición que algunos países quieren hacernos para discutir en Congreso México cuestiones pasadas o pendientes. Confórmase nuestra política a la seguida en La Haya.

Los resultados fueron satisfactorios para Chile, y de esa Conferencia salió robustecida la situación internacional de la nación en el conjunto de los pueblos del Nuevo Mundo.

XXXV. *La paz del crepúsculo*

La casa de Blest Gana en París había sido, cuando él era Ministro, el centro de reunión oficial de todos los chilenos que pasaban por allí; más tarde, cuando dejó la Legación, sus relaciones se depuraron y redujeron a las personas que con él reconocían lazos de amistad y a los admiradores de su talento y de su obra. Uno de éstos, don Carlos Silva Vildósola, le encontró en 1900 en la tertulia de don Augusto Matte, que en su cómoda casa de París recibía a muchos personajes de calidad.

Allí vi entrar una tarde —escribe el memorialista— a un caballero pequeño, de rostro delicado en que la piel tenía la tersura de únas mejillas infantiles, gran calva reluciente que limitaban cabellos muy albos como su grueso bigote y la perilla militar, vestido con una elegancia sobria, en cuyos ojos claros y ligeramente velados por una especie de ensueño había una placidez amable, y que saludaba con igual afabilidad a todos (12).

Blest Gana tenía ya setenta años y envejecía pacíficamente en París después de esa labor larga, abundosa, y a veces sumamente dramática, de que hemos dado más atrás un breve y desmañado resumen. Había publicado *Durante la Reconquista,* y seguramente acariciaba las últimas informaciones para *Los Trasplantados,* cuyos modelos le salían al paso en los salones de sus amigos sudamericanos residentes en París. El interés por

(12) *Retratos y Recuerdos,* p. 71.

las cosas de Chile no le había abandonado: al saber que su nuevo amigo comenzaba ya en la prensa su carrera de periodista y que era, además, autor de cuentos y ensayos de novela, lo sometió a "un interrogatorio cuidadoso".

En el respaldo de una tarjeta le apunté los nombres de jóvenes poetas y de algunos de los autores de cuentos que comenzaban entonces a darse a conocer y publicaban sus trabajos en pequeñas revistas casi inéditas que no llegaban a sus manos.

A comienzos del siglo el novelista vivía en una casa de la rue Christophe Colomb, donde también se mantenía una amable tertulia.

A su lado —rememora el periodista— había un espíritu fino, agudo, una mujer de mundo en el más alto y noble sentido de la expresión. La señora de Blest Gana hacía su labor a la luz de una lámpara, mirando de cuando en cuando a los visitantes por encima de sus gafas, hablando poco, discreta y reservada. Treinta años de vida europea, en medio de una sociedad cosmopolita, no le habían hecho perder uno solo de los rasgos de la dama chilena de su época, pero habían aguzado en ella su natural instinto de la psicología de los demás y le habían dado una experiencia del mundo un poco escéptica, sin dejar de ser benévola.

Era, además, la señora Bascuñán de Blest la hormiga hacendosa de aquel hogar: el novelista no se reconocía dueño de ningún talento práctico, y delegaba en su mujer todas las tareas que lo demandasen: el sueldo primero, la jubilación después, era entregado puntualmente, mes a mes, a ella, el mismo día que el novelista lo percibía, y a la dueña de casa tocaba invertirlo con la parsimonia adecuada a una entrada corta. La compenetración de ambos era completa. La señora Blanca Blest de Nariño, recordando a sus padres, nos decía que jamás les conoció amigos íntimos, porque el consejo y el apoyo moral que suelen pedirse a éstos, en ese hogar lo daban el marido a la mujer y la mujer al marido. Era, además, el señor Blest Gana persona generalmente silenciosa, retraída, aunque no hosca; de su herencia británica y de su educación francesa había desprendido como norma de conducta la gravedad, aliada a una gran discreción.

Un corresponsal de *La Epoca* de Santiago, que escribía al diario una *Carta de Roma* (publ. el 6 de octubre de 1886), había trasmitido con fidelidad el juicio formado por Opper de Blowitz, el egregio redactor de *The Times,* de su amigo el diplomático chileno, y agregaba detalles que hacen indispensable reproducir buena parte de aquel artículo para información de nuestros lectores. Cedamos la palabra al señor A. de X., que firma la *Carta* referida:

M. Blest Gana, me dijo mi amigo De Blowitz, es un hombre atento, frío, reservado, amable. Lleva sus cincuenta abriles *pas mal.* Le he oído a la condesa de Primrose alabar la galanura y donaire de los versos de M. Blest Gana, con tanto entusiasmo que me dejó la impresión de que ella leía en las estrofas algo que los demás no comprendían. Poco después, mi duda se convirtió en convicción. La condesa, me dijeron, no habla español.

No puedo, pues, me decía Mr. De Blowitz, con su gracia especial y picaresca, juzgar al poeta y al escritor, porque si es verdad que en cuanto al conocimiento del castellano estoy a la misma altura que la condesa de Primrose, me falta lo que ella posee, la segunda vista.

Sin embargo, como literato me atrevo a clasificarlo, fundado en la opinión de M. Torres Caicedo, entre aquellos que son leídos, cosa que, atendida la plétora de producción moderna, no es poco. Lo merece, si es verdad lo que asevera M. Torres Caicedo: que conmueve, alegra o impresiona.

El diplomático está al alcance de mi juicio, y debo decir que lo estimo y considero. Juzgo a los hombres sin pasión, con el criterio de mi diario, el *Times,* que a todos les aplica un cartabón en que las simpatías o antipatías personales no dan ni quitan estatura.

Representa a un país pequeño haciéndolo aparecer grande. He dado cuenta en el *Times* mismo de sus interesantes y honrosas recepciones. Esto nò es fácil cuando se tiene por escenario a una ciudad como París, Londres o Roma.

Durante la presidencia de M. Grévy, *le premier étage* del núm. 12 de la pequeña rue Magellan ha sido teatro en más de una ocasión de reuniones que harían honor al 75 del *faubourg* St.-Honoré.

Allí, creerá Ud., me reconcilié en una ocasión con M. Ferry. El periodismo tiene sus exigencias ineludibles; en muchos casos sabemos que con decir la verdad vamos a herir a tal o cual personaje; y no hay remedio: hay que decirla. Esos salones harían honor a la representación de cualquier país; y esto que parece nimio envuelve una gran utilidad.

La reserva, la frialdad cortés del señor Blest Gana, no sólo no le restaban amigos, sino que servían al buen logro de su propósito, que en el fondo no fué otro que dar a la diplomacia europea la sensación de que Chile era un país bien organizado, en cuya palabra se podía confiar, que respetaba sus compromisos y que haría siempre honor a la fe empeñada. Si a esto se une la diligencia con que Blest Gana despachaba los asuntos entregados a su estudio, se tendrán los principales rasgos que señalaron su obra en la diplomacia nacional.

Don Guillermo Pérez de Arce, que le trató hacia 1899, conserva del ex Ministro de Chile en Francia un recuerdo que confirma estas observaciones. En su casa de París debió el señor Pérez de Arce entrevistarse a menudo con él, sirviéndole de secretario en un asunto administrativo contencioso para el cual hubo el Gobierno chileno de requerir la ayuda del señor Blest Gana. En esas sesiones el viejo diplomático despachaba los temas de trabajo con una expedición singular, que llegaba a extrañar al propio secretario, a pesar de la presteza que a éste le daba la juventud. Una vez terminado el trabajo, Blest Gana se ponía a evocar recuerdos de Chile, y pedía a su joven ayudante informaciones detalladas. Su memoria topográfica era excelente, y había seguido las transformaciones urbanas de Santiago con prolijidad suma, a pesar de la distancia. Muchas de las personas cuyos nombres pronunciaba habían muerto, y Blest Gana no tenía de ellas, por lo común, otros recuerdos que los de la juventud. La conversación rodaba con frecuencia sobre libros y escritores, y hasta sobre la propia obra de Blest Gana. El señor Pérez de Arce se hallaba en París cuando fué publicada *Durante la Reconquista,* y pudo advertir, por las palabras de su interlocutor, que éste se preparaba a escribir una novela de ambiente santiaguino en la cual aparecerían los días de su infancia: era *El Loco Estero,* que entonces no tenía nombre todavía. Le habló también el señor Blest Gana de *Los Trasplantados,* escrita ya en gran parte, y le dió algunos detalles sobre los temas que trataba en este libro. Aceptó entonces con sumo agrado el ofrecimiento que el

señor Pérez de Arce le hizo de colaborar con él en la corrección de pruebas, y le dijo que siempre había tropezado con dificultades para tal género de trabajo, ya que había salido de Chile con una ortografía regional que en Europa nadie conocía; en sus cartas a sus amigos españoles las costumbres ortográficas lugareñas de Chile podían parecer simple ignorancia. Le pidió al señor Pérez de Arce que, al regresar a Chile, hiciera campaña para que se recuperara la ortografía académica, única usada fuera de este país, con la cual se aseguraría un mejor conocimiento de la literatura chilena más allá de la patria. El señor Blest Gana no pudo, empero, usar del ofrecimiento que le había hecho su secretario *ad hoc*, porque luego éste regresó a Chile, y sólo aquí pudo leer la tragedia contenida en *Los Trasplantados*. Para la corrección de las pruebas de sus libros, el señor Blest Gana se había confiado generalmente a los buenos oficios del señor don Elías Zerolo (m. 1900), empleado en la casa editora Garnier, que era además un competente filólogo, y por quien sentía un afecto y una admiración que no disimulaba al conversar con el señor Pérez de Arce.

La señora de Blest Gana no fué sólo el único amigo, el confidente y el consejero de su marido: fué también su secretario para el trabajo de las letras y para una parte considerable de la labor diplomática. La señora Blanca Blest nos ha contado que sólo a ella, a su madre, confiaba el señor Blest Gana su creación literaria y que, a su muerte, habiéndose ofrecido para reemplazarla, pudo comprobar que su padre no aceptaba el ofrecimiento, alegando que no estaba acostumbrado a confiarse en esas materias a nadie más que a su esposa. Estos recuerdos de la señora Blanca corroboran la carta de 1914 en que el señor Blest Gana decía:

Nada podría haber escrito en los dos primeros años de mi viudez. Menos oprimido hoy mi ánimo, siento que no me faltaría inspiración para emprender algún trabajo que, sin duda, tendría por lo menos la virtud de hacer reaccionar mi espíritu contra el desaliento que lo domina. Pero para esto hay un obstáculo material que no puedo vencer,

y es la anquilosis del nervio principal de la mano derecha. Yo, que he dictado sin ningún esfuerzo en mi larga carrera pública tantos y tantos volúmenes de correspondencia oficial, encuentro torpe y vulgar mi inteligencia cuando, por evitarme la fatiga de escribir, he querido dictar cosas de imaginación. Mi mano no puede seguir el vuelo y los caprichos de mi fantasía, si escribo yo, y encuentro ramplón y vulgar todo lo que dicto en esos casos. En tales condiciones, no me atrevo a emprender ningún nuevo trabajo literario.

Poco antes de sufrir este grave trastorno familiar, Blest Gana debió ocuparse en los detalles de la edición de sus obras que le había propuesto su sobrino don Antonio Huneeus, como hemos dicho más atrás. El señor Huneeus había hablado al novelista de interesar al público chileno en una colección de novelas que diera vestidura uniforme a las diversas piezas y que rescatara del olvido de las colecciones de periódicos aquellas que el autor no había dado en volumen. Pero inconvenientes económicos insalvables retraían al público de una empresa de cultura desinteresada. Blest Gana no se ocultaba las dificultades:

Todo lo que V. me dice sobre la situación que ha encontrado al llegar a nuestra tierra se me figura la confirmación más detallada de lo que aquí hablamos tantas veces sobre el mismo asunto.

Fuera de los accidentes cósmicos, que constituyen fuerza mayor, nuestras dolencias económicas y políticas no tienen ahora otra fuente que las que antes han sustentado idénticos males del cuerpo social chileno: abuso del crédito, exageración del lujo, imprevisión rentística y facilidad de ilusionarse sobre la solidez de muchos negocios fantásticos. Esto, por lo que hace a la parte *financiera*. En la política: plétora de libertades y uso defectuoso del poder parlamentario. A este propósito, acabo de leer con gusto en el mensaje presidencial que el Jefe del Estado se pronuncia resueltamente contra el abuso que hacen los representantes del país de la facultad, a mi juicio indebida y perniciosísima, de proponer gastos que pueden las más veces considerarse como de interés local y que tienen, naturalmente, que influir de una manera deplorable en la buena gestión de las rentas fiscales.

Y concluía desligando a su corresponsal de todo compromiso, si alguno había contraído:

Pero dejemos tan poco amenas cuestiones, para ocuparnos de un tema más humilde y más propio de una carta particular. Veo que V. se preocupaba todavía de la proyectada edición de mis obras. A este respecto, permítame recordarle el espíritu de escepticismo con que yo acogí, en nuestras conversaciones, su buen propósito de dar una forma compacta y uniforme a esos trabajos literarios que andan perdidos, si no olvidados, en disparatadas ediciones. No ha aumentado mi celo desde entonces tocante a esa desgreñada familia. Yo, que me precio de haber sido el más tierno de los padres con mis hijos y mis nietos, no me he sentido nunca preocupado por la suerte de esa familia espiritual, que casi olvido desde que recibe la emancipación de la publicidad.

Por esto comprenderá V. que, agradeciéndole infinito sus generosos propósitos editoriales, no me sienta contrariado, con ver que V. deje de consagrarles una atención muy activa. Como V. lo dice, la situación de nuestro país es ahora muy poco a propósito para convidarlo a tomar parte en una empresa que sería relativamente costosa y de muy problemático beneficio, por aquello que decía Juan Valera, hablando de libros: "En los países de español parlante se lee poco y se compra menos todavía".

La carta que contiene estas noticias es de 24 de julio de 1908; en otra de 11 de diciembre del mismo año, atendiendo a una nueva idea que le había sugerido el señor Huneeus, el novelista rehusaba ya terminantemente volver a ocuparse del asunto:

Con mucho interés he leído su carta de 10 de noviembre último, que llegó a mis manos ayer, 10 de diciembre, y que, a vuelta de correo, me doy prisa en contestarle.

Y esta prisa proviene, principalmente, del deseo de hacerle llegar cuanto antes, y con toda franqueza, mi manera de pensar acerca del proyecto de que Ud. me habla, para realizar la impresión de mis obras, o de algunas de ellas por lo menos. Escribiéndole de prisa por no perder correo, seré breve.

Ante todo, con la mayor sinceridad, doy a usted mis más expresivas gracias por la afectuosa intención que ha movido a Ud. a imaginar y poner en principio de ejecución su proyecto.

Pero dispénseme que le diga que no abundo en las ideas que han inclinado el ánimo de Ud. en la materia. Soy de parecer que no es justificado que de los dineros de los contribuyentes al Tesoro Nacional se impriman obras *literarias* por notables que éstas sean. Si tales obras pueden contribuir al lustre del nombre de un país, como parte

de su riqueza intelectual, esa contribución indirecta no es del género de las que enriquecen al Estado en ninguna forma. Una obra didáctica, una científica sobre materias de utilidad pública, pueden ser costeadas con fondos fiscales, por razones que no necesitan explicarse. Mas las obras literarias no están en ese caso. Si el público las estima, las generaciones venideras dirán si ese público tuvo razón. Si las compra, el autor debe contentarse con lo que produzcan y encontrará editores que acometan la empresa comercial de su publicación.

Esta tesis se presta a un gran desarrollo; pero como el tiempo me urge, y estoy dictando de carrera, no alcanzo a darle la extensión de que es susceptible, ni puedo evitar la incompleta manera en que la dejo bosquejada.

En consecuencia, le ruego encarecidamente, mi querido amigo, que suspenda completamente la gestión que ha iniciado, y reiterándole mi vivo agradecimiento por ella, manifiesto mi gratitud también a los amigos que con tanta benevolencia han acogido esa idea, ciertamente muy lisonjera para mí.

XXXVI. *La mirada vuelta a Chile. Familia*

De la patria distante solía recibir noticias por unos pocos fieles amigos a quienes la muerte no respetó tanto como a él, y por eso no debe extrañarnos verle por fin solo con los miembros de su familia. Desligado de los deberes oficiales a que le sometió por tantos años la investidura diplomática, Blest Gana tenía sin embargo su casa siempre abierta para todos los chilenos. A los que le visitaban les interrogaba largamente sobre Chile. No era un desterrado voluntario. Mientras fué Ministro, le retuvieron en Europa los deberes de su cargo, a los cuales por patriotismo no habría sido capaz de sustraerse con ningún pretexto. Más tarde, jubilado ya, varias veces pensó volver a Chile para dar siquiera un vistazo a las calles de su amada ciudad natal, para conocer a sus sobrinos, para oír una vez más, antes de morir, el acento peculiar de sus paisanos. Pero entonces le retuvo una consideración sentimental poderosísima: su mujer sentía un miedo cerval, indominable, a la navegación, y él no quería hacer este viaje a solas, puesto que siempre había estado al lado de ella y sólo en su compañía hallaba reposo, amistad y ternura. Cuando la compañera de tantos años murió,

Blest Gana se sintió desorientado. Como siempre ella había sido tesorera del hogar, sin que él supiese nada de los cuidados menudos de la existencia, volvióse entonces a su hija Blanca, que estaba a su lado, y le dijo: "Y ahora, hijita, ¿con qué contamos para vivir?" La noble dama que nos ha contado esta escena pasó a ser desde ese momento el tesorero y administrador de su padre, y le cuidó hasta cerrarle los ojos en la agonía.

Para darse la ilusión de que había vuelto a Chile, frecuentaba la sociedad de los chilenos, tanto en los salones de don Augusto Matte, de quien fué amigo, como en las casas de don Federico Santa María y de otros compatriotas que transitoria o definitivamente tenían residencia en París. El mismo sutil periodista que le había conocido en 1900 volvió a verle en un nuevo viaje por Europa, en 1916. En el intervalo había muerto la señora Carmen. La casa de la rue Christophe Colomb ya no era habitada por él: en 1916 el señor Silva Vildósola le encontró en un departamento del hotel Majestic, que bastaba a una familia cada vez más reducida. La salud del novelista no era tampoco la de antes:

> Recibía en su dormitorio y en torno suyo se agrupaban unos pocos amigos fieles que aún no habían partido de París. Sentado en la cama, estaba elegante, como siempre. Ni los años, ni las enfermedades, ni el terror de los tiempos le habían hecho perder aquel delicado instinto de cuidar de su persona.

Por razones más poderosas que en la guerra franco-prusiana, estaba profundamente interesado en la suerte de las armas: "uno de sus nietos, el hijo de la baronesa de Batz, un niño de 20 años, peleaba en el ejército francés"; y tuvo la suerte de asistir al armisticio y al victorioso retorno de las fuerzas que habían defendido el suelo de Francia, así como cuarenta y siete años antes comprobaba personalmente los destrozos de la Comuna en la ciudad de que había hecho su segunda patria.

Blest Gana llenaba los ocios de la senectud leyendo obras de entretenimiento, cuando no conversaba con aquellos fieles

amigos que acudían a verle, como don Federico Santa María, a quien dedicó *El Loco Estero.*

Soy un viejo frívolo, me decía —escribe el señor Silva Vildósola—; yo no he podido perder este gusto por la novela, los cuentos, las obras de imaginación; pero ahora, añadió, como tengo la cabeza tan llena de estos horrores de la guerra, no quiero leer libros tristes o que me obliguen a un esfuerzo mental, y usted se reirá cuando le diga que sólo leo novelas policiales; hay algunas muy bien escritas, especialmente en inglés.

De sus años de internado en la Academia Militar y en las escuelas francesas había adquirido la costumbre de levantarse temprano; pero dormía poco y solía prolongar la tertulia y la sobremesa, aunque en ellas tomara siempre la actitud de auditor atento antes que la del charlador. Recto en su modo de pensar, indulgente y benévolo, conversaba con afabilidad de cualquier tema, y sólo se iluminaba su mirada cuando el tema era chileno. "Vivía en Chile más aún que antes."

Su visión de Chile —agrega Silva Vildósola— no era sólo clara, sino que además era profunda; los rasgos del carácter nacional, el temperamento de los individuos, los caracteres, las virtudes y los defectos, las historias de familia, las intrigas políticas, todo lo veía, y en la relación de todo esto, que yo seguía fascinado, ponía un punto de ironía burlona y amable, que nunca era maldiciente, pero jamás permitía ingenuidades.

No perdió tampoco el amor a la vida, que le había dado satisfacciones muy legítimas, pero que también puso a prueba sus últimos años arrebatándole uno tras otro seres queridos y placeres que servían de consuelo a su ancianidad. Al despedirse de don Carlos Silva Vildósola, próximo ya a los noventa años, le decía:

Cuando vuelva Ud. en la primavera, ya podré salir e iremos juntos al Bosque de Boloña; no hay nada más hermoso en el mes de mayo, cuando hay castaños en flor y todos los árboles se envuelven como en una gasa ligera de color verde muy delicado que son los primeros brotes.

Poco tiempo después de llegar a Chile de regreso de su viaje de estudios por Francia, Blest Gana, como ya hemos dicho, casó en Santiago con doña Carmen Bascuñán Valledor, perteneciente a distinguida y acaudalada familia. El matrimonio, que se efectuó en el Sagrario de Santiago el día 12 de octubre de 1854, dió a Blest Gana los siguientes hijos: Teresa Margarita del Carmen, nacida en Santiago el 20 de julio de 1855, bautizada en el Sagrario el día 21 del mismo mes; Alberto Francisco, nacido en Santiago el 17 de setiembre de 1856, bautizado en el Sagrario el día 19 del mismo mes; Juana María Carmen Luz, nacida en Santiago el 23 de junio de 1863, bautizada en la parroquia de San Isidro; Blanca Teresa del Rosario, nacida en San Fernando el 11 de enero de 1866, bautizada en la parroquia de la misma ciudad el día 16, y Guillermo, cuya fecha de nacimiento ignoramos, aunque no el hecho de que fuese el menor de la familia.

Cuando Blest Gana salió de Chile en noviembre de 1866, ya su primera hija, Teresa Margarita del Carmen, había fallecido, en una fecha que tampoco nos es conocida.

Alberto Blest Bascuñán llegó a Europa siendo niño, y regresó a Chile en la adolescencia. Después de breve estancia en Santiago, regresaba a Francia en 1879, como se ve por las noticias que su padre daba con fecha 23 de enero de este año a don Aníbal Pinto:

> Por el último vapor ha llegado mi hijo Alberto. V. comprenderá que con esta nueva carga impuesta a mi reducidísimo sueldo, me atreva a invocar mis largos servicios, para que el Gobierno alivie en lo que pueda mi situación. Alentado por nuestra buena amistad y por el cariño que V. y su amable señora han tenido la fineza de dispensar a mi hijo, vengo a pedir a V. que en caso de dar otro destino al señor Morla Vicuña, se nombre a Alberto oficial de esta Legación, suprimiéndose así el empleo de secretario, ya que no es posible dar renta a un secretario y a un oficial al mismo tiempo.

Después, Blest Gana hubo de pensar seriamente en el porvenir de su hijo, cuya salud estaba flaqueando. En la esperan-

za de que mejoraría lo envió nuevamente a la patria; por desgracia, en Chile no encontró alivio a sus males y falleció a poco de llegar. "Pasó de un hotel, donde vivía, a morir en un hospital", escribía uno de sus amigos. Era un bohemio, "aficionado a la música y a la literatura": en 1887 comenzó a escribir en la prensa periódica usando el seudónimo Ito. Figuró en las tertulias de *La Epoca,* y emprendió la carrera poética con versos primerizos que no han sido recopilados. "La buena atmósfera del diario le era saludable. Vivía desde la mañana a la noche entregando originales, haciendo traducciones, buscando temas para artículos, algo que tuviera originalidad, que hiciera vender la edición de *La Epoca.* Era todo su empeño darle popularidad, circulación". Rubén Darío le conoció en su breve estada en Chile, y le recuerda en unas pocas frases conmovedoras: "Alberto Blest, hijo del novelista, ex Ministro de Chile en París, comparecía también, ya tísico, a contarnos, entre accesos de tos martirizadores, sus recuerdos de vida parisiense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes: Blowitz, Houssaye, Hohenlohe... ¡Pobre Alberto! Ya duerme".

¿Por qué cuando se piensa en Alberto Blest Bascuñán acude el recuerdo del joven Canalejas? En *Los Trasplantados* este muchacho de talento se nos muestra ya precozmente enfermo, y a su inteligencia acude el novelista cuando quiere ofrecernos una explicación completa del daño que produce al sudamericano desarraigarse de su tierra natal para llevar su hogar a París.

El otro hijo de don Alberto recibió el nombre de Guillermo, y en su hogar se le llamó familiarmente *Willy,* con lo cual él mismo hizo un apodo o sobrenombre que usó siempre: Willy de Blest Gana. Fué enviado a Chile también, seguramente con la ilusión de que se adaptaría a la vida chilena y podría dedicarse a algo útil. No fué así, y poco más adelante regresaba a Francia, donde siguió residiendo hasta su muerte, ocurrida poco tiempo después de la de su padre. Entre las pocas noticias que hay de él, recordemos una muy especial. El 3 de agosto de 1901

El Mercurio de Santiago publicó un artículo a propósito del duelo que había tenido el joven Blest con un periodista francés. Su contendor fué M. Eugène Lautier, colaborador de *Le Temps* de París, y al parecer el lance se originó en algunas expresiones de Blest que M. Lautier juzgó descomedidas. El encuentro se verificó en las tribunas del Velódromo de París el día 7 de junio de 1901, y Lautier quedó herido con una bala en el bajo vientre, pero sólo superficialmente debido a que una moneda desvió el proyectil. Entre otros diarios, dió noticias del lance *Le Figaro* en sus ediciones del 5 y del 8 de junio de 1901, que fueron las que tuvo en vista *El Mercurio* para hacer la publicación referida.

Las dos hijas de Blest Gana que sobrevivieron a su hermana Teresa casaron en Europa y han tenido sucesión. Doña Carmen, que falleció en 1936, contrajo matrimonio con el barón de Batz, un noble francés, y su único hijo, francés también, peleó en la guerra de 1914. De él decía su abuelo en una carta familiar:

> La gran preocupación de la familia es la presencia del hijo de Carmen, Manaud, en la parte más activa del ejército. Este muchacho, que jamás se había separado de sus padres, ha empezado a distinguirse de un modo que manifiesta que en él revive el espíritu guerrero de sus antepasados. En menos de dos meses ha sido ya ascendido a sargento, por su conducta.

Doña Blanca Blest Bascuñán vivió en Santiago, como ya hemos dicho, los últimos años de su existencia. También casó en París con un cubano, don Alejandro Nariño, que murió hace poco, y de él nació un hijo, Enrique, que es ciudadano francés y que conoce a Chile sólo de paso.

Don Benjamín Vicuña Subercaseaux propuso en 1905, en páginas de su libro *La Ciudad de las Ciudades,* que se escribiera la historia de la colonia chilena en París, fijando en 1870 el comienzo de tales crónicas, y aunque no pretendió hacer él mismo un trabajo que habría de pedir noticias igualmente al arte y a la literatura que a la vida social y mundana, fijó algunos puntos que tienen relación estrecha con don Alberto Blest.

Después de la caída del Imperio, dice el señor Vicuña, Blest Gana debió ser el decano de los ministros acreditados en París; "pero como el nuevo Gobierno impuso una renovación de poderes, los poderes de nuestro Ministro llegaron después de los del representante de un país de oriente, que era el segundo en antigüedad".

Don Alberto Blest —agrega— representó a Chile ante el Imperio y ante la República, durante 25 años, con la sagacidad, la eficacia y el brillo de la persona en quien se reúnen las características perfectas del escritor, del caballero y del hombre de negocios. Ningún americano del sur ha entrado más hondamente que él en la sociedad francesa. Su hija mayor se casó con el conde Bats (sic), heredero de un castillo del Béarn, en el cual sus antepasados recibían visitas de Enrique IV.

Cuenta en seguida el autor que Blest Gana era tertulio frecuente en la redacción de *Le Figaro*, ante la cual le habían servido de credenciales sus novelas, que le caracterizaban como "el más notable novelista sudamericano". Luego evoca su charla:

Habla como escribe, de un modo imprevisto, penetrante, encantador. Evoca los recuerdos de Chile de 1850, ese Chile ingenuo y simpático, lleno de ardor y de fe, tan superior al Chile metalizado, febril y pesimista de nuestros días. Y luego, como si ninguna distancia separara estas cosas, habla del Segundo Imperio y refiere las mil preciosas anécdotas de su larga carrera diplomática.

Recuerda el señor Vicuña, así como don Carlos Silva Vildósola, que en la casa de Blest Gana, "los domingos en la tarde". era fácil encontrar al famoso periodista británico Opper de Blowitz, que "hasta el día de su muerte, acaecida a principios de 1903, fué el hombre más espiritual y ameno de París". Recoge también un dato curioso sobre el cual conviene cederle nuevamente la palabra:

Cuentan las crónicas político-sociales que en ella (en la Legación de Chile) se concertó el matrimonio de don Carlos I, Rey de Portugal, con la hija del Conde de París, Amelia de Orleans. Serias dificulta-

des se oponían a la realización de ese enlace, dificultades que se fueron allanando, poco a poco, gracias al conciliábulo tranquilo de los Ministros y de los príncipes enamorados en los salones del representante de Chile.

Y en nota al pie agrega:

Según versiones que después he recibido, la parte de influencia que le cupo a don Alberto Blest, como Ministro de Chile, en el matrimonio de la Princesa Amelia con el Rey de Portugal, fué más esencialmente política. Las dificultades con que tropezó ese matrimonio fueron, al principio, *dificultades de Estado*; las dificultades morales, por desgracia, vinieron más tarde, cuando ya estaba realizado. En ese tiempo, por diversas razones de opinión francesa y de política europea, los orleanistas estaban agitados y llenos de esperanzas. Quisieron darle marcado carácter político a la unión de la hija del Conde de París con el Rey de una nación aliada de la Inglaterra; querían, de ese modo, ligar su causa al influjo de otras potencias. En vista de esto el Gobierno francés resolvió poner cortapisas a la unión proyectada. Estas cortapisas se allanaron, poco a poco, en las conferencias del Embajador del Portugal con el Jefe del Gabinete republicano; y dichas conferencias tuvieron lugar en los salones de la Legación de Chile (13).

Registra también el señor Vicuña el hecho de que, una vez jubilado su dueño, la casa de Blest Gana siguió siendo "el centro prestigioso de la colonia chilena, el sitio en el cual continúa fusionándose con la sociedad francesa", y finalizaba sus observaciones con las siguientes justas palabras:

Mientras más se aleja de su patria, en virtud de los años, más ardiente es su patriotismo. Sus hijos no conocen a Chile sino por el culto que le rinden los padres, como los fieles sólo por la adoración conocen el cielo. Frágil por su edad avanzada, ayer no más atravesó el Atlántico para ir a defender a Chile en el Congreso de México. El patriotismo en los hombres superiores es un resorte mágico (14).

Blest Gana conservó, hasta el último día, sus facultades intelectuales y su amor a la belleza: le hemos visto ya invitar

(13) El matrimonio de Amelia de Orleáns con el Príncipe Carlos, que luego fué Rey de Portugal con el título de Carlos I, se realizó en 1886. La ex Reina escribió muchos años después una autobiografía con el título de *Os meus dezenhos.*

(14) Obra citada, p. 517 y sigs.

a uno de sus jóvenes amigos a recorrer el Bosque cuando la primavera lo hubiese transfigurado con su varita mágica. Otro testigo presencial de sus últimos años, el doctor don Augusto Orrego Luco, guardó un recuerdo parecido:

Lo fuí a ver a su alojamiento del hotel Majestic. Ahí pasaba los veranos, y los inviernos en un chalet de Niza, huyendo del frío, que era para él insoportable, aun en medio de las comodidades de la gran ciudad.

A pesar de que frisaba ya en los 90 años, se conservaba todavía erguido, entero, esbelto, con todo el aire de un elegante gran señor. Vestía con esa pulcridad meticulosa de los viejos que se cuidan. Al verlo, sólo los ojos traicionaban la edad: había perdido su brillo la mirada, pero esa misma opacidad les daba en cambio una expresión de suavidad y benevolencia penetrante.

El visitante le preguntó si regresaría a Chile, y entonces Blest Gana, haciendo un paréntesis a su habitual discreción y dejando que las emociones le empañaran la voz, le "habló de Chile con un cariño intenso y con una profunda melancolía"; no, ya no retornaría a su suelo natal: "Tal vez nunca más lo vuelva a ver, y si vuelvo, ¡me encontraré tan solo! Casi todos mis amigos han muerto y los que quedan vivirán en medio de ideas, de sentimientos, de preocupaciones que me son extraños. Mi vuelta a la patria será como la vuelta a la casa de mis padres, llena de recuerdos pero vacía".

XXXVII. *El fin*

Los sinsabores íntimos y la edad se unieron para arrebatar la vida a este anciano, y en perfecto acuerdo con el estilo reposado y sereno que le hemos visto mantener a lo largo de noventa años, la muerte se fué insinuando sutilmente en su organismo y puso fin a su carrera el día 11 de noviembre de 1920, casi sin dolores ni angustias. El riguroso invierno de París le hacía huir, como se ha dicho ya, a las playas del Mediterráneo, donde el novelista se forjaba acaso la ilusión de hallar el encanto con que las conociera cuando mozo. No guardaban más

que una melancólica soledad, y desde que en 1911 falleció la compañera de cincuenta y siete años de luchas y de trabajos, la mortificante impresión de que todo aquello duraba mucho y era preciso que terminara. Algunos nietos, acaso menos que los que el anciano habría deseado, solían trepar por sus rodillas, pero entre ellos ninguno que perpetuara su nombre, ninguno que mantuviera encendido el fuego de la tradición y añadiera nuevos blasones a la estirpe. Sólo sus hijas tenían descendencia.

Con perfecta entereza, sin que nada traicionara la irremediable amargura que causa no haber recibido de la vida aquellas alegrías que el cielo reparte a veces hasta a los indignos, hundióse cada vez más en la soledad, silencioso siempre, benévolo siempre, hasta que murió. Su hija tenía toda la razón al contar que había muerto tan serena y plácidamente como si toda su existencia no hubiese sido otra cosa que una preparación para el salto a lo desconocido:

¡Oh, mi padre ha muerto como muere un joven! En sus noventa años se sintió afectado de pulmonía, precisamente por exceso de energía, de una vitalidad asombrosa, sin paralelo. Poseía una naturaleza privilegiada, que él aprovechaba en una vida de cultura, pero despreocupándose de los años. Su persona irradiaba belleza en todos sentidos. Era muy buen mozo. Vestía con elegancia innata. Acompañaba a su figura una aureola de distinción de atractivos poderosos.

Y ese hombre que tanto amó a su patria y que con tanta abnegación le entregó la vida entera, descansa en tierra extraña porque sus restos no fueron traídos a Chile y permanecen en un cementerio de París, la misma ciudad que le encumbró de joven y que, anciano ya, le fué arrebatando todos los consuelos morales que pudo atesorar para hacer más tibia la jornada de la senectud.

CAPITULO SEGUNDO

BLEST GANA Y SUS OBRAS

I. UNA ESCENA SOCIAL *(1853)*

UNA *Escena Social*, publicada en *El Museo*, periódico literario y científico que en 1853 editó en Santiago don Diego Barros Arana, es la primera novela que dió a luz el señor Blest Gana, y, aparentemente, la primera que escribió. Relato breve, de corto número de personajes, su extensión podría abreviarse más todavía si de él el autor hubiese querido extraer las divagaciones en las cuales el protagonista, que narra en primera persona, procura explicarse con mayor profundidad que la que pudiera ofrecernos la pintura de sus actos.

Alfredo, joven de 25 años de edad, se siente víctima del mal del siglo XIX, el hastío, y en un salón conoce a Carolina, que aparece como mujer de un hombre de cierta edad, dominado por los vicios. "Casada con un hombre maduro, considerado por su gran fortuna; asistiendo a todas las fiestas y reuniones elegantes, Carolina no ofrecía sino una vida ordinaria, sin los cuidados ni los colores que pudieran hacerla desgraciada y me permitieran presentarme ante ella como un ser consolador, desplegando a sus ojos las halagüeñas teorías del sentimenta-

lismo." Sin embargo, al cortejo que Alfredo le presenta, Carolina responde con oportunas reticencias que alientan al galán, y al través de ellas éste va advirtiendo poco a poco que sus frases encuentran acogida en la joven. Cuando Alfredo está más ocupado de su amor, su criado Martín le dice que, por conversaciones tenidas con un sirviente de la casa de Carolina, ha sabido que ésta no es la mujer legítima de quien figura como su marido, sino su querida. El terrible dolor que esta revelación produce en Alfredo es interrumpido con la llegada de un billete en que Carolina le anuncia "una horrible desgracia" y le ruega ir a verla.

Cuando Alfredo llega a casa de Carolina, se encuentra con que don Mateo, su marido —o su amante—, se ha suicidado, y a pesar de la gravedad de la situación, la interpela sobre lo que acaba de saber. Carolina le dice que es verdad lo que le han dicho, pero le ruega que conozca su historia antes de condenarla. Comienza por mostrarle un papel en el cual don Mateo le confiesa que si ella hubiese consentido en casarse con él, su conducta habría cambiado y no se habría visto empujado al suicidio por las deudas y el vicio del alcohol, que había concluído por dominarle. La historia de Carolina es, reducida a lo esencial, la siguiente: víctima de las asechanzas de una tía, Carolina, que ha rechazado una proposición matrimonial de don Mateo, es asaltada una noche en despoblado por un grupo de individuos que la llevan a una casa que no conoce. Don Mateo, uno de los asaltantes, la viola y hace consentir a los padres de la joven que ésta ha contraído matrimonio con él. Dueño de un grave secreto de familia —don Mateo posee un documento falsificado años antes por el padre de Carolina— y contando con la complicidad de la tía de la joven, consigue hacer el silencio sobre la situación existente y presenta en sociedad a Carolina como a su mujer legítima. Esta situación se prolonga varios años, durante los cuales nace un niño que al suicidarse don Mateo tiene dos de edad.

Alfredo la perdona, y decide casarse con ella, pero a poco,

alterada por tantos sufrimientos, la salud de la joven viuda hace crisis, y a pesar de todos los cuidados que se le prodigan, Carolina muere. Alfredo queda encargado por ella de cuidar al niño haciendo para él las veces de padre.

II. Engaños y Desengaños *(1855)*

Engaños y Desengaños es una novela sobradamente extensa para la intriga que se desarrolla en sus páginas. El autor cuenta que en la ciudad de Rancagua encuentra a un joven, Ismael, "que llevaba en todas sus facciones el sello de prolongados sufrimientos. Sus grandes ojos negros, de largas y crespas pestañas, rodeados de una sombra oscura, revelaban amargos contrastes, combatidos acaso con la fuerza de una alma de héroe" (1). Ismael cuenta su vida al autor, y de ella surge la novela.

Hijo de una familia opulenta, Ismael conoce en Constitución a una joven viuda, Laura, de diecinueve años de edad, madre de un niño, que desde la muerte de su marido vive junto con su hermana Florentina. Desde el primer momento el joven concibe por Laura una pasión inflamada: "Laura me pareció superior a las creaciones de mi cerebro, una de esas mujeres revestidas por su belleza de un carácter distinto a las demás y que sólo nos es permitido contemplar en silencio, sin alzar jamás hasta ellas nuestra humilde veneración" (2). Laura responde en poco tiempo a las insinuaciones amorosas de Ismael, pero le declara que una razón, que se ve obligada a guardar en secreto, le impide unirse a él en matrimonio, como desearía. Una noche, por casualidad, descubre Ismael que un joven amigo de Laura y Florentina, Adriano, ronda por la casa de éstas y que de pronto se abre la puerta y Adriano entra. Ismael le sigue, y en la sombra puede ver que Adriano es recibido en la habitación de Laura. Poco después el padre de la joven llega hasta la puerta, la golpea pidiendo que la abran e increpa a su

(1) *Engaños y Desengaños*, p. 30. Cito de la edición de Valparaíso, 1858.
(2) Ibíd., p. 73.

hija porque tiene la seguridad de que un hombre está con ella. Laura llora y pide perdón a su padre, mientras Ismael, que ha visto toda la escena en la sombra, huye con el alma destrozada por la revelación que cree haber tenido. Vuelto a Santiago, Ismael es enviado a Europa por su padre, y al principio vive en París modestamente, siguiendo sus estudios; poco después recibe de su padre una considerable cantidad de dinero, que le abre las puertas al lujo y a la disipación de la gran ciudad. Allí permanece un año, haciendo la vida frívola del joven rico; y cuando la nostalgia le hiere, decide regresar a Chile. Vuelve a Constitución, donde se informa de que el hijo de Laura ha muerto y que ella se ha radicado en Rancagua, donde la conoce el autor. "Desde entonces mi vida ha sido uno de esos silenciosos poemas que se desarrollan sólo en los corazones muy tímidos o muy melancólicos, para los cuales la mujer amada alcanza las proporciones de un ser superior, al que rinden su misterioso y acendrado culto, sin jamás pensar en asociarse a su destino ni en ser amados como ellos, los infelices, soñaron en el curso de sus aspiraciones" (3).

Mientras tanto, una soltera, Elisa, se enamora de este joven hermoso y rico, cuyas facciones denotan un pesar silencioso; pero como descubre la verdad acerca del dolor que le embarga, decide sacrificarse para unirle a Laura, que ha seguido queriéndole y que no se explica la razón de su desvío. Dejemos a uno de los personajes que nos explique el nudo de esta intriga: "Su marido (el de Laura), que al casarse poseía una hermosa fortuna, murió como Colón, pobrísimo; y hay quienes aseguran que en vida pasó sus bienes al poder de un hermano suyo soltero, el que testó a favor de Laura y del hijo, mas con la condición expresa de pasar toda la herencia a un convento de monjas en caso de que Laura contrajese segundo matrimonio: de este modo el viejo murió con la esperanza de condenar a su mujer a perpetua viudez, so pena de dejar al

(3) *Engaños y Desengaños*, p. 138.

niño en la miseria. Ismael ignoraba todo esto, y Laura lo calló por una delicadeza extremada, contentándose con pedirle que esperase algún tiempo, mas sin divisar esperanza ninguna en el porvenir. Durante algún tiempo todo marchó bien, y acaso Ismael habría esperado con evangélica paciencia si un acontecimiento imprevisto no hubiese venido a echar por tierra la paciencia de uno, las esperanzas de ella y la felicidad de ambos" (4). Ese acontecimiento es, como se comprenderá, la cita nocturna que sorprendió Ismael, cuya explicación era muy distinta de la que él supuso. Adriano estaba enamorado de Florentina, la hermana de Laura, y como el padre se opusiera a las entrevistas que ambos tenían, Laura decidió ayudarles haciéndoles juntarse en su propia habitación, y en su presencia, a avanzadas horas de la noche. Una de estas entrevistas es la que sorprendió Ismael, y ella le hizo concebir que Laura le engañaba. Descubierto este secreto a Ismael, Laura y él contrajeron matrimonio, mediante el sacrificio de Elisa, que no vaciló en proporcionar al joven las pruebas de la inocencia de su amiga.

Esta novela podría terminar risueñamente, pero el autor no lo quiso así: Elisa decide abandonar el mundo, rechazando el matrimonio que le ofrecía Marcos, y entra al Monasterio del Carmen Bajo de Santiago, donde profesa.

Veremos más adelante que en *Juan de Aria* el señor Blest Gana concretó su asunto en cortas páginas y redujo el número de los personajes a los indispensables, con lo cual la novela es poco más que un cuento, si se la considera desde el punto de vista de la extensión; en cambio, *Engaños y Desengaños* es mucho más larga y ofrece multitud de escenas que no interesan en nada al desarrollo de la intriga, al mismo tiempo que personajes accesorios que forman ambiente pero no contribuyen a darle variedad. La unidad del enredo es evidente: todo se reduce al amor de Ismael y Laura, obstaculizado por un secreto;

(4) *Engaños y Desengaños*, p. 161.

y el desengaño de Elisa, que la lleva al convento, es un mero episodio. Pero mientras *Juan de Aria* se despacha en poco más de cincuenta páginas, *Engaños y Desengaños* llena casi doscientas. ¿Cómo ha conseguido el autor hacer tan extensa su obra?

Desde luego, con el concurso de las divagaciones sentimentales que llenan algunas páginas, y sobre todo con las descripciones de los personajes, no tanto desde el punto de vista físico, sino en la interioridad de sus pensamientos y sentimientos, y con escenas en las cuales se repiten los incidentes o no se añade nada particular a lo que el lector quiere conocer. Dos ejemplos nos permitirán indicar cómo ha conseguido el autor ensanchar su obra y darle la excesiva dimensión que tiene:

Yo sentí por primera vez la grata alegría que resuena en el alma cuando encuentra por fin el eco cariñoso, buscado largo tiempo; ella se anuncia en el corazón acompañada de un pomposo cortejo de innumerables felicidades que nos regalan con sus festivos conciertos, brillando a nuestra vista no ya como huérfanas creaciones de un cerebro loco, sino como las lujosas realidades que la suerte regala a veces con ciega profusión. Ese amor misterioso, que germina bullendo sin cesar en los corazones jóvenes, cobra su verdadera forma, se refleja y comunica a todo nuestro organismo, cuando llega a concentrarse en algún corazón de mujer que responda con amante solicitud a sus exquisitas modificaciones: la singular sensibilidad femenina, unida a la vigorosa concepción, al extenso sentimentalismo del corazón de un hombre, les presta el aroma de su poesía, infundiéndoles sus abnegadas virtudes (5).

Esta extensa tirada nos muestra, además, la aglomeración de adjetivos que señala el estilo de *Engaños y Desengaños* como uno de los más engalanados que empleó el autor; es evidente que la forma de este fragmento, como de muchos otros, ganaría si el señor Blest Gana no hubiese agrupado en él, a despecho del buen gusto, multitud de epítetos no siempre indispensables. Ismael piensa una vez y otra en su desgracia, la examina por todos lados, y cuando la cuenta al narrador, hace apartes para decir hasta el fondo lo que piensa:

(5) *Engaños y Desengaños*, p. 103-4.

Además, el hombre que en su primera pasión olvida que la mujer es una criatura terrestre; que la diviniza con el ardor del entusiasmo, haciéndola cobrar las proporciones, si no de un ángel como ordinariamente se dice, al menos de un ser muy superior a su naturaleza; el que como un fanático adora hasta las prendas que visten a su querida: ¿con qué unción deliciosa, con qué ferviente recogimiento debe recibir las palabras que lo elevan a la altura de su ídolo?, ¿con qué inefable bienestar debe recibir sus miradas amorosas, gotas de fecundo bálsamo destiladas sobre las tostadas flores de su amor para hacerlas exhalar su perfumada riqueza? (6)

Estas reflexiones excesivas, en las cuales suele asomar cierto gerundianismo, nada añaden à la obra: son —digámoslo de una vez— simples ejercicios retóricos de un escritor que comienza su carrera y dispone, como dijo un crítico de la época, de todo el tiempo de sus lectores. Le falta mucho todavía para descubrir que estas divagaciones huelgan en la novela, y será necesario llegar hasta *Martín Rivas* para ver su elocución menos adornada y la exposición de los sentimientos de los personajes reducida a la sobriedad deseable en la novela.

También hay en este libro, contrariamente a lo acostumbrado en las demás obras de Blest Gana, algunas descripciones de la naturaleza, muy frías y muy generales, casi abstractas. El autor pasea a sus personajes, sin necesidad alguna del argumento, por Constitución y Rancagua; en el primer sitio se interesa por la hermosura del mar y del río, menciona alguna vez las rocas gigantescas que bordean la playa y suele preocuparse de encuadrar la escena en algunos detalles de la naturaleza que tienen relación con el estado de ánimo de los personajes. "La luna brillaba aquella noche con todo su esplendor melancólico: en mi estado, sentí muy pronto ese misterioso halago que ejercen sus rayos sobre los que sufren: con un suspiro la referí mi abatimiento" (7), son expresiones demasiado generales para que puedan tomarse como ensayos descriptivos. Y, sin embargo, nunca hasta aquí se había mostrado el autor más inclinado a

(6) *Engaños y Desengaños,* p. 114.
(7) Ibíd., p. 117.

reflejar la naturaleza, no porque consiga presentarla con mejores y más justos caracteres, sino porque es donde mayor número de páginas le dedica.

III. Los Desposados *(1855)*

Los Desposados es una corta novela publicada en las páginas de la *Revista de Santiago* en 1855; según se lee en la fecha que el autor puso al pie, fué terminada en octubre de aquel año. Luis, joven jefe de barricadas en la revolución de junio de 1848, queda herido en la refriega, y es llevado a la casa de M. Dunoye, diputado a la Asamblea Nacional, donde recibe los cuidados de Clementina, hija de éste, que le ha visto caer y quiere socorrerle. En la tarea de sacarle del combate, esconderle en la casa y cuidarle en seguida, colabora José, portero de la casa de M. Dunoye. Cuando Luis está ya sano, declara a Clementina su pasión, nacida como agradecimiento por los cuidados que la joven le prodigara hasta obtener la mejoría. Dejando su refugio, se va a vivir en una habitación cercana, y desde allí envía a M. Dunoye una carta en la cual le confiesa su amor por Clementina y le pide su mano. M. Dunoye tiene formados otros proyectos, y piensa casar a Clementina con uno de sus tíos, y como el joven enamorado insiste en su petición por medio de una segunda carta, le responde con una negativa tan terminante como cortés.

Entre tanto, la situación de Luis se ha agravado: se mantenía en París, como estudiante, de la pensión que le mandaba su padre desde una provincia; pero los negocios de éste marchan mal, y el joven se ve privado de su pensión. Entonces acude a un amigo que le consigue un nombramiento de oficinista en el Ministerio de Trabajos Públicos. La vehemencia de su amor no le deja esperar más, y propone a Clementina huir con él: la joven acepta. Al día siguiente, Luis se encuentra con que M. Dunoye le ha denunciado como revolucionario y ha obtenido que se le destituya. Esta inesperada dificultad le inclina a preferir el suicidio, y se lo propone a Clementina, que no vacila un instante y se arroja con su amante a las aguas del Sena.

La novela comienza con la escena en la cual José, que ha debido abandonar la casa de M. Dunoye para seguir protegiendo a la pareja, va hasta la Morgue a buscar los cadáveres de los infelices amantes suicidas.

IV. El Primer Amor *(1858)*

El Primer Amor forma parte de este grupo de novelas de Blest Gana a las cuales se podría dar el nombre de preparatorias, porque parecen ensayos que el autor hacía para obtener, al cabo de poco tiempo, los triunfos decisivos que con los nombres de *La Aritmética en el Amor* y *Martín Rivas* le conquistaron, antes de 1864, el nombre de primer novelista chileno. En *El Primer Amor* se nos muestra a un joven poeta, Fernando Reinoso, hijo de una familia sin bienes de fortuna, que se enamora de Elena, belleza a la moda, mujer de don Santiago Cuéllar. Fernando tiene una prima, Manuela, que vive en su casa y cuya fortuna se halla en litigio; su abogado es el mismo Cuéllar. Contando con la solución favorable que va a tener el pleito pendiente, los padres de Fernando esperan casar a éste con su prima, pero no saben bien hasta qué punto el joven se halla enamorado de Elena. Instado a trabajar para poder ayudar al sostenimiento de su casa, Fernando promete hacerlo mediante un expediente indirecto: quiere darse a conocer en sociedad para obtener de este modo la protección de alguien que se interese por su suerte. Así contrae fuertes deudas que en parte paga su madre, obteniendo dinero de su marido sin darle a conocer el objeto a que lo aplica.

Fernando, venciendo su timidez, confiesa un día su pasión a Elena, y ésta alienta ese amor, que le parece un tributo a su belleza. Se ven con alguna frecuencia en el salón de ella; pero como esto no basta a su entusiasmo, comienzan una correspondencia en la cual se cuentan su recíproco amor con los más vivos colores. Manuela, que siente desde chica verdadera pasión por su primo, sorprende esta correspondencia, y, de noche, roba,

entre las cartas que Fernando guarda en su escritorio, algunas de las que le ha enviado Elena. A pocas horas de la última diligencia judicial que va a poner a Manuela en posesión de su fortuna, don Casimiro Reinoso, padre de Fernando, llama a éste y le aconseja casarse con su prima. Como el joven se resiste a obedecer, Manuela entra en la pieza y le muestra las cartas de Elena de que se ha apoderado. Don Casimiro encuentra en ellas un nuevo resorte para vencer la voluntad de su hijo, y le amenaza con hacerlas llegar a poder de don Santiago si se obstina en no casarse con Manuela. En ese momento entran a buscar a Fernando sus acreedores, que disponen ya de orden judicial para aprehenderle.

Elena se entera de lo que ocurre por una criada que ha visto la escena de la aprehensión de Fernando, y da los primeros pasos a fin de obtener el dinero necesario para pagar las deudas de éste; pero no puede conseguirlo, porque en ese momento llega a su presencia su marido, que ha recibido ya las cartas, a preguntarle si son suyas. Elena confiesa ser la autora de las cartas. A los reproches del marido responde que fué casada por su madre contra su voluntad, porque nunca quiso al que se le había destinado como cónyuge. Al final de una violenta escena en que el marido engañado le hace todos los argumentos que puede provocar la más sincera de las pasiones, Elena se muestra arrepentida de su falta y obtiene el perdón.

Fernando entre tanto es puesto en libertad porque un amigo suyo, Marcos, que le ha acompañado en su entrada en sociedad, cancela sus deudas. Su primera diligencia es ir a casa de Elena, a la cual encuentra fría y dueña de sí misma. La joven le confiesa: "Yo he arrancado ese amor de mi pecho porque he debido hacerlo así, y mi deber me ha hablado con tal imperio, que él mismo me ha dado fuerzas para hacerlo" (1). Después de este rudo golpe se dirige a la casa de sus

(1) *El Primer Amor,* ed. francesa de 1910, p. 259.

padres, donde encuentra a muchas personas extrañas: doña Adelina, su madre, está gravemente enferma, y muere después de haber besado la mano de su hijo, que se había arrojado sobre su lecho. En ese momento comienza a decir palabras incoherentes: "las terribles emociones de aquel día hicieron estallar su razón, que nunca volvió a recobrar enteramente".

A pesar del cuidado que siempre puso para componer las intrigas que dieron estructura a sus obras, en estas primeras novelas el autor suele no motivar suficientemente algunas circunstancias. En el caso de *El Primer Amor,* por ejemplo, vemos a una familia sumamente pobre, la de don Casimiro Reinoso y doña Adelina Silva, padres de Fernando, el protagonista de la obra. Veamos cómo describe el señor Blest Gana una estancia de la casa:

> El cuarto donde Fernando se hallaba con su madre era un recinto triste y sombrío como todos los accesorios del mueblaje: la pobreza levantaba allí su descarnada faz, viciándolo todo, hasta el aire que se respiraba, el que parecía frío y húmedo a pesar de la estación. Allí la miseria hacía oír su elocuente lenguaje, la historia de su desigual contienda con las necesidades de nuestras grandes poblaciones, en la que agita en vano sus impotentes recursos para hacer frente a las imperiosas exigencias de la vida (2).

Más todavía: don Casimiro se había visto obligado "en el año anterior a presentarse como fallido, salvando tan sólo una módica suma que apenas bastaba, unida con el interés del corto patrimonio de su mujer, a satisfacer los gastos más precisos" (3). Y sin embargo, cuando Fernando contrae deudas por varios cientos de pesos, su madre las paga como si dispusiera realmente de dinero para gastos tales. En el último instante, en el momento en que Fernando va a ser reducido a prisión por no haber cubierto los compromisos que había contraído, ella anuncia a los acreedores que pagará, y no lo ha-

(2) *El Primer Amor,* p. 23.
(3) Obra citada, p. 49.

ce sólo porque su marido le indica perentoriamente que ello le queda prohibido (4).

También nos parece poco clara la situación de don Santiago Cuéllar en materia de dinero. Según el autor, era abogado de gran clientela, pero comenzó a dejar de ganar dinero porque el amor que tenía por su mujer, y al cual ésta no correspondía, le distrajo y ensimismó. En esta situación, don Santiago propuso dejar Valparaíso, sitio de su residencia hasta entonces, por Santiago; confiaba en que en la capital gastaría menos. Pero en la novela aparece Elena siempre rodeada de visitas, con tertulia nocturna: habitaba por lo demás "una espaciosa y elegante casa" (5). El amoblado también era valioso: "En un elegante salón, amueblado según el gusto y riqueza que con tanta generosidad se ha introducido entre las clases elevadas de la sociedad santiaguina..." (6). Elena conserva sus joyas. "Sus brazos desnudos, adornados tan sólo por dos pulseras de terciopelo abrochadas por hermosos brillantes..." (7), y cuando Fernando es reducido a prisión por sus deudas, hace llamar a un joyero para venderle algunas de aquellas y pagar de ese modo. Lo que Fernando debe no es una cosa cualquiera: "Dos mil quinientos pesos por todo" (8); pero Elena muestra al joyero alhajas que éste dice haberle vendido en cuatro mil pesos y por las cuales ella le pide, para redimir las deudas de Fernando, tres mil.

Llama la atención también en la obra la presencia de algunas personas sin acción en el desarrollo de la intriga. De ese número es Adela, amiga y confidente de Elena, que no hace otra cosa que conversar con ésta y formar parte de su tertulia.

(4) *El Primer Amor*, p. 240.
(5) Obra citada, p. 57.
(6) Obra citada, p. 63.
(7) Obra citada, p. 75.
(8) Obra citada, p. 243. Para apreciar las sumas de dinero que se indican, conforme al valor adquisitivo del peso de hoy (1955), deben multiplicarse por 300.

V. La Fascinacion *(1858)*

La Fascinación, más pasatiempo que novela, tiene su escena en París en 1850, y su ambiente es el de los artistas que revolotean en torno a la fama y a la gloria. Camilo Ventour, compositor pobre que se mantiene con lecciones de música mientras se prepara para conquistar renombre con sus composiciones, se enamora a los veintiséis años de edad de una bailarina de moda, Julia Gualdini, a la cual ve representar brillantemente en la Porte Saint-Martin. Adelaida de Farcy, viuda joven y rica, que siente por los artistas un cariño vago de Mecenas, se interesa por él al verle en aquella misma función, desde su palco, y se informa sobre su persona con su amigo Carlos, periodista. En una cena en honor de la Gualdini a la cual Carlos introduce a su amigo Camilo, éste quiere hacerse notar por la bailarina, y le dice: "Gracias, mil veces gracias...; todos estos elegantes se creen los señores del mundo porque pueden conducir un cabriolé en los Campos Elíseos y botar a manos llenas el oro que sólo tienen el trabajo de heredar o de ganar a los dados; yo, por mi parte, desprecio sus riquezas y no aspiro a más gloria ni más tesoro que al amor de usted" (1). Tan extraña declaración pica el amor propio de Julia, que excita a Camilo hasta hacerle proferir un vaticinio: "La orgullosa bailarina, dijo Camilo, la que ve a sus plantas millares de adoradores bellos y ricos, solicitará el amor del pobre músico que desprecia" (2).

Augusto de Santall, que se ha propuesto casarse con Adelaida y a quien ésta no alienta, se propone combatir el interés naciente de la viuda por Camilo. Carlos ayuda a éste a que la Porte Saint-Martin le represente un *ballet* que acaba de escribir, titulado *La Fascinación.* El estreno se hace con gran éxito, a pesar de la tentativa de hacer fracasar la obra que pone

(1) *La Fascinación,* p. 60. Cito de la edición francesa de 1875.
(2) Loc. cit., p. 63.

en práctica Augusto de Santall por medio de dos o tres ayudantes diseminados en el teatro. Dos meses más tarde, Camilo confiesa a su amigo Carlos que le es ya completamente indiferente la Gualdini; explicación de este cambio extraño puede ser algo que dice el propio músico: "Si en lugar de enamorarme de una bailarina, hubiera tenido la dicha de encontrar una mujer casta y pura, creo que mi amor, como mi inspiración, habría sido inagotable; mientras que ahora, en el descontento en que me hallo de mí mismo, me creo incapaz de producir nada bueno" (3). Carlos proyecta entonces poner en presencia de Adelaida a Camilo, y le lleva a casa de la viuda. En esta ocasión el joven compositor confiesa a Adelaida la deuda que le reconoce: "Cuando desalentado del poco éxito de mis trabajos, me creía condenado a la oscuridad, usted, sin saberlo tal vez, vino a infundirme nuevas fuerzas, mandando comprar todas mis composiciones" (4). Adelaida en seguida cita a Camilo en un baile, pero Augusto, que intercepta la carta, fragua un plan para hacer fracasar la entrevista, con ayuda de la Gualdini. En el baile se encuentran los cuatro, hay una escena un poco violenta y de ella sale Augusto de Santall retado a duelo por Camilo. En el duelo queda herido Camilo, que debe guardar cama. Burlando la vigilancia que ha establecido en torno a él su amigo Carlos, la Gualdini va a verle en los mismos momentos en que Adelaida quiere entrar en la habitación, y ante la presencia de la bailarina retrocede y escribe a Camilo una carta para despedirse de él.

Al cabo de dos meses, Camilo había sanado de su herida, y cuando fué a buscar a Adelaida se encontró con que ésta había salido de viaje sin dejar dicho dónde se encontraba. "Así pasaban los días, mientras que la pobreza volvió a llamar a su puerta: el dinero ganado con sus primeras composiciones estaba al agotarse, y era preciso componer otras nuevas para vivir. Camilo tomó un día la pluma y creyó haber encontrado

(3) *La Fascinación*, p. 148.
(4) Loc. cit., p. 173.

una idea: mil melancólicas armonías resonaban en su cerebro remedando a la inspiración. Mas al querer coordinarlas, al trasladar sus ideas al papel, no hacía más que alinear notas sin orden ni sentido" (5). La desesperación que le produce no poder desalojar de su espíritu el recuerdo de Adelaida le lleva a pensar en el suicidio, cuando Carlos acude a su casa y le cuenta que ha dado con el paradero de Adelaida. Poco después, ambos amigos salen de París rumbo a Florencia, donde se encuentra la viuda. "Cuatro meses después de este viaje, Adelaida volvió a abrir sus salones en París. Las invitaciones para esta nueva temporada de danza y música, que la bella joven daba a la sociedad elegante de la gran capital, llevaban por firma *Adelaida de Ventour*". El epílogo de esta novela que ha terminado en casamiento lo cuenta Carlos a su amigo Camilo: Augusto contrajo deudas para poder sostener el boato a que le obligaba Julia Gualdini, y fué reducido a prisión; la Gualdini, por su parte, "se ha hecho cargo de arruinar a otro inocente", y daba como explicación de su conducta que se vengaba de los desdenes de Camilo.

VI. El Jefe de la Familia *(1858)*

El único ensayo teatral que se conoce de don Alberto Blest Gana es una comedia de costumbres en tres actos y en prosa, que vió la luz pública en *El Correo Literario* (1858). Aunque nunca ha sido llevada a la escena y no puede juzgarse, por lo tanto, qué acogida podría tener, justo es notar que no le faltan condiciones teatrales y que compone un cuadro familiar no exento de gracia.

Don Manuel Verdoso, dueño de una fortuna de seiscientos mil pesos, casado con doña Prudencia Bustos; la hija de ambos, Clara, y Enrique Saldalla son los principales caracteres de esta pieza ligera y simpática. En una primera escena muy gra-

(5) *La Fascinación*, p. 244-5.

ciosa, llena de notas ligeras de humor y de malicia, dialogan don Manuel y su criado Juan e informan al lector de algunos pormenores que tienen luego importancia en el desarrollo de la obra. Don Manuel odia los bailes, y doña Prudencia los prodiga para casar a su hija; don Manuel gusta de no gastar demasiado dinero, y doña Prudencia y Clara suelen acarrear a la casa el contenido de tiendas enteras. Y, en fin, don Manuel es un ser tímido y apocado, y doña Prudencia ejerce sobre él y los demás miembros de la familia una autoridad incesante. Tras la mano de Clara Verdoso aparece Enrique Saldalla, hombre que se da pisto, que pasea en coche y que fuma gruesos habanos; hace creer a todos que es dueño de ricas minas, y con cierto don de gentes innegable afirma las conquistas que hace el sólo rumor de su fortuna. Forma contraste con él el joven Casimiro, hombre correcto, de sólida moral, que en un diálogo tenido con Enrique en el primer acto, hace confesar a éste su falta de escrúpulos y el mezquino cálculo que le ha guiado en sus relaciones con Clara.

Quien se encarga de destruir los planes de Enrique Saldalla y las ilusiones del matrimonio Verdoso es don Claudio Bustos, hermano de doña Prudencia, que ha conocido a Enrique en Copiapó. Enrique no sólo no tiene fortuna, sino que es un sujeto de mal crédito y de vida crapulosa. Alentado por su mujer, don Manuel, en una escena bastante chistosa por lo demás, comunica a Enrique su deseo de no verle por su casa; el chasqueado galán sale profiriendo amenazas. Poco después, Clara recibe una carta de Enrique en la cual le comunica que irá en la noche a raptarla para hacer inevitable su unión. Conocida esta carta por sus padres y por su tío, se concierta sorprender a Enrique en su visita furtiva, y así se hace. En esta escena ayuda Casimiro, que enamorado de Clara espera pacientemente el día en que pueda hacerla su mujer. La sorpresa se produce como se esperaba, y la obra finaliza con la proposición matrimonial de Casimiro hecha veladamente y con aire de ternura.

Como ocurre con mucha frecuencia en teatro, en *El Jefe*

de la Familia la primera escena es la más cómica de la obra y la que mejor logra dibujar los caracteres de los personajes. En ella hablan don Manuel Verdoso y su criado Juan, figura que recuerda vivamente al *gracioso* de la comedia clásica española, y a través de su diálogo, merced sobre todo a los apartes que prodiga el sirviente, se refleja la psicología timorata de quien es llamado "jefe de la familia" sólo por sarcasmo. El preferiría trabajar tranquilo o dormir en paz, pero su mujer le obliga a afanarse todo el día para preparar el baile y luego a trasnochar para atender a los convidados. El objeto de tales fiestas es casar pronto a la hija; la ambición arrastra a don Manuel y a su consorte a dar entrada en la casa a Enrique Saldalla porque este truhán finge tener fortuna. Más adelante la comedia decae visiblemente, pues el lector va adivinando uno por uno los pasos que habrán de dar los personajes. Tiene gracia, sin embargo, la escena en la cual don Manuel debe expulsar de su casa a Enrique, descubierta ya la especie de hombre que es, y también hacen reír las escenas finales, cuando el galán cae en la trampa y queda desbaratada su intentona de raptar a Clara.

El diálogo es fácil y está escrito con una finura y limpieza notables, que ni son habituales en la literatura dramática chilena, ni eran las acostumbradas por el autor en sus novelas, donde frecuentes digresiones embarazan, en la primera época, la marcha de la intriga y la presentación de caracteres.

VII. JUAN DE ARIA *(1858)*

Juan de Aria, "bachiller en leyes y aspirante al título de licenciado", sorprende un día por casualidad en una de "las hermosas calles de la ciudad de. . ." a una joven que asomada a un balcón miraba a los transeúntes. Juan de Aria "no tenía madre", y su familia se componía "de un padre anciano y dos hermanos jóvenes, establecidos en una provincia distante" (1). Estos personajes nada tendrán que ver en la novela, y el autor

(1) *Juan de Aria,* ed. de Valparaíso, 1859, p. 5.

se limita a mencionarlos. En cuanto vió Juan de Aria a la bella joven, se sintió enamorado de ella; Julia, que era su nombre, por su parte, también pareció conmovida: "Hay jueces que adivinan el delito en el rostro del acusado, ¡qué mucho, pues, que un mozo y una niña, que se miran con interés, sospechen cada cual las impresiones que agitan el alma del otro!" (2). Después de seguirla a la iglesia, a donde Julia va a oír misa, Juan consigue deslizar en su mano un papel en que le da una cita. El día que se preparaba a verse nuevamente con la joven, Juan recibe en su casa a un militar que era visitante de la casa de Julia y que parecía tener derechos sobre ésta. El militar, mayor de graduación, le amenaza con graves daños si persiste en seguir a la dama. Este misterio sirve de acicate a Juan, que una noche es introducido por una criada en la casa de Julia; cuando está conversando con ésta, se siente ruido y entran el mayor y don Leandro, dueño de la casa. En un escondite que Julia le proporciona para que no le descubran, Juan asiste a una conversación entre don Leandro y el mayor que le ilumina toda la historia. Julia "es hija de una amiga" de don Leandro y de la mujer de éste, y como aquélla "murió al darla a luz", ha sido adoptada y presentada como hija por aquél. El cariño que don Leandro ha sentido por Julia se redobla cuando mueren su mujer y sus hijos (3). El mayor ha conducido a don Leandro a una casa de juego, en la cual, con buenas o malas artes, le ha ganado la suma de diez mil pesos que ahora le cobra con urgencia. El acreedor estaría dispuesto a condonar la deuda si se le da a Julia en matrimonio. Don Leandro, amedrentado por el mayor, le promete acceder sin otra condición que éste "la constituya una dote de veinte mil pesos"; la condición es aceptada, y aplazado el matrimonio hasta dentro de ocho días.

Estas revelaciones sublevan el alma de Juan, que poco después se reúne nuevamente con Julia, a quien hace ver la gravedad de la situación. "—Si usted me ama —prosiguió él—, ¿por

(2) *Juan de Aria*, p. 7.
(3) Ibíd., p. 35.

qué no une su suerte a la mía?, ¿por qué no acepta Ud. mi vida, mi amor eterno e inmutable, en lugar de resignarse a ese sacrificio horrible a que quieren condenarla un malvado y un hombre sin energía y sin razón?" (4) Estas expresiones doblegan la resistencia de Julia, que al fin acepta fugarse en compañía de Juan, lo que hacen ambos a las cuatro de la tarde del día siguiente. El mismo día es encontrado el cadáver de don Leandro en su propia casa habitación, y como han desaparecido Julia y Juan, sobre ellos recaen las sospechas del asesinato. El propio mayor se encarga de la persecución de los presuntos culpables, y los aprehende en el campo, cuando, ignorantes de todo, se juraban una vez más su eterno amor.

Reducidos a prisión, son sometidos a proceso, y como todos los indicios recaían en su contra, fueron condenados a muerte. Los amigos de Julia y de Juan se agitaban mientras tanto en busca de datos que les permitiesen hacer consentir a la justicia en que estaba monstruosamente equivocada; el más importante debería ser el testimonio de Paula, sirvienta de la casa de don Leandro, a quien el mayor había alejado artificiosamente. Cuando ya ambos condenados estaban en capilla para ser ejecutados, Paula fué encontrada, y sus secuestradores declararon que habían procedido de orden del mayor. Según el relato de la vieja sirvienta, don Leandro había conseguido reunir los diez mil pesos que debía al mayor, y en una conversación que tuvo con éste, quiso que, al pagarle aquella suma, aquél desistiese de sus pretensiones a la mano de la joven. "Una lucha se habría trabado entre ambos, y antes que ella (Paula) hubiese tenido tiempo de pedir auxilio, su amo caía bajo el puñal del mayor, quien había buscado a Julia por toda la casa, y después de apoderarse de los papeles de don Leandro, la había obligado a seguirlo y puéstola bajo la custodia de las personas prendidas con ella." (5)

Este desenlace, que pudo haber sido feliz para ambos ena-

(4) *Juan de Aria*, p. 39.
(5) Ibíd., p. 55.

morados, causó tan profunda conmoción en el organismo de Julia, que perdió la vida. "Todos los cuidados de los médicos fueron inútiles: el dolor y la alegría se habían chocado con tal violencia en su naturaleza débil y extenuada, que la vida de la pobre niña se fué extinguiendo por grados en brazos de su amante. Pocos días después había dejado de existir." (6) Por su parte, el mayor fué condenado a prisión perpetua. Juan de Aria también "cayó herido por el dolor, este infatigable campeón en la guerra de la vida", y "sólo sobrevivió un año a la muerte de su querida" (7).

Esta breve novela, que apenas tiene importancia documental dentro de la obra de Blest Gana, es el más precioso testimonio que nos resta de la transformación violentísima que se operó en su talento y que le llevó a convertirse, desde la publicación de *La Aritmética en el Amor*, en el primer novelista chileno. *Juan de Aria* lleva la fecha 3 de diciembre de 1857 al pie de sus páginas; *La Aritmética en el Amor* fué presentada al concurso universitario en que se la premió, a comienzos de 1860. Poco más de dos años necesitó el autor para dejar de mano las intrigas melodramáticas, con escasa invención de incidentes anexos, y abrazar en cambio las composiciones novelescas complicadas en las cuales hay estudio de caracteres y oposición de circunstancias, en cuyo manejo se iba a mostrar destrísimo. *Juan de Aria* tiene la unidad de acción que tan grata parece ser para algunos críticos que la han echado de menos en las producciones de Blest Gana; en cambio, carece del hervor vital que advertimos en otras de sus novelas, lo que les da el carácter acentuadamente novelesco que presentan. La escena es abstracta, ya que, como hemos visto, el autor ni siquiera designa la ciudad en que ocurre el suceso, y la presentación de los personajes, débil y sin relieve. Juan de Aria es un mozo que fluctúa entre el estudio de la *Novísima* y el amor, y cuando encuentra a Julia, el autor nos dice que se enamora en forma absorbente y exclusiva. Pero

(6) *Juan de Aria*, p. 55.
(7) Ibíd., p. 56.

Julia, que nada sabe de él, le corresponde con un fuego inexplicable, y no sólo acepta la cita nocturna que Juan le da, sino que accede a huir en su compañía, aunque de su carácter y demás condiciones personales no sabe sino lo que ha podido adivinar por las escasas y furtivas entrevistas que con él ha celebrado en la calle. Hay también escenas inútiles, como la visita del mayor a casa de Juan, que ni da a éste nuevas luces sobre la mujer que quiere ni doblega la voluntad del joven enamorado.

Tal como en otras novelas de Blest Gana, en ésta luchan también el amor y los intereses. Don Leandro Gálvez ha perdido su fortuna en el juego, y el mayor, que se la ha ganado, quiere doblegarle con sus amenazas para que le ceda en matrimonio a Julia. La joven, por lo demás, no es hija del señor Gálvez, y esto es tal vez lo que hace más valioso el sacrificio del buen anciano, que no cesa de resistir a las pretensiones de su acreedor y hasta el último momento confía en salvar de ellas a la joven. El mayor, en fin, despechado, dominado por el violento carácter que se le atribuye, no vacila en dar la muerte a don Leandro, guiado no por la persuasión de que va a poder culpar del asesinato a Julia y a Juan, cuya fuga no conoce todavía cuando comete el crimen, sino por la ira.

Con tan pobres elementos era difícil hacer un relato más interesante, y el autor no pudo darle mayor extensión. La historia en total llena sólo 56 páginas. Cuando Blest Gana comienza su relato, parece que se ha preparado para hacerlo más extenso: describe a Juan con una minuciosidad que no se justifica con el curso de los capítulos que siguen, e intercala algunas divagaciones que nada, o muy poco, tienen que ver con la novela.

¿En qué tiempo la pasión no ha sido el primer atributo de la juventud? Si hay mozos sobre los cuales los fríos vientos del desengaño han arrojado una capa de prematura indiferencia, removed las cenizas, haced que en ese aparente desierto resuene la voz de una mujer querida, y encontraréis el fuego, vívido y ardiente como si acabara de prenderse, y oiréis el eco alegre repetir con pasión el acento femenino (8).

(8) *Juan de Aria,* p. 4.

VIII. Un Drama en el Campo *(1859)*

Una funesta demostración de la envidia es la que da movimiento y vida a *Un Drama en el Campo,* corta novelita que Blest Gana publicó en *La Semana* de los Arteaga Alemparte, en el curso de 1859, y reeditó en libro, en 1862, junto con otras piezas. Antonio y Pablo Reina son estos dos hermanos enemigos entre quienes se interpone una mujer, Paulina Mendivel. Los dos jóvenes aparecen distanciados desde niños por profundas diferencias de carácter, y los padres, en lugar de acercarlos, inconscientemente los separan cada vez más. Mientras Antonio debe quedarse en el fundo de Colchagua, entregado a enojosos trabajos agrícolas, su hermano Pablo es enviado a Santiago a estudiar. A la muerte del padre, Antonio, que ha estudiado la situación de fortuna de la familia, comunica a su madre que no puede mantener gastos superfluos como los que ocasiona Pablo, y entonces se ordena a éste regresar al campo.

Cuando la tragedia se precipita, Emilio Reina, primo de Antonio y de Pablo, ha ido a visitarlos. En esa ocasión, Pablo le cuenta la historia de sus amores con Paulina, y le comunica que ésta, amenazada de ser llevada por su padre a Santiago, ha decidido huir con él. Mientras tanto, Antonio, sabedor de estos amores por su propio hermano, ha confesado poco antes a éste que también quiere a Paulina. La noche del rapto, Emilio se ofrece para acompañar a Pablo, y ante la insistencia, éste cede. Salen ya Paulina y Pablo en dirección al sitio en que Emilio los aguarda, cuando un tiro surgido de la sombra hace que Pablo se desplome herido. Emilio quiere persuadir a Paulina a que vuelva a su hogar, pero no lo consigue, y entonces los dos transportan a Pablo al caballo y vuelven con él a su casa. Despertado Antonio, que dormía o aparentaba dormir, por Emilio, parte a San Fernando en busca de un médico, el cual, después de reconocer al herido, augura una pronta curación. Antonio, empujado, sin duda, por los remordimientos, muestra la ma-

yor congoja por la desgracia de su hermano, sin dejar traslucir en detalle alguno que él sea causante de la herida.

Paulina al día siguiente envía una carta a su padre para anunciarle que se casará con Pablo, y en respuesta recibe una nota en la cual aquél le comunica que la deshereda. Por su parte, Emilio recibía una carta de Antonio en la cual éste le cuenta que se alejará para siempre y le pide que se empeñe para que su madre y su hermano "no maldigan su memoria y compadezcan algún día su desgracia".

Aunque la escena de esta obra, una de las más cortas de su autor, transcurre en el campo, las descripciones de la naturaleza son tan exiguas, frías y abstractas como las que hemos citado en otros casos. El relato es sencillo, muy dialogado, y tiene bastante movimiento, porque el autor no lo distrae con digresiones ni ofrece sobre sus personajes otros detalles que los muy indispensables para individualizarlos y pintar sus caracteres y sus pasiones. La única explicación del misterioso suceso de la noche del rapto es la envidia que en Antonio habían despertado los éxitos de su hermano. En una conversación que Emilio tiene con él, Antonio le confiesa:

—¿Cree usted que mi corazón no ha sentido jamás la necesidad de un afecto? Una sola confesión de mi parte le dará la respuesta: yo he devorado los libros de Pablo y hecho gala de mis conocimientos, para que nuestros padres viesen que yo también quería conquistar su cariño, aun cuando ellos pareciesen querer negármelo. Sin embargo, de todo esto nada he logrado, cuando sentía en mí irresistibles impulsos hacia esa vida de tiernos sentimientos, que sólo podían endulzar la soledad a que me he visto condenado desde mi infancia. Ahora ya es tarde. He querido buscar en una mujer toda esa dicha que me huía con los otros, y esa mujer ha preferido también a Pablo; ya ve Ud. que entre nosotros toda reconciliación ya es imposible, porque yo también amo a Paulina y he jurado que si no llega a ser mía no será de nadie. ¡Alguna vez siquiera me he de dar el placer de realizar mi deseo!

El rasgo de nobleza que en el último momento lleva a Antonio a dejar a Pablo en pacífica posesión de la mujer que ama, no le redime, por cierto, de haber atentado contra la vida

de su hermano, arrebatado por los celos y por la envidia. El autor le pinta al comenzar como hombre de voluntad fuerte, a quien la ruda existencia campesina habría tallado con brusquedad; pero, al mismo tiempo, debe uno confesarse que también las pasiones tenían imperio en su alma y disputaban a su espíritu la rectitud moral que pudo cimentarse en aquella voluntad tenaz de labriego.

IX. La Aritmetica en el Amor *(1860)*

1. *Acción y tema de la novela*

Fortunato Esperanzano, sobrino de don Anselmo Rocaleal, ha conocido por casualidad a una joven, Julia Valverde, que al cabo de muchos incidentes va a llegar a convertirse en mujer legítima de ese caballero. Fortunato, como lo presenta el autor, es "individuo prosaico y común, incapaz de las violentas pasiones que de ordinario adornan a todos los héroes de novelas, un representante, en esto, de la mayoría de los de su sexo" (1). Este joven sirve a don Anselmo de secretario en sus negocios y dispone en general de su confianza para menudas operaciones, así como disfruta de su generosidad para casos de apuro. Don Anselmo, hombre pacato, supersticioso, ha dejado llegar la cincuentena sin contraer matrimonio; el interés de toda su familia consiste en impedirle que se case, y una vez que esto es imposible, en probarle la infidelidad de Julia. La hermana de don Anselmo, doña Petronila, es mujer de un modesto empleado público, don Tiburcio Rostroalbo, y ambos son padres de dos muchachas a la cuales no ha tocado aún la suerte de encontrar maridos. Lazo de unión de todas estas personas es fray Ciriaco Ayunales, un religioso a quien el autor pinta con los caracteres de la glotonería y de la hipocresía que resultan convencionales ya en ciertas obras novelescas del siglo XIX.

Fortunato tiene una ambición irrealizada: "quería ser rico,

(1) Cito de la edición de 1897 hecha en París, t. I, p. 35.

escalar ese templo del vellocino de oro, y tratar de igual a igual con los venturosos elegidos de la fortuna" (2). Su padre y su madre viven en el campo, donde el primero sirve de administrador en uno de los fundos de su cuñado don Anselmo. Mientras llega el momento de realizar la ambición que le mueve, Fortunato cultiva la amistad de una muchacha de honesta pero pobre situación social, Amelia Almiro, hija de don Diego, que en años anteriores, trabajando con don Anselmo, se ha disgustado con éste. Los negocios de don Diego marchan mal, y en corto tiempo le llevan al borde de la quiebra.

Anastasio Bermúdez, amigo de Fortunato, le va a permitir realizar su ensueño largamente acariciado de entrar en la sociedad distinguida y rica de Santiago. Ambos mozos se comunican un día sus secretos, y Fortunato confiesa a su amigo que quiere a Amelia y desea hacerla su mujer. Anastasio le dice que no haga tal cosa: "con la mejor fe del mundo harías desgraciada a esa pobre niña, que ignora los escollos de la vida, y al despertar en tus brazos se encontraría en la miseria" (3). Desde entonces Fortunato se entrega a los consejos de Bermúdez, y como éste le ofrece presentarle en la opulenta casa de don Modesto Mantoverde, acepta y se dedica a hacer la corte a Margarita, hija del magnate. En la misma casa vive Virginia Castillejo, hermana de la señora Mantoverde, y con ella sostiene Anastasio un idilio en el cual confía para su encumbramiento en sociedad. Anastasio da a su amigo consejos cínicos: "puedes amarla cuanto te dé la gana", le dice refiriéndose a Amelia, "y casarte, sin embargo, con Margarita" (4), y a ellos acomoda su conducta el débil e indeciso Fortunato.

Mientras tanto, Julia Valverde consigue hacer olvidar a don Anselmo las murmuraciones que corren sobre su virtud (ha tenido amores de soltera con Carlos Peñalta), y confía también en que su matrimonio con el viejo solterón le permitirá

(2) *La Aritmética en el Amor,* p. 73.
(3) Loc. cit., p. 93.
(4) Loc. cit., p. 108.

lucir en sociedad. Fortunato, que ha obtenido una de las cartas cambiadas entre ambos jóvenes en el período culminante de su pasión, la envía con un anónimo a don Anselmo, a fin de que éste no persista en su intención de casarse con Julia. Instigador de esta felonía es Anastasio Bermúdez. La intriga fracasa porque Julia persuade a don Anselmo de su pureza y de la sinceridad de su amor hacia él.

Las dificultades financieras que acosan a don Diego Almiro se hacen cada día más agudas, hasta que llega el momento en que el pobre comerciante, antiguo militar, decide declararse en quiebra en vista de que no consigue de sus acreedores la prórroga de sus compromisos. Informado de esta situación, Fortunato obtiene de su tío don Anselmo la suma de dos mil pesos que permitirá al señor Almiro salir de apuros. En esto don Anselmo organiza un paseo a la quinta que posee en las inmediaciones de Santiago, fiesta en la cual dará a conocer a todas sus relaciones su noviazgo con Julia. En esta oportunidad, Fortunato, que había jugado anteriormente con algunos amigos suyos y de Bermúdez, interviene en una partida que se organiza cuando ya los jóvenes que han permanecido en la quinta están todos dominados por el alcohol, y pierde no sólo el dinero que llevaba en los bolsillos, sino también el documento que le había dado don Anselmo. Al día siguiente, cuando se da cuenta del desastre, Fortunato se siente desesperado; pero luego toma una decisión: "Vamos, exclamó con los ojos centelleantes de desesperada angustia, es preciso salvarlos; yo me arreglaré después como pueda" (5). Y sin vacilar un instante más, falsifica un documento por la suma de dos mil pesos para reemplazar el que ha perdido: de este modo consigue salvar de la ruina a la familia Almiro.

Las pretensiones de Fortunato para hallar acogida en la casa del señor Mantoverde sufren, entre tanto, rechazos que revelan un plan metódico de los miembros de esa familia. Un tío de Margarita, don Crispín, aparece como novio oficial de la niña,

(5) *La Aritmética en el Amor*, p. 282.

y por los celos que ese personaje despierta en Fortunato, así como por la urgencia en que éste se halla de cubrir con dinero efectivo el documento que ha falsificado a don Anselmo, se produce en el joven la decisión de obtener el matrimonio con Margarita de cualquier modo. Anastasio sugiere a su amigo que le escriba cartas, y éstas son interceptadas por Virginia, enamorada a lo solterona de Fortunato. De este modo se informa de que Fortunato ha solicitado una cita nocturna con Margarita para fugarse, y Virginia resuelve ir a la cita en reemplazo de su sobrina. Tal como lo piensa lo hace, y cuando Fortunato, que ha ido acompañado de Anastasio, descubre el equívoco, quedan destrozados todos sus planes y él sumido en la más crítica situación.

Doña Petronila ha venido espiando a Julia desde su matrimonio con don Anselmo, y al obtener las informaciones que deseaba conseguir, pide a Fortunato que la acompañe para sorprender a la infiel en la propia habitación de Carlos Peñalta. La sorpresa resulta a pedir de boca, y cuando Julia se ve frente a Fortunato, se humilla y le pide perdón: "—¡Ah! Ud. es cruel, cuando quiere arrojarme así al desprecio de todos; recuerde usted que su tío no sobreviviría a semejante golpe, mientras que yo le juro a usted que en adelante mi conducta será irreprochable. ¿Tendrá usted valor para sacrificar así a una pobre mujer que jamás le ha ofendido?" (6). Fortunato carece de ese valor, la deja ir y cambia completamente de plan de vida.

En efecto, cuando Virginia comunica a su familia la decisión que ha tomado de casarse con Anastasio Bermúdez pase lo que pase, Anastasio cuenta a don Modesto Mantoverde las relaciones de su hija Margarita con Fortunato y el peligro en que la joven se ha encontrado. De este modo Margarita debe confesarse arrepentida y acceder a su matrimonio con su tío don Crispín, al que hasta entonces se había resistido. Estas novedades desengañan a Fortunato, quien concibe el proyecto de dejar a Santiago y trasladarse al campo a trabajar junto a su padre. Antes de irse pro-

(6) *La Aritmética en el Amor*, t. II, p. 38.

cura explicarse con Amelia, y le dice: "renuncio a verte, cuando siento que te amo más que antes: tú eres buena y aunque hayas sufrido me perdonarás" (7).

Con estas ocurrencias termina la primera parte de la novela; la segunda y última se inicia en la ciudad de provincia en la cual se recluye Fortunato una vez fracasados sus ensueños de vida santiaguina. Allí están divididos los habitantes por un odio lugareño entre las familias Selgas y Ruiplán, a la primera de las cuales pertenece Fortunato por la rama materna. A poco de llegar, Fortunato es designado secretario de la Intendencia, por gestiones que en Santiago ha hecho su tío don Anselmo. Varios incidentes, en los que entra por mucho el odio familiar ya mencionado, colocan a Fortunato en mala situación dentro de la ciudad. Natalio Ruiplán, humillado por Fortunato en una fiesta, obtiene de Anastasio Bermúdez, desde Santiago, una carta en que se pinta a aquél con los más desapacibles colores, haciendo hincapié en la falsificación del documento de don Anselmo, que Anastasio había sospechado en sus conversaciones con Fortunato.

Fortunato, enamoradizo y sentimental, olvidado ya de sus juramentos a Amelia, entra en relaciones con Juana Selgas, sobrina de don Marcelino y de doña Remedio y que vive en casa de éstos. Un anónimo que recibe la joven cuando se halla a punto de decidir su matrimonio con Fortunato, y que la informa del amor de éste por Amelia Almiro y hace alusión al documento que Fortunato ha falsificado, destruye el noviazgo a punto de concertarse. En vista de todo esto, Fortunato emprende viaje a Santiago después de tres meses de ausencia. "Julia, en quien el corazón hablaba después de la cabeza, satisfecha su ambición de eclipsar a las más altas nombradías de Santiago, había continuado sus amores con Carlos Peñalta" (8), y, naturalmente, era espiada por doña Petronila, que a toda costa quería deshacerse de ella a fin de disponer como antes de la voluntad y la fortuna de su hermano don Anselmo. Mientras tanto vence el plazo de los

(7) *La Aritmética en el Amor,* p. 73.
(8) Loc. cit., p. 210.

documentos, y cuando Anastasio Bermúdez se presenta a cobrarlos en casa de don Anselmo, éste descubre la falsificación, pero paga el dinero con la esperanza de castigar luego la insolencia de Fortunato. Julia consigue de su marido que redacte junto a ella la carta en que reprocha a Fortunato su actitud, porque piensa usarla para vengar la humillación que le infligió el joven al sorprenderla en casa de Carlos Peñalta. Cuando Fortunato iba a llegar a Santiago, doña Petronila ha obtenido ya la certidumbre necesaria para acusar a Julia de sus infidelidades conyugales, y una noche don Anselmo sorprende a los dos amantes juntos en el salón de su propia casa, cuando ya todos los habitantes de ésta se hallaban recogidos. El golpe es demasiado fuerte para don Anselmo, que pierde el conocimiento y cae gravemente enfermo. Doña Petronila ha conseguido su objeto y se traslada a casa de su hermano, en donde, ayudada de sus dos hijas, establece celosa guardia para impedir que se produzca una reconciliación entre don Anselmo y su mujer. Desgraciadamente esta actitud de su hermana desagrada a don Anselmo, y éste consigue que sean Amelia Almiro y su madre quienes le cuiden en adelante.

Dos días después de caer enfermo don Anselmo llegó Fortunato a Santiago, y, naturalmente, es recibido por el anciano con reproches, tanto por la falsificación del documento cuanto por haberle ocultado las infidelidades de Julia que el mismo joven comprobó. Amelia entonces se da cuenta de que todo lo que ha sufrido Fortunato se debe al empeño por salvar a su padre, y se propone reconciliarlo con don Anselmo. Después de una larga conversación, don Anselmo le pregunta: "—¿Usted lo ama? —Sí —contestó Amelia, levantando la vista llena de noble y majestuoso orgullo. —Con esto sólo que usted me hubiese dicho —repuso D. Anselmo—, Fortunato estaba perdonado" (9). La gravedad del estado de don Anselmo hace aconsejable la redacción de un testamento, en el cual lega treinta mil pesos a su sobrino Fortunato y setenta mil a Amelia Almiro; Julia queda desheredada. Poco después don Anselmo fallece.

(9) *La Aritmética en el Amor*, p. 288.

"Seis meses después de estos acontecimientos —dice el autor en la última página de su obra—, que tan radicalmente cambiaron la posición social de los principales personajes de esta historia, Fortunato y Amelia se unían ante Dios y los hombres en medio del lujo a que nuestro héroe había aspirado con tanto ardor: su herencia, unida a la de Amelia, componía la suma de cien mil pesos: esto y su amor bastaban para asegurarles una felicidad duradera en este valle de lágrimas y de risas."

2. *La novela premiada por la Universidad*

En 1859 la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile estimó que convenía a las letras chilenas llamar la atención de los escritores jóvenes hacia un género literario difícil, género en el cual se necesita una observación honda de la vida, al mismo tiempo que espíritu de continuidad, y decidió convocar a un certamen para premiar una novela. Es cierto que en 1847 ya había dado como tema "una composición literaria en prosa o verso, que tuviese por asunto un suceso o época de la historia nacional", pero esto no era todavía definir la novela, comoquiera que ese suceso podía ser evocado en la síntesis de un poema o en la forma analítica y pormenorizada de la historia. Era preciso, pues, incitar directamente al cultivo de la novela, y a eso tendía el enunciado del certamen para 1860: "una novela en prosa, histórica o de costumbres, al arbitrio del autor, pero cuyo asunto fuese precisamente chileno". La comisión designada para conocer las obras presentadas a este certamen emitió un informe, evidentemente redactado por don José Victorino Lastarria, donde se halla una disquisición instructiva sobre el asunto:

> Semejante tema estaba perfectamente calculado, no sólo para indicar a los autores de obras amenas, ya fuesen en verso o ya fuesen en prosa, que la Facultad las apreciaba como es debido, sino también para llenar una necesidad real e inmediata. En efecto, la novela pedida, o debía evocar un suceso histórico, o presentar un cuadro de costumbres de los tiempos pasados, o pintar en uno o varios de sus aspectos la actual sociedad chilena. Cualquiera de estas tres materias que escogieran los concurrentes al certamen, siempre que fuese regularmente tratada, tenía una utilidad innegable.

Las reglas rigorosas a que está sometida la composición histórica hacen dificultosísimo, por no decir imposible, que el historiador pueda entrar en esos pormenores familiares y minuciosos, y usar esas formas vivas y dramáticas que resucitan como con una varilla mágica, en carne y hueso, ante los ojos de los lectores, a los muertos, célebres por sus virtudes o sus crímenes, por los servicios que han prestado o los males que han causado. Lo que es prohibido a la historia es permitido a la novela, que está llamada a popularizar, mediante el atractivo de sus escenas coloridas y animadas, las lecciones de su sabia y severa hermana mayor. En Chile la historia nacional ha sido muy bien cultivada; pero la novela histórica aguarda todavía su Walter Scott.

A este certamen presentó Blest Gana su novela *La Aritmética en el Amor,* que iba a ganar la recompensa. Lo que elogió sobre todo el jurado, compuesto por Lastarria y don Miguel Luis Amunátegui, es la variedad de las escenas de esta novela, que permite a su autor pintar diversos personajes, pero no dejó de acentuar otro carácter:

El gran mérito de esta composición es el ser completamente chilena. Los diversos lances de la fábula son sucesos que pasan efectivamente entre nosotros. Hemos presenciado, o hemos oído cosas análogas. Los personajes son chilenos, y se parecen mucho a las personas a quienes conocemos, a quienes estrechamos la mano, con quienes conversamos.

Los cuadros de costumbres le parecieron, además, "nada inferiores a los tan justamente aplaudidos del Larra chileno, el espiritual *Jotabeche*" y agregó que "no escasean tampoco las observaciones morales, bien hechas y exactas, que constituyen el gran provecho de la novela". Como único reproche, los jueces dicen que "habríamos querido encontrar en el lenguaje de *La Aritmética en el Amor* esa corrección elegante, esa gracia peculiar de los buenos hablistas castellanos". Y es que Blest Gana no fué jamás un estilista, si por tal se entiende el escritor que selecciona severamente las palabras y las acomoda en sus escritos de modo que ninguna disuene, no haya aglomeraciones inútiles que embaracen el movimiento natural de la acción, ni menos cacofonías y repeticiones enojosas. Blest Gana corregía poco, y sin cometer graves errores de sintaxis, su concepto de la construcción no le llevaba a rehacer una o varias páginas para

presentar más nítida la observación hecha por su talento de agudo escrutador de la vida humana.

Para el señor Astorquiza, hay en este informe universitario una grave omisión: "Lo que Lastarria y Amunátegui omitieron decir era que estaban en presencia de un gran hecho histórico: del nacimiento de la novela chilena. Era la primera tentativa feliz hecha entre nosotros para reproducir la vida. Comenzaba el ciclo de las novelas blest-ganianas" (10). La observación es justa y pertinente: con *La Aritmética en el Amor* la novela chilena entra de golpe en madurez, no porque ya esté perfecta y nada haya que agregar y suprimir en sus páginas; no porque la galería de tipos nacionales que ella muestra sea la más acabada y perfecta, ni siquiera porque esta novela sea la mejor del autor; sino porque desde esa obra Blest Gana sabe a dónde va, qué debe tratar de obtener del ejercicio literario y, sobre todo, cómo hay que conseguirlo. "Era, desde luego —agrega Astorquiza—, dar a la novela un fin y un objeto que hasta entonces no había tenido en Chile: el de imitar la realidad común y corriente, tomándola lo más de cerca posible." Desde esa fecha trascendental las novelas de Blest Gana serán realistas, así como antes fueron abstractas; y de la antigua manera del autor conservan —y la nota puede especializarse en *La Aritmética en el Amor*, porque ya en *Martín Rivas* no tiene casi aplicación— apenas una que otra interrupción del relato para que se muestre el autor, que aconseja, hace burla, exalta algún sentimiento y deprime otro, y generaliza con tono frívolo o sentencioso, según el caso, pero sin que ninguna de estas intervenciones del narrador interrumpa el curso de la intriga, que Blest Gana sabe ya anudar como experto.

3. El ambiente y la moral de la novela

Blest Gana tomó como escena para *La Aritmética en el Amor* la sociedad de Santiago de 1858, y se empeñó en pintar las cos-

(10) *Revista Chilena,* 1920, p. 351.

tumbres sociales con una prolijidad que anuncia la que luego gastará en *Martín Rivas* y en *Durante la Reconquista*, y que en todo caso contrasta con las vaguedades y generalizaciones de sus anteriores novelas. Sin embargo, en la primera parte de su libro dejó correr a veces la pluma para intercalar reflexiones propias y curiosidades, generalmente amenas, pero que nada tienen que ver con el ambiente que describe o con la realidad en que los personajes andan mezclados. Veamos un ejemplo:

> Jóvenes que corréis tras la felicidad con el ahinco de un comerciante tras el despacho de sus pólizas; vosotros para quienes la vida sin amor, o a lo menos sin mujer, es como una taza de té sin azúcar; mozos que aún conserváis la dulce fe del alma, intacta y reverenciada, como una niña pura conserva la primera flor de su primer amante, ¿qué habríais hecho en la posición de nuestro héroe?. . . (11)

He citado a propósito una divagación sencilla y liviana, y acaso la que muestra más relación con la novela misma, para no hacer caer sobre el autor una censura demasiado estricta. La verdad es que estas fugas, que no se justificarían en una novela escrita después de que Maupassant y Flaubert enseñaron a los novelistas a eliminarse totalmente del cuadro, son frecuentemente empalagosas y restan a la obra la naturalidad que consigue tener a menudo por otras escenas. En este libro, por ejemplo, hallaremos cuadros de costumbres impresionantes de verdad y de sencillez, como la llegada de los parientes pobres de don Anselmo al paseo que éste ha preparado (tomo I, p. 247 y sigs.), escena en la cual Blest Gana reparte abundantemente las notas de lo ridículo.

A la marcha general de la novela se pueden hacer, en cambio, varias observaciones. Se ha dicho muchas veces que el carácter de los personajes de Blest Gana es indeciso, observación de que nos haremos cargo más adelante. En el caso que nos ocupa, Fortunato Esperanzano presenta aspectos contradictorios, no ya en moral, puesto que comete varias incorrecciones nada

(11) *La Aritmética en el Amor*, t. I, p. 9.

menudas, pero con un objeto loable, sino en aquella parte de su psicología que menos tiene que ver con las nociones morales. Fortunato quiere a su amiga Amelia Almiro, a la cual conoce desde la juventud, pero cree poder hacer compatible este amor con el cortejo que brinda a Margarita; ya sabemos que en esto tuvo algo que ver su amigo Anastasio, que le dió una lección de cinismo estupendo; y en seguida, desairado por Margarita, vuelve a confesar su amor a Amelia, pero la deja para irse a provincias. Allí se entusiasma con Juana Selgas, y parte porque la quiere de verdad, o parte porque su padre le hace ver su casamiento como un buen negocio, la pretende seriamente. Sólo cuando vuelve a Santiago, derrotado por la inteligente sospecha de Juana, torna a sentirse hechizado por Amelia, con quien termina por casarse. Fuera de la incertidumbre que revelan estas mudanzas, en Fortunato hallamos o un personaje mal dibujado, que el autor ha compuesto a retazos, sin cuidarse mucho de que éstos compaginen entre sí, o un individuo de malos sentimientos. La falsificación, error propio del aturdimiento de un joven inexperto, queda sublimizada por la intención noble de salvar a don Diego Almiro de la ruina; pero llama la atención que Blest Gana dé a Fortunato el carácter de protagonista cuando lo presenta tan fluctuante en sus intenciones. Al tratar de *El Pago de las Deudas,* novela en la cual también los intereses desempeñan parte considerable, podremos ver que el protagonista, sumido en la desdicha por sus pecados, se suicida; es el castigo que merecen tantas faltas en un joven de temperamento soberbio y adulterado por la molicie. En *La Aritmética en el Amor,* Fortunato no recibe castigo alguno proporcionado a la gravedad de sus faltas, sino una recompensa: el testamento de su tío le enriquece. Es verdad que el novelista, en la frase final de su obra, hace sátira a este respecto, pues dice que el dinero "y su amor bastaban para asegurarles una felicidad duradera en este valle de lágrimas y de risas"; y sólo por esta observación venimos a darnos cuenta del propósito que ha perseguido. Parece haber querido colocarse más allá de la moral, como espe-

jo fiel de los vicios y de las virtudes, sin pronunciarse en favor de unos ni de otros, y —existencialista *avant la lettre*. . .— aceptar la vida tal como se muestra, alternativamente menguada y orgullosa, prostituída y pura, y hacer el retrato de una virtud que se codea con el vicio y contemporiza frecuentemente con él. La única excepción parece Amelia, cuyo amor fiel, constante, desprendido, triunfa al cabo. "La pobre niña poseía uno de esos corazones raros en ambos sexos, que se sustentan de un amor único, concentrando en él sus esperanzas y sus sueños, cifrando en él su alegría, como un avaro toda su felicidad en la posesión de un tesoro" (12).

Los demás personajes están dirigidos ya por la bondad y el desinterés, ya por la codicia y el vicio. Doña Petronila, de las mejores figuras del relato, y acaso la que más vida propia muestra en la galería humana de *La Aritmética en el Amor*, guarda celosamente a su hermano don Anselmo de los asaltos de Julia, no porque no quiera verle engañado, sino porque espera heredar de él y conseguir de este modo un desahogo doméstico que el modesto sueldo de su marido no le permite. Don Anselmo, avaro, supersticioso, limitado de espíritu, se enamora como un muchacho de Julia, y se propone alcanzarla, sin darse cuenta de que es ella la que le busca y le hace doblegarse; es bueno, sin duda, pero débil de carácter, deja hacer y se le ve dominado alternativamente por su hermana Petronila, por Fray Ciriaco Ayunales y en seguida por su mujer, Julia. La menuda satisfacción de su amor propio —creerse conquistador de una mujer hermosa y disputada— le arrastra a la deshonra y a la muerte. Doña Petronila es, por lo demás, causante indirecta de esa muerte: don Anselmo cae fulminado por la impresión cuando ve a su mujer con Carlos Peñalta, en la cita a la cual lo conduce doña Petronila. Los personajes provincianos que lleva hasta la escena el autor son todos más o menos innobles, y doña Remedio y Natalio Ruiplán, sobre todo, movidos por el

(12) *La Aritmética en el Amor*, t. II, p. 213.

odio, consiguen grabarse en nuestra memoria como paradigmas de maldad.

Anastasio Bermúdez aconseja a Fortunato que mantenga el amor de Amelia y se case con Margarita sin amor; y más tarde, cuando sabe que Fortunato ha falsificado un documento con la firma de su tío, no vacila en aprovecharlo para perderle. Por lo demás, ya antes le ha abierto los ojos sobre el mundo elegante y dado instrucciones para desempeñarse en él:

—Te repito que eres un inocente, porque puedes vestirte sin necesidad de plata.

—¿Cómo?

—No pagando al sastre.

—¿Y después?

—Después, si te casas, pagas y quedas rico (13).

Esta moral utilitaria y cínica informa los actos de la gran mayoría de los personajes de esta novela: salvo doña Petronila, que trabaja para el brillo de su casa, y Amelia, un ángel por la pureza de sus propósitos, ni las mujeres escapan todas a la condenación que el novelista deja caer sobre las frentes de sus personajes. El dinero, que abre las puertas de los salones, es, de creer al novelista, el único motor de la sociedad que analiza, la gran palanca de sus movimientos desordenados y caóticos. La frase final del libro, de irritante escepticismo, lo comprueba, si no bastara para hacérnoslo saber el título mismo de la novela, que es, por lo demás, inexacto en parte considerable: es verdad que el matrimonio de Anastasio Bermúdez con Virginia Castillejo es producto de una combinación aritmética, así como el de don Anselmo con Julia Valverde; pero los dos matrimonics de interés que fragua Fortunato (primeramente con Margarita Mantoverde y luego, en provincia, con Juana Selgas) fracasan, hasta que termina por desposar a la dulce Amelia, que siempre le ha querido y no cesa de suspirar de amor por él.

(13) *La Aritmética en el Amor,* t. I, p. 140.

4. *Pesimismo del autor*

Estas observaciones hacen ver el pesimismo sustancial que Blest Gana pone en el fondo de sus concepciones morales y la escasa virtud que concede a sus personajes. Y nótese que cuando escribe *La Aritmética en el Amor* no cuenta todavía treinta años de edad, época de la vida en la cual generalmente no se han helado todavía los entusiasmos de la adolescencia. Parece que el autor, persuadido de que había errado al adornar en sus primeros relatos con un exceso de idealidad a sus héroes, quiso coger de la vida lo peor que ella contiene para ponerlo en su libro; va a conseguir el equilibrio sólo en novelas posteriores, y acaso especialmente en *Martín Rivas*, donde sabrá fundir con excelente pulso lo bueno y lo malo de los hombres, guardando siempre, por lo menos, a su héroe libre de las impurezas de la vida a fin de hacer más vivo el contraste entre él y los comparsas malvados que le sirven de fondo.

X. El Pago de las Deudas *(1861)*

1. *Personajes y acción de la novela*

El Pago de las Deudas es una novela cuya escena ocurre en los salones de Santiago y cuyos personajes son jóvenes de distinguida sociedad movidos alternativamente por los intereses y los sentimientos. Luisa, "viuda, joven y rica" (1), cortejada por muchos pretendientes, se ha enamorado de Luciano, elegante, fatuo, hermoso, al cual no falta sino una buena situación económica para ser totalmente feliz. En carta que dirige a su amigo Pedro, Luciano observa que "la fortuna de Luisa me sacaría del abismo de mis deudas" (p. 49); y por eso el cerco que pone a la viuda es asiduo y tenaz. Luisa va a una playa próxima a Santiago, y allí la sigue también Luciano. Desgra-

(1) P. 17 de la edición de París de 1911, "corregida por el autor".

ciadamente, en ese sitio, éste conoce a una joven provinciana, Adelina, que le subyuga por la gracia y la hermosura y de la cual en poco tiempo se enamora violentamente. Entonces comienzan sus vacilaciones: "en medio de mis calaveradas me he creído siempre un hombre leal", dice (p. 52), y esto le hace declarar su pasión a Adelina en cuanto se le presenta una oportunidad conveniente. Para darle a conocer su pasión inicia con ella una asidua correspondencia, que luego es interceptada por Luisa y don José Dolores, novio de Adelina, mediante el soborno de algunos empleados domésticos. Luciano se siente enamorado, y sin embargo lucha todavía con la necesidad en que se halla de preferir un matrimonio ventajoso a cualquier género de aventura sentimental. "La disipación y yo hemos caminado mucho tiempo juntos en la vida —escribe— para que pueda abandonarla como quien deja una levita vieja, y dé con la punta del pie a las probabilidades que la suerte me depara de quedar en paz con los cerberos que ladran a mi bolsillo y de hacerme hombre juicioso y de provecho. La fatalidad me llama al matrimonio..." (p. 92). Sin embargo, sigue en su conquista de Adelina, y después de varias invitaciones infructuosas, logra que la joven le dé una cita. Interceptada la carta, Luisa conversa con Adelina y le presenta las dificultades y los peligros que la amenazan, y consigue que se haga sustituir por ella; de este modo, además, ambas mujeres pondrán a prueba el amor que Luciano ha jurado a las dos: "Si él ama a usted —dice Luisa a Adelina—, se verá obligado a decirlo y su compromiso será ya formal; si ese amor no es más que un capricho, se callará, y usted habrá salvado su honor" (p. 105). Informado también don José Dolores, por la violación de la correspondencia, de la cita de Luciano y Adelina, e ignorante de la sustitución que su novia había combinado con Luisa, se presentó acompañado del padre de Adelina en casa de Luciano. Grande fué su sorpresa al ver que la mujer que estaba allí era Luisa y no Adelina. En ese momento se produce una escena de violencia en la que Luciano muestra una entereza varonil que hace cambiar los sentimientos de Luisa.

"Ante la belleza del joven, realzada por el indómito valor que había manifestado en presencia de un adversario armado, desdeñando el uso de sus armas, el corazón de Luisa se rindió de nuevo al amor que, ultrajado, había querido vengarse, y en vez de los amargos reproches que un momento antes desbordaban de su pecho, no pudo más que proferir una súplica humilde al amante cuyo imperio reconoció entonces en todo su poder" (p. 114-15). Esto sella la paz entre ambos, y poco después Luisa y Luciano contraen matrimonio.

Algunos meses después Adelina y don José Dolores, que ya se han desposado también, hacen viaje a Santiago. Para describir las alternativas que asaltan el ánimo de Luciano, el autor hace a éste escribir varias cartas a su amigo Pedro, en las cuales se diseña el nuevo entusiasmo que concibe a la vista de la joven: "Y pienso en ella a todas horas, Pedro, porque un amor ilícito tiene dos fuerzas poderosas para excluir de la imaginación toda idea que salga de su dominio: la fuerza del amor y la del remordimiento" (p. 173). Adelina triunfa en los salones santiaguinos con su belleza, y Luisa comienza a comprender que su marido aleja sus pensamientos del hogar para fijarlos en otra mujer. Pronto Luciano tiene ocasión de conversar con Adelina, y ésta no opone una terminante negativa a sus requerimientos, porque —dice el autor— "en el alma de la niña luchaban su amor por Luciano y los santos preceptos de virtud que las escenas y consejos del hogar doméstico habían inculcado en su corazón" (p. 201). En una fiesta en que Luciano y Adelina logran estar juntos y a solas, él le entrega un billete para pedirle "una sola palabra" que le haga sentirse correspondido. El celoso José Dolores, que divisó la entrega del billete, en cuanto estuvo solo con Adelina en su casa, obtuvo de ella con violencia que le entregara el papel, y encontró las otras cartas que ella había recibido de Luciano. La escena produce en la joven una protesta airada, que se resuelve en terminante negativa para seguir viviendo con su marido, y entonces Adelina dirige a Luciano una carta en la cual le recuerda sus jura-

mentos de amor y le dice que está dispuesta a todo para salir de la situación. En este estado de ánimo, Luciano y Adelina deciden fugarse y emprenden viaje de noche a Valparaíso, con el fin de embarcarse en un barco que les lleve fuera de Chile. Informados de la fuga, don José Dolores y el padre de Adelina siguen a los dos enamorados y logran dar con ellos en Valparaíso, donde no habían podido embarcarse inmediatamente, como fuera su deseo.

Mientras tanto, ya en el viaje Luciano se da cuenta de que Adelina ha huído más para verse libre de su marido, que se le había hecho odioso por los celos, que por amor a él: "En vez de ver arrojarse en sus brazos a la mujer enamorada, que olvida el mundo entero por una hora de ilícita felicidad, se veía al lado de una niña arrepentida y llorosa que le presagiaba con su llanto la sombría aridez del porvenir" (p. 244). Sin embargo, Adelina persuade a Luciano de que deben seguir juntos ya que no les es posible separarse. Cuando él sale del hotel en que se hallan alojados para informarse respecto de los barcos que deben partir en fecha próxima, llegan José Dolores y el padre a presencia de la joven. La autoridad paterna hace que ésta obedezca, y Luciano encuentra solitaria, al volver, la habitación en que ha dejado a su amante. Movido por los juramentos que Adelina le ha hecho, Luciano sigue viaje a Santiago, asistido de la certidumbre de hallar a los viajeros en algún sitio intermedio, lo que ocurrió en Casablanca. Allí Luciano consigue hacer llegar a Adelina un billete en el cual la invita a huir de nuevo con él; pero la misiva es interceptada por José Dolores. Luciano entra en la habitación en que se halla éste en compañía de Adelina y de su padre, y tiene con ellos una explicación altiva: "—Yo he perdido a su hija —dice al padre de Adelina—, y soy causa de su desgracia. Hay faltas que ligan la suerte de dos personas como el compromiso más sagrado. Me creo, pues, en cierto modo responsable del destino de esta señorita, y me acusaría siempre de cobarde si la abandonase entre personas que, lejos de tener ternura, sólo han tenido para ella severidad y dureza" (p. 283). Cuando la

discusión va a degenerar en riña, Adelina pide a Luciano que abandone el cuarto.

Esta inesperada conclusión destruye todas las ilusiones que Luciano había edificado, y en una última carta a Pedro le dice: "Ya lo ves, Pedro, el drama de mi vida debe terminarse aquí. Amor, esperanzas, dicha, todo ha desaparecido de mi existencia y no me queda otro porvenir que el de un arrepentimiento tardío. Por pagar mis deudas pecuniarias he contraído otras mucho mayor con Dios y con mi pobre Luisa. Felizmente poseo un capital con qué cubrirlas. Este capital es mi vida, y he resuelto entregarla al Creador" (p. 287). Cuando Luisa, informada de lo que ha ocurrido, llega a Valparaíso dispuesta a perdonar a Luciano ("traía el perdón en su pecho y la esperanza de una vida de felicidad", p. 288), ya Luciano se ha quitado la vida arrojándose al mar.

2. *Problemas morales*

La lectura de esta breve novela se hace fácil, porque el autor ha logrado componer una intriga despejada, no inverosímil, y la desenvuelve con bastante pericia. La oposición de caracteres entre los burdos celos de José Dolores y el donjuanismo impenitente de Luciano, a quien una quimera de felicidad empuja a buscar el reposo, y que, sin embargo, cae víctima de sus propios arrebatos sentimentales, forma un rico contraste. Luciano se conoce bastante bien, y en sus cartas a Pedro, expediente a que recurre el autor con cierta insistencia, no se idealiza ni se justifica demasiado. Al luchar entre el deber que ha jurado a Luisa y el amor que renace en él por Adelina, exclama: "maldigo mil veces las perniciosas costumbres adquiridas en el ocio de la vida elegante, que, cuando era tiempo aún, me quitaron la fuerza de aceptar la pobreza y una vida laboriosa" (p. 204). Aunque el autor presenta al joven en el momento mismo en que se forja la intriga de la novela, sin ofrecernos datos de su vida anterior, el propio Luciano se encarga de contar algo de ésta: "Quiero buscar la

causa de mi mal en mis primeros años y la encuentro también. ¡Ah!, los padres que gastan el vigor de sus mejores años para legar a sus hijos una fortuna y no amor al trabajo, no piensan en que con esa herencia les dejan también abierta la senda de los vicios; no saben que el fruto de su afán y de sus nobles economías será más tarde el lujo con que engalanen su orgullo sus indolentes herederos; no calculan que haciendo felices hacen también ingratos y que el recuerdo de sus modestas virtudes lo ahogan en el pecho de sus hijos las voces de la vanidad satisfecha" (p. 205). Luciano es, pues, víctima de un determinismo moral en el que intervienen la molicie de la vida fastuosa y la vanidad satisfecha a que la fortuna y la belleza conducen a los jóvenes que tienen fáciles éxitos con las damas. Pero cuando la novela comienza, Luciano ya ha perdido su dinero y sólo deudas se acumulan ante su vista; como no quiere descender de la situación en que siempre se ha movido, no deja sus lujos ni acepta trabajar. Al enamorarse de Adelina, Luciano no está todavía demasiadamente comprometido con Luisa, y entre ambos sólo se han cambiado promesas sin consecuencias. Si deja a Luisa, que es rica, y se casa con Adelina, que no tiene fortuna, deberá trabajar para vivir. Entonces Luciano se rebela: "¡No, atrás la miseria, atrás los goces comprados a costa de la felicidad! El amor sin dinero es el más desgarrador de los poemas imaginables; mis nervios se contraen y se me oprime dolorosamente el pecho a la sola idea de lanzarme con Adelina en abismo tan obscuro" (p. 94). Casándose con Luisa, poco más tarde, hace, pues, un matrimonio de conveniencia del cual le viene a extraer la aparición de Adelina en Santiago.

Esta lucha íntima, esta incertidumbre de Luciano, a quien se ve ya amante rendido, ya frío calculador, consigue destruir la imagen del joven que el autor había comenzado dibujando agradable y simpática. En la segunda mitad de la novela ya el lector sabe que Luciano es un disipado vividor a cuyos movimientos sentimentales falta siempre la sinceridad que los justifique. Sólo se le ve sincero en dos momentos: cuando al encontrar de nuevo

a Adelina trata de seducirla, y cuando, habiendo fracasado todo, decide suicidarse. La solución es algo violenta, pero no inverosímil. Para el creyente, es monstruosa y consigue presentar a Luciano como un paradigma de vileza; para el no creyente, Luciano se dignifica con ella, puesto que en último término, persuadido por los hechos mismos de la inutilidad de su vida, no vacila en quitársela.

XI. La Venganza (1862)

La escena de esta frágil novelita, que no pudo ser observada directamente por el autor, está emplazada en la Lima virreinal, en 1763, y su fecha precisa es la de la fiesta de Corpus Christi. Don Alvaro Fernández, Marqués de Araya, ha perdido su fortuna en España, su tierra natal, y con unos diez mil duros que logra salvar del naufragio, fleta un barco con mercaderías y se traslada a Lima a tentar suerte. Allí encuentra a una mujer de gran belleza, Juana Mendoza, a la cual divisa el día del Corpus, y sigue en medio de la multitud que llena las calles. Fuera del incentivo de la hermosura de Juana, le acicatea la sensación de peligro que le dan los relatos de sus amigos. Estos le cuentan que un sino fatal parece custodiarla, porque dos galanes que la pretendieran habían desaparecido misteriosamente.

Don Alvaro desoye las advertencias, la aborda y se le presenta como un admirador rendido de su belleza. Juana quiere persuadirle de que hace mal al cortejarla, y como él no acepta cejar en su empeño, le lleva a su casa. Una vez que han comido juntos, hace que le acometan dos negros. La providencial intervención de don Martín Osorio, acompañado de Juan, criado del Marqués de Araya, libra a éste de una muerte segura. Juana es aprehendida junto con los servidores de su casa y sometida a proceso. Una vez presa, don Alvaro se presenta a verla, le declara nuevamente su amor y obtiene la confesión de su historia, que es como sigue.

Juana era hija de un pobre platero y había perdido a su

madre al nacer. Teniendo diecisiete años de edad conoció a un joven de veinte, Francisco, que la supo enamorar, la sedujo y la sacó de su casa. Poco a poco fué alejándose de ella, hasta el punto de saberse que iba a contraer matrimonio con otra niña, de posición social proporcionada a la del seductor. Cuando Juana estuvo segura de la efectividad de estas noticias, le atrajo a su casa y le dió muerte. A un mulato que pasaba por la calle, a quien hizo llamar y encargó que arrojara el cadáver al río, le empujó al agua junto con su macabra carga y le dejó ahogarse. Después de esta primera parte de su venganza, Juana regresó a la casa de su padre, a quien encontró moribundo. Tres días después el anciano moría, y entonces Juana se ratificó en su propósito de matar, en venganza de la seducción de Francisco, a cuanto hombre se le acercara y le dijese que la amaba.

El Tribunal del Santo Oficio la condenó a morir en la hoguera, y fueron inútiles todos los empeños y todas las diligencias que don Alvaro, realmente enamorado, formó para conseguir el indulto y para sustraerla a la pena capital.

Esta novelita apareció en *La Voz de Chile* en 1862, con el subtítulo de *Tradición Limeña,* y dedicada a don Federico Torrico, escritor peruano que al parecer había contado al autor el caso histórico en que se basa la leyenda. La descripción de la ciudad al día del Corpus es agradable, y lo es sobre todo el retrato de don Alvaro, a quien el autor presenta dotado de singular belleza física. Fuera de estos pormenores, nada en el relato llama especialmente la atención.

XII. MARILUAN *(1862)*

Al escribir *Mariluán* quiso el autor, aparentemente, estudiar las reacciones sentimentales del contacto de dos razas, la chilena y la araucana, no sólo en la vida de las ciudades de la frontera, antes de la pacificación definitiva de la Araucanía, sino sobre todo en el alma de un individuo que posee las dos sangres y ha conocido la civilización de los dominadores de su pueblo. Mariluán aparece como el vengador de las humillaciones del arauca-

no, especie de mestizo Alejo del siglo XIX, a quien los movimientos desordenados de la voluntad arrebatan el éxito y cuyas vacilaciones espirituales le llevan finalmente a la perdición.

Fermín Mariluán, hijo de cacique, recibe la educación de un chileno distinguido en el Liceo de Chile, y es alférez de caballería desde agosto de 1827, comandado en Los Angeles. En 1833 se enamora de Rosa Tudela, vecina de la misma ciudad, huérfana de padre y en cuya casa, a falta de aquél, preside su tío materno don Damián Ramillo, hombre avieso y de mal corazón. Este Ramillo, sin que Mariluán lo sepa, es uno de los principales causantes de la desgracia de los araucanos, a quienes despoja de tierras con engaño y malicia refinada. Mariano Tudela, por su parte, hermano de Rosa, quiere que ésta se case con don Claudio Retamo, hombre de fortuna, y cuando sabe que Mariluán visita su casa, le envía una carta en la cual le prohibe en lo sucesivo el acceso. En una fiesta de familia a que asisten ambos, Mariluán y Tudela se desafían a duelo. Para evitar el lance, que le perjudica, Damián Ramillo persuade a su hermana de que hable con el comandante del regimiento en que sirve Mariluán, a fin de que éste, arrestado, no pueda batirse. Así se hace, pero Fermín se fuga del cuartel para acudir a una cita que de antemano tenía concertada con varios caciques y mocetones amigos suyos, encabezados por su hermano Cayo, con el objeto de ponerse de acuerdo sobre un plan de ataque destinado a librar a los araucanos de la dominación chilena. Damián Ramillo, que había logrado sutilmente hacerse confidente de Fermín, denunció esta reunión, y fuerza de tropa rodeó a los araucanos en los momentos en que Fermín les instruía sobre sus proyectos. Pero Mariluán, que había estudiado táctica, dió órdenes para la defensa y para el ataque a sus compañeros, logró que éstos desbarataran a las tropas regulares y emprendió la fuga con los indios. En medio de la noche y cortando sendas que sólo los más conocedores podían frecuentar, se dirigió al *butalmapu* de su hermano Cayo, a preparar una resistencia más cabal, que le permitiera realizar la quimera de libertar a su raza.

Valiéndose de un ardid, pudo Fermín saber que Rosa Tudela estaba a punto de ser llevada a Concepción por su hermano, y decidió raptarla de su casa de Los Angeles para impedirlo. Durante el asalto a la casa, Rosa fué alejada por Peuquilén, acompañante de Fermín, que había concebido una pasión tan súbita como insensata por la joven amada de su patrón. Mariluán llegó a tiempo para arrebatarla a su nuevo raptor, y la hizo huir en su compañía. Fermín y Rosa emprendieron, aprovechando las sombras nocturnas, la marcha al campamento de Cayo, mientras, difundida la alarma, salían de Los Angeles fuerzas de ejército y vecinos armados para prenderles. Los dos grupos empeñaron una refriega de resultados indecisos, aunque las pérdidas de vida fuesen más abundantes entre las tropas de Mariluán que entre las del Gobierno. Mariluán apresó en este combate a Juan Valero, alférez, que hasta pocos días antes había sido su compañero de regimiento.

Ya en la reducción, deliberaron sobre lo que convenía hacer, y decidieron que los tres, es decir, Rosa, Mariluán y Valero, pedirían parlamento con las fuerzas regulares para proponer la paz a cambio del perdón. El jefe de las fuerzas aceptó parlamentar, dejando a salvo que Mariluán debía constituirse prisionero para responder a los cargos de deserción y demás de que se había hecho reo. Mariluán entre tanto daba oídos a Peuquilén, a pesar de la traición de que éste ya le había hecho víctima en el rapto de Rosa, y aceptó su plan de fuga. En la noche huyó del campamento en que estaba prisionero y se juntó a Peuquilén, que poco más allá le mataba de una puñalada en la espalda.

Llama la atención en esta novela, no de cortas dimensiones, el gran número de incidentes sangrientos, algunos sencillamente horripilantes, aglomerados en sus páginas. En el resumen que acabamos de hacer hemos omitido voluntariamente, para destacarlo y llamar la atención sobre él, el verdadero epílogo de *Mariluán*. Después de matar a éste, Peuquilén le corta la cabeza, la ensarta en una pica y la lleva a Los Angeles. Se le ha prometido una recompensa en dinero por ella y va a recla-

marla. Pero Cayo, el hermano de Mariluán, está allí, reducido a prisión en el cuartel, en rehenes por la paz que los araucanos han prometido al Gobierno, y al ver tal espectáculo, mata, también a puñaladas, a Peuquilén. Como si tantos horrores fueran pocos, el autor hace que Rosa divise, desde una ventana de su casa, la cabeza tronchada de su amante, lo que le provoca un ataque nervioso del cual no se repone todavía cuando, al fin de la novela, Valero da cuenta a un amigo suyo de tales hechos, en una carta, hasta el punto de que en ésta asevera que se teme por la vida de la joven.

Mariluán aparece como heraldo de la regeneración de la raza araucana, y pone su ilustración y sus conocimientos técnicos al servicio de la causa; pero le arrastra el amor, por lo cual se enreda en el plan que ha concebido, y pierde el tino. Decimos que ha concebido porque el autor así lo afirma, pero justo es también recordar que en las páginas de la novela no se indica suficientemente en qué forma va a proceder Mariluán. No basta decir que encabezará a los araucanos, comenzando por los más próximos a su hermano Cayo, y que con ellos reivindicará para su pueblo las tierras hasta la ribera del Bío-Bío: eso no es un plan sino una quimera. No podía ocultarse a Mariluán, hombre culto y conocedor del ejército, que éste poseía fuerzas suficientes para dominar, a sangre y fuego si era preciso, toda la frontera alzada en armas contra el Gobierno, y que al armamento de las tropas, a su disciplina y buena organización, el araucano no podía oponer otra cosa que su amor al suelo natal. Hay momentos en los cuales Mariluán aparece como un enajenado simpático: tal es la torpeza con que se le ve acudir al peligro, arrojarse de bruces en él, y combinar una nueva operación, más descabellada que las anteriores, para escapar a los errores que ha venido cometiendo. El autor no estudió suficientemente el personaje, no meditó bastante la intriga, cedió al deseo de acumular efectos trágicos y sangrientos para producir en el lector impresiones de horror, y tanto que no se divisa la razón de muchas de estas peripecias, que nada tienen que ver con el desembarazado curso

de la fábula. Es verdad que muchas de las intentonas semejantes a la de Mariluán que acometieron los araucanos en su lucha contra el invasor no son más cuerdas que ésta. Pero la verosimilitud del arte exige algo más que la verdad de la vida.

El episodio debe haber sido bordado por el autor sobre alguna de las múltiples incidencias en que fué abundantísima la guerra de la frontera en los años inmediatamente siguientes a la Independencia, cuando pretensos defensores del rey levantaron a los araucanos contra el Gobierno de Chile y bandidos de profesión o de ocasión sublevaron a las tribus y pasaron a cuchillo a los pueblos fronterizos. Libros como *La Guerra a Muerte*, de Vicuña Mackenna, y *Crónica de la Araucanía*, de Horacio Lara, están llenos de episodios en los cuales el novelista puede beber inspiración. El nombre mismo de Mariluán no es difícil de encontrar en el pueblo aborigen, y un cacique que lo llevó figura ajustando paces con el Gobierno (1).

XIII. MARTIN RIVAS *(1862)*

1. Los personajes principales

Antes de contar lo que sucede en *Martín Rivas,* conviene conocer a los personajes que en ella figuran. El protagonista, que da su nombre al libro, es hijo de don José Rivas, hombre obscuro a quien debe su fortuna don Dàmaso Encina. Este es casado con doña Engracia Núñez; sus hijos son Leonor y Agustín. Don Dá-

(1) Véase *Historia General de Chile,* por Diego Barros Arana, t. XIII, XIV y XV, y *Estadística Bibliográfica,* por Ramón Briseño, t. I, p. 333.

La paz de Mariluán también fué contada en detalle por Vicuña Mackenna en la obra referida en el texto, cap. XXV.

Al comenzar se ha dicho que Mariluán en la novela aparece como alumno del Liceo de Chile y graduado de alférez en 1827, lo que indica que había estudiado en ese establecimiento hasta esta fecha. No es inverosímil que se graduara de alférez en el Liceo, ya que él tenía un curso militar; es imposible en cambio que recibiera ese grado en 1827, puesto que el Liceo de Chile sólo se abrió al público en 1829. Véase al respecto el estudio sobre don José Joaquín de Mora, por Miguel Luis Amunátegui, cap. VI.

Para más detalles, *El Liceo de Chile.* 1828-1831. *Antecedentes para su historia,* Santiago, 1950, por Carlos Stuardo Ortiz.

maso tiene una hermana, doña Francisca, casada con don Fidel Elías, y ambos son los padres de Matilde, novia de Rafael San Luis; figuran también, episódicamente, dos tíos de éste, doña Clara y don Pedro San Luis. El joven Encina y Rivas visitan la casa de doña Bernarda Cordero de Molina, que con sus hijos Edelmira, Adelaida y Amador forman el cuadro del *medio pelo,* en el cual hay que contar también a Ricardo Castaños. Leonor Encina tiene varios pretendientes, de los cuales se identifican dos sobre todo: Emilio Mendoza y Clemente Valencia. En las tertulias de la casa de Encina suele figurar también don Simón Arenal. Fuera de ellos aparecen algunos criados, mucamas, cocheros y gente del pueblo, por lo común anónima. Al describir el autor la jornada del 20 de abril, mezcla a la narración algunos personajes históricos, como Urriola y Bilbao, pero no los trata en ninguna otra parte.

2. *La acción de la novela*

En julio de 1850 se presentaba en Santiago, en la casa de don Dámaso Encina, un joven a quien el vestuario poco brillante daba la apariencia de un pobre provinciano. "Era un joven de regular estatura y bien proporcionadas formas. Sus ojos negros, sin ser grandes, llamaban la atención por el aire de melancolía que comunicaban a su rostro. Eran dos ojos de mirar apagado y pensativo, sombreados por grandes ojeras que guardaban armonía con la palidez de las mejillas. Un pequeño bigote negro, que cubría el labio superior, y la línea un poco saliente del inferior, le daban el aspecto de la resolución, aspecto que contribuía a aumentar lo erguido de la cabeza, cubierta por una abundante cabellera color castaño, a juzgar por lo que se dejaba ver bajo el ala del sombrero. El conjunto de su persona tenía cierto aire de distinción que contrastaba con la pobreza del traje, y hacía ver que aquel joven, estando vestido con elegancia, podía pasar por un buen mozo, a los ojos de los que no hacen consistir únicamente la belleza física en lo rosado de la

tez y en la regularidad perfecta de las facciones" (1). Este joven, Martín Rivas, fué alojado por don Dámaso Encina en su casa, por recomendación de su difunto padre, don José Rivas, y matriculado para los estudios de leyes en el Instituto Nacional. Don Dámaso le confió, además, la atención de sus negocios en calidad de secretario o amanuense, y le ofreció un sueldo que Martín rehusa. En la primera entrevista que sostienen el señor Encina y el joven Rivas hay un diálogo que da a conocer de inmediato el carácter del segundo: "—¿Y cómo se ha venido usted de Copiapó?", pregunta Encina. "—Sobre la cubierta del vapor", contestó el joven como con orgullo" (2).

Don Dámaso Encina había conquistado en Santiago una feliz situación social por la abundancia de su fortuna, y en sus salones figuraban personajes importantes y jóvenes de buena posición. Su hijo Agustín, enviado poco antes a Europa, había vuelto elegante, afectado y sumamente inclinado a la vida ociosa; su hija Leonor, descrita por el autor como muy bella, se distinguía por su "serenidad y resolución", y habiendo heredado, según Agustín, el carácter que correspondía a éste como varón y primogénito (3), era quien realmente mandaba en la casa. La madre, doña Engracia Núñez, es mujer de escasa importancia en el relato, y el autor siempre la pinta con una perrita regalona, Diamela, en la falda o en los brazos.

Desde el principio se dibuja en la novela el contraste entre el joven provinciano, "de altivo carácter y concentrada imaginación" (4), y las demás personas de la familia Encina. En la misma noche de su llegada, Martín Rivas sale a recorrer la ciudad, y en la Plaza de Armas se le presentan vendedores de calzado que le ofrecen zapatos de charol para reemplazar los de becerro que él calza. Ofendido por las impertinencias de los vendedores, Rivas golpea a uno de ellos, y el tumulto que se

(1) *Martín Rivas*, t. I, p. 9-10. Cito de la edición de París que lleva fecha 1884.
(2) Ibíd., p. 13.
(3) Ibíd., t. II, p. 290.
(4) Ibíd., p. 24.

forma con este motivo le lleva a la Comisaría, donde debió pasar parte de la noche. Mientras tanto, en casa del señor Encina se forma una tertulia en la cual se hallan presentes los pretendientes de Leonor, Mendoza y Valencia, y Matilde, prima de Leonor, acompañada de sus padres. Matilde ha sido novia de Rafael San Luis hasta hace poco, pero una hablilla, a la cual se presta oído en su familia, les hace romper sus relaciones. Matilde, empero, sigue enamorada de Rafael y sufre al verse alejada de su cortejante.

Martín Rivas encuentra en sus clases del Instituto Nacional a Rafael San Luis, que goza de gran ascendiente entre sus compañeros, y ámbos se unen desde el principio con estrecha amistad. En clase, comentarios mortificantes hechos al joven provinciano arrancan a éste la siguiente respuesta: "No sufriré la arrogancia de nadie y responderé siempre en el tono que usen conmigo..., y ya que usted se ha dirigido a mí —añadió—, le advertiré que aquí sólo admito lecciones de mi profesor únicamente en lo que concierne al estudio" (5). Esta respuesta gallarda conquista a Rafael San Luis, que decide servir a Martín de guía en Santiago. Adivinando desde el primer momento la impresión que Leonor Encina ha hecho en su ánimo, le dice: "Lo peor que puede suceder a un joven pobre como usted, es el enamorarse de una niña rica" (6).

Abrumado por el dolor que le produce el rompimiento con Matilde, Rafael San Luis traba amistad con una familia de medio pelo, la de doña Bernarda Cordero de Molina, y seduce a la hija de ésta, Adelaida, en la cual engendra un hijo. Poco más tarde, Adelaida, que ha sabido ocultar la falta a su madre con ayuda de su hermano Amador, es cortejada por Agustín Encina, también asiduo visitante de la casa, donde se le atiende mucho porque se sabe que es rico y se deja ganar el dinero en los juegos de naipes. Cuando Martín llega a la casa de la familia Molina, Edelmira concibe por él un amor callado que la acompaña

(5) *Martín Rivas*, p. 78.
(6) Ibíd., p. 82.

hasta el final de la obra, y la lleva a sacrificarse varias veces por la felicidad de Martín. Amador fragua una combinación para hacer creer a Agustín Encina que ha contraído matrimonio con su hermana Adelaida y poder de este modo obtener dinero para sus caprichos. Tal como lo imagina lo hace, y una noche Adelaida recibe a Agustín en la cita que le ha dado, interrumpida sorpresivamente por Amador y su madre, quienes obligan al joven Encina a contraer matrimonio. Pero la combinación no es más que una farsa, porque el que casa no es cura, sino un sacristán amigo de Amador, y Agustín después de mil sobresaltos consigue verse libre de la amenaza. Quien le salva es Martín, que discurre buscar en todas las parroquias de Santiago el acta del matrimonio, y al no encontrarla deja desarmada la pretensión de doña Bernarda y sus hijos.

Leonor, empeñada en volver la felicidad a su prima Matilde, que sufre por verse distante de Rafael, obtiene que Martín Rivas intervenga para arreglarlos. Rafael ha sido alejado de la casa de Matilde al ser conocida la noticia de la ruina de su padre, producida por malos negocios de exportación a California. Su tío Pedro, por consejos de su hermana doña Clara, concibe el proyecto de confiarle el arriendo de uno de sus fundos, para lo cual el joven debe abandonar los estudios. Rafael consulta el punto con Martín Rivas, quien ve en esta coyuntura una manera de realizar el acercamiento de Matilde y su amigo. Don Fidel Elías, padre de Matilde, es hasta entonces el arrendatario de don Pedro San Luis, y tiene vivo interés en que se le renueve el contrato por otro período. Si se produce la reconciliación de Matilde y Rafael, éste puede ceder a su suegro el arriendo del fundo, y todos saldrán ganando. Con la intervención activa de Leonor y de Martín, ordenando la primera y el segundo obedeciendo, se obtiene de Rafael una carta a Matilde que persuade a ésta de que su antiguo enamorado la quiere como antes, y en un paseo por la Alameda se produce la reconciliación.

Desde la llegada a la casa del señor Encina, Martín se ha

sentido atraído hacia Leonor, cuya belleza sencilla y majestuosa le anonada, y considerando las diferencias de fortuna y de posición social que les alejan, se juzga el hombre más desgraciado. Leonor emplea con él un tono de voz lleno de superioridad, y suele dirigirle epigramas que rozan el orgullo del joven provinciano y le llevan a dar caracteres dolorosos a la esquivez de la muchacha. Pero ésta, contrariamente a lo que cree Martín, va poco a poco inclinándose de su lado, y al comparar la seriedad de Martín, su modestia, sencillez y rectitud, con la afectación de elegancia y la vaciedad íntima de sus pretendientes, comprende que el joven provinciano, que tan ridículo ha parecido en los primeros días, es un hombre estimable y digno de su amor. Las noticias que le llegan de la amistad que Martín sostiene con Edelmira Molina la llenan de zozobra, y por ellas dirige a Martín disimuladas amonestaciones. Cuando comprueba que Martín no siente ni sombra de amor por Edelmira, se regocija; pero luego, cediendo a su capricho, le aflige con alguna alusión que sume a Martín en la desesperación y en la duda. Un día Leonor se pregunta: "¿Estaré enamorada?" (7), y sin atreverse a responder, se da cuenta de que su interés por Martín es más fuerte que el que pudiera sentir por un hombre cualquiera y que en este mozo reconoce cualidades que no encuentra en sus demás amigos. "Halló cierta orgullosa satisfacción en la idea que en ese momento la ocurría, de desdeñar la admiración de todos para ocuparse de un joven pobre y oscuro, al que con su amor podía elevar hasta hacerle envidiar por los más elegantes y presuntuosos de aquella perfumada concurrencia" (8). Sin embargo, su espíritu, habituado a la lisonja de los salones, no se resiste a someter a Martín a pruebas dolorosas de amor propio: "He sido muy severa, se repetía; él ha sufrido, ¡pero no se ha humillado!" (9).

Entre tanto, doña Bernarda quería que su hija Edelmira

(7) *Martín Rivas*, p. 365.
(8) Ibíd., t. II, p. 33. Cito de la edición de París de 1924.
(9) Ibíd., p. 37.

aceptase como marido a Ricardo Castaños, oficial de policía, y la pobre joven, ilusionada con la esperanza de que Martín se diese cuenta alguna vez de su callado amor y respondiese a él, resistió tenazmente las tentativas de su madre. Por fin, desesperada, decide tomar una determinación heroica, y huye a casa de una tía que vive en Renca, la misma que en ocasión anterior ha servido para amparar el secreto de Adelaida, tomando a su cargo el hijo de ésta y de Rafael San Luis. Martín Rivas acompaña a Edelmira en la fuga y la deja en casa de su tía. El suceso, conocido en casa de Leonor, hasta donde llegan los parientes de Edelmira a informarse respecto de Martín, que sospechan ha acompañado a la niña en su fuga, determina el alejamiento del joven Rivas, que abandona la casa del señor Encina y se va a Copiapó a visitar a su familia, aprovechando el período de vacaciones.

Poco antes, doña Bernarda, enloquecida con la noticia de que Rafael va a casarse con Matilde Elías sin reparar la falta cometida con su hija, de la cual acaba de informarse, se presenta en la casa de don Fidel Elías, y en presencia de Matilde y de Rafael increpa a éste y le exige que se case con Adelaida. En vista de que sus primeras palabras no consiguen el objeto que ella espera, hace aparecer al hijo de Rafael, de que se ha hecho acompañar, y en medio de la consternación de todos, ocasiona la ruptura del noviazgo. Don Fidel, que confiaba ya en el matrimonio la salvación de su hacienda, se resiste, pero Matilde, herida en sus más caras ilusiones, no acepta transacción alguna. Rafael, conmovido por el incidente, arrepentido de verdad, abandona su casa y se retira a la Recolección Franciscana, a curar en el silencio y la soledad del claustro las lastimaduras que ha sufrido su amor propio. Al regresar Martín Rivas a Santiago en marzo de 1851, después de su estancia en Copiapó, encuentra que Rafael, nuevamente en el mundo y tan enamorado de Matilde como antes, trae en el espíritu una nueva preocupación. La Sociedad de la Igualdad ha venido haciendo una activa campaña política contra el Gobierno, y prepara para dentro de poco

un levantamiento revolucionario que confía le dará el poder. Rafael es uno de los secuaces de la Sociedad, y lleva hasta ella a Martín, que acepta las sugerencias de su amigo en vista de que su vida, sin el consuelo que con intermitencias solía darle Leonor, carece de alicientes.

Edelmira, en tanto, ha sabido que Martín perdió la confianza de la familia Encina por haberla acompañado a su fuga, y quiere reparar el daño que inconscientemente le ha hecho. "—¿No le decía yo? Martín ha perdido por mí su felicidad, pero yo haré cuanto pueda para volvérsela: así tal vez logre pagarle su generosidad" (10). Como lo dice lo hace, y trasladándose a casa de Leonor, informa a ésta detenidamente sobre todo lo que le interesa saber. Como Leonor duda todavía, Edelmira le muestra las cartas de Martín que ella conserva, en las cuales no hay una palabra de amor, y en cambio, alusiones transparentes a su respetuoso cariño por Leonor Encina. En la noche del 19 de abril, a pocas horas del estallido revolucionario que se ha preparado, Martín decide enviar a Leonor una carta que comienza diciendo: "Cuando usted reciba esta carta, tal vez habré dejado de existir o me encuentre en gravísimo peligro de ello: sólo con esta convicción me atrevo a dirigírsela. ¿Es un secreto para usted el amor que me ha inspirado?" (11). Y en otra parte le dice: "Usted ha sido mi primero y único amor en la vida", confesión a que se atreve sólo, repite, en vista del paso que va a dar y de la casi certidumbre de que en él perderá la vida.

En los capítulos LVII y LVIII narra el autor la jornada del 20 de abril, en la cual perdieron la vida el coronel Urriola y muchos complotados de la Sociedad de la Igualdad, con quienes mezcla a Rafael San Luis y a Martín Rivas, los hijos de su fantasía de novelista. En la refriega, Rafael cae herido y muere en los brazos de su amigo Martín, que al propio tiempo ha sido rasguñado en un brazo. Leonor ha leído en la madrugada la carta de Martín, y, ante la declaración, se rompe el hielo de su so-

(10) *Martín Rivas,* p. 223.
(11) Ibíd., p. 245.

berbia y se confiesa hallarse enamorada hasta lo sublime. Llena de angustia, sigue desde su casa los ruidos que anuncian las alternativas del combate, y, cuando ya se van silenciando los disparos, ve llegar hasta la puerta a Martín Rivas, que corre como huyendo. Le abre y lo introduce a su cuarto, donde hace una curación al rasguño del mozo, mientras ambos hablan del más importante negocio de sus vidas. "—¡Qué importa su posición si yo le amo!", exclama Leonor, y Martín recuerda sus humillaciones y sus dudas: "—Usted olvida ahora —dijo sonriéndose el joven— que tiene a veces miradas que helarían la sangre del más atrevido, y que no ha dejado de emplearlas muchas veces conmigo" (12). Cuando Martín Rivas pretende huir de las pesquisas que se han introducido hasta la casa del señor Encina, para perseguirle, es detenido por los centinelas que custodian la puerta, y reducido a prisión, no sin que haga una resistencia que se quebranta sólo por mandato de Leonor.

Lo que resta tiene ya poco interés, si se considera que Martín salva la vida; pero, para conseguir este resultado, es preciso obtener de Edelmira un nuevo sacrificio en favor de su ídolo. Edelmira intercede con Ricardo Castaños, llegando, inclusive, a prometerle casarse con él, a fin de que haga huir a Martín, que ha sido condenado a muerte. Para proteger mejor la fuga, Martín se dirige al Perú, mientras en Santiago se gestiona un indulto que le permita volver a Chile, lo que hace en octubre de 1851. De la solución de todos los incidentes que han quedado en suspenso, y de su propio matrimonio, informa una carta de Martín a su hermana Mercedes, con la cual finaliza la novela.

3. *Valor y concepto de* MARTIN RIVAS

El más cumplido comentario que se conoce de esta novela es el que tituló don Alberto Edwards, su autor, *Una Excursión por Santiago Antiguo.* Cuando el autor lo escribió, en 1916, estaban de moda las resurrecciones del viejo ambiente chileno,

(12) *Martín Rivas,* p. 278 y 279.

que conservaba algunos restos del coloniaje, postrera despedida que le daba una juventud sentimental. La posada de Santo Domingo, que figura en la novela porque en ella dejó al llegar a Santiago sus maletas el joven Martín Rivas, existía entonces, y en el artículo del señor Edwards aparece una bella fotografía de ese monumento derribado en 1934. El trabajo del señor Edwards no es propiamente un artículo crítico, aunque contiene abundantes materiales para ser tomado como tal, y fuera de contener un puntual resumen de la novela, se extiende hasta ser —como dice el propio subtítulo del trabajo— un estudio sobre "la sociedad chilena en 1850".

Martín Rivas —dice Edwards— es un joven perfecto o casi perfecto. La moderna literatura realista no consiente tipos así. Hoy día es preciso que al leer un libro experimentemos sensaciones análogas a las del que anda por la calle, trata de un negocio o se encuentra preocupado por hondos problemas. No sé cuándo quiere esta gente que pasemos un buen rato.

Podría observarse que el autor en otras obras —y sin ir más lejos en *La Aritmética en el Amor,* poco anterior a *Martín Rivas*— trata de mostrar seres menos perfectos, en quienes se dan cita las debilidades del alma humana. Blest Gana hace en este libro algunas alusiones a la realidad política, y, al ocuparse en el motín del 20 de abril de 1851, diseña ligeramente la situación de los partidos. No se muestra inclinado a ninguno con declaraciones propias, pero los personajes se le aparecen deformados por los afectos del partidario.

Dicen que don Alberto Blest —agrega Edwards—, al describir estos últimos personajes, tomó sus modelos de la vida real, y he oído que el de la madre de Matilde fué nuestra ilustre poetisa doña Mercedes Marín, y el de don Fidel, su esposo, don José María Solar. Todavía no se han olvidado en Santiago los mil cuentos que corrían por aquellos años sobre el divertido contraste que hacía aquel buen señor, nada ilustrado, con su esposa literata.

También me han asegurado que don Manuel Recabarren sirvió de original a Martín Rivas. Me permito dudarlo, y me parece que el distinguido político radical se parecía muchísimo más a Rafael San Luis.

Estamos haciendo historia, podemos ser algo indiscretos y recordar que don Manuel Recabarren casó con la que es hoy su viuda, la venerable matrona doña Carolina Solar, hija de don José María Solar y de doña Mercedes Marín.

Al comentar la chilenidad de la novela, el crítico dice:

Aquellas familias son chilenas, como lo era la arquitectura de las casas, el lenguaje y las ideas de las gentes, la estructura de la sociedad, el sistema de gobierno, los hombres y las cosas... Y el alma al par que se recrea contemplando ese cuadro tan consecuente en todas sus partes, tan clásicamente armonioso, siente "voces de dolor, al contemplar tan confuso lo presente".

La indolencia, la ignorancia y hasta la mugre del coloniaje, codeándose con los modernos vicios de París; las ideas y las costumbres de todo lo descubierto de la tierra; falta de rumbos y de fijeza en las aspiraciones de cada cual, e indecisión acerca del sitio que debe ocuparse en el mundo. Hay todavía caballeros y señoras chilenas, pero suelen olvidarse de ese título que debía enorgullecerlos cuando van a Europa, y se convierten allá en "internacionales".

El romanticismo de la época que nos describe Blest Gana consiste, precisamente, en que no tiene nada de ese internacionalismo. Aún en Agustín Encina, a pesar de sus donosos galicismos, descubrimos al criollo, al hijo de América inocente, al chileno que no ha dejado de serlo, a pesar de la fascinación que París ha producido en su ánimo.

Sobre el habla de los personajes dice:

El lenguaje de los personajes de Blest Gana es notablemente propio. Nuestro genial novelista no prodiga los barbarismos, y, sin embargo, sabe caracterizar a sus personajes en forma que se les creería de carne y hueso.

Muchos años después, en *Martín Rivas* se ha querido ver un propósito de crítica social, que acaso no pasó por la mente del autor, y no es muy verosímil. Obsérvense algunos detalles. El protagonista, Martín Rivas, viene de la provincia y es hijo de un hombre modesto que ha puesto en la carrera profesional de su hijo la certidumbre del futuro encumbramiento de la familia, al cual él no pudo atender por malos negocios. El hogar que acoge a Martín Rivas corresponde al de un hombre rico, que aspira a la figuración política, porque le queda holganza

suficiente para ello. El joven advenedizo se enamora de la hija de don Dámaso Encina, y, cohibido por la distancia que cree que le separa de ella, guarda silencio hasta el día mismo en que se siente llamado a sacrificar la existencia por una idea política, la lucha de la Sociedad de la Igualdad, es decir, de la juventud idealista, contra el consenso formado por don Diego Portales de que el pueblo chileno debe ser regido con rigor, aunque sin violencia, mientras se hace apto para gobernarse por sí mismo. En tales circunstancias, la presencia de Martín Rivas mostraría el nacimiento de una "clase media", a la cual habrá de corresponder el privilegio de gobernar una vez que, por cansancio propio o por cualquier otro motivo, deje de hacerlo la aristocracia tradicional simbolizada en don Dámaso Encina. El autor, sin embargo, no fué siempre igualmente fiel a esta manera de entender el problema.

El, desde luego, no se plantea nunca en la novela cuestión alguna de carácter político que tenga nada que ver con la posición que en casa de don Dámaso ocupa su protagonista; y la razón parece obvia. En el período en que Blest Gana trazaba su obra, la incorporación de los elementos aptos para el Gobierno en la clase gobernante, vinieran ellos de cualquiera parte, no había sido un problema, ni motivo de luchas o complejidades de especie alguna. Bastaba con que el individuo mostrara aptitudes reales (capacidad de estudio, probidad, rectitud de conducta, etc.), para que las más altas clases le llamaran a su seno y le confiaran cualquier clase de representación, sin averiguar más. Es el caso de don Antonio Varas, que durante unos cuantos lustros ejerce poderosa influencia en la vida política de Chile, a pesar de que procedía de hogar modesto y había debido ilustrar su nombre con sus propios actos. Nada de esto aparece en la obra de Blest Gana. Si se quiere, puede considerarse a Martín Rivas como héroe de gesta semejante a la que tuvo a Varas como protagonista; pero en el período en que el novelista le pinta, la lucha no se ha planteado en los términos que indicamos. Lo que sí resulta visible es la oposición entre el orgullo, a veces ciego,

de la familia Encina, orgullo nacido de la situación social y de la fortuna, y el tesón que Martín Rivas pone en su trabajo. Al comenzar la novela, el joven provinciano no tiene otro defensor que don Dámaso, que, agradecido a los favores de su padre, quiere pagar en el hijo esos servicios que le permitieron atesorar doblones. Pero Martín Rivas va poco a poco conquistando las voluntades de quienes le rodean, y, a unos por la inteligencia, a otros por la astucia, a los de más allá por el tesón, a todos les doblega, porque es sin duda más probo y más inteligente que ellos. Las diferencias de clase social obran también en la novela poderosamente. Leonor Encina siente al principio una molestia viva, siempre renovada, al ver junto a ella a este mozo poco elegante, que carece de maneras refinadas y que no emplea el lenguaje sutil y artificioso de los salones santiaguinos; se jura entonces no ocuparse más de él, y cuando debe, por la fuerza de las cosas, notar una vez más su existencia, un mohín de disgusto crispa su rostro. Martín Rivas, mientras tanto, sigue triunfando, porque le asiste la superioridad del talento y de la virtud.

Lo demás ya lo conocemos: Martín Rivas suple la inteligencia, bastante mediocre, de Agustín Encina, y llega a ser indispensable en el hogar de su protector, y, por si esto fuera poco, Leonor concibe por él un amor tan profundo cuanto más tenazmente fuera resistido. De allí a la incorporación de Martín en un medio social superior al suyo no hay más que un paso, que el autor deja librado a la imaginación de los lectores, porque su novela no llega más allá.

4. *Martín Rivas y Julián Sorel*

Nunca, que sepamos, ha sido comparada esta novela chilena con una obra similar escrita en Francia, y a la cual la historia literaria ha concedido una acogida extraordinariamente feliz. Nos referimos a *Rojo y Negro,* aquella novela que en 1831 diera a luz por primera vez Henri Beyle, bajo el seudónimo, hoy famoso, de Stendhal. Tal vez la grandeza de esta novela, que

para muchos entendidos es de las más perfectas que ha producido el mundo moderno, haya cohibido a nuestros críticos. ¿Qué semejanzas puede haber entre obra de tantos quilates y una novela como *Martín Rivas*, de tema local y que no puede ser relacionada sino con la sociedad chilena? Sin embargo, hay parecido, como se verá en seguida, hasta el punto de que podría asegurarse que si Blest Gana no hubiese leído *Rojo y Negro*, o no habría escrito *Martín Rivas*, o le habría dado movimiento y desarrollo muy diferentes.

Suponemos que el lector conoce lo que ocurre en *Rojo y Negro*, y por eso no vamos a contarlo de nuevo. No estará de más hacer notar, empero, que Julián Sorel, el protagonista de Stendhal, es, como Martín Rivas, un hijo de la provincia, que, después de haber ensayado sus fuerzas en un amorío provinciano con la mujer de quien le hace preceptor de sus hijos, llega a París empeñado a dar vuelos más amplios y con el ánimo de conquistar el mundo a fuerza de audacia. Hasta aquí estamos muy lejos de nuestro Martín Rivas, aunque éste sea también provinciano; en París, Julián Sorel entra, como preceptor y como secretario del jefe de la familia, en casa del Marqués de la Mole, de quien en corto tiempo pasa a ser auxiliar indispensable. La hija del marqués, Matilde, reacciona ante el advenedizo en forma muy parecida a la de Leonor en presencia de Martín. Finalmente, Julián Sorel y Matilde llegan a ser amantes, y ella, al final de la obra, debe confesarse madre de un hijo engendrado por el modesto preceptor. Nótese la mayor audacia del novelista francés, que no teme hacer a su héroe seductor de la joven aristócrata, en tanto que nada semejante pasa con el héroe chileno en la novela de Blest Gana.

Ahora bien, ¿dónde están las semejanzas sustanciales, la influencia literal que puede señalarse? Están desde luego en algunos detalles relativos a la situación subordinada que tanto Julián Sorel como Martín Rivas ocupan en las casas de sus protectores; en los sentimientos que ligan a unos y a otros; están, finalmente, en la convicción, compartida por ambos jóvenes, de

que sus prendas propias habrán de conquistarles un lugar especial en ese mundo, superior a ellos, a que el azar les hace asomarse. Pero, sobre todo, se hallan en el cambio sentimental que las dos muchachas enamoradas, Matilde de la Mole y Leonor Encina, muestran a los ojos del lector. Ambas comienzan con la indiferencia, ambas tienen mucho que reprochar a sus galanes: tosquedad, falta de maneras, ingenio escaso; pero las dos llegan a confesarse, al fin, que aman, y que su pasión es tan poderosa, que puede llevarlas a arrostrar el juicio de la sociedad. Matilde de la Mole lo arrostra; Leonor Encina declara hallarse dispuesta a ello si su preferido se lo pide (13). Más todavía: llega un momento en el cual las dos muchachas deben decirse que sus galanes, Julián Sorel y Martín Rivas, valen más que los otros que las rondan, y que quieren hacerlas sus mujeres por vanidad, o por aburrimiento, o por leve y superficial simpatía de salón. Debe anotarse, para ser justos, que Stendhal hace a su heroína mucho más audaz que Blest Gana a la suya; Matilde de la Mole toma la iniciativa al confesar su pasión a Julián; Leonor Encina no hace otro tanto sino cuando Martín ya le ha confesado, por escrito, que la ama.

Finalmente, y desde el punto de vista literal, hay en ambas novelas cierto número de pequeñas sentencias parecidas, que muestran las reacciones de los personajes, y, especialmente de Martín Rivas y de Leonor Encina, con viveza y espontaneidad que no eran habituales en la novela chilena de 1860. En esta materia, Blest Gana ha seguido notoriamente a Stendhal, cuya lectura hizo en Francia durante su primer viaje. Ya indicar algún punto de contacto entre ambos puede parecer antojadizo, puesto que Stendhal pasó casi inadvertido en su tiempo, y sólo en nuestro siglo ha venido a ocupar un sitio de predilección entre los novelistas modernos. Las observaciones que anteceden no tienen otro objeto que mostrar la forma en que nuestro novelista pudo adaptar un tema mucho más audaz que el suyo, y

(13) *Martín Rivas,* t. II, p. 278, 280.

la aplicación de problemas morales que bajo la pluma de Stendhal habían sido resueltos de otro modo (14).

5. *Juicios que ha motivado la novela*

La publicación de *Martín Rivas* al año siguiente de *La Aritmética en el Amor* permitió a los críticos hacer comparaciones entre ambas novelas, para concluir pronunciándose en favor de la primera por su mayor verosimilitud, la gracia innegable de sus escenas de costumbres y la mayor precisión en los retratos de sus personajes. Tales fueron, entre otras, las ideas dominantes en un artículo de Daniel Barros Grez, que vió la luz en *La Voz de Chile* el 9 de agosto de 1862. El crítico dijo que "las sabrosas escenas del *Martín Rivas* se encuentran como impregnadas de cierto sabor filosófico, que hace de la obra un libro de aprendizaje social", y volviendo hacia el alcance moral de la obra, mostró cómo "con una buena comportación puede el hombre de la más humilde condición social llegar a adquirir una buena posición entre sus semejantes". Veía además Barros Grez en *Martín Rivas* una prueba de lo plausible que era tomar "asuntos y tipos nacionales" para la composición de la novela, y cómo en este mérito de la obra de Blest Gana debían encontrar los demás escritores chilenos un estímulo y un ejemplo.

El juicio de don Diego Barros Arana es más completo y acabado como obra de crítica literaria, y debe ser puesto en el número de los mejores artículos que a medida de la publicación de las obras de Blest iban dando cuenta al público de los progresos del novelista. El crítico señala en *Martín Rivas* los dos planos sociales que el autor ha pintado en su obra:

Los personajes de *Martín Rivas* pertenecen a dos esferas distintas, por no decir opuestas de nuestra sociedad. En una parte está la aristocracia con sus salones dorados, sus coches lujosos, su orgullo y su pre-

(14) En *Los Viudos,* artículo de costumbres publicado en *El Independiente,* 19 de marzo de 1864, Blest Gana cita a Stendhal en su obra *Del Amor*. No es inverosímil suponer que conociera también *Rojo y Negro,* publicado en 1831.

tendido refinamiento. Al otro lado del cuadro está colocada esa sociedad que llamamos *medio pelo,* con su grosera franqueza, sus aspiraciones a igualarse a la aristocracia, su desaliñado lenguaje, sus animadas fiestas y sus pasiones tan violentas como las de los señores, pero más toscas o, por mejor decir, menos disimuladas. El punto de unión de estos dos extremos son los caballeros, los hijos de familias elevadas, que van a buscar en una clase inferior diversiones más agitadas, cuando no la seducción y el engaño de alguna infeliz muchacha.

Este lenguaje claro y terminante no lo habla un miembro del medio pelo, o clase media como se ha dicho más tarde, sino un aristócrata, al cual el estudio intelectual y las aficiones a la historia han concedido ya una especie de elevada imparcialidad, que le permite criticar a unos y a otros. Luego Barros Arana examina la acción de la novela, y en ella individualiza a aquellas figuras que en globo ha clasificado en lo que hemos transcrito. Volviendo a las observaciones generales, elogia en Blest Gana el estilo:

El carácter distintivo del estilo de ésta y de las otras novelas del señor Blest Gana es la sobriedad. No busca en las imágenes, ni en el brillo de las formas literarias, la manera de sorprender y de cautivar al lector. Si de ordinario esta sencillez es el mejor mérito del novelista, hay páginas en que el asunto exige mayor animación y fuego en el colorido y en el movimiento de la escena. En las obras de imaginación, el lector pide con derecho lo que sólo por gracia suele conceder el historiador. Por otra parte, cuando la novela cuenta hechos históricos, en que intervienen personajes imaginarios, es más fácil despertar el interés con incidentes de invención, conservando siempre la esencia de la verdad en el hecho y aún en su colorido.

Comparando el motín ocurrido en Edimburgo en 1736, y que se narra en *La Cárcel de Edimburgo* de Walter Scott, con el aprovechamiento que de un hecho semejante, el 20 de abril de 1851, hizo Blest Gana, el crítico termina por anotar que este suceso chileno pudo haber sido mejor expuesto por el autor de *Martín Rivas.* Pero, en suma, la novela le agrada, y hasta

le parece excelente, ya que concluye hablando del "mérito relevante de esa preciosa novela" (15).

Más tarde han sido muchos los trabajos de índole parecida que se han propuesto elogiar la obra de Blest Gana que mayor celebridad ha dado a su autor. Ya hemos visto oportunamente lo que dijo don Alberto Edwards, al evocar, al través de las escenas novelescas de Blest Gana, la sociedad santiaguina de 1850, que él, por su parte, había estudiado hasta sus más menudos detalles, como se echa de ver por su historia de la Administración Montt. Don Domingo Amunátegui Solar sintetizó sus observaciones en las siguientes frases:

> En verdad, esta obra constituía una elocuente prueba de que el autor había llegado a tener completo dominio de su pluma y conocimiento exactísimo de la sociedad en que había nacido.
>
> Los personajes que presentaba, pertenecieran o no a las clases aristocráticas, encarnaban de una manera admirable las diversas modalidades características de los vecinos de nuestra capital.
>
> En cuanto a los cuadros de costumbres, con ser chilenos, al igual de los exhibidos en anteriores obras, se enlazaban tan naturalmente con la acción de la novela, que no aparecían en ningún caso sobrepuestos con el único fin de causar impresión. Hechos y personajes guardaban armonía; y habría sido imposible concebir a los unos sin los otros.
>
> Con algunas reservas, *Martín Rivas* puede considerarse como un documento histórico sobre el estado de nuestra sociedad hace setenta años (16).

XIV. El Ideal de un Calavera *(1863)*

1. *Acción y personajes*

El Ideal de un Calavera, como cuadro social más completo que *Martín Rivas,* es una de las últimas obras del primer período de la producción de Blest Gana, y con justicia puede ser puesta entre las más perfectas del autor. Muy extensa, está dividida en

(15) Este artículo, publicado con tres asteriscos como firma en el número 18 de *El Correo del Domingo,* figura con las iniciales de don Diego Barros Arana en el índice de la misma publicación. Reproducido más tarde en muchos sitios.

(16) *Bosquejo Histórico,* p. 528-9.

cuatro partes, a las cuales presta unidad el carácter del protagonista, Abelardo Manríquez, que termina su vida, breve y llena de simpáticos y tumultuosos incidentes, en el motín de Quillota, por la participación en el cual es fusilado.

Abelardo Manríquez, "hijo único y por consiguiente mimado" (1), pertenecía a la clase media decente, con cortos medios de fortuna. En una temporada de campo conoce a una muchacha, Inés Arboleda, hija de familia rica que posee un fundo vecino al reducido campo de que los Manríquez obtienen lo preciso para vivir. Desde el primer momento, Abelardo quiere imponer a Inés su amor tempestuoso, que se ha desarrollado en él con violencia y denuedo, sus caracteres dominantes. En un rodeo, para poner en vergüenza a Juan Miguel Sendero, que aparece como cortejante oficial de la joven, Abelardo imprime a su cabalgadura tan excesivo esfuerzo, que el animal muere súbitamente y arroja a su jinete a tierra. Insensible y como muerto, es llevado a las casas del Trébol, fundo de los Arboledas, y alojado allí hasta su curación. Pero las contusiones que ha sufrido el joven son de poca importancia, y luego vuelve en sí. Decide entonces aprovechar inmediatamente la fortuna que le depara la casualidad de hallarse cobijado por el mismo techo que protege a Inés, e inicia con ésta una correspondencia en la cual Abelardo ataca sin vacilaciones a la muchacha, hablándole de su amor. El joven pone a contribución de su propósito a una *meica,* Ña Margarita, llamada para cuidarle; la amedrenta y la convierte en portadora de sus misivas, y finalmente hace que le franquee paso hasta la habitación en la cual duerme Inés. Cuando penetra allí, dice a Inés que desea conversar con ella: espera persuadirla de la justicia de su causa y llegar más lejos, si es necesario, para asegurarse el triunfo. Pero el padre de la joven, que ha oído rumores, se levanta, golpea en la puerta, y Abelardo se ve obligado a ocultarse. En esta forma termina la primera parte de este libro.

(1) *El Ideal de un Calavera,* t. I, p. 16. Cito de la edición francesa de 1908.

En la segunda, titulada *Los Calaveras,* aparece Abelardo en Santiago como componente de un grupo de calaveras en el cual figuran además Timoleón Francisco Miraflores, un *siútico* de buena familia, vividor e impenitente amigo de la alegría y del bullicio; Felipe Solama (2), abogado sin pleitos, hombre generoso, enamorado de las palabras, y don Lino Alcunza, viejo verde, horro de escrúpulos y cargado de dinero. Los cuatro visitan la casa de don Raimundo Basquiñuelas, padre de tres muchachas hermosas y sentimentales. La mayor de ellas, Primitiva, es casada y se ha visto obligada a dejar la casa de su marido por algunas imputaciones sobre su honor que no ha sido capaz de desmentir, y las dos menores, Candelaria y Martina, son solteras. Abelardo decide enamorar a Candelaria, mientras Miraflores aparece enredado con Primitiva, y Solama dirige algunas atenciones, nada comprometedoras, a Martina; don Lino Alcunza, en tanto, que intenta seducir a Candelaria, pone en juego todo su ingenio para separarla de Abelardo.

En esta segunda parte el autor despliega a los ojos del lector un vasto cuadro de diversiones de medio pelo, en las cuales las costumbres de la época aparecen retratadas de mano maestra. Hay aquí escenas verdaderamente cómicas en las que las mejores sales de lo ridículo las ponen don Lino Alcunza y don Cayetano (tío de las chicas Basquiñuelas), por sus aficiones de viejos verdes, y Felipe Solama con su lenguaje engolado y caprichoso de hombre sabido y aficionado a graves sentencias, que prodiga con incomparable gracia.

Abelardo Manríquez expone a Candelaria su programa de amor:

Por ejemplo, suponga usted que fuese cierto lo que hace un momento la decía: que yo me enamorase de usted. No se asuste: es una suposición:

(2) Para componer la imagen de Solama, el autor tuvo presente a su amigo don Benicio Alamos González, de cuyo apellido es anagrama el de su personaje. El señor Alamos González conocía esta circunstancia. (Datos de don Guillermo Pérez de Arce al autor.) Tampoco la ignoraba don José Victorino Lastarria, como puede verse en la carta que dirigió al autor al publicarse la novela.

pues bien, desearía que usted me correspondiese al instante, y se lo diría sin reticencia; pero que me correspondiese con un amor sin reflexión ni resistencias, sin hostigosos temores ni dolorosos arrepentimientos: en una palabra, que me siguiese usted a donde yo ordenase, y que me siguiese alegre, resuelta, cariñosa, respirando para mí sólo. ¿Qué le parece? (3)

A Candelaria, muchacha inexperta y sentimental, llena de deseos de amar y ser amada, el programa le parece excelente. En su descargo debemos anotar que el mozo poseía apuesta figura y lindos ojos y que en sus acciones todas revelaba fuerte voluntad. Después de lo ocurrido en la primera parte, además, había sentado plaza, y en la segunda se muestra vestido del uniforme militar que realza su belleza física y contribuye a darle, ante los ojos femeninos, prestigio de galán irresistible. Una noche los jóvenes consiguen que las muchachas Basquiñuelas les permitan entrada a la casa con el objeto de tener en ella una cena a hurtadillas del padre, que dormía en su habitación ajeno a todo. Desgraciadamente don Raimundo despertó a deshora, y guiado por los rumores que sentía pudo descubrir a los tres jóvenes y a su amigo el viejo Alcunza en compañía de sus hijas. Todos huyeron hacia la calle, después de mil graciosas peripecias, excepto Abelardo, que se encaminó hacia las habitaciones de las jóvenes y con ellas tuvo una conversación. Cuando llegó el momento en que él también debía irse, Candelaria se ofreció para indicarle el camino que debía seguir al dejar la casa no por la puerta, que había sido atrancada por don Raimundo, sino por el huerto interior, saltando la tapia. En el momento de separarse, Abelardo propuso a la joven huir con él. La muchacha comparó el panorama de amor que le ofrecía el oficial, cada vez más seductor a sus ojos, con la sumisión estrecha y sin horizontes que debía soportar en casa de su padre, y aceptó irse con Abelardo. Con esta escena termina la segunda parte.

La tercera se llama *El Ideal*, y en ella se describen los acontecimientos a que dió lugar la persecución de don Lino a Candelaria. Esta vive con Abelardo, que la ha llevado a una casa cuya

(3) *El Ideal de un Calavera*, t. I, p. 195.

dirección se mantiene en secreto, y la hace feliz el sentirse querida por su impetuoso señor. Mas Abelardo, un día que se encuentra de guardia en el Palacio de La Moneda, ve entrar a Inés Arboleda, ya casada con Sendero, que en compañía de una de sus hermanas fué a visitar a la señora del Presidente. Desde ese momento el viejo amor que había sentido por Inés renació en él con nuevos bríos: había sido su primera pasión, y al verla despreciada, se entregó a la vida de calavera que le hemos visto hacer en la segunda parte. Un día se confía a su amigo Felipe y le cuenta la conclusión del extraordinario lance que dejó interrumpida la primera parte. En aquella escena, Abelardo se dió cuenta de que Inés era mujer coqueta, y además calculadora, porque sin atreverse a decir que quería a Sendero, le declaró que se casaría con él.

—Pero dígame, la pregunté con ansiedad. ¿Ama usted a Juan Miguel?
—No.
—¿Me ama usted a mí?
—En mi situación no debo contestar a esa pregunta (4).

Cuando el señor Arboleda entra en la pieza de su hija y en ella encuentra a Abelardo, le interpela, y el mozo le dice:

—Le diré la verdad. . .: estoy enamorado de su hija y como sé que piensan casarla con otro, vine a robármela (5).

De esta escena, en la cual Abelardo tuvo que declararse vencido, porque Inés le pidió en presencia de su padre que se alejara, sacó un intenso desaliento, desengaño que pretendió ahogar con la vida ruidosa de fáciles placeres y de aventuras puramente carnales. Pero también se propuso buscar en el mundo una mujer que quisiese seguirle sin pensar nunca en el mañana, sin pedirle que la elevase a la condición de mujer legítima y que con esta conducta se mostrara realmente enamorada de él. Creyó

(4) *El Ideal de un Calavera*, t. II, p. 42.
(5) Obra citada, t. II, p. 45.

algún tiempo que Candelaria era esa mujer, porque aceptó dejar la casa de su padre para ser su querida; pero luego la muchacha le habló de matrimonio, y entonces Abelardo se sintió enfriado para con ella. Coincide esto con el fortuito encuentro con Inés Arboleda de Sendero.

Por medio de las relaciones de Miraflores, Abelardo consiguió ser invitado a un baile al cual iba a concurrir Inés, y allí pudo dirigirle algunas palabras. Mientras tanto, don Lino había logrado dar con la casa en que Abelardo guardaba a Candelaria y fraguó un plan para apoderarse, con violencia y engaño, de la muchacha. El plan se desarrolló puntualmente como había previsto el viejo verde, y éste pudo llevar a Candelaria a la casa que especialmente alquiló y alhajó para este objeto. Su propósito era mantenerla con la ilusión de lograr el perdón del padre, y mientras llegara ese día, hacerla su amante a fuerza de regalos y atenciones. La noche del baile, Candelaria, que ya se encuentra en poder de don Lino, es llevada por éste a las ventanas de la casa en que se da la fiesta, y por ella ve a Inés en el momento en que Abelardo, subyugado por su pasión y por la belleza resplandeciente que la había hecho nacer, se dirige hasta la mujer de Sendero a declararle una vez más su amor.

—Créame, Inés —dice Abelardo a la mujer que llama el ideal de su existencia—: Usted ha tenido una inmensa influencia en mi vida. Encendió en mi pecho un fuego que usted únicamente podía apagar. Fuese capricho o ligereza, usted echó pábulo a ese fuego, hasta grabar tan indeleblemente su imagen en mi pecho, que nada ha podido borrarla de él, ni empañarla siquiera para hacérmela olvidar (6).

Candelaria, mientras tanto, decide vengarse de Abelardo, y una de las partes de su plan de venganza es alejar de Santiago a su seductor. Para ello obtiene de don Lino que consiga del Ministro de la Guerra, don Diego Portales, la destinación de Abelardo al Estado Mayor del ejército expedicionario que el Gobierno de Chile enviaba a la guerra contra Santa Cruz, en

(6) *El Ideal de un Calavera,* t. II, p. 192.

1837. Otra parte de su plan consiste en llevar hasta su casa a Juan Miguel Sendero a fin de pedirle cooperación para lo mismo, pero también para hacerle concebir esperanzas de una fácil conquista. Siguiendo en el desarrollo de su plan, dirige una carta a Inés, en la cual, envuelta en el anónimo, le denuncia el clandestino amor de su marido y la cita para verle llegar a la casa que visita; otra carta semejante dirige a Abelardo para que una y otro se encuentren juntos en presencia de Sendero. La escena se produce como ella ha concebido, y cuando todos tratan de explicarse tan raro encuentro, Candelaria envía a Inés una carta que dice:

Señora,

Estoy vengada, porque le he probado que si Ud. es capaz de quitarme al hombre que quiero, yo he tenido a mis pies a su marido. Siga, pues, amando a Manríquez después de esta lección, y verá si es capaz de darle otra nueva

Candelaria Basquiñuelas.

Después de una noche de juerga en la cual Abelardo Manríquez se despide de sus amigos Miraflores y Solama en vísperas de partir hacia Quillota, donde se halla el ejército expedicionario, los tres se dirigen a casa de don Lino, y en escena de subido valor cómico le propinan un escarmiento por las felonías que ha cometido y que Candelaria alcanzó a contar a Abelardo. Con esto termina la tercera parte.

La cuarta no es sino la breve conclusión de la novela. Abelardo llega a Quillota a pocas horas del motín que costó la vida al Ministro Portales, y sonsacado por los complotados decide entrar en la revolución:

—Y un militar no debe hacer revoluciones, ¿no le parece? —dijo a Manríquez, Arrísaga.

—Un militar es ciudadano también —dijo Manríquez—, y tiene derecho de interesarse por su patria.

—¿Es decir que usted entraría en una revolución? —le preguntaron a un tiempo los dos capitanes.

—Si fuese justa, ¿por qué no? —contestó Manríquez (7).

(7) *El Ideal de un Calavera*, t. II. p. 326.

Sorprendido por las fuerzas leales, se le reduce a prisión y es condenado a muerte. En el momento mismo de ser llevado al cadalso exclamó: "¡Adiós, amor, única ambición de mi alma!" (8).

Al dar cuenta en seguida el autor de la suerte de sus diversos personajes, se refiere a Candelaria en los siguientes términos:

> Candelaria vengó a su amante, disipando a manos llenas la fortuna de don Lino Alcunza; pero en medio de la embriaguez del lujo y en las frívolas relaciones de amor en que buscó el olvido de su oculta pena, jamás pudo desechar de su alma la memoria del pasado, ni borrar de sus recuerdos el primero y único amor de su vida, que el infeliz calavera le dejó impreso en el corazón con caracteres de fuego (9).

2. *Carácter de Abelardo Manríquez*

La novela *El Ideal de un Calavera* es de las más interesantes que ofrece a nuestro estudio el autor en su vasta producción literaria, y llama realmente la atención que haya sido escrita por un hombre de no más de treinta y tres años de edad. Hay en ella efectiva observación del alma humana y un conocimiento tan cabal de las costumbres de la época, que debe aceptarse como cosa concluyente que Blest Gana fué excelso pintor de ese género de escenas. Sin embargo, y sin perjuicio de decir algo más adelante sobre este aspecto de *El Ideal de un Calavera,* nos limitaremos por el momento a considerarla desde el punto de vista de las figuras que en ella actúan.

Se comprenderá que el personaje más seductor es Abelardo Manríquez, el protagonista de la obra, al cual están ligados tan íntimamente los episodios de la novela, que sería imposible discutir en ella la unidad de acción, como se ha reprochado en otros casos a Blest Gana. *El Ideal de un Calavera* es una novela bien coordinada, desde las primeras aventuras de Abelardo con Inés Arboleda hasta la infausta muerte del mozo de resultas del motín

(8) *El Ideal de un Calavera,* t. II, p. 349.
(9) Obra citada, t. II, p. 351.

de Quillota. Todo en Abelardo parece responder a una lógica particular, la de la pasión, adulterada además por un carácter disipado, que parecía destinarle a ser víctima de los apetitos. Al comienzo de la obra, en una divagación de carácter psicológico, el autor divide las almas de los hombres en dos grupos:

Almas que al nacer reciben el germen de lo que serán en su trascurso por el mundo. Y almas que, como las naves en el mar, flotarán a impulso del viento caprichoso de las circunstancias.

Dejemos a un lado a las primeras.

Hablemos de las últimas, porque a ellas pertenecía el alma de Manríquez.

Algunas de éstas, empujadas por vientos bonancibles, llegan hasta el puerto con su velamen casi intacto.

Otras sólo dejan algunos jirones en las tempestades de su existencia, pero terminan su travesía llegando victoriosas al puerto del eterno reposo.

Y otras, en fin, combatidas por recios vendavales, llegan desmanteladas a estrellarse contra los obstáculos que las destrozan y anonadan.

El alma de Manríquez, digámoslo también, pertenecía a esta tercera subdivisión (10).

Alejemos de estas frases la alegoría, tan del gusto de la época en que fueron escritas, y tendremos que el autor pensaba de Manríquez que era hombre nacido para ser juguete de las circunstancias. Pero la novela desmiente no poco esta aseveración, ya que ella viene a no ser otra cosa que la narración de las numerosas aventuras de amor en que se vió comprometido Manríquez desde que se sintió enamorado por vez primera hasta que fué ajusticiado, y en ese relato el autor pone de relieve una vez y otra la extraordinaria fuerza de voluntad, mezclada a una dosis considerable de audacia, rasgo distintivo de su héroe. Si Abelardo se proponía una cosa, no trepidaba hasta conseguirla, cualesquiera que fuesen los medios de que debía echar mano, y solía enardecerse y entusiasmarse en proporción a las dificultades que le salían al paso. Un ejemplo:

Si el destino hubiese arrojado en sus brazos a Candelaria, sin más defensa que su amor, él habría renunciado tal vez a tan fácil victoria.

(10) *El Ideal de un Calavera*, t. I, p. 15.

La extraña resistencia le enardecía, y las dificultades le daban la tentación inmensa de vencerlas. Al seguir así el estudio de este corazón, no queremos moralizar; no faltan en cada sociedad corazones que se le asemejen. Así es que le presentamos como un problema, no como un ejemplo (11).

Este enardecimiento que producen los inconvenientes es la marca de una voluntad poderosa, y no se comprende que a una voluntad de este género pudiesen las circunstancias avasallarla. Lo que sí se observa en el carácter de Abelardo es que el desengaño que le produce su primer amor, el que le inspiró Inés Arboleda, le causó también un desconcierto del cual jamás curó radicalmente. En cuanto Inés le rechaza, el mozo se hunde en la vida de calavera, porque anhela saciar con sus fáciles excitaciones, con sus placeres repetidos una vez y otra, la angustia íntima que había debido saborear al darse cuenta de que Inés era coqueta y calculadora y prefería abandonar su amor efectivo e impetuoso, para contraer un matrimonio no dictado por su propio corazón de adolescente, sino por el cálculo de sus padres. Desde ese momento, Abelardo Manríquez no pierde la voluntad sino para hacer el bien, y parece querer vengar en el mayor número posible de mujeres la herida que infligió a su amor propio el rechazo de una sola, Inés.

Exige entrega total, absoluta, sin reservas ni restricciones; quiere ser amado en cuanto él expresa su deseo, y le irrita hasta la exasperación que la mujer en la cual fija sus ojos crea verle como candidato a marido. Conversando con Candelaria, levanta una punta del velo que le oculta:

—Para ser feliz en amor —dijo Manríquez—, es preciso no recordar lo pasado ni mirar al porvenir.

—¿Por qué? —preguntó Candelaria con admiración.

—Del pasado pueden resultar celos, y del porvenir, dudas (12).

Digamos, en abono de este curioso personaje, que él personalmente seguía con fidelidad estos consejos; cuando se encuen-

(11) *El Ideal de un Calavera*, t. I, p. 293-4.
(12) Obra citada, t. II, p. 510.

tra con Inés Arboleda, dos años después de su separación, siendo ya ella esposa de Sendero, no le dirige una palabra de reproche que revele la presencia de los celos; le reprocha, sí, haberle rechazado, haber entregado su mano a un marido sólo porque se le ofrecía como marido y no por quererle, despreciando así la pasión irregular y libérrima que le ofrecía Abelardo. Pero nada de celos. Mas esta conducta, que concuerda en la línea general con la que el hombre muestra en el amor, es opuesta a la que la mujer puede llevar hasta las relaciones sentimentales. Inés no vacila sino unas pocas horas para optar por Sendero, que le ofrece formar un hogar con poco amor, desdeñando a Abelardo, que le ofrece tal vez mucho amor sin hogar, acaso hasta sin matrimonio. Candelaria va más lejos, porque no vacila cuando el mozo le propone huir de la casa de su padre y seguirle sin garantía alguna; pero poco después pretende obtener de su amante la legalización de sus relaciones, y desde ese momento Abelardo se siente tan cohibido en su presencia que termina por dejarla sola. El hechizo había terminado: Candelaria se le mostraba si no tan calculadora como Inés, porque ya había aceptado entregarle su honra, empeñada en la reparación de la falta.

En el período de su vida de calavera, que el autor no cuenta propiamente, sino que despacha en dispersas y breves alusiones y que por sus propias palabras puede calcularse en dos años, desde el momento en que Inés le pidió que se alejara de su lado, Abelardo busca en vano algo que le haga olvidar las primeras emociones de su amor.

—Ninguna de esas relaciones efímeras, que me han dado la reputación de calavera, ha bastado a llenar en mi alma el vacío inmenso que dejó el primer amor, tan violentamente arrancado de mi pecho por falta de esperanza (13),

confiesa a su amigo Solama. Sin embargo, no desmaya ni ha desesperado del todo cuando sedujo a Candelaria:

(13) *El Ideal de un Calavera*, t. II, p. 51.

—¡Sea como fuere, yo no desmayo y buscaré mi ideal mientras la juventud no me abandone! (14).

Y cuando Candelaria, que imprudentemente le habla de matrimonio, vuelve a helar su entusiasmo, Inés aparece para mostrarle de nuevo el espejismo del amor que busca con ahinco. Está casada ya, y por eso mismo se muestra más apetitosa a sus ojos; desde el primer momento Abelardo le pone sitio con denuedo digno de mejor causa. Pero el mozo no ha contado con el despecho de su amante, Candelaria, que hace contribuir a sus planes de venganza la pasión senil de don Lino Alcunza y el amor a la aventura de Juan Miguel Sendero, y cae en la trampa que aquélla le prepara. La última parte de su historia no es ya sino indirectamente fruto de sus andanzas pasionales. Es cierto que Candelaria consigue que Abelardo sea destinado al ejército que va a llevar la guerra a la confederación de Santa Cruz; pero el joven entra en el motín de Quillota no porque busque la muerte ni porque posea ideas políticas determinadas, sino porque la inexperiencia y el ardor le arrastran a seguir a sus jefes, conjurados para derribar al Ministro. No es un revolucionario consciente: llega a la revolución enteramente a ciegas sobre su alcance y sus motivos. De Santiago ha recogido el rumor de la resistencia contra Portales, y concluye ligeramente que el Ministro debe ser derribado, más por juvenil impaciencia y por amor al desorden que por convencimiento racional inspirado por el patriotismo. La venganza de Candelaria es completa y acabada, y fructifica sobre todo a favor de la inconsciencia de Abelardo. Si éste no hubiese sido un mozo atolondrado y bullicioso, de mala cabeza, no habría aceptado el plan de sublevación.

En suma, Abelardo Manríquez es uno de los caracteres masculinos mejor dibujados en la obra general de Blest Gana, ya que es más gallardo que Abel Malsira, el protagonista de *Durante la Reconquista,* más complejo y rico en reacciones que Martín Rivas, y más noble y generoso que Fortunato Esperanzano, el

(14) *El Ideal de un Calavera,* t. II, p. 54.

héroe de *La Aritmética en el Amor*. Subyuga a las mujeres por su belleza varonil y por la audacia de que da muestras en los trances de amor; supedita a los hombres porque siempre su voluntad aparece más fuerte que cualquier otra. La esencia de su psicología es profundamente inmoral y antisocial, pero el autor, fiel a los consejos que Stendhal había dado ya a los novelistas, se limita a pintarle tal como es, y no pretende disimular sus errores ni prestar un ropaje halagüeño al brío desencadenado y en desorden perpetuo de su pasión.

3. *Vida y andanzas del calavera*

La expresión *calavera*, aplicada a un mozo pendenciero, de mala cabeza y de costumbres livianas, no es peculiar de Chile, sino que procede de España, donde el tipo mismo ha sido estudiado más de una vez por los escritores. Algunos años antes de que Blest Gana escribiera esta obra, Larra en dos famosos artículos había intentado una psicología del calavera, que habrá de ayudarnos a comprender mejor el tipo de vida a que se entregó Abelardo Manríquez en compañía de Miraflores y de Solama. Notemos desde luego las diferencias entre los tres. Miraflores, ya se ha visto, es un hombre bullicioso y divertido (su gran entretenimiento eran los voladores de luces y los cohetes, que juzgaba indispensables para amenizar toda fiesta), dotado de excelentes relaciones, pero que mostraba, desde su vestimenta exagerada y poco distinguida, más aprecio a la vida de *medio pelo* que a la existencia regular y medida de la buena sociedad. Solama, en cambio, joven provinciano estudiante, no se deslumbra con Santiago, hace compatible el estudio con la diversión y usa una catarata de palabras encumbradas y sonoras para disfrazar su inteligencia real y producir, sobre todo en oyentes cándidos, una estupefacción que solía hacerse admirativa. Al lado de estos dos calaveras, Manríquez parece el más auténtico de todos, porque en la vida irregular de la *chingana* y de la *fonda*, en las reuniones de *medio pelo* y en rodeos y cenas opíparas, con mujeres, licor, baile

y canto, busca cómo ahogar la voz de su insatisfecho ideal de amor.

Veamos entretanto la definición que hace Larra del calavera:

El calavera se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo común de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reúnen en una sola especie: en ellas se reconoce al calavera, de cualquier casta que sea.

1.ª El calavera debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo*, por otros; *viveza*, por los más: entiéndase esto bien; *talento natural*: es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, o de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondría a esa ligereza, que es una de sus más amables calidades.

2.ª El calavera debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprensión*. No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprensión* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce a arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, a vivir ante los otros más para ellos que para uno mismo. El calavera es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telón está siempre descorrido; quiténsele los espectadores, y adiós teatro. Sabido es que con mucha aprensión no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprensión* son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da calavera. Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás. Sería tiempo perdido (15).

Las condiciones que fija Larra para llamar calavera a un hombre se reúnen en los personajes que hemos mencionado, y les permiten formar un mundo aparte, con leyes propias. Manríquez, por ejemplo, cortada su existencia en plena juventud por el desgraciado complot de Quillota, pasará a la historia como el hombre que no supo ni quiso ser otra cosa que calavera; Solama, en la vida y en el arte, se olvidará de serlo en cuanto obtenga el título profesional y pueda entregarse a un trabajo remunerador; Miraflores, en cambio, dejará unos amigos por otros, trasladará su escena de una ciudad a la vecina; pero seguirá siendo

(15) Larra, *Los Calaveras*, art. primero.

calavera hasta que la muerte le apacigüe del todo. Condición ineludible del placer del calavera es tener espectadores para sus aventuras; así dice Larra:

> Claro está que el calavera necesita espectadores para todas estas escenas: los placeres sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por lo tanto, el calavera cría a su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, o de meros curiosos, que no teniendo valor o gracia bastante para serlo e..os mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

Y, efectivamente, en la escena del teatro, por ejemplo, nuestros calaveras muestran que nada valen para ellos sus aventuras si no hay espectadores que las aplaudan, que se corran sus nombres de boca en boca y que les celebren el chiste y la desvergüenza. Tal como dice el ingenioso periodista español, ser calavera es cosa de juventud, edad que corresponde en realidad sólo a Manríquez y a Solama; en la madurez (Miraflores) y en la senectud (don Lino Alcunza), ser calavera revela una monstruosidad del carácter:

> La segunda de estas aborrecibles castas es el viejo-calavera, planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue a las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método. . . El joven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el viejo-calavera es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace a sus pies: sin embargo, éste es el único a quien cuadraría el nombre de calavera (16).

El Ideal de un Calavera es novela graciosísima, llena de auténtico chiste desde el principio hasta el fin. Si *Martín Rivas* muestra al hombre encarnizado en conquistar por medio de la seriedad, la inteligencia y la contracción al estudio el respeto de los demás, *El Ideal de un Calavera* nos muestra, en cambio, a seres que dilapidan dones no menos preciosos en un diario com-

(16) Larra, *Los Calaveras*, art. segundo.

bate contra la hipocresía ambiente, contra el deseo de bien parecer, el qué dirán y la mojigatería, hacia los cuales parten en cruzada, a la manera de un Quijote contra los molinos de viento. Pero son Quijotes del revés, porque no se han propuesto, como el inmortal caballero de la Mancha, redimir a la humanidad del egoísmo, sino poner en solfa las virtudes y mentecatez ajenas, ridiculizando la compostura y el orden, no sólo de palabra, sino con hechos.

4. *Costumbres nacionales*

Uno de los mejores aciertos que muestra Blest Gana como novelador es la adecuada proporción en que mezcla, en su novela *El Ideal de un Calavera,* la intriga pasional a los cuadros de costumbres, que llenan buena parte de la obra; por eso es una de las que revelan mejor dominio de la técnica novelesca. Hemos contado ya en qué consiste la novela; y también analizado el principal carácter que en ella se nos muestra, el de Abelardo Manríquez; veamos ahora los cuadros de costumbres.

En la primera parte (t. I, p. 72 y sigs.) vemos una escena de juegos de prendas que es graciosa. Los jóvenes reunidos en las casas del fundo El Trébol acuerdan entretenerse en juegos de prendas, de los cuales practican el de apurar una letra. El autor registra la escena por fidelidad de buen observador; los juegos de prendas no le agradan:

> Los juegos de prendas han sido por muchos años un recurso de que nuestra sociedad echaba mano para disminuir la abrumadora monotonía de las reuniones de familia, en las que, despreciándose conversaciones literarias o históricas por ignorancia, y las de amor como vedadas, se abría una ancha puerta al fastidio, que se enseñoreaba de los salones, cuando la chismografía le dejaba vacante el puesto: entonces se apelaba a los juegos de prendas (17).

También figura en esta primera parte una vasta escena campesina con el *rodeo* y la *aparta,* operaciones indispensables y rutinarias en la vida del trabajo agrícola, pero que se elevan a

(17) *El Ideal de un Calavera,* t. I, p. 71.

la categoría de fiestas en cuanto los dueños de fundos quieren entretener a sus visitas con algún espectáculo emocionante que amengüe el tedio de la vida campesina. Con ocasión del rodeo (t. I, p. 84 y sigs.), el autor describe a los *huasos*, y especialmente su característico traje, y se refiere a la jerarquía de las funciones agrarias:

Esa jerarquía principia en el patrón, viniendo después, sucesivamente, el administrador, el mayordomo, el vaquero, el potrerizo, el inquilino y por último el peón gañán, este gitano de nuestros campos, que no tiene fijos ni mesa ni hogar, que duerme a la intemperie, y vaga de hacienda en hacienda, según el jornal, sin más culto sincero que el del jugo popularizado por Noé, según la historia, y por Baco, según la mitología (18).

En la *aparta* efectuada en El Trébol quedó contuso y desmayado de dolor el joven Manríquez; refugiado en la casa, el autor recuerda la medicina casera, el oficio de *aliñador* (más tarde llamado *compositor*, ortopedista rústico que cura por medios expeditivos las luxaciones y quebraduras de los huesos) y la médica, llamada popularmente *meica*, que combina a los secretos de la medicina natural elementos de magia (t. I, p. 107 y sigs.). La *meica* de *El Ideal de un Calavera*, Ña Margarita, encendió dos velas de cera y las puso en el suelo, junto a una palangana de agua pura; luego llamó a dos criadas y les preguntó qué veían en el agua.

—No se ven más que las dos luces, ¿no es cierto? —preguntóles Ña Margarita.

—No más —contestaron ellas.

—Malo —añadió la vieja.

Y se dirigió a la mesa, en donde eligió una rama de otra hierba, rezando siempre entre dientes.

Con esa rama repitió la misma operación que con la anterior y volvió a menear la cabeza, con aire de reprobación.

Como estos actos mágicos no dieran el resultado que esperaba, la *meica* dijo a las criadas:

(18) *El Ideal de un Calavera*, t. I, p. 84.

—¿Alguna de ustedes está en pecado mortal?

Las dos infelices se pusieron a temblar convulsivamente.

—Yo, no, Ña Margarita —contestaron casi a un tiempo con los rostros lívidos y descompuestos.

Abelardo sostenía la respiración para no perder una palabra de tan curiosa y característica escena.

—Bueno, pues —repuso la vieja—, si no están en pecado mortal hemos de saber si el enfermo se muere o no, porque el *maldito* lo ha de decir en la palangana.

Mediante procedimientos de sugestión muy conocidos consiguió por fin que una de las criadas confesara haber visto al demonio en la palangana; la otra, seguramente incursa en pecado mortal. . ., había salido pretextando que alguien la llamaba. Todos estos expedientes mágicos fueron arruinados por el propio paciente, que en cuanto quedó sólo con la *meica*, la amenazó y obtuvo de ella la cooperación que deseaba para sus planes. También tiene relación con esta parte de la terapéutica rural de Chile la receta de un brebaje que Ña Margarita hizo confeccionar para el enfermo (t. I, p. 121-2).

En la segunda parte se describe, como hemos dicho ya, la vida de los calaveras en Santiago y en sus alrededores, a donde hacían jiras de placer. En la quinta de don Cayetano se celebra un festín, a la sombra del emparrado, que Miraflores alegra con los estallidos de los cohetes, y después del almuerzo se juega a la gallina ciega (t. I, p. 192 y sigs.), como una manera de poner en ridículo a don Lino Alcunza, que figura entre los calaveras a una edad en la cual conviene llevar vida más tranquila. Más tarde se entregaron todos los concurrentes a los "bailes de chicoteo", de los cuales el autor cita la *zamacueca,* que ha subsistido hasta nuestros días, el *cuando,* el *aire* (t. I, p. 208 y sigs.). En la noche, los mozos de la comparsa inventan una nueva forma de ridiculizar a don Lino y le invitan a una partida de *esquinazo* (p. 220 y sigs.), en la cual el pobre viejo verde resultó empapado en agua y abrazando en la obscuridad no a Candelaria, como era su deseo, sino a don Raimundo Basquiñuelas, padre de la chica.

También en la segunda parte aparecen los *nacimientos,* popu-

larísimos en el Santiago de mediados del siglo XIX, con ocasión de las fiestas de Navidad (t. I, p. 269 y sigs.). Veamos la descripción que hace el propio autor:

Para esto, en la pieza de la casa más a propósito por su extensión, se colocaba una gran mesa, sobre la cual se disponía el nacimiento, compuesto de distintos episodios o *pasos,* figurando a veces desde la tentación fatal de nuestra madre común, la frágil Eva, hasta algún cuadro formado por personajes del día, como para marcar las grandes épocas del mundo, antes de llegar a la que para los espectadores tenía el atractivo inmenso de la actualidad. El Paraíso, con sus árboles de miniatura, Eva junto al manzano de la ciencia, Adán junto a su consorte, y la serpiente pasando la fruta tentadora: las flores, las fuentes cristalinas y los arroyos; los animales, las aves y los insectos formaban *pasos* llenos de tan cándida buena fe, que era difícil decidir si lo grotesco del cuadro excedía a la inocencia de los autores, o si ésta era superior a la burlesca sencillez del conjunto y de cada una de las partes que ese cuadro componían. Al lado del Paraíso se elevaba a veces un cerro cubierto de verde hierba, poblado de árboles y de animales, y animado, sobre todo, por la presencia de los reyes magos, que seguían a la estrella que debía guiarles al augusto pesebre. Este se hallaba con sus divinos habitantes, ocupando el centro del nacimiento, rodeado del gallo, del buey y del asno de la gran leyenda, después otros cerros, otros árboles y otros animales, multitud de floreros y frascos de caprichosas formas, cual si se pretendiese hacer una colección para acreditar los progresos de extranjeras industrias. Entre estos objetos veíanse también algunas figuras de porcelana, como pastores con su eterna risa y su guirnalda eterna, turcos y armenios traídos de las casas de los amigos; y por fin, bajo una enramada, de la que pendían hermosas frutas como en la edad de oro, un galán y una dama vestidos a la moda del día, figuraban la presente edad de hierro que nos ha cabido atravesar (19).

En estos nacimientos se aglomeraba la gente, los chicos querían meter el dedo en todo lo que veían, los mozos andaban tras las muchachas para aprovechar en la apretazón y la obscuridad esos furtivos encuentros que comunican pequeños secretos, citas y compromisos menudos, mientras los calaveras hacían su agosto a costa de la simplicidad de los asistentes y llegaban hasta jugarles malas pasadas. Durante el nacimiento se cantaba (p. 280-1 contiene un canción popular escrita conforme la pronunciación

(19) *El Ideal de un Calavera,* t. I, p. 270-1.

vulgar de Chile), con acompañamiento de matracas y otros bulliciosos instrumentos populares.

En la tercera parte figura la completísima descripción de una función de teatro popular, en la cual se ofrecía a la poco exigente concurrencia una representación de autos sacramentales (t. II, p. 71 y sigs.).

Preferíase entonces, como en el día sucede —dice el autor—, la representación de autos sacramentales, que, copiados del teatro español por los mismos actores o por los empresarios de las compañías, llegaban al cabo de dos ediciones a tan raras metamorfosis en el lenguaje que, a resucitar sus autores, no habrían podido reconocerlos.

A la entrada de este teatro, ubicado en una calle al sur de la Cañada (actual Alameda), se instalaba "una fonda improvisada", en la cual eran de expendio comunísimo el gloriado y la horchata con malicia.

Por fin, una banda de músicos, compuesta de un bombo, un viejo requinto, un pito y dos platillos, completaba los accesorios de este teatro eminentemente popular, al que la misma banda daba su verdadero colorido, tocando con furor el *maicito,* baile muy en boga por entonces entre las masas democráticas de la capital.

En el teatro mismo solían enhebrarse conversaciones y disputas entre los espectadores, todo favorecido por la circulación que se hacía entre ellos de los vasos de horchata *con malicia,* vendidos liberalmente. El autor cuenta una parte de la escena con comicidad de buena ley.

San José principiaba su monólogo rimado, manifestando dudas nada cristianas sobre lo inexplicable de su situación y del hecho que tenía conmovido al orbe entero. Sea que el actor hubiese copiado su papel de alguna edición antigua, en las que la letra *s* tiene la forma de *f,* y que nadie le hubiese hecho notar esta particularidad tipográfica, sea que hubiese aprendido su relación en el mismo libro, lo cierto es que cada palabra con *s* en medio de dicción la pronunciaba con *f,* de manera que el auditorio, gracias a este equívoco original, se quedaba sin comprender más de la mitad de lo que oía (20).

(20) *El Ideal de un Calavera,* t. II, p. 86.

En este caso la función terminó en medio de una chacota colosal, porque los calaveras pasaron al escenario con el objeto de saludar a las actrices, y aprovechando el entreacto invitaron a los actores a beber una copa. Manríquez y Solama sobornaron a los muchachos encargados de levantar el telón, y ocupando sus puestos dejaron descubierta la escena en el preciso momento en que don Lino Alcunza y don Cayetano, brindando con las damas, formaban un grupo de galanes tan maduros de años como amartelados. En el mismo instante, Solama, haciendo de apuntador, proclamaba: "Escena pastoril: los amantes felices" (p. 104). La mujer de don Cayetano no supo dominarse, y al ver a su marido en aquella postura tan poco de acuerdo con su estado civil y con sus años, llenó el teatro con sus voces: "¡Cayetano! ¡Cayetano! ¡Cayetano!", lo que provocó una algazara de la cual participaba en pocos segundos todo el teatro. La escena es divertidísima, y entre las muchas cómicas que ofrece *El Ideal de un Calavera*, es, sin duda, la mejor.

En los tiempos en que transcurre la novela (1837), el patio de la casa en que se daba un baile era invadido por grupos de personas no invitadas a la reunión y que se limitaban a mirar la llegada de los invitados, abriéndoles calle hasta el recibimiento y lanzando algunos comentarios, no siempre tímidos, a las hermosas y a los elegantes (t. II, p. 169 y sigs.).

XV. LA FLOR DE LA HIGUERA *(1864)*

La Flor de la Higuera es un cuento muy imperfecto, y aunque el autor le puso al pie la fecha 26 de marzo de 1864, llega a pensarse que no ha podido ser escrito después de *El Ideal de un Calavera,* novela en la cual el escritor revela una pericia extraordinaria. Lo que allí se cuenta viene a llegar a conocimiento del lector a través de algunos intermediarios. La narración comienza por el autor mismo, que hallándose en un baile (hace alusión a que estaba entonces escribiendo el *Martín Rivas,* seguramente para aprovechar la fama que esta novela atrajo sobre su nombre), encuentra a un amigo noctámbulo que le propone pasar el resto

de la velada en su casa. Este amigo a su vez le dice que se encontraba de paso en una ciudad de provincia, en el bufete del notario, cuando llegó Blas, un viejo sirviente de Valentín Enguera, a requerir sus servicios porque su amo se encontraba a punto de morir. Los dos parten entonces al sitio en que vivía Valentín a recoger el testamento. Después de cumplido este trámite, el visitante, que era amigo de la infancia de Valentín, recibe del cura, que asistió en sus últimos momentos al moribundo, el relato en el cual se encuentra la explicación de la tenaz melancolía que le llevó joven al sepulcro. Un buen tercio de la extensión total del cuento se pierde en preámbulos que, como se puede comprender, nada añaden al valor artístico del mismo.

Veamos lo que ocurre en substancia.

Valentín y Magdalena se aman, pero sus padres, enojosamente distanciados por un pleito de deslindes (tienen fundos vecinos), no les dejan unirse. Debido a ello los jóvenes conciertan entrevistas clandestinas, las cuales se realizan en el huerto de la casa de Magdalena, al pie de una higuera. Una noche, los tertulios del padre de Magdalena, un vecino enredador y un sacerdote de carácter benévolo, le hablan de la leyenda de la flor de la higuera, y el sacerdote la cuenta en términos poéticos y misteriosos. Entre tanto la hora de la cita de los dos jóvenes ha pasado, y Magdalena consigue por fin salir hacia el huerto pocos minutos antes de la media noche, después de haber desafiado a su padre y a sus amigos a que ella verá florecer el árbol sin miedo a las consecuencias que este acto acarrea según el sentir popular. En la entrevista de los dos jóvenes queda convenido que irán a encontrar al padre de Magdalena, para confesarle su amor, convencidos como están de que un acto de esa naturaleza romperá el hielo que separa a las dos familias. Al volverse, para ir hasta la casa, Magdalena ve las figuras de su padre y de sus dos amigos, que la han seguido hasta el sitio de la cita, a pesar de haberle prometido que no lo harían. La sorpresa que esto le causa la hace exclamar: "¡La flor de la higuera! ¡La flor de la higuera!" y caer muerta.

Desde aquel día, Valentín vive retraído y melancólico, dedicado a su fúnebre recuerdo, hasta la muerte, a que asiste su amigo de la infancia.

XVI. De Nueva York al Niagara *(1867)*

La breve relación de su viaje al Niágara que hizo Blest Gana fué enviada por él a Chile, donde se tiró la edición de 1867. "Ver el Niágara —dice el autor— es una especie de bautismo que todo viajero debe apresurarse a recibir, so pena de violar de un modo chocante las leyes de la moda." Partió de Nueva York por la vía fluvial del Hudson, en una multitud abigarrada de viajeros que describe con tonos risueños, haciendo notar de paso la extraordinaria afluencia de personas que viajan en los Estados Unidos, y parangonándola con la situación que él había dejado en Chile: "En las estaciones, en los muelles, los trenes y los vapores se toman como por asalto: todo está lleno; los lugares escasean, cual si cada tren fuese el único en que hubiera posibilidad de transportarse al punto a que se dirige. Esto me ha traído más de una vez a la memoria nuestros trenes vacíos del ferrocarril del Sur, los largos carros poblados apenas por unos pocos individuos, que llegan en su aislamiento a mirarse con la simpatía de compañeros de infortunio: y me he dicho que esas empresas son mil veces más audaces, revelan más vigor tal vez en el espíritu de progreso que el con justicia decantado genio emprendedor de estos países, en los cuales su gran población es una prenda segura de buen éxito para toda clase de atrevidas especulaciones".

Anota también, al pasar, la libertad de costumbres de la mujer norteamericana, para recordar que inclusive en viajes como ése de varios días, muchas niñas solteras iban acompañadas de amigos, con los cuales formaban partidas dispuestas a divertirse sin obstáculos. "Como veis, amor y poesía, juventud y vejez, riqueza y miseria, todo va ahí representado, todo tiene su parte en este escenario ambulante." Hizo un recuerdo al genio de

Fulton por la aplicación del vapor a la navegación (p. 16 a 19), y comparó las márgenes del Hudson con los panoramas de la tierra natal. "Pero los que como yo —escribe— han tenido la buena suerte de bajar hacia Constitución por las aguas cristalinas del Maule; de contemplar los magníficos paisajes del Estrecho de Magallanes y los encantadores panoramas de los canales de Chiloé, tienen muy poco que admirar cuando suben o bajan la corriente del que, como antes he dicho, algunos llaman el Rin americano. Sus graciosas y verdes colinas, muy bellas como son, no alcanzan a igualar a la espléndida majestad, a la agreste poesía, a la fantástica hermosura de los canales de Chiloé."

Los paisajes entrevistos a lo largo de la navegación le permitieron también hacer un augurio acerca de la grandeza futura de los Estados Unidos, "esta gran nación, que camina hacia adelante con ímpetu indecible, a la que nada detiene en su marcha de civilización y engrandecimiento portentoso". Y agregó: "Dondequiera que uno aquí dirija sus pasos en este ancho mundo que se llama los Estados Unidos, ve esa misma grandeza, esas mismas promesas para el porvenir, esa vitalidad exuberante, inextinguible, que va haciendo y concluirá por hacer de este pueblo el más poderoso de la América" (p. 22). Enumera poblaciones divisadas a lo largo del camino; elogia la instalación de los hoteles, cuyas comodidades no tienen a su juicio paralelo con nación alguna del mundo, y se refiere con bastante chiste a la operación del trasbordo de tren a tren que los viajeros debían realizar entonces. Llegado ya a la población misma que se ha formado en las inmediaciones de las cataratas, informa brevemente sobre las curiosidades y recuerdos que se ofrecen al viajero.

Llegó a la catarata el día 16 de septiembre: "Eran las diez, una noche de luna, y el dieciséis de septiembre. ¡Qué hora y qué fecha! Iba a ver la catarata por primera vez, alumbrada por la luz de la luna, y evocando en mi memoria los días sagrados de la patria, a los que todo chileno rinde el fervoroso culto de sus recuerdos, aunque el tiempo y la distancia llamen sus pensamientos a los objetos presentes." La descripción de las caídas de agua

es breve, y una vez hecha, el autor dice: "Pero sobre esas impresiones, hijas de una escena tan extraña, tantas veces imaginada, y nunca comprendida antes de contemplarla; sobre los caprichos infinitos de la fantasía dominaba en mi pecho, así como domina el ruido de la catarata, ese recogimiento religioso, esa rendida adoración ante el infinito poderío de Dios, que se apodera del alma en presencia de todos los grandes espectáculos de la creación. Reverente el espíritu, prosternado el corazón, todo mi ser moral, todo lo que en la creatura está destinado a percibir la magnificencia sublime del Autor del mundo, mi alma, en una palabra, entonó un himno silencioso al Señor de los cielos y de la tierra, himno incoherente, sin palabras, sin voz material, pero palpitante de adoración, de gracias, de admiración sin límites, aunque impetuoso, explosión de esa alma encadenada a las pequeñeces y cuidados de la tierra, y a la que aquella muestra del poderío del cielo ponía de improviso enajenada en medio de un mundo de grandeza inmortal" (p. 39 y 40). En páginas siguientes cuenta otras excursiones, como la visita a la Cueva de los Vientos, excavación natural practicada por las aguas al pie de la catarata y que permite ver la masa de agua de ésta por detrás, y algunas anécdotas trágicas de accidentes ocurridos en aquellos sitios, para terminar copiando el "certificado" de su visita a la Cueva, fechado el 18 de septiembre de 1867.

"Al subsiguiente día —agrega el autor— dejé aquellos parajes bulliciosos, tomé el camino del lago Ontario para regresar a Nueva York, y he aquí cómo he adquirido mis títulos para exclamar al fin: ¡He visto el Niágara!"

Todo el folleto está escrito con facilidad, con gracia, y abunda en toques amenos donde sobresalen las dotes de observador del novelista. Las informaciones históricas y científicas no le restan amenidad porque están bien ingeridas en la narración y no distraen al lector del objeto principal de ésta, sino que, al contrario, contribuyen a darle colorido e interés. El género de esta narración había sido ya practicado por el autor en el viaje a las Termas de Chillán que diera a luz en *La Semana* (1860). Ambas produccio-

nes son parecidas desde muchos puntos de vista, y especialmente por el chiste y los rasgos novelescos que Blest Gana recoge burla burlando, como arrastrado por la pericia para narrar que ya le distingue y que en 1867, sobre todo, estaba acreditada con novelas y cuentos de primer orden.

XVII. Durante la Reconquista *(1897)*

Durante la Reconquista fué comenzada en 1864, si no hemos entendido mal la alusión que hallamos en una carta dirigida por Blest Gana a su amigo Lastarria:

> Usted me hace la honra de esperar una gran novela de mi pluma. Veremos, pues, si lo que estoy trabajando merece tan alto título. He llevado mi exploración al campo de la historia para componerla. Esta vez abandono los cuadros de costumbres y lanzo mi imaginación en el estudio de las pasiones inspiradas por ciertos hechos históricos, tratando, por supuesto, de enlazar este estudio con una vasta y complicada intriga, que espero será abundante y sabroso pasto para los aficionados a las emociones de una trama enredada sin ser inverosímil ni estupenda, como ya no puede admitirse en sana literatura (1).

Pero el mismo año 1864 el Gobierno le dió el cargo de Intendente de Colchagua, en el cual le esperaba una enojosa labor administrativa que le fué distanciando de las letras, y dos años más tarde se le enviaba al extranjero como Encargado de Negocios de Chile en los Estados Unidos. "Guardó, pues —ha escrito él mismo—, en un paquete sellado con lacre, para evitar tentaciones, las carillas que tenía escritas de la novela *Durante la Reconquista.* Su propósito, al guardar así estos manuscritos, fué el de abstenerse de todo trabajo literario, a fin de dedicar todos sus esfuerzos a las tareas administrativas, como los dedicó exclusivamente en la Intendencia de Colchagua y más tarde en los diversos cargos diplomáticos que le tocó desempeñar. Sólo en 1888, al obtener su jubilación del Gobierno de Chile, y especialmente a instancias de su señora, doña Carmen Bascuñán de Blest Gana,

(1) Carta en la *Revista Chilena,* mayo de 1917, p. 137.

fallecida en París en 1911, reanudó las tareas literarias, empezando por destruir lo que tenía escrito de *Durante la Reconquista*, que encontró muy inferior a lo que, a su juicio, debía ser esta obra, que volvió a empezar desde la primera página" (2).

1. Durante la Reconquista *considerada como novela histórica.*

El relato de *Durante la Reconquista* comienza pocos días después del desastre de Rancagua, cuando entra triunfalmente en Santiago el general don Mariano Ossorio, tras perseguir a los patriotas dispersos. Las primeras escenas muestran a la multitud de la capital aglomerada en las calles de Santiago para celebrar la llegada del general victorioso; pero no sólo describen y animan multitudes: en ellas resaltan desde el comienzo las figuras centrales del drama que mueve su pluma: Manuel Rodríguez, disfrazado de roto; el coronel Laramonte, encargado de las tropas en la formación; Violante de Alarcón, don Jaime Bustos y los demás tertulios de don Francisco Carpesano, y otros personajes. La intriga se inicia inmediatamente.

El segundo hecho histórico es la batalla de Rancagua, que describe un humilde soldado patriota, Cámara, a quien va a caber destacada actuación en la novela. El autor había sido militar, y sabía que cada hombre que forma en una acción de guerra no conoce, salvo si es jefe, sino la tarea que a su grupo encomiendan los generales y los capitanes; por eso Cámara no pretende contar la batalla íntegramente, sino lo que vió de ella. Lo mismo hace Robles con otros hechos.

Los malogrados esfuerzos del general don Bernardo O'Higgins para defender, con sus escasas tropas, los vados del Cachapoal, se reducían, en la relación del mayor, a lo que él, Robles, había hecho con unos cuantos jinetes cruzando en la noche para ir a tirotear sobre la ribera sur del río,

(2) Amunátegui Solar, *Bosquejo Histórico*, donde el fragmento que hemos copiado se lee en la p. 554.

con las avanzadas del ejército realista, mandadas por el general Elorreaga (p. 92, t. I.) (3).

Cámara cuenta en seguida la batalla de Rancagua con lenguaje pintoresco y sencillo. "Cuando llegué a la trinchera..., toditos estaban callados como si estuvieran oyendo misa." Le preocupa el estruendo del combate, y lo resume así: "El ruido era de dejar sordo". Da cuenta del heroísmo de sus jefes: "Mi capitán Astorga y mi capitán Millán tomaron los fusiles de dos muertos y empezaron a tirar duro también, y nos enseñaban a apuntar". O'Higgins encarga a Cámara de una misión importante: llevar a Carrera, que se hallaba fuera de la plaza, un mensaje, y le recomienda que si lo encuentran los realistas, se trague el papel.

Saltando tapias y pasando por los tejados, salí de la plaza sin que nadie me viera, y me puse a andar por los potreros, preguntando cuando salía al camino y topaba con alguien. Allá en Lo Cuadra vine a encontrar la división de mi general en jefe, y le entregué el papel a mi general. Todo el mundo me hacía preguntas, y les conté lo que pasaba en la plaza. (T. I. p. 97.)

Poco después volvía con la respuesta de Carrera y lograba entrar a Rancagua a las dos de la mañana (del día 2 de octubre) (4). Luego cuenta los preparativos hechos por O'Higgins para evacuar la plaza, el paso de los pocos sobrevivientes por entre los enemigos que cerraban las salidas, y la dispersión en el campo. Da grande importancia a la muerte del caballo que montaba, un generoso alazán que había resultado herido en la fuga:

(3) Se citará de la edición chilena de 1933.

(4) Esta circunstancia también ha sido tomada de la historia. Oigamos el señor Bañados Espinosa: "O'Higgins, para saber a qué atenerse, resolvió mandar un emisario al general en jefe. Un dragón, un heroico dragón cuyo nombre por desgracia no ha conservado la historia, se ofreció para ir disfrazado de mujer al campamento de la 3.ª división. O'Higgins tomó un papel de cigarro y escribió: "Si vienen municiones y carga la 3.ª división, todo es hecho". El dragón sale por los albañales de la ciudad y se dirige con plausible audacia al campamento de la 3.ª división." (*La Batalla de Rancagua*, p. 197.)

Cualquiera habría pensado que la bestia no esperaba sino que nos bajásemos para caer al suelo. Al tiro se le doblaron las piernas como yuyo, y se echó de lado, siempre temblando. ¡Qué había de ser, pues, si le habían pegado un balazo en el encuentro y le salía la sangre como río! (T. I, p. 99.)

Robles comenta la muerte del caballo y amenaza represalia: "Esa se la guardo a los godos —exclamó con voz irritada el mayor—; ¡que pierda mis *charrateras* si no me la pagan algún día!" Después de la muerte del alazán, los dos hombres, Robles y Cámara, debieron seguir huyendo a pie.

El tercer hecho histórico es la prisión de patriotas en Santiago la noche del 8 al 9 de noviembre de 1814, su encierro en la cárcel y la sublevación que culminó en la matanza del 6 de febrero de 1815. En este hecho de sangre mezcla Blest Gana inextricablemente la realidad con la fantasía novelesca. No sólo el hecho mismo pertenece a la historia, sino que en él —al narrarlo el novelista— aparecen hombres reales, de carne y hueso. Uno es Juan Argomedo, al cual se refiere Barros Arana en la siguiente forma: "...un individuo llamado Juan Argomedo, que se hallaba preso por deudas" (t. X, p. 42); y Blest Gana: "detenido aquí por deudas" (t. I, p. 283). La actuación de Argomedo en la novela se conforma a los dictados de la historia: Argomedo era testigo de las conversaciones tenidas en los departamentos de la cárcel por los patriotas: "Argomedo —escribe Barros Arana—, sin interesarse por nada que se relacionara con los negocios públicos, había sorprendido algunas de aquellas conversaciones; y creyó que revelándolas a las autoridades podría alcanzar una buena recompensa, o a lo menos su libertad". (O. c., p. 42.) En la novela, la motivación de la denuncia es igual. Argomedo, según Blest Gana, es hijo ilegítimo de don Jaime Bustos, Marqués de Peña Parda, y sufre doblemente por su condición socialmente deprimida y por sus vicios. Ebrio consuetudinario, necesita a menudo dinero para divertirse en las *chinganas*, y cuando no lo obtiene de su padre, lo exige a la que fué su ama de leche (Ña Peta) o lo gana con dificultad en menudos trabajos o en sim-

ples golpes de mano. Según Blest Gana, Argomedo denuncia para ser recompensado con dinero. Las tentativas de delación fueron dos. En la primera Argomedo se dirigió a don Luis Urrejola, comandante general de armas de Santiago, que "acabó por creer que éste (Argomedo) inventaba esas conversaciones revolucionarias, y no volvió a acordarse de ellas" (Barros Arana, o. c., p. 42). En la segunda hizo la denuncia a don Antonio Lavín, "realista exaltado y alcalde ordinario de Santiago desde el 1.º de enero de 1815". "Habiéndose trasladado a la cárcel, tuvo éste una entrevista con el delator, y en el mismo día comunicó a Ossorio sus recelos, como si en efecto hubiera descubierto los hilos de una seria conspiración contra el Estado. Dos oficiales de Talaveras a quienes estaba encomendada la dirección de la policía de seguridad, el sargento mayor don Antonio Morgado y el capitán don Vicente San Bruno, se encargaron de adelantar la investigación y de reprimir violentamente todo conato de revuelta." (Barros Arana, o. c., p. 43.) El autor refiere en la novela estas dos delaciones y describe, tal como Barros Arana, los preparativos de San Bruno para aprovecharlas contra los patriotas presos. Para llevar la conspiración adelante, San Bruno discurrió hacer entrar en la guardia de la cárcel a un hombre de su confianza que le tuviera al cabo de todo. La novela sigue a la historia también en este detalle. El sargento de Talaveras Francisco Villalobos fué encargado de la guardia de la cárcel, y mediante frases de descontento contra sus jefes, que profería una vez y otra, ganó la voluntad de los prisioneros y se ofreció a secundar sus planes. Es seguro que al principio las conversaciones de los detenidos no reflejaran otra cosa que el deseo de recuperar pronto la libertad; pero desde la llegada de Villalobos la conspiración existió. "Por medio de esos agentes —escribe Barros Arana—, se excitaba a los presos, haciéndoles creer en la posibilidad de un levantamiento que sería apoyado por casi toda la guarnición de la ciudad. Al mismo tiempo se tomaban las medidas necesarias para ejercer sobre esos infelices una represión que escarmentara a las gentes de volver a soñar en levantamientos". (O. c., p. 43.)

El pacto solemne entre Villalobos y los presos se hizo en una misa, para dar —pensaban los patriotas— más solidez al compromiso moral contraído. De la simple evasión que anhelaban al principio pasaron luego los presos a soñar en una vasta sublevación de las tropas que habría derribado al Gobierno realista y hecho posible la inmediata restauración de la patria libre.

Esos agentes (los enviados por San Bruno) —dice Barros Arana— engañaron a los presos hasta el punto de hacerles creer que una gran parte de la guarnición de la ciudad estaba resuelta a apoyar la revolución que se preparaba en aquel calabozo. Queriendo obtener la protección divina, los presos pagaron una misa que debía celebrarse en la misma cárcel, y aplicarse, según se decía, por el buen resultado de un negocio que interesaba a todos ellos: y se convino en que en el momento en que el sacerdote alzase la hostia, todos los iniciados harían una señal que significaba promesa solemne de fidelidad y de unión de propósitos. (O. c., p. 43-4.)

El día de la sublevación se tomaron las medidas conducentes a producir en el ánimo de los patriotas la persuasión de que sus planes se realizaban, sin que sospechasen que eran víctimas de una celada.

El sargento Villalobos... llevó a los presos una abundante provisión de aguardiente, instándoles que bebieran copiosamente para infundir valor y confianza a algunos de ellos que entonces, por primera vez, oían hablar de semejante conspiración, y encerró en distintos calabozos a Argomedo y a Quirós, que inspiraban no pocas sospechas a sus compañeros de prisión. (Barros Arana, o. c., p. 44.) (5)

(5) Sobre estos luctuosos sucesos encontramos en Barros Arana una nota que creemos conveniente transcribir: "Los asesinatos cometidos en la cárcel de Santiago en febrero de 1815 fueron referidos en sus rasgos principales por el doctor don Juan Egaña en *El Chileno Consolado*, tomo I, pág. 88, y al parecer fundándose en los informes verbales del doctor don José Antonio Rodríguez Aldea, que ocupaba entonces una alta posición cerca del Gobierno. Esa relación, aunque sumaria e incompleta, fué reproducida en 1835 por el padre Guzmán en la lección 53 de su *Chileno Instruído en la Historia de su País*. Ninguno de aquellos dos escritores conoció los documentos judiciales que se refieren a estos sucesos. Quince años más tarde, don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui, habiendo descubierto el expediente casi completo del proceso que siguieron las autoridades realistas a Romo y a los otros presos que salvaron la vida en aquella emergencia, y contando además con los informes verbales que pudieron suministrarles algunos de los contemporáneos, lograron formar una relación completa e interesante de estos hechos en la sección II de *La Reconquista Española*." (*Historia General de Chile*, t. X, p. 48.)

¿A qué seguir? La historia no dice otra cosa que la novela, y ésta no se toma acaso otras libertades que mezclar con los seres reales, que tuvieron existencia identificable, los de la fantasía del autor.

Es una perfecta fusión de verdad y de imaginación, lo más logrado que se ha producido en Chile en el ramo de la novela histórica. En ésta había sido frecuente que los personajes históricos fuesen sólo los grandes hombres, los jefes, los guías, y el novelista se reservaba la creación de los seres secundarios, los que mueven realmente la trama, de la cual los hechos históricos vienen a ser sólo puntos de referencia, al modo que las elevaciones del terreno en la confección de un plano topográfico. En la obra de Blest Gana hay algo más: no sólo es histórico Manuel Rodríguez, que anima las guerrillas, figura de primera fila en la historia política de Chile, sino que también lo es un pobre infeliz como Juan Argomedo, sujeto a sus pasiones sin freno, o un fanático como Villalobos. Blest Gana ha dado con *Durante la Reconquista* un nuevo molde para nuestra novela histórica (6).

El cuarto suceso real que entremezcla Blest Gana en su obra es el viaje a Chile del sargento mayor de ingenieros tucumano

(6) *Durante la Reconquista* es una novela histórica, propiamente, no política. Las notas de este género que presenta el autor en el curso de su relación figuran allí para dar impresión de un ambiente profundamente trabajado por las alternativas de la lucha guerrera, pero no para informar al lector sobre la vida política del país. Y se explica: Blest Gana era novelista ante todo, y por encima de las diferencias que los negocios públicos crean entre los hombres, le interesaban los sentimientos y la vida toda de éstos. La mejor prueba de que *Durante la Reconquista no es, ni* su autor *pretendió* que fuese, una novela política, la debemos ver en que Blest Gana alteró no poco las relaciones efectivas de Osorio y Marcó del Pont con San Bruno, como hizo notar don Diego Barros Arana en su artículo sobre la novela. Blest Gana coloca a San Bruno junto al gobernador español de Chile en situación propicia para el desenvolvimiento de sus planes. Más que ser un ejecutor ambicioso y fanático, en la novela San Bruno figura como inspirador.
Distinta fué la situación de San Bruno cuando llegó al país el nuevo mandatario Marcó del Pont. "Mereció —dice Barros Arana— desde el primer día la ilimitada confianza de éste, pasó a ser su consejero y su inspirador, se vió elevado inmediatamente al rango de teniente coronel, y fué favorecido con puestos que lo revistieron de una autoridad casi *ilimitada.*" (*Historia General de Chile*, t. X, p. 234.)

don José Antonio Alvarez Condarco. San Martín había encomendado a este jefe la exploración detenida de la cordillera para saber por cuál sitio preciso podría resultar fácil el paso de las tropas que preparaba en Mendoza. Las conclusiones de Alvarez Condarco eran desoladoras: en la cordillera no había caminos sino angostas veredas que no dejarían pasar con comodidad los bagajes y cañones del ejército libertador, y en los precipicios y las quebradas eran fáciles las sorpresas que podían desbaratar la expedición. Entonces San Martín pidió a Alvarez Condarco que examinara detenidamente las gargantas cordilleranas de la provincia de Aconcagua, que, además de ser limítrofe con la de Mendoza, dejaba a poca distancia de Santiago a las tropas que iban a venir de la Argentina. Alvarez Condarco emprendió varios viajes de exploración y tuvo noticias de que los centinelas de Marcó del Pont andaban próximos, de modo que sus sondeos fracasaban. ¿Qué hacer? Pero San Martín era fértil en ardides:

> Ocurriósele disfrazar a su ingeniero de parlamentario, y darle por pasaporte un oficio en que notificaba al Presidente de Chile la declaración de la independencia argentina que meses antes había proclamado el Congreso de Tucumán. Como se concebirá, era éste un salvoconducto que podía muy bien trocarse en una sentencia de muerte. A San Martín, menos que a nadie, se le ocultaba el riesgo que iba a correr su mensajero, y temiendo que éste se desalentara con una garantía tan precaria, junto con descubrirle su arbitrio, le pidió que marchara sin temor, porque si los godos tocaban uno solo de sus cabellos, él haría ahorcar sin remisión a todos aquellos de sus paniaguados que tenía bajo su mano como rehenes. (Amunátegui, *Reconquista,* p. 390-1.)

El paso de Alvarez Condarco por la cordillera no se hizo sin peligros, pero ellos aumentaron cuando el enviado se encontró en Santiago. Marcó del Pont, al recibir el oficio de San Martín y leerlo, se sintió objeto de una burla cruel. La escena que se desarrolló entonces en palacio ha sido contada por el propio Blest Gana, y en ella, conforme su personal concepción de la novela histórica, el autor juntó los personajes reales a los novelescos. El momento era, en realidad, solemne. Marcó del Pont pensó abrumar a Alvarez Condarco con penas que castigasen su

insolencia al presentarse a depositar en sus manos no el documento que él esperaba —un testimonio de que los patriotas estaban vencidos y dispuestos a tratar con el Gobierno realista—, sino una simple declaración de independencia formulada por un poder rebelde. El novelista, dominado por sus sentimientos, personales respecto de Marcó del Pont y de su menuda corte, cede al deseo de hacer caer lo ridículo sobre aquellas personas. El hecho escueto es que Marcó del Pont ordenó a don Francisco Lazcano, auditor de guerra, instruir un sumario para castigar el inaudito atrevimiento de Alvarez Condarco.

En cuanto al acta de la independencia argentina, por dictamen del auditor de guerra..., hizo que el verdugo la quemase en la plaza pública como un libelo infame, "atentatorio a los principios que la naturaleza, la religión y el Rey prescriben". (Amunátegui, o. c., p. 395).

Blest Gana introduce en este episodio de la vida chilena un detalle que la historia no registra. En compañía de Alvarez Condarco habría pasado a Chile, según el novelista, Manuel Rodríguez, que disfrazado de arriero iba a servir a su jefe para conocer el estado de ánimo del pueblo y que una vez cumplida su misión debía desaparecer. Manuel Rodríguez burla la vigilancia secreta a que le había sometido San Bruno, se pone al habla con sus amigos, entre los cuales principalmente los hermanos Carpesano, y luego se disfraza de fraile para llenar mejor su misión. Disfrazado asiste, en la novela, al auto de fe que se hizo en la plaza con el papel de que era portador Alvarez Condarco, y luego se queda en Chile para preparar y realizar el asalto a Melipilla.

Este es precisamente el quinto y último suceso histórico a que da entrada Blest Gana en su novela. El asalto a Melipilla fué posible por el estado del país y sobre todo por el arrojo increíble de Manuel Rodríguez, que inflamaba a las gentes con sus prédicas patrióticas y que pedía el exterminio para los enemigos de su tierra natal. Rodríguez obtiene —en la novela—, para llevarlo a cabo, la colaboración de José Miguel Neira, bandido

famoso y personaje histórico también, que había sido ovejero en su juventud.

Rodríguez, que conoció al antiguo ovejero durante sus correrías, le convirtió al patriotismo, le arrancó la promesa de no robar sino a los godos, promesa que como se colegirá no siempre cumplió, e hizo consentir en formar una montonera de su gavilla correspondientemente aumentada. Neira entró en campaña con 60 ó 70 individuos, todos bárbaros y sanguinarios como él; pero como él también diestros y arrojados. (Amunátegui, o. c., p. 409.)

Las depredaciones de Neira, con cuyo paradero ninguna pesquisa era capaz de dar, hicieron que el Gobierno de Marcó del Pont pusiera precio a su cabeza. Blest Gana se aleja de la historia en dos detalles importantes al hacer entrar en su obra el asalto a Melipilla. Desde luego, auxilia a Rodríguez con las fuerzas de Neira, que de antes venía sembrando el terror en los campos de Colchagua, y en seguida hace ir a San Bruno a Melipilla para reducir a los insurgentes que por unas pocas horas se apoderaron del pueblo. La verdad es que Neira no se encontró presente en esta acción de fuerza practicada por Rodríguez acompañado sólo de unos ochenta hombres que fué reclutando en el camino. El oficial realista a quien encomendó Marcó del Pont la persecución y el castigo de los asaltantes fué el subteniente don Antonio Carrera. Igualmente introduce cierta libertad en el desarrollo de la acción: mientras Manuel Rodríguez asalta Melipilla, Abel Malsira, en compañía de unos cuantos fieles, invade las casas del fundo Los Canelos, que en la novela aparece como de propiedad de don Alejandro Malsira, padre de Abel, y comprado más tarde por Violante de Alarcón cuando el Gobierno realista hizo sacar a remate las propiedades de los patriotas irreductibles. Pero no hagamos reproche al novelista por haber sido ahora menos fiel que antes a los dictados de la historia. Nos acercamos al fin de la obra, y Blest Gana, obediente a su destino de espléndido compositor de fábulas novelescas, no quiere dejar ningún cabo suelto. En los asaltos a Melipilla y a Los Canelos intervienen muchos de sus personajes, tanto los de ficción como los reales, y a

varios toca recibir el premio o el castigo que habían merecido sus actos. El humilde Robles, por ejemplo, aparece en la novela cercado por un grupo de sus enemigos, y cuando el oficial realista que le persigue lo prende, elogia su conducta, diciéndole: "Es usted un valiente". Pero San Bruno, siempre con sed de sangre, hace ajusticiar sumariamente a ese buen hombre en Melipilla, a presencia de Abel Malsira, tal vez con la intención secreta de amedrentar a éste. Tal es la suerte de uno de los buenos; veamos ahora la de uno de los malos. Juan Argomedo se halla preso en la cárcel de Santiago cuando se produce el asalto a Melipilla, acusado de la muerte de Ña Peta, por las declaraciones de prima Catita y prima Cleta, que creyeron verle huir en la sombra en la noche del crimen. San Bruno lo lleva a Melipilla con la esperanza de que le descubra el paradero de los insurgentes. Argomedo, acuciado por la promesa de quedar en libertad, trata de obtener un dato que sus interrogados no conocen. Nos encontramos ya, como el lector podrá ver, en plena novela; sin embargo, parece haber algo histórico en la muerte de Argomedo. Abel Malsira, cuando va a Melipilla a entregarse a San Bruno para que éste ponga en libertad a Luisa Bustos, encomienda la suerte de Argomedo a Manuel Rodríguez. El guerrillero ordena echar al infeliz en una quebrada para que sea festín de los buitres. Es parecida la suerte que cupo a Tejeros, el gobernador de Melipilla, según la historia, después del asalto a esta población. Tejeros fué llevado consigo por Rodríguez en su fuga, y no se le dejó en el campo por temor de que los realistas que perseguían al patriota se informaran con él respecto del camino que seguía; pero Tejeros no era hombre fuerte: "Poco habituado a semejantes correrías, no podía ya moverse por sus pies. Su transporte llegó a ser otro grande embarazo para sus conductores... Rodríguez, que no era sanguinario, manifestó repugnancia por adoptar aquel dictamen (matar a Tejeros). Su objeto al apoderarse del gobernador de Melipilla no había sido darle la muerte. Si tal hubiera sido su intento, no le habría conducido a tanta costa hasta aquel punto. Mas, al fin, mal que le pesase, se vió precisado a convenir

que el problema no tenía otra solución." (Amunátegui, o. c., p. 417.) La muerte de Tejeros presenta cierto parecido con la de Argomedo, aunque es evidente que al quitar la vida a éste, el autor perseguía castigar las felonías que había cometido el infeliz hijo de don Jaime Bustos.

Fuera de los hechos históricos conocidos y de estos personajes identificables, de cuyas aventuras hay testimonio documental, la novela de Blest Gana acude a muchos pequeños detalles que completan el cuadro del ambiente en el período de la Reconquista. Estos pormenores se ajustan también, por lo general, como los hechos fundamentales que hemos señalado, a lo que registra la historia (7). Veamos, por ejemplo, uno referente a la vida de Manuel Rodríguez. Blest Gana le presenta disfrazado de roto en las primeras páginas de su novela, de arriero más tarde, cuando acompaña a Alvarez Condarco en su audaz expedición hasta Chile (dato este último que la historia no consulta), y de franciscano en seguida, para escapar a la persecución de San Bruno; así como para evitar una pesquisa de este mismo en Los Canelos del señor Malsira, se dejó poner en el cepo y adoptó el aire de un borracho perdido. Todo esto está comprobado en general por la autoridad de la historia. Los Amunátegui en *La Reconquista Española* dicen de Rodríguez: "De una imaginación traviesa y fecunda, era destrísimo en disfrazarse. Ya buscaba su seguridad bajo la capucha de un fraile mendicante

(7) La exactitud de los detalles en la novela de Blest Gana es exquisita; fuera de las pruebas que hemos venido dando en el texto, agregaremos otra más. Al hacerse en 1811 la averiguación judicial por el motín de Figueroa, pudo establecerse que había tertulias en las cuales diversas personas de situación solían reunirse para comentar los hechos del día: "Examinados sobre la tertulia de la ventana de Arrúe, declaran sin la menor turbación que desde más de seis años se congregaban en aquel lugar, que es de los más públicos, a conversar de cosas jocosas, de materias de comercio y novedades de correos, siendo el principal objeto tomar el buen vino con que los obsequiaba Arrúe, por lo que decían los mismos que era la tertulia del romanceo". (Manifiesto de don Francisco Javier Errázuriz y Aldunate, alcalde ordinario de Santiago, juez comisionado por la Excma. Junta para una de las causas criminales promovidas por la rebelión del 1.º de abril de 1811 (motín de Figueroa). Se publica en *Los Errázuriz. Notas biográficas y documentos para la historia de esta familia en Chile durante la Colonia*, por J. T. Medina, 1898. Pág. 69.

o el bonete de un minero, o bien iba, libre de temor, a sus negocios, llevando al hombro la bandola de un mercachifle ambulante, o bien todavía durante sus permanencias en Santiago se adaptaba el vestido del criado que servía al individuo con quien necesitaba conferenciar". "Otra vez se hallaba muy tranquilo en casa de uno de esos jueces de campaña cuya amistad había sabido conquistarse, cuando vinieron a avisarle que se acercaba un piquete para prenderle. Los soldados estaban ya muy próximos y no había cómo escapar. No obstante, Rodríguez permaneció impasible, miró a su alrededor y casualmente sus ojos se fijaron en el cepo, mueble, como se sabe, indispensable en la casa de todo juez. En menos de un minuto se le ocurrió cómo convertir aquel instrumento de tortura en su tabla de salvamento. Exigió de su amigo, que estaba tan azorado como un condenado a muerte, que le metiera y aprisionara en él con todo rigor, y mientras ejecutaba la operación, le aleccionó para que diera por causa de su prisión a los recién venidos, que no dejarían de interrogarle sobre el particular, una calaverada de joven." (O. c. págs. 403-404; el episodio fué contado a los autores por don Manuel Cervantes, compañero de Rodríguez.)

Veamos ahora cómo ha aprovechado el novelista este rasgo de genio de Rodríguez en su novela. Manuel Rodríguez se halla en Los Canelos, en las casas del fundo de don Alejandro Malsira, y es preciso que se esconda.

El mayordomo entró a la sazón, anunciando que varios jinetes avanzaban por el camino y se acercaban a las casas. Todos en la sala sintieron que era indispensable tomar una determinación en el acto sobre el escondite de Rodríguez. Este se había quedado pensativo. En sus ojos lucía la expresión del que ha concentrado el pensamiento en busca de una idea. Sin mucho tardar, miró a don Alejandro con el triunfo del famoso *eureka:*

—Dígame, ¿todavía tiene el cepo donde antes?

—Sí, al lado de mi escritorio.

—Pues, ahí voy a esconderme.

—¡En el cepo!

—Sí, en el cepo. Su mayordomo me pondrá de los pies. Si llegan ahí los españoles, yo estaré durmiendo una tremenda borrachera y us-

ted me habrá castigado por desórdenes, o cualquier otro motivo. ¡Vamos! ¡Vamos! No hay que perder tiempo.

Perfectamente sereno, Rodríguez tranquilizaba a los demás, con el aire risueño con que proponía su idea tan singular como atrevida. Sin perder momento, salió seguido por el mayordomo. En el cuarto del cepo se restregó el rostro con el polvo del suelo, se hizo colocar como lo había indicado, de los pies, y pidió al mayordomo le fuese a buscar un vaso de aguardiente. Después de beber algunos tragos, despidió al hombre, recomendándole guardar con los sirvientes el más absoluto secreto sobre lo que hacía.

San Bruno allana las casas de Los Canelos y recorre una por una las habitaciones.

La comitiva pasó a otra pieza. Era la que precedía a aquella en que se encontraba Manuel Rodríguez.

—Esa es la pieza del cepo. Ahí tengo castigado a un hombre por ebrio. Es uno de los peones de la hacienda —dijo don Alejandro.

—No importa, abra usted.

Todos entraron al cuarto que seguía. San Bruno vió un hombre tendido de espaldas sobre el suelo, aprisionado de los dos pies en el cepo. Cubría a medias su rostro con la chupalla, uno de esos sombreros ordinarios de paja, de copa baja y medio redonda, que han usado siempre los peones chilenos. Extendía los brazos en cruz, roncando ruidosamente, inmóvil, con ese aspecto de anonadamiento completo del sueño de los ebrios, que parece suprimir el alma del ser humano y dejar solamente el animal.

El capitán ordenó a don Alejandro y a los soldados que lo alumbrasen. El mismo, con la punta del pie, echó a rodar la chupalla lejos del durmiente.

Cesó el ronquido; pero el hombre, sin moverse, siguió dormitando. El rostro sucio, el pelo desgreñado sobre la frente, su traje desaliñado contribuían a darle la completa apariencia de un roto. San Bruno lo examinaba atentamente. Don Alejandro y Abel, en sumo grado inquietos, trataban, con cuidadoso disimulo, de leer en el rostro del capitán la impresión que le causaba el del cepo.

Con las luces, su respiración dejó de ser ruidosa. Por momentos parecía suspenderse su curso, como la de una persona que vuelve poco a poco, de las profundidades lóbregas del sueño, a la conciencia de la vida: el nadador en ese piélago insondable, que sube del fondo, buscando el aire y la luz. Viendo don Alejandro que aquella situación no podía prolongarse por más tiempo sin peligro, y queriendo indicar a Rodríguez el nombre que iba a darle delante del español, dijo, llamándolo como para despertarlo, haciendo uso del primer nombre que le vino a mientes:

—¡Eh, Carreño, despierta, hombre!

Carreño hizo un esfuerzo para abrir los ojos, que apenas entreabrió. San Bruno le dió entonces un puntapié en un brazo.

El hombre, con un movimiento rápido trató de incorporarse restregándose los ojos y exclamando con alarma:

—¿Qué hay? ¿Qué hay? Déjame, hombre.

—¡Ah! ¡Ah! Despierta al fin; ¿cómo te llamas? —díjole San Bruno.

—Pedro Carreño —contestó el preguntado, con voz soñolienta, fijando en el español la mirada incierta del ebrio, que oye los sonidos medio apagados y ve indecisamente cuanto mira.

—¿Y por qué te han puesto en el cepo?

Rodríguez pareció reunir sus recuerdos, buscándolos en torno suyo, con aire de perfecta estupidez. San Bruno repitió su pregunta con impaciencia. Entonces, con voz destemplada, variando continuamente de tono, haciendo frecuentes pausas en persecución de las palabras, y empleando la pronunciación de los hombres del pueblo:

—Yo soy un hombre honrao, su mercé. . ., honrao soy, pues, ¿cómo no?. . ., y entonces, ¿por qué me ponen en el cepo? Yo bebo con mi plata, pues, y si se me antoja gritar ¡viva el Rey!, ¿por qué no, pues? ¿No le parece, su mercé? Para eso yo gasto mi plata, y si tengo sed, ¿por qué no he de beber un vaso de chicha? ¿A quién se la robo, no le parece? Y soy dueño de gritar también. . .

—Bien, bien —exclamó San Bruno, interrumpiéndole impaciente, y añadió hablando a Malsira:

—Saque usted ese hombre del cepo. (Capítulo XII.)

La escena sigue, porque San Bruno, que poco antes había estado conversando con Manuel Rodríguez que se hacía pasar por Juan Argomedo, concibe la sospecha de que este peón beodo fuese el mismo Argomedo que él conociera en su viaje a Melipilla. El coronel Laramonte decidió la cuestión ordenando a San Bruno, que quería flagelar a Rodríguez, volver al cepo a ese pobre ebrio que apenas se sostenía sobre sus pies. En éste y en otros episodios que aparecen en el libro se ve la confirmación de lo que ha dicho don Pedro N. Cruz: esta novela es de las que completan a la historia.

Semejante procedimiento novelesco no se reduce a *Durante la Reconquista.* En *Martín Rivas,* como ya dijimos, el protagonista participa en la jornada del 20 de abril de 1851, es decir, en la sublevación de Urriola que tenía por objeto apoderarse del Cuartel de Artillería de Santiago, ubicado en el solar que hoy

ocupa la plaza Vicuña Mackenna. Sometido a juicio, Martín Rivas es condenado a muerte, hasta que su novia, Leonor Encina, gestiona su salvación y consigue librarlo de la pena capital. La fusión de lo histórico y lo novelesco es completa. Al escribir *El Ideal de un Calavera* aprovechó también Blest Gana un suceso histórico de todos conocido. El protagonista, Manríquez, vive alocadamente varios años mil y una aventuras, hasta que se ve comprometido torpemente en el motín de Quillota de 1837 que produjo la muerte de don Diego Portales. En el proceso incoado a los individuos que tuvieron participación en este luctuoso suceso, el novelista complica a Manríquez, a quien se fusila como a muchos otros. Sin referirse propiamente a personajes históricos, también obedece a la misma manera de construir la novela titulada *El Loco Estero,* que Blest Gana publicó varios años después de *Durante la Reconquista.* En esa novela con reminiscencias de la niñez del autor, el individuo enajenado es un ser que tuvo existencia real y que vivía en una casa contigua a la que ocupaba la familia Blest Gana. El autor toma, pues, a los hombres de la vida real y los sublima con el concurso del arte para hacer de ellos creaciones propias suyas que sobreviven no sólo a los modelos de que fueron tomadas, sino también al mismo evocador novelesco. No quiere, sin embargo, que se busque una clave en sus novelas, y llega hasta negar la evidencia. "Como los escultores y pintores —dice en su memorándum autobiográfico citado—, el novelista había formado sus caracteres con el conjunto de prendas morales y físicas que estudiaba en distintos individuos; y de ahí, a su juicio, que los lectores hayan solido encontrar en sus novelas el retrato de un personaje real, por ver atribuídos a algunos de los héroes los rasgos o cualidades que, por su parte, ellos mismos habían observado en individuos de sus relaciones. Pero esta circunstancia nunca se ha descubierto en el conjunto de la pintura de los caracteres, que, en verdad, son imaginarios." (Cit. por Amunátegui Solar, *Bosquejo,* pág. 565.) Claro está que esa observación nada tiene que ver con los personajes históricos, que el autor dibuja con cuidado escrupuloso, empeñado

en guardar estricta congruencia entre su presentación novelesca y lo que la historia conserva de ellos. El caso de Manuel Rodríguez que hemos citado es concluyente, y no es, por fortuna, el único.

Estas observaciones que hemos hecho sobre el grado de historicidad de la obra de Blest Gana podrían parecer obvias a los lectores. Es evidente que la novela de Blest Gana puede juzgarse sin relación alguna con la historia, como pura creación artística, y juzgarla desde ese punto de vista sin que nos interese en lo menor la fidelidad de los retratos individuales. Pero Blest Gana voluntariamente aceptaba la investigación de sucesos reales sobre su obra, puesto que la ha subtitulado "novela histórica", y no es desde ese momento ocioso establecer hasta qué punto la historia cabalga sobre la novela y cuándo ésta se independiza de aquélla. Es satisfactorio comprobar, como hemos venido haciendo, que Blest Gana procedió asistido de una conciencia escrupulosa, que no le arredró la investigación para ajustar sus personajes a la verdad y que, sobre todo, dispuso de una atención admirablemente sostenida para no hacer a sus seres de ficción invadir en exceso la órbita de los históricos. Estudió la historia y luego creó la novela, pero el crear ésta también dió una dimensión vital a la primera.

2. *Acción de la novela*

¿Cuántas acciones hay en *Durante la Reconquista?* Según Barros Arana, dos; don Pedro N. Cruz y don Eliodoro Astorquiza, que evidentemente ha seguido al señor Cruz, hablan de tres. El señor Barros Arana no distingue en la novela las dos intrigas que señala; el señor Cruz sí lo hace. Para éste, las acciones se descomponen como sigue:

1.º "Los esfuerzos de los patriotas para preparar el campo al Ejército Libertador, que se organizaba en Mendoza."

2.º "Los amores del joven patriota Abel Malsira con una prima suya y con una apetecible viudita española."

3.º "Los amores contrariados de Trinidad Malsira con el coronel español Laramonte."

Afirma además el señor Cruz que estas acciones, "si bien están hábilmente enlazadas entre sí, podrían sin dificultad ser separadas unas de otras y componer una novela cada una, porque tienen mucho desenvolvimiento y están llenas de incidentes". De ser esto exacto, podríamos prescindir de lo que en algún capítulo se nos dice, sin perjuicio de seguir entendiendo más o menos completamente lo que más adelante ocurre en la novela y de llegar hasta el fin del relato en pleno conocimiento de todo lo que él contiene. Nosotros pensamos que esto no es posible. Más: creemos que la primera acción que indica Cruz no es sino un mero episodio que ha de servir para colocar a los personajes en las situaciones dramáticas que el autor ha concebido. Observemos desde luego que Manuel Rodríguez aparece en el comienzo de la obra (Cap. IV) disfrazado de roto en medio de la multitud y que embriaga a Juan Argomedo para robarle su salvoconducto y poder hacer un viaje a Melipilla en compañía de Abel (Cap. VIII). Pero este viaje apenas tiene relación con la organización de la expedición patriota de Mendoza; el autor no ha puesto el acento en este objetivo particular, y en cambio presenta a los personajes como novelista. En efecto, hace contrastar la frialdad con que Abel Malsira mira la lucha y el ardor tribunicio que inflama a Rodríguez; presenta a Juan Argomedo dominado por los vicios, juguete de sus pasiones y de sus desventuras; pone de relieve la insolencia de San Bruno (episodio de Talagante, caps. IX y X), y muestra en fin a Rodríguez fértil en expedientes cuando pide ser colocado en el cepo para desorientar a San Bruno (Cap. XII). No se podría hacer una novela con estos elementos. Nos faltaría establecer, por ejemplo, por qué motivo San Bruno se encontraba en Talagante, y para ello debemos recurrir a la tercera de las acciones que ve el señor Cruz en la obra: "los amores contrariados de Trinidad Malsira con el coronel español Laramonte". Trinidad había dado a Laramonte una cita en Melipilla, y cuando el primero supo que Abel Malsira, hermano de Trinidad, iba a trasladarse

de Santiago a Melipilla el mismo día, pensó que era discreto hacer aplazar este viaje para que el joven no fuese inconscientemente a estorbar sus planes. Esta misión se la encomendó Laramonte a San Bruno. Las relaciones entre ambas tramas son tan estrechas, tan menudas, tan de cada momento, que más propio parecería hablar de una sola acción.

La segunda que indica Cruz son "los amores del joven patriota Abel Malsira con una prima suya y con una apetecible viudita española". La expresión no es clara. Abel Malsira está presentado por el autor como un hombre joven, que no conoce todavía en forma cierta la orientación de sus sentimientos; en realidad, no ama a Luisa Bustos, su prima, o, por lo menos, no sabe que la ama, y no viene a tener la revelación súbita de su pasión sino cuando Manuel Rodríguez, después del asalto a Melipilla, conversa con él, y sobre todo cuando, al día siguiente, Juan Argomedo y la criada le cuentan que Luisa ha sido apresada por los realistas. Hasta entonces ha estado deslumbrado por Violante de Alarcón, la viuda española, a la que se declara más de una vez: con ella tuvo decidido contraer matrimonio desde su última entrevista en la casa de Los Canelos, y hasta el instante en que su amor por Luisa Bustos venció todas las trabas y le llevó a ofrecer su vida para rescatar a la joven. No podría hablarse, pues, propiamente de "los amores de Abel Malsira con Luisa Bustos", ya que jamás el autor los presenta como tales amores. Cada uno de los episodios que dan aparentemente base para dividir la acción de la manera que indica Cruz tiene en la novela un cometido para la acción general del libro; no se concibe aisladamente, so pena de presentarlo oscurecido y sin relieve.

Más bien se podría contemplar la novela desde otros puntos de vista. Si abstraemos a los individuos o, mejor, si los tomamos como representantes de estados de ánimo colectivos, tendremos en *Durante la Reconquista* la lucha civil de una sociedad pacata, indecisa, en la cual aparecen de cuando en cuando hombres iluminados contra la dominación española. Esta lucha no es

pareja, porque la sociedad, salvo tales o cuales individuos, es realista cuando las armas del Rey dominan y patriota cuando San Martín se aproxima. La escena final, que no hace falta en la economía de la novela (Cap. LXVI), muestra a la sociedad santiaguina unificada en el odio a San Bruno, con el cual venga las ofensas y vejaciones que éste infligió a la dignidad del pueblo chileno. Tal sería la obra de Blest Gana considerada desde un punto de vista que podríamos llamar social o político. Contemplada así, los héroes desaparecen o pasan a segundo término. Pero también la podemos considerar como el relato de una serie de vidas humanas ligadas entre sí por afectos de diversa índole. Hombres como San Bruno y Manuel Rodríguez obedecen a móviles políticos; el primero es indiferente al halago femenino (excepto en la escena del Cap. LXII, cuando ordena desnudar a Luisa Bustos), y el segundo declara a Abel Malsira que su amor es la patria y a él consagrará su vida (Cap. V). Luisa Bustos actúa durante toda la novela movida también por ideales políticos, y viene a descubrir su amor sólo al final del relato. La breve aparición de don Alejandro Malsira está presidida asimismo por el signo político. Otros personajes, en cambio, actúan movidos unas veces por ideales públicos y otras por móviles sentimentales. De este tipo es Abel Malsira, a quien se presenta primero como indiferente en política, luego como patriota, cada vez más ardoroso, hasta que al final se convierte en mártir de la libertad de su patria, pero también de su amor por Luisa Bustos. Al mismo grupo de hombres pertenece Ño Cámara, que no pierde de vista su ideal político, pero que cada vez que se le presenta la oportunidad de seducir a una mujer, la aprovecha. Trinidad Malsira y el coronel Laramonte, en cambio, viven de espaldas a toda intervención en la política, obcecados por su recíproco amor. Los hermanos Carpesano, indiferentes primero, aunque ridiculizan las medidas de los gobernantes realistas, terminan por entrar en las filas de la patria y por hacerse guerrilleros. Hay todavía otro tipo de hombres: los *tejedores* o intrigantes, que quieren estar bien con todos los que mandan, sean

ellos patriotas o realistas. El más destacado es don Jaime Bustos. Finalmente, Juan Argomedo es un ser desprovisto de control moral, cuyas acciones no pueden ser catalogadas sino en un cuadro clínico.

Durante la Reconquista puede ser tomada asimismo como la biografía de un joven chileno, Abel Malsira, a quien el destino coloca en una situación singular. Llega a la edad en que la intervención en los negocios públicos es posible, precisamente cuando la Reconquista española ha asentado su planta sobre Chile (8). No le interesan mucho las alternativas de la lucha, pero se contagia del fervor que pone su padre en coadyuvar a la revolución, y al contacto de Manuel Rodríguez, amigo de aquél, llega hasta interesarse en los episodios de una lucha de que el amor le aísla. Ha concebido una pasión fácil de explicar por la viuda española Violante de Alarcón. "Las razones políticas que lo separaban de Violante —dice el autor, t. I, p. 69— le parecían, en aquella hora, de una insoportable tiranía. Al fin y al cabo, él era libre y podía disponer de su corazón, la más sagrada de las libertades para un joven, pensaba Abel. ¿Qué tenían que hacer las divisiones de realistas y patriotas en los negocios íntimos de su alma, en lo único que nos revela la esencia divina de la humana organización, en ese impulso misterioso e irresistible que lo arrojaba a los pies de aquella mujer que, aún sintiéndola a su lado, le parecía un ser ideal, casi ilusorio?" Durante buen número de capítulos de la obra, Abel Malsira no piensa o, mejor, no sueña otra cosa; todo su ser está embargado por Violante.

(8) En una conversación que tienen Manuel Rodríguez y Abel Malsira se lee: "Además, aunque somos de la misma edad, yo tengo infinitamente más experiencia que tú". (T. I, pág. 41.) Manuel Rodríguez nació en 1786; según el novelista, el joven Malsira, lo mismo que el guerrillero, tenía, pues, en 1814, veintiocho años. La diferente figuración que a uno y otro cabe en la historia novelesca de la Reconquista que el autor se ha propuesto tratar, debe atribuirse a la diversidad de la formación individual de cada uno. En el mismo sitio Manuel Rodríguez agrega a su amigo: "Es natural que las luchas de la vida, por las que tú no has pasado y que han sido mi aprendizaje de hombre, me hayan madurado pronto; de modo que yo podré ver más claro en tu propia situación". Y es efectivo: hasta el último momento, Manuel Rodríguez revela conocer a Malsira mejor que lo que éste se conoce.

Pero los acontecimientos políticos intervienen en el curso de su vida. Una noche su padre es encarcelado, y poco más tarde se le da muerte en la pretendida conspiración de los presos. Esto obliga a Abel Malsira a extrañarse, y siguiendo el rumbo de muchos otros jóvenes de su edad y de su situación, se va a Mendoza, donde encuentra a su amigo Manuel Rodríguez, que tiene sobre él un influjo grande. Si en Chile su ánimo podía vacilar, si la sensualidad de un amor naciente podía invitarle a despreciar la división de realistas y patriotas, precisamente porque su interés sentimental estaba colocado en torno a Violante de Alarcón, española, ahora ya no podrá vacilar ni dudar más. Su padre ha sido asesinado alevosamente por San Bruno y Villalobos; su familia ha sido perseguida; su hermana Trinidad, enamorada de un español, el coronel Laramonte, muere de amor porque su novio se ha visto alejado del país, debido a las maquinaciones de San Bruno. Todo esto clama venganza, y de los móviles particulares, de las razones íntimas y de corazón, el joven pasa a los motivos públicos y a los razonamientos políticos. Desde ese momento interviene abiertamente en la lucha. En los mismos días en que Alvarez Condarco atraviesa la cordillera de los Andes, enviado por San Martín para explorar los pasos de la montaña, Abel Malsira vuelve a Chile acompañado de unos cuantos amigos. Ya no saldrá de su patria, donde va a encontrar la muerte. Organiza las guerrillas, junto a Manuel Rodríguez, y asalta el fundo Los Canelos, de su padre antes y ahora de Violante de Alarcón (9), para desenterrar en él las armas que se habían dejado escondidas. Pero en el fundo lo asedia una vez

(9) Barros Arana da informaciones sobre los secuestros de bienes de los patriotas. En setiembre de 1815 fueron rematadas las existencias de un almacén del doctor don José María Rozas, y poco después otros efectos de don Juan Egaña y de don Antonio Hermida. Las propiedades secuestradas —agrega el señor Barros Arana— fueron ofrecidas "en arriendo por cuenta de la Real Hacienda"; entre ellas cita chacras de los señores Hermida, Egaña, Lastra, Hoevel, don Ignacio de la Carrera, Ovalle, y casas de los señores Pérez y Salas, Márquez de la Plata, Hermida, Ovalle, Fontecilla, Villegas, Carrera y Egaña, y otras propiedades más. "Conviene advertir que sea porque se creyese que aquellos arriendos no podían durar largo tiempo o porque no hubiese quienes se interesaran por tomarlos, la mayor parte de esas propie-

más la tentación de otros días: Violante está allí, persuasiva, encantadora, y le explica tan sensatamente su actitud, que el joven cede. "Era menester despedirse. Violante le anunció que en el mismo día iba a trasladarse a Melipilla y que allí haría una visita a doña Clarisa. Si encontraba el momento oportuno, algo le insinuaría de la reconciliación. Después iría a Santiago, y aunque él no lo quisiese, lo haría indultar y le enviaría un salvoconducto. El procedería como le dictase su corazón. En cuanto a ella, estaba resuelta a esperarlo cómo hasta entonces, segura de que al fin podrían ser felices." (T. II, pág. 360.) Esa misma noche, Abel Malsira tiene una larga entrevista con Manuel Rodríguez. El caudillo avanza una frase audaz: "—Y lo que hay de cierto en todo esto —repuso el tribuno clavando en el joven su mirada que nunca vacilaba— es que tú estás enamorado, bien enamorado, de tu prima Luisa." El novelista comenta: "Abel hizo un ademán vago, sin negar." (T. II, pág. 385.) Luisa Bustos, prima de Abel Malsira, ha crecido junto al joven, y entre ambos se ha formado una amistad tan sincera, tan confiada, que no parece posible hablar de amor. Por lo menos cuando Abel intenta hacerlo, Luisa lo rechaza, acaso sin quererlo. "Sintieron uno y otro, al separarse, como si diesen vuelta la espalda a la felicidad, como si pudiendo unirse en la dicha huyesen de ella, por una fuerza misteriosa que los hacía tomar caminos diversos,

dades, aunque sacadas muchas veces a remate, quedaron sin arrendarse. Cuando a principios de 1816 llegó el indulto acordado por el Rey a los patriotas procesados, según contaremos más adelante, se suspendieron los secuestros de sus bienes; pero subsistieron para los que habían emigrado a Mendoza, que no estaban comprendidos en el indulto. El Presidente Marcó, sucesor de Osorio, creyó posible vender en pública subasta algunas propiedades de estos últimos, y, al efecto, sacó a remate dos casas de la familia de los Carreras, una en la calle de Huérfanos y otra en la de Agustinas, y otra de don José Manuel Barros Fernández, agente fiscal que había sido del Gobierno revolucionario, situada en la calle de la Merced, al pie del cerro de Santa Lucía. Ninguna de estas propiedades encontró comprador." (*Historia General de Chile,* t. X, págs. 78-79, notas.)

La adquisición del fundo Los Canelos por Violante de Alarcón, sin ser, pues, un hecho absurdo dentro de la historia de la Reconquista, no tiene similares conocidos. Esta operación debe tomarse, por lo tanto, como una licencia que el señor Blest Gana introdujo en la relación de los hechos de la época, por lo general ajustados a las investigaciones históricas.

alejando más bien sus corazones que sus personas, separándolos sin poderse llamar, renunciando a comprenderse y a explicarse: ella, porque tenía su secreto y nunca habría consentido en hablar; él, porque desistía de toda veleidad de buscar en ese amor un refugio de paz a la agitación de su alma." (T. I, pág. 198.) Rodríguez no sólo pone de relieve los buenos sentimientos de Luisa, su intenso amor a la patria, sino que también incrimina a Violante por española. En la lucha que se ha trabado, amar al extranjero usurpador es entregarse atadas las manos al capricho de una autoridad despótica, es comprometer el porvenir que se abre risueño. Manuel Rodríguez no vacila en ir más lejos: "—¡Esa sí que merece ser amada con pasión! (se refiere a Luisa) —exclamó Rodríguez entusiasmado—. Es una de las pocas mujeres que habrían podido encadenarme a sus pies, si en mi ardor por la causa de la patria no hubiese hecho voto de castidad de corazón, para conservar la posesión exclusiva de mi voluntad." (T. II, pág. 385-6.) La revelación de la intensidad de su pasión por Luisa, iluminada particularmente por las palabras de Rodríguez, no llega al espíritu de Abel sino cuando, al día siguiente, sabe que aquélla ha sido apresada por San Bruno. Corre entonces a Melipilla, irrumpe en la sala en que Luisa ha comenzado a recibir el ultraje de San Bruno, y se entrega a éste para que Luisa sea puesta en libertad. En ese momento también la joven se confiesa que ama a su primo. A su tío le dice: "—Pues sepa usted que si fusilan a Abel, yo no podré sobrevivirle." (T. II, pág. 427.) Ya actúa como mujer no sólo enamorada, sino ciega de pasión. En la noche, cuando la fuga de Abel debe realizarse, va hasta el sitio por el cual el joven ha de salir. Aparece el mozo, y ella corre a su encuentro. En ese momento se oyen disparos, y Abel queda herido; ansiosamente trata de correr todavía, y al ver a Luisa le dice: "—Oh mi adorada, ¡tú aquí! ¡Huye, déjame morir, yo estoy perdido!" La niña le responde: "—¡Ah mi Abel! ¡Yo tengo la culpa, por querer salvarte! ¡Apóyate en mí, mi idolatrado! Trata de andar, mi Abel querido. ¡Todavía podrás huir! ¡Haz un grande esfuerzo, no

temas que me falten fuerzas!" (T. II, pág. 453.) Estas palabras, y el abrazo y los besos que les unen en la agonía son la primera y la última revelación recíproca de su pasión. Los soldados vuelven a disparar, y ambos ruedan "heridos de muerte" (10).

Si adoptando este punto de vista, tomamos la novela de Blest Gana como la historia de la vida de un joven chileno que oscila entre dos amores de diferente signo y entre la indiferencia política y el sacrificio por la causa de la patria, vendremos a comprender que la fábula tiene una unidad perfecta y los incidentes que embarazan a momentos su desarrollo no bastan para que se hable de varias acciones. Son incidentes necesarios dentro de un plan vasto. El novelista se ha propuesto no sólo trazar una historia de individuos, sino que aspira a pintar la época; no ha escrito una simple intriga de pasión, sino que le interesa tanto como eso —y acaso más que eso— reflejar los sentimientos colectivos de un pueblo en lucha por su libertad. Para ello debe hacer entrar en escena a algunos personajes sin importancia sustancial, pero a los cuales cabe actitud de comparsas eficaces. Es preciso pintar cómo cambian los sentimientos de la sociedad a medida que acaecen ciertos hechos políticos, y a compás de éstos; de qué modo las arbitrariedades de los gobernantes realistas conquistaban voluntades para la causa patriótica; cómo eran divididas las familias, condenados al ostracismo los individuos, arruinadas las fortunas, inquietados los ánimos, trabajadas las voluntades débiles, pero también excitadas las fuertes, por los movimientos convulsivos de una auto-

(10) Las muertes violentas abundan en las novelas de Blest Gana. El señor Cruz lo anotó ya: "El señor Blest Gana, cuando necesita desembarazarse de los personajes, da en lo trágico y acude a la violencia: unos mueren fusilados o de resultas de enfermedades repentinas y mortales; otros se vuelven locos, otros se suicidan." (*La Unión*, Santiago, 20-21 de agosto de 1908.)

En el caso de la novela que nos ocupa, don Alejandro Malsira muere fusilado, su hija Trinidad muere "de enfermedad repentina", y su hijo Abel, fusilado como su padre; igual suerte corre, con Abel, su prima Luisa Bustos; Juan Argomedo es abandonado en una quebrada para que lo devoren los buitres; el "mayor" Robles es fusilado; Ña Peta muere asesinada por Argomedo. Es cierto que el período histórico que aprovecha Blest Gana en esta obra es sumamente trágico; en todo caso la acumulación de desenlaces violentos llama la atención del lector.

ridad moribunda. Abel Malsira, por ejemplo, es un espíritu que no se conoce a sí mismo. La prisión y muerte de su padre, sus conversaciones con Rodríguez, la muerte de su hermana, la prisión de Luisa, sucesos todos que podrían ser tomados como meramente episódicos, ayudan a modelar su verdadera fisonomía moral. El joven que en los primeros capítulos danza en el palacio de gobierno, cerca de Ossorio infatuado por el triunfo de Rancagua, es un débil anuncio del patriota arrojado y enérgico que colabora en la guerrilla de Manuel Rodríguez. Esta transformación espiritual, este cambio de frente en el joven protagonista, no podrían ser entendidos si no se acumularan los antecedentes que consigna el autor, si no se nos paseara, como él hace, por todos los rincones de la sociedad chilena de comienzos del siglo pasado. No hablemos, pues, de varias acciones sino de una sola, ni busquemos a la obra otro protagonista que el único que ella puede tener. La acción de *Durante la Reconquista* es el paso, en una alma juvenil, de la indiferencia en política al sacrificio por la causa de la patria; y el único protagonista es Abel Malsira, en quien ese paso se muestra con todos sus matices.

La acción que reseñamos se ve completada, no entorpecida, por la intervención de episodios que encuentran en el autor una disposición favorable para que adquieran mucho desarrollo, no en perjuicio de una cabal inteligencia de ésta transformación espiritual que se opera en el joven Malsira, sino en favor de ella. La considerable amplitud de estos episodios parece haber desorientado a los señores Barros Arana, Cruz y Astorquiza hasta hacerles decir que la obra tenía más de una acción. Pero bien miradas las cosas, ¿cuál de estos episodios ha sido exagerado? A juicio nuestro, sólo uno: la travesía de la cordillera por Alvarez Condarco. Pero, así y todo, el episodio de Alvarez Condarco no ocupa sino un fragmento de capítulo (LI) y el total de otro (LII), y con esto termina. No sirve en modo alguno para ayudar al movimiento de la trama novelesca, pero sí para acumular observaciones sobre el estado de ánimo de las gentes en Chile hacia el final de la Reconquista. El carácter presuntuoso de

Marcó del Pont, las medidas de seguridad tomadas por sus agentes (11), la incertidumbre que domina en el espíritu de los patriotas por la suerte de la expedición que se prepara en Mendoza, el sistema de conscripción forzosa y de tributos usado por los realistas para ejecutar las obras de defensa que creen necesarias, son detalles que sólo podrían ser mostrados en forma cabal con la intervención de Alvarez Condarco en la obra. Esto en parte justifica la presencia del episodio en las páginas de *Durante la Reconquista,* aunque no basta para ligarlo en forma duradera y firme al devenir de los sucesos propiamente novelescos.

3. *Estilo de la novela*

La manera balzaciana que se podía reprochar con razón al autor en sus primeras novelas ha desaparecido casi de *Durante la Reconquista.* No abundan las observaciones triviales, las genialidades de Pero Grullo que esmaltan el estilo de obras anteriores, conforme la penetrante observación del señor Astorquiza (12). Se reduce más a contar que a comentar; introduce los

(11) Por ese tiempo se producían en las *chinganas* frecuentes altercados, algunos muy violentos, entre patriotas y realistas. "El tribunal de vigilancia y de seguridad pública —escribe Barros Arana— inició numerosos procesos, fundados en denuncias de escaso valor, por conversaciones en que se había hablado contra el Gobierno o contra el Rey, por hacer circular noticias falsas o por provocar desórdenes en las calles con gritos sediciosos, por hacer burlas de las patrullas y centinelas o por pendencias de taberna, en que en medio de la exaltación fomentada por los licores había algunos que hacían votos por la pronta restauración de la patria o anunciaban que ésta estaba cerca. Esos procesos terminaban de ordinario por un fallo absolutorio, por condenación a algunos días o semanas a servir en los trabajos públicos cuando el delincuente era plebeyo, o al pago de una multa cuando era noble." (*Historia General de Chile,* t. X., pág. 235.)

(12) "Un escritor que ejercía tal influencia en la vida misma, ¡cuánta mayor no la ejercería en la literatura! Respecto a Blest Gana, la tiranía de Balzac sobre él debía ser tanto más grande cuanto que hacía presa en un individuo indefenso. La deficiencia de su formación literaria, que queda explicada con los someros datos que he dado de su educación, produjo dos resultados al contacto de las obras de Balzac: en cuanto a la forma, admiraba en el autor de *El Lirio en el Valle* e imitaba en él precisamente los defectos. Le parecía estupendo ese estilo que, según ha dicho alguien, es el estilo mismo de que se valen los graciosos para parodiar el estilo novelesco;

personajes, precipita los acontecimientos y hace que cada uno de los seres que presenta —reales e históricos o fabulosos y novelescos— desempeñe un papel en el drama y contribuya a dar tensión a las escenas. Sin embargo, quedan algunos resabios. Veamos, por ejemplo, cómo se refiere a *Callana* (José Retamo): "Filósofo utilitario y oportunista por excelencia, Callana era, sin disimulo, adicto a todos los grandes, adulador de los ricos, incensador descarado de todas las vanidades humanas. Como si fuera jugando, como insensible a la humillación, que siempre cosecha el que solicita, él manejaba todas esas fuerzas, todas esas debilidades, todas esas soberbias, todas esas pequeñeces, como otros tantos elementos cooperadores de su pasión humanitaria, así como concurren, bajo la mano del maquinista, todos los rodajes de una locomotora al grandioso resultado de la civilización." (Pág. 25 del t. I.) También cede a esta costumbre, de entronque puramente balzaciano, cuando quiere completar un período y darle elegancia que no siempre es natural: "Los pies, calzados de raso, sacaban la punta del ruedo del vestido, buscando un punto de apoyo sobre la alfombra, y los talles, en el movimiento de la danza, tenían inflexiones voluptuosas de algún himno plástico a la eterna poesía del invencible materialismo." (Pág. 47 del t. I.). De cuando en cuando el novelista adopta con sinceridad las impresiones del mundo exterior, y comienza

le encantaban esas tiradas líricas del peor gusto, esas metáforas intolerables, esas interrupciones del relato para decir en tono sentencioso las mayores banalidades. En cuanto al fondo, demoró algunos años para ver lo que constituye la novedad y la grandeza de la obra de Balzac: la representación de la vida común y ordinaria. Desde el genial novelista, el personaje de novela no es un ser extraordinario a quien no conocemos ni reconocemos: el personaje es nuestro vecino, situado en la casa y en la calle que habita y entre los muebles que usa; dibujado con el traje que acostumbra, descrito en sus comidas, en su manera de divertirse, de enamorarse, de trabajar, de ganar dinero, de practicar el culto." (Est. cit., *Rev. Chilena,* agosto de 1920, pág. 348.)

En *Durante la Reconquista* la mayoría de las divagaciones triviales, que son la huella balzaciana en los primeros trabajos novelescos de Blest Gana, ha desaparecido, y los personajes son hombres que tienen una existencia real o que el novelista quiere asimilar a la existencia real de cuantos viven en torno a nosotros. La observación del señor Astorquiza pudo, pues, haber contenido una excepción para *Durante la Reconquista.*

a entonar una loa de admiración a todo lo que ve. Logra detenerse a veces cuando su expresión se hace ya excesiva, pero otras se deja dominar por la facilidad para escribir que guía su mano. Un ejemplo: "Todo tenía una sonrisa, como una chica que va a su primer baile. El aire fresco, las hojas nuevas, el pasto que empezaba a tender su verde alfombra en las laderas, esmaltado con los brillantes del rocío; las aves que entraban a la existencia independiente, acabadas de salir del nido materno, ensayando sus primeros trinos. Era un himno de gracia y de alegría, de esos que la madre tierra entona todos los años, como haciendo burla a los que se hallan lejos del encantado palacio de la juventud y que nunca volverán a encontrarse en la fiesta de su primavera." (T. I, pág. 103.) Estas observaciones huelgan en la novela y podrían haber sido suprimidas sin que nadie sufriera nada. Al revés, el relato se mostraría aligerado, el dinamismo de la narración, que a veces es sorprendente, habría corrido con menos embarazos, y el autor habría comparecido menos en la obra, como es deseable que ocurra en el género novelesco.

Se ha dicho que Blest Gana deja a sus personajes actuar solos y que se limita a presentarlos, para dejarlos proceder en seguida, de modo que sus movimientos parezcan el fruto de sus personales idiosincrasias y no el resultado de un mandato de su creador. Sin embargo, en *Durante la Reconquista* la intervención del narrador, sin ser desapoderada y sin freno, se nota no poco. Ya al comenzar su relación el autor habla de "nuestros campesinos" (t. I, pág. 14), de "nuestro pueblo" (t. I, pág. 75), de "nuestra generación" (t. I, pág. 137), y luego se refiere a "nuestros días" por lo menos en dos ocasiones (t. I, págs. 182 y 393). Después de estas intervenciones del novelista en el relato, la novela se vuelve completamente objetiva. En el segundo tomo no aparece ya el autor casi para nada, y la narración queda entregada por entero a los personajes dispersos en ella.

Los individuos que ha puesto el autor en la escena de *Durante la Reconquista* pertenecen a una raza determinada, a un

ambiente individualizado, y actúan de acuerdo a una norma de costumbres que conocemos. *Durante de Reconquista* es una novela histórica, desde luego, pero también es una *novela social*, es decir, novela que registra los usos de una sociedad. El empeño del novelista para producir esta impresión es constante. Ya en las primeras páginas de su relato habla de "las cumbres nevadas de los Andes", de "la despoblada cima del cerro San Cristóbal" y de "los riscos del Santa Lucía". Al referirse a los personajes populares que forman la multitud santiaguina, recuerda "sus bonetes maulinos de pan de azúcar" para los hombres y los "rebozos de Castilla, verdes y colorados, y sus polleras de vistosos colores" para las mujeres (t. I, pág. 11). Luego habla del "manto con que se cubren las chilenas de la cabeza a la cintura, para ir a la iglesia y a sus excursiones matinales" (t. I, pág. 15). También recuerda que las chilenas en las iglesias se sientan en alfombras (pág. 18): por lo menos, tal era la costumbre a comienzos del siglo XIX. Al dar cuenta de los guisos habituales nombra "la cazuela y el chancho arrollado del almuerzo" (pág. 19). Si habla de los medios de vida y ocupaciones de los chilenos durante la Independencia, anota: "El que no tenía fundo ponía tienda. Los más acaudalados tenían almacenes". (T. I, pág. 27.) Describe las casas en que viven los personajes, no casas cualesquiera, sino casas chilenas, santiaguinas más precisamente: "Grandes piezas, grandes puertas y ventanas, grandes patios. Ancho campo a las corrientes de aire, a las brisas invernales de la cordillera, que llevan en su manto los romadizos, las bronquitis y las pulmonías." (T. I, págs. 37-38.) Luego indica la distribución de estas habitaciones, y en seguida recuerda: "Una puerta en la pared del fondo del segundo patio daba entrada al huerto, espacioso e inculto, con algunos árboles viejos, muchas matas de palqui, grandes malezas, y desde la primavera, un tupido bosque de cicuta. Todo enmarañado y agreste,

sin vestigio alguno de cultura (13) ni cuidado de ningún género. Un rincón de naturaleza abandonado, donde los jilgueros, los chirigües y los triles, las mariposas y las abejas, las lagartijas y los lagartos, reinaban descuidados y haciéndose la implacable guerra con que tratan de exterminarse todos los seres vivientes. . ." (T. I, pág. 38.) No deja de señalar la hora de las comidas: a las cinco de la tarde (t. I, pág. 39), se sirve en la casa del señor Malsira, y el joven Abel que aparece en esa escena da "algún pedazo de carne" a los perros que siguen sus movimientos. Describe tal o cual encanto de la ciudad en que transcurre la novela; habla del "tajamar, no lejos del puente de cal y canto", y del río Mapocho, "que hacía su ruidito discreto entre las piedras, arrastrándose sin apuro, como contento de reflejar las estrellas en el cristal rojizo y empañado de sus ondas" (t. I, pág. 40). ¿Qué decir de costumbres psicológicas, de hábitos humanos, de todo aquello, en fin, que constituye el carácter de los hombres, guía sus pasos en la vida y viene a ser el nervio mismo de toda obra novelesca? Su representación es cabal en la novela, y sería difícil en realidad confundir a los personajes gracias a la claridad de visión del autor y también —¿por qué no decirlo?— a la insistencia con que vuelve una vez y otra a los rasgos típicos que ya ha señalado. Emplea sobre todo este procedimiento con los personajes secundarios y episódicos, temeroso, acaso, de que el lector los confunda, porque la acción no está acaparada por ellos y su número es muy vasto. Veamos, por ejemplo, a las dos tías de Abel Malsira, llamadas prima Cleta y prima Catita en la novela. Son dos solteronas que viven agregadas a la casa de su hermano don Jaime Bustos, conforme ha sido costumbre en la sociedad chilena.

Las dos tenían esas observaciones cortantes y furibundas de los ánimos agriados. Las punzantes espinas del desengaño les habían dejado esa irritabilidad enfermiza de las que han tenido que abandonar la lucha

(13) Aquí la palabra *cultura,* usada como sinónimo de cultivo, parece galicismo. Hay en *Durante la Reconquista* algunos otros; obsérvese que el autor dió fin a su obra después de muchos años de residencia en Francia.

en la batalla de la vida. Como un sueño mágico, la juventud había pasado por ellas, sin realizarles ninguna de las esperanzas que entreabren a las muchachas las puertas rosadas del porvenir. Prima Catita, de una fealdad indiscutible, había tenido que replegar su corazón desde temprano, como flor que se seca, ante la cruel indiferencia de los hombres. Prima Cleta, que desde los veinte a los treinta y cinco poseía los atractivos de una fresca gordura, había estado a punto de encontrar un libertador. La peste viruela, muy común entonces, le había arrebatado el novio, un pobre empleado de hacienda, de obscura estirpe, a quien don Jaime había casi persuadido de que, casándose con una muchacha noble y de grandes relaciones, se aseguraría un brillante porvenir. Prima Catita y prima Cleta citaban con frecuencia el nombre del malogrado novio, Francisco Vellota, con reticencias misteriosas, dando a entender que Cleta había tenido muchos pretendientes y entre ellos un gran partido, del que guardaba todavía el luto en el corazón. Cada vez que se hablaba de casamientos o de alguna nueva epidemia de viruelas, las dos hermanas se miraban suspirando con movimientos melancólicos de cabeza.

—¡Ah la peste, qué terrible cosa! —decían como en confidencia.

—¿Te acuerdas, Catita? —preguntaba Cleta, ruborizada.

—¡Cómo no me he de acordar! —contestaba la otra alzando los ojos al techo—: ¡Pobre Pancho! (T. I, pág. 52.)

Esta escena se repite una vez y otra, con ligeras variantes, cuando salen a la escena las dos infelices solteronas. El autor combina a veces el recuerdo del novio muerto con otros detalles, y pone de relieve la situación socialmente deprimida en que vive la solterona, pero nunca olvida que una de ellas tuvo un pretendiente que se llevó la tumba. Es una especie de lugar común personal del autor que individualiza a las dos mujeres desde el principio hasta el fin del relato. El ejemplo basta para indicar la forma de trabajo de Blest Gana; podrían agregarse muchos más.

También describe la vida del campo, aunque más ligeramente que la de la ciudad; por lo menos, presenta la hacienda Los Canelos, de propiedad del señor Malsira, porque ello es necesario para la inteligencia cabal del relato. "Las casas de la hacienda de Los Canelos eran una de esas moradas de estilo primitivo, sin un solo rasgo de gusto arquitectónico, sin una sola señal de sentimiento artístico, que creó el coloniaje, en su constante

preocupación de sórdida economía. Un vasto cañón de edificio bajo, con techo de pesadas tejas, dividido en un gran número de piezas: las del centro, para habitación de la familia; las de las extremidades, para graneros y otras exigencias del servicio de la hacienda. Tras el edificio un gran patio con piezas de mediagua, con lagar para la vendimia, alambique destilador de aguardiente, despensas y guardafrutas. Más atrás, la arboleda, cerrada por tapias bajas de adobón. Al frente de las casas un corredor mal enladrillado, con algunos escaños para sentarse, y delante una especie de plazuela, un *llanito,* por el que pasaba el camino real. En ese llanito, a los lados de las casas, algunos viejos espinos, vestigios de la antigua selva, en los que los inquilinos y los visitantes amarraban sus caballerías antes de venir a hablar con el patrón." (T. I, pág. 134.) Aunque conocedor de la vida rural, no parece amarla mucho; por lo menos, no le interesa como tema literario. No deja de anotar, a continuación, que esa construción "tenía, sin embargo, el suave encanto de la poesía ambiente, que se desprende, como una emanación armoniosa, de los paisajes de Chile". Pero eso es todo; allí se detiene, y sólo prosigue con breves pinceladas sobre los potreros y el bosque de canelos de la "quebrada vecina". Parece que todo ese paisaje melancólico le evoca días ya pasados: "En la vega, a la derecha, el agua brillaba entre las finas espigas de la totora, devolviendo sus reflejos al sol, con diáfana y cambiante luz, como las alegrías de la niñez". Más fino es todavía el diseño de los cerros lejanos: "Allá distante, un cordón de cerros dibujaba en la atmósfera rosada la sinuosa línea de sus crestas caprichosas, y acentuaba con majestad el tinte sombrío de sus faldas erizadas de espinos y de trébol". (T. I, pág. 134.) Todo esto es bello porque es sencillo y fidedigno y, sobre todo, porque está bien graduado. El primer plano de la novela se reserva a los seres humanos, sus peripecias, sus pasiones, sus movimientos más o menos justificados; si queda espacio, el novelista accederá a poner una nota de ambiente, tal o cual discreta pincelada de color local y leves inventarios de paisajes o de interiores. Nunca romperá el equilibrio, dando a sus páginas un

excesivo contenido no humano. Pero hay más. A veces el autor rehuye en forma consciente, en un rasgo de humor casi violento, interesarse en lo que no sea la dimensión vital de la novela.

Lleguemos hasta los capítulos finales de la obra y leamos la escena en que Luisa aparece detenida por orden de San Bruno en la casa del subdelegado de Melipilla. "Impaciente, se puso de pie y volvió a mirar por la ventana. En el corral, algunas gallinas se obstinaban todavía en buscar comida picoteando el suelo. Las demás, vencidas por el calor del sol, dormitaban. En el potrerillo, la vaca y el caballo luchaban por arrancar con los dientes el escaso pasto, espantándose al mismo tiempo, del lomo, los tábanos con la cola. *La intensa vulgaridad de aquel espectáculo casero bañó el alma de la joven con una penosa sensación de abandono y de miseria.* Una dolorosa envidia ante *la prosaica quietud de ese cuadro familiar* le oprimió el pecho." (T. II, pág. 403.) Poco más adelante vuelve a evocar el mismo cuadro, en parecidos términos. "Aterrado —ahora es Abel el que mira—, miró hacia afuera, acaso buscando amparo, allá, tras el firmamento, en esa región de luz y poder infinito de donde puede bajar la misericordia. Las gallinas y los pavos del subdelegado habían vuelto a picotear el suelo. En el potrerilos dos animales seguían mordiendo el pasto y espantándose del lomo los tábanos y las moscas con la cola. "*El mismo paisaje, tan triste en su vulgaridad,* que Luisa acaba de contemplar", pensó el joven." (T. II, pág. 411.) En nuestros días, un novelista acaso no habría calificado en igual forma este cuadro y seguramente le habría dedicado algunas líneas descriptivas. En todo caso, bastarán estas indicaciones para dejar establecido que para Blest Gana, como novelista, el primer interés está formado por los hombres, y que el paisaje se compone sólo de leves pinceladas distribuídas aquí y allá, muy a lo lejos. En el número de las cosas que el autor puede describir, el primer lugar lo llevan siempre los seres humanos.

Un examen, siquiera superficial, del estilo de *Durante la Reconquista* deja establecido que el escritor empleó una forma

alusiva con preferencia a otra cualquiera. La imaginación reproductora predominaba en él sobre otras cualidades, y arrastrado por ella Blest Gana compara incesantemente los hechos que quiere fijar en la mente del lector, con otros, sea del orden de la naturaleza, sea de la vida mecánica, sea de las costumbres, usando en unos casos de las comparaciones y en otros de las metáforas y de las alegorías. No usó este procedimiento con parsimonia sino con exageración notable: hay páginas de *Durante la Reconquista* en las cuales la acumulación de comparaciones y metáforas llega al abuso (14).

4. Durante la Reconquista *y la crítica literaria*

Hemos dicho más atrás que las primeras obras de Blest Gana levantaron protestas y que algunos críticos censuraron en ellas tanto la orientación moral como la composición y el estilo. *Durante la Reconquista* tuvo una suerte muy distinta. Cuando la publicó, Blest Gana se hallaba lejos de su patria, había servido al país como su representante diplomático y dado a conocer eficazmente el nombre de Chile por las copiosas ediciones de sus novelas hechas por los libreros de Francia. No fueron ciertamente sólo estas circunstancias las que hicieron nacer elogios en torno a esta novela: *Durante la Reconquista* se mostró desde el primer momento, aun a los más exigentes lectores, como una novela de suma importancia a la cual habría sido necio escatimar los elogios. Tal vez el primero de los artículos que mereció este libro es el que don Diego Barros Arana publicó en los *Anales de la Universidad.*

El autor del estudio comenzó por recordar que don Andrés Bello había dicho en 1862 a uno de sus discípulos: "El que en la juventud ha escrito *Martín Rivas* está destinado a ser un gran

(14) Hay en el lenguaje de *Durante la Reconquista* algunos chilenismos y expresiones familiares y vulgares que acentúan el carácter social de la novela y que la vinculan fuertemente a las costumbres del país.

Un estudio de los chilenismos en *Durante la Reconquista* sería del mayor interés, pero no cabría en los límites de esta obra.

novelista". Se refirió en seguida a la interrupción de la carrera literaria de Blest Gana, voluntariamente aceptada por éste cuando fué nombrado Intendente de Colchagua y luego diplomático, y dijo sobre *Durante la Reconquista*: "El autor hace pasar la escena en Santiago y en su provincia, durante los dos años y meses que siguieron al desastre de las armas patriotas en Rancagua. Reconquistado por el ejército español que mandaba el coronel don Mariano Ossorio, Chile fué entonces teatro de una cruel y obstinada represión con que los vencedores pretendían extinguir los gérmenes de independencia y libertad que se habían desarrollado en los cuatro años anteriores". Luego alude a la forma de la narración: "Su procedimiento literario, semejante al que han empleado los grandes maestros de la novela histórica, le ha dado un excelente resultado, haciendo conocer al través de una trama novelesca la defensa de Rancagua, las matanzas de la cárcel de Santiago, el asalto de Melipilla, muchos otros incidentes, y sobre todo el espíritu de la época, así como ha hecho el retrato más o menos completo y fiel de los personajes que en ella figuraban. Esta combinación feliz de la verdad y de la ficción da a la novela del señor Blest Gana un interés palpitante, de tal modo que, comenzada la lectura, no es posible dejar de llevarla a término". (*Anales de la Universidad*, 1897, págs. 5-10.) Barros Arana no dejó de notar en la obra de Blest la complicación de la intriga, que en ocasiones hace obscura la exposición de los incidentes, pero que, merced al avezado arte de la composición, termina siempre por resolverse en la mejor forma posible. También le ocupó tal cual desfiguración de los caracteres de los personajes históricos, que es más notable en el caso del general Ossorio.

Pero esta desfiguración iba a encontrar un defensor en don Eliodoro Astorquiza, que escribió un interesante estudio en la *Revista Chilena* (1920) sobre la obra novelesca completa de Blest Gana. En la parte correspondiente a *Durante la Reconquista,* Astorquiza decía:

Pues bien, no hay, sin embargo, novela más verdaderamente histórica que *Durante la Reconquista,* y ello, precisamente, a causa de la desfigu-

ración de los personajes históricos y de la introducción de personajes no históricos, que son la mayoría. Es que la única manera de que dispone una obra de imaginación para evocar las épocas pasadas es la de aspirar, no tanto a hacer revivir hechos que han ocurrido y personajes que han existido, sino a darnos idea del espíritu de esas épocas; no tanto a pintar individuos, sino grupos de individuos, encarnados en un tipo que resume sus ideales y su modo de pensar y de sentir en presencia de los acontecimientos. De este modo, de este solo modo, podremos saber de una época lo que la historia oficial no nos dice; de este solo modo puede una novela ser histórica. Blest Gana lo ha comprendido así, y cuando ha desfigurado un poco a Ossorio es, como lo dice el mismo Barros Arana, "porque ha querido personificar en ese mandatario la impotencia de los hombre moderados y humanos que aspiraban a calmar las pasiones por los medios de conciliación y la templanza"... Pero tanto la cantidad de seres humanos que se ofrece a nuestra mirada como la falta de unidad de acción hacen que al terminar de leerse estas mil apretadas páginas se produzca en el ánimo del lector un fenómeno curioso que es, desde cierto punto de vista, el mayor elogio que puede hacerse de la obra, y al cual, posiblemente, aspiró Blest Gana: y es que sentimos que allí el protagonista o los protagonistas no son Fulano o Zutano, que los seres individuales que pueblan la novela pasan en nuestra imaginación a segundo plan, entrando a ocupar el primero la República de Chile. Es Chile, el alma chilena, en su lucha por la Independencia, el verdadero protagonista de *Durante la Reconquista*. Si existe entre nosotros alguna obra que puede merecer el título de epopeya nacional es ésta. No se piense que esta epopeya es una idealización sistemática del carácter nacional. No. Al lado de la bravura se muestra allí la cobardía, al lado de la generosidad el egoísmo, al lado de la virtud el vicio, al lado del amor el cálculo. No es *Durante la Reconquista* una narración de fines patrióticos, es un trozo de vida. (*Revista Chilena*, agosto de 1920, págs. 345 y sigs.)

También ha escrito sobre este libro el conocido crítico literario don Pedro N. Cruz; de sus artículos nos hemos ocupado ya al tratar el problema de la unidad de acción de *Durante la Reconquista*. Al finalizar su estudio, el crítico decía:

"*Durante la Reconquista* es la mejor de nuestras novelas, y no creo que se encuentre en la literatura chilena una obra poética, histórica u oratoria que la iguale en inspiración y en dominio del asunto." (Arts. pub. en *La Unión*, Santiago, 20 y 21 de agosto de 1908.)

Igualmente se ha ocupado en esta novela don Alejandro Fuenzalida Grandón, que llenó el sitio dejado por don Alberto

Blest Gana en la Facultad de Humanidades; al hacer el discurso de estilo, el señor Fuenzalida pronunció un elogio de Blest Gana que contiene algunas frases sobre *Durante la Reconquista.* "Nuestro novelador ha creado un mundo suyo y adivinado un mundo muerto. Con su arte peregrino de fabulador liviano y estudioso, nos da una maravillosa resurrección hasta las entrañas mismas de la vida colectiva; la sociedad chilena de la Reconquista aparece con un impulso de movimiento tan sorprendente que nos transporta real y positivamente a aquella época lejana. Esta manera de ver y hacer sentir la constitución de nuestra nacionalidad eleva a Blest a la altura de los mejores reconstructores del pasado." Y luego agrega: "Es tal la fuerza que emana de esa producción, que enseña casi más que la historia misma, porque lo imaginado o verdad problemática vale tanto como la "verdad verdadera". En las grandes novelas históricas hay esto de interesante, que la imaginación reconstructora es algo como un doble poder adivinatorio, como el de que disponía Sir Walter Scott en algunas de sus mejores creaciones arqueológicas medioevales; como Ebers, en la pintura de la vida egipcia; como Lord Lytton, al revivir Pompeya; como Flaubert, al revelarnos en *Salammbo* la vieja civilización cartaginesa". (*Algo sobre Blest Gana y su arte de novelar,* ed. de 1921, pág. 37-38.)

Muy poco después de la publicación de *Durante la Reconquista,* don Roberto Huneeus Gana, ligado al autor por lazos de parentesco próximo, escribió un folleto que se publicó en París. De él citamos algunos párrafos. "El título de la obra va seguido del rubro de "novela histórica" (15). El autor clasifica, pues, su producción, y la clasifica con verdad y, hasta cierto punto, con modestia. Con verdad porque nada hay allí de trascendental y sustantivo que no sea completa e históricamente exacto. Con modestia porque esa obra ha ensanchado los dominios de la novela histórica sin violentar el carácter de ésta y produciendo, en ese

(15) Este subtítulo ha sido suprimido en la segunda edición de 1933, que es, por lo demás, la primera que se hace en Chile de esta obra de Blest Gana.

ramo literario, una hermosa, amena y utilísima reforma, como pasamos a demostrarlo." Sigue luego un breve estudio de algunas novelas históricas de diversas literaturas, y el autor dice en seguida: "Ninguno de estos errores, desequilibrios o caídas se nota en *Durante la Reconquista.* Su autor ha compatibilizado las sujeciones del historiador y las independencias del novelista; y lo ha hecho con tal fortuna y maestría, que no podría asignarse preferencia de roles ni a los hechos que narra ni a los personajes que los ejecutan. Los sentimientos todos del alma de los personajes, en sus relaciones meramente individuales, no comprometen ni sacrifican, en lo más mínimo, la importancia de los acontecimientos que a espaldas o en frente de ellos se desarrollan. Ni los personajes se olvidan de las responsabilidades y consecuencias que su conducta puede producir en los sucesos, ni aparecen éstos como el único motor de aquéllos". Más adelante escribe: "Hemos dicho que *Durante la Reconquista* es una novela histórica; pero hemos agregado que también es algo más que eso. Sin detrimento de su principal carácter, se encuentran, proporcional y armoniosamente distribuídas en el curso de la obra, numerosas páginas trazadas por el escritor de costumbres, por el psicólogo consumado, por el hombre de mundo experto, por el historiador fidedigno y por el artista dominado por propias y elegantes inspiraciones. Y lo curioso es que jamás se descubre entre ellas ni la presencia ni la pluma del autor que concibe y ejecuta. Todo es allí la obra de los personajes o el resultado natural de los acontecimientos. Son ellos los que hablan. El señor Blest Gana ha conseguido lo que muy pocos: ha conseguido no figurar en su novela". (O. c., págs. 26, 28 y 29-30.)

Don Carlos Vicuña Mackenna ha dicho lo siguiente: "Después de haber escrito *Durante la Reconquista* alguien hacía a Blest Gana el cargo de que Ño Cámara no moría en la novela, y el autor respondió: "Ño Cámara representa al pueblo chileno, y el pueblo chileno no muere: vive y vivirá siempre". Y esta hermosa frase... puede aplicarse a todos los personajes de las novelas de Blest Gana. Viven y vivirán siempre porque ellos

son la encarnación de una época, porque se mueven dentro de un ambiente que será de prodigioso auxilio para el historiador futuro, ya que evoca en forma maravillosa todo un estado social." Y más adelante: "Parece, quizá, un contrasentido, pero a mi juicio el héroe de *Durante la Reconquista* es propiamente el capitán de Talaveras don Vicente San Bruno, a quien Blest Gana ha sabido prestar todo el relieve, toda la trágica grandiosidad, todo el fanatismo y todo el entusiasmo que corresponden a la personalidad histórica del hombre que, sabiendo que iba a morir, prefirió caer prisionero de los patriotas, porque —según la frase espartana de su confesión— quedaba todavía un cañón que disparar en defensa de su rey." (Discurso pub. en la *Revista de Historia y Geografía*, t. XXXIX, N.º 43, 1921, págs. 6 y 8.)

Don Domingo Amunátegui Solar dice lo que sigue: "Blest Gana había bebido su inspiración en dos fuentes distintas: una era la sociedad que había tenido a la vista y que estudió durante más de diez años, desde 1853 hasta 1864, en las casas aristocráticas y en las viviendas populares, y la otra, las obras de nuestros historiadores. La época de la reconquista española había sido objeto de prolija investigación entre nosotros, desde que los hermanos Amunátegui presentaron a la Universidad, en 1850, una memoria especial sobre este interesante tema. Siete años después, Barros Arana había consagrado a los mismos sucesos el tercer tomo de su *Historia General de la Independencia de Chile.* No faltaron, pues, al concienzudo novelista datos positivos sobre los hechos y los personajes de aquel aciago período. Con las noticias que tomó de las antedichas fuentes, y gracias a su poderosa pluma evocadora, Blest Gana pudo reconstituir la sociedad chilena durante los Gobiernos de Ossorio y de Marcó del Pont, y presentarla a sus lectores en pintorescos y animadísimos cuadros. No desmerecen éstos, por cierto, comparados con los que se leen en las novelas europeas del género histórico." Luego dice: "En elogio de Blest Gana cabe además asegurar que, en general, los hechos y personajes históricos de su obra guardan conformidad con lo que nos refiere la historia

patria. Un espíritu minucioso podría advertir, sin embargo, algunos pequeños errores. Así, en las primeras páginas el autor presenta al arzobispo de Santiago en la misa de gracia de la Catedral, cuando se sabe que el primer arzobispo recibió el palio en 1841. Más adelante figura como médico prestigioso el doctor español Passamán, que no llegó a Chile sino muchos años después, contratado en Londres por don Mariano Egaña. En lugar de Passamán debió ser citado Grajales, que gozaba de mucha estimación en aquel tiempo." En seguida el autor estudia al pormenor los incidentes de la novela en que, a su juicio, el autor ha sido demasiado parco para explicar los movimientos espirituales de los personajes o que sencillamente son inverosímiles o forzados. Elogia las descripciones de los amores de Ño Cámara, y agrega: "La obra habría ganado enormemente si Blest Gana la hubiera reducido a un solo tomo. En efecto, podrían suprimirse con provecho las escenas entre el coronel realista y Trinidad Malsira, algunos lances del hermano de esta última con la viuda de Alarcón y no pocas vejaciones atribuídas a San Bruno, las cuales concluyen por causar hastío, no interés." En resumen, no le parece la mejor obra del autor: "Debe confesarse que las novelas escritas por Blest Gana en su juventud, por ejemplo, *Martín Rivas,* son más fáciles de leer que *Durante la Reconquista* y despiertan un entusiasmo más espontáneo." (*Bosquejo histórico de la literatura chilena,* págs. 557-562.)

Después de estas palabras magistrales, los juicios a que ha dado origen la obra cimera de Blest Gana tienen menor importancia y repiten sustancialmente lo ya conocido. En 1930, cuando se cumplió el primer centenario del nacimiento de Blest Gana, no hubo ceremonia alguna que recordara al más grande novelista chileno, y en 1933, cuando se reparó este olvido, no se consiguió que ningún escritor trazara sobre el autor de *Durante la Reconquista* las páginas definitivas de crítica literaria que su obra está esperando. El compromiso que con este motivo contraemos es duro. Deberíamos intentar ahora lo que

otros, acaso mejor preparados, no se han atrevido a hacer o han hecho inperfectamente; deberíamos aventurar un juicio propio, que trate de ser original, que descubra lo que otros no han visto o que por lo menos emplace a Blest Gana en una perspectiva novedosa. ¿Lo conseguiremos? Falta mucho por escribir sobre el interesante autor (16); pero, de todos modos, debemos intentarlo.

Es conocido el hecho de que Blest Gana inició la composición de *Durante la Reconquista* en Chile, poco antes de salir al extranjero, y que la terminó en 1888, veinticuatro años después. Gracias al largo compás de descanso que Blest Gana impuso a su pluma literaria y que benefició sólo a esta obra, *Durante la Reconquista* es la más completa de sus fábulas novelescas. Hemos visto que su intriga es complicadísima y que por serlo llegó a parecer compuesta por un agregado de intrigas menores, principales unas y subordinadas las otras. Por nuestra parte opinamos que no hay tal multiplicidad de intrigas. El protagonista de la obra es el joven patriota Abel Malsira, y el autor cuida de mostrarnos dos aspectos paralelos de la vida de este muchacho. Forman el primero sus aventuras de guerrillero interesado en la causa de la revolución de la independencia, como amigo y colaborador de Manuel Rodríguez; el segundo es el desarrollo de la pasión por su prima Luisa Bustos, que al principio él no conoce, cegado como está por la atracción que sobre sus sentidos ejerce Violante de Alarcón, y que se le descubre sólo al final del libro. De esta doble presentación de Abel Malsira surgen todos los incidentes de la obra, y el autor

(16) En los Estados Unidos se ha dado más importancia a Blest Gana, por lo menos en las Universidades con cátedra de literatura hispánica. En la obra titulada *Theses on Pan-American Topics*, que ha publicado la Unión Panamericana de Washington, hallamos las siguientes menciones:

1. Dunn (Kathleen Lulu): *An analysis of the works of Alberto Blest Gana, with an appendix showing the influence of Balzac.* 161 p. 1922.
2. Raymond (Ethel Gertrude): *The historical basis for Alberto Blest Gana's novel Durante la Reconquista.* 204 p. 1930.
3. Wilson (William Charles): *The historical elements in the novels of Blest Gana.* 239 p. 1928.

no puede menos que dar a cada uno de ellos la extensión, a veces enorme, que tiene, porque quiere informar cabalmente al lector de la marcha de los sentimientos de su protagonista y de todas las circunstancias que obran sobre un carácter juvenil. Al escoger como época de su novela el período de la Reconquista, Blest Gana se propuso reconstituir, como todos los grandes novelistas históricos que él conocía, pero sin adoptar servilmente la receta de ninguno, una etapa de vida nacional. Esta reconstitución es fiel, aunque los elementos históricos están siempre mezclados tan fuertemente a los novelescos o fabulosos, que no sería posible separarlos; nunca la novela decae a ser mera historia, si bien contiene varios hechos que la historia registra y numerosos personajes que en ésta aparecen, y tampoco la historia ha sido desfigurada en sus líneas fundamentales al ser incorporada al libro. Hay un equilibrio dinámico, una adecuación prolija y constante, que atestiguan en el autor, a la vez que cabal dominio de la documentación histórica, condiciones nada vulgares de novelista. Las costumbres están bien observadas, y sólo se le podría reprochar al autor, en lo que toca a ellas, que repite demasiado algunas escenas, en circunstancias similares, para producir siempre en el lector una sola impresión. Tal ocurre, por ejemplo, con la tertulia de Carpesano, donde los mismos caballeros dicen todos los días las mismas genialidades de Pero Grullo, y cuya aparición en escena es un resorte que emplea el autor siempre para dar a conocer los sentimientos de la sociedad chilena frente a cualquier determinación del Gobierno realista. No introduce en este recurso variedad alguna, temeroso, acaso, de añadir nuevos personajes a un elenco ya muy vasto. Los seres novelescos están todos, por lo general, pintados de mano maestra, lo que quiere decir que fueron previamente observados con detenimiento. Fuera de los históricos, se dice que algunos de los novelescos corresponden con fidelidad a modelos conocidos; conviene apuntar el dato como hipotético, ya que ningún documento podría darle el carácter de aserto. En todo caso, la personificación de las virtudes y vicios en cada

uno de los personajes es completa y ha sido producida por el autor no con el auxilio de la mera narración, sino por el movimiento, por la acción, por el paso, lento unas veces y agitado otras, de la intriga, por el contraste entre unos y otros seres, novelescos e históricos. Más humanas resultan por cierto las figuras en las cuales las virtudes y los vicios se mezclan, como Ño Cámara, el personaje plebeyo más simpático de la obra; Juan Argomedo, el *huacho* bebedor y perdido; don Jaime Bustos, torpe y cobarde aunque no malvado. Hay también personajes mal caracterizados o insuficientemente dibujados: el coronel Hermógenes de Laramonte, don Alejandro Malsira, que figura muy poco en escena, y acaso Trinidad Malsira, cuya muerte no parece —a juicio nuestro— suficientemente motivada. El interés que despierta la obra en el lector es considerable, aunque su desarrollo sobradamente extenso llega casi hasta fatigar la atención por la suma de infinitas menudencias que en la trama se acumulan. Es difícil, a pesar de los incidentes y de los detalles, dejar abandonada la lectura una vez que ha sido encentada. El aroma de verdad que se exhala de las páginas; el vigor de los retratos individuales; los difíciles trances en que se ven comprometidos los personajes; la mezcla inextricable, a primera lectura, de lo histórico y lo novelesco; la majestad de algunas escenas y la fresca sensualidad de otras; el dolor simpático que producen en el lector las aflicciones de los protagonistas, y la repulsión que, en cambio, se siente por el sistema represivo empleado por los realistas; el claroscuro de las acciones de guerra y de guerrillas; la colaboración plebeya a los esfuerzos de Manuel Rodríguez, son otros tantos motivos que sujetan la atención. A primera vista, un libro tan copioso produce anticipadamente la impresión de que su lectura no será nada fácil. *Durante la Reconquista,* sin embargo, no repele al lector. Podría, sí, repelerlo por el estilo, si el autor, en posesión de todos los secretos del arte literario, no hubiese sabido compensar con el dinamismo de la obra el enfado de una forma literaria recargada, barroca, llena de imágenes de mal gusto que no siem-

pre aciertan a iluminar la impresión desconocida por medio de la conocida, que es el papel propio de la imagen en las letras. El lenguaje y el estilo de *Durante la Reconquista* carecen, como en otras obras del autor, de sencillez, de naturalidad, aunque jamás de nobleza, y es de notar que cuando dialogan los personajes, sobre todo los plebeyos, la lectura se hace más fácil y corre con gran rapidez, porque Blest Gana logró el acierto de no poner en las bocas de sus héroes una forma excesivamente rica de ornamentos, que habría resultado insufrible por impropia y que reserva para sus personales intervenciones.

En suma, *Durante la Reconquista* es una de las mejores novelas chilenas, porque es también una de las mejores de su autor, y aguarda todavía en vano una gemela que pueda en los tiempos contemporáneos hombrearse con ella (17).

XVIII. Los Trasplantados *(1904)*

1. *Personajes principales*

En *Los Trasplantados* Blest Gana puso a contribución sus experiencias de muchos años de vida parisiense para hacer una novela en la cual el ambiente de la capital de Francia, en lo que de él es accesible a los hispanoamericanos, figura con magníficos relieves. Antes de contar lo que ocurre en esta novela hagamos un ligero recuento de sus principales personajes. Don Graciano Canalejas se traslada a París con el objeto de educar a sus hijos, y en el momento en que la novela comienza viven con él su mujer doña Quiteria Gordanera, sus hijos solteros Mercedes y Juan Gregorio y los menores Benjamina y Nicolás.

(17) La primera edición de *Durante la Reconquista* fué hecha en París por la casa editorial Garnier Hermanos, y apareció en dos volúmenes, de 533 y 582 páginas. Es posible que de esta edición se hayan hecho reimpresiones en varias oportunidades.

En Chile no se había hecho hasta 1933 una edición de este libro. A ésta por comodidad la hemos venido llamando segunda edición; comprende igualmente dos volúmenes, de 415 y 461 páginas. En el primer tomo figura como prólogo un par de trozos del trabajo del señor Fuenzalida Grandón, titulado *Algo sobre Blest Gana y su arte de novelar*.

Casadas ya, han separado hogar sus hijas Dolores y Milagros, seducidas por la vorágine de la vida parisiense. Don Jenaro Gordanera, hermano de doña Quiteria, vive también en París por el mismo tiempo. Mercedes Canalejas quiere contraer matrimonio con su compatriota Patricio Fuentealba, pero la ambición de sus padres y de sus hermanas la arrastra a casarse con el Príncipe Stephan Roespingsbruck. En papeles de menor importancia figuran algunos emigrados hispanoamericanos, como Rosaura Fuenteviva, Ignacio Sagraves; doña Regis Canalejas, madre de don Graciano, y los europeos Rosa Montestruc, Guy de Morins, la Condesa de Montignan, Demetrio Vasilipovich y la Duquesa de Vieille-Roche.

2. *Acción de la novela*

Casado pobre en un país de América que no se menciona, y enriquecido luego por "ciertas granjerías, debidas al poder gubernativo" (1), don Graciano Canalejas decidió irse a Europa en compañía de su familia en cuanto se encontró en posesión de una renta que le permitiera vivir fuera de su patria con elegancia y distinción. La fastuosidad de que rodeó su casa desde su llegada a París fué suficiente para que en corto tiempo sus hijas Dolores y Milagros se casaran con emigrados de fortuna, jóvenes como ellas, Agustín Palomares y Antonio Cuadrilla, respectivamente, "dos hispanoamericanos millonarios, apenas mayores de edad y en absoluta posesión de sus herencias". Mientras tanto, doña Regis, madre del señor Canalejas, educaba a su lado, tratando de aislarla del ambiente que imperaba ya en la casa, a su nieta Mercedes, a la cual siempre había distinguido entre los hijos de don Graciano. Mercedes había conocido de niña en su patria a Patricio Fuentealba, joven pobre, a quien su familia consiguió costear un viaje por Europa para que pusiera término a sus estudios. Los dos jóvenes permanecieron algún

(1) *Los Trasplantados,* t. I, p. 24. Cito de la edición francesa de Garnier, sin fecha editorial; el autor en cambio la ha fechado en 1904.

tiempo con la ilusión de unirse en matrimonio, pero cuando tal proyecto comenzó a insinuarse en casa del señor Canalejas, éste y sus hijas Dolores y Milagros no vacilaron en alejar al pretendiente, al mismo tiempo que alentaban al Príncipe Stephan, que había concebido el matrimonio con Mercedes como una manera de escapar a la grave situación económica que le amenazaba por sus cuantiosos gastos en París. Sin embargo, la condición de fortuna del señor Canalejas no era ya floreciente: su hijo Pedro Esteban, a quien había dejado a cargo de sus intereses en América, le decía en sus últimas cartas que "nada se vende, nada se exporta, todo baja de precio de día en día", y se atrevía a insinuarle "la necesidad de una seria economía en los gastos de la familia" (2). Para entregar al Príncipe Stephan la dote fijada a su hija Mercedes, debió contraer diversos préstamos, usando como intermediario a Ignacio Sagraves, pobre fracasado a quien con frecuencia empleaba para comisiones secretas.

El nudo de la novela está formado por las maniobras a que deben acudir Mercedes y Patricio con el fin de impedir el matrimonio de la primera con Stephan, todas las cuales fracasan, y por las incidencias que ocasiona el ajuste de la dote de la joven Canalejas, que el Príncipe se asegura para pagar sus compromisos y disponer en lo futuro del capital de su mujer.

En el momento en que Mercedes Canalejas decide ponerse frente a su familia, que a toda costa quiere casarla con el Príncipe, ella y Patricio se van a casa de don Jenaro Gordanera. Buscan por este medio forzar la voluntad de don Graciano Canalejas y hacerle aceptar el matrimonio. Pero el padre llega a la casa de su cuñado, interviene haciendo valer su autoridad y consigue doblegar la voluntad de su hija. Desde ese momento todo está perdido para ambos enamorados, porque Mercedes rehusa seguir los consejos de su amiga Rosaura Fuenteviva, que, enamorada de Demetrio Vasilipovich, ha decidido fugarse con él al conocer el anuncio de la vuelta de sus padres a América, y que le pide que

(2) *Los Trasplantados*, t. I, p. 111.

la imite fugándose con Patricio. La boda de Mercedes y el Príncipe se realiza con todo el boato que han soñado los Canalejas.

Rosa Montestruc, mundana elegante, es amante oficial del Príncipe Stephan, y parte por despecho, parte por hallarse enamorada de Patricio Fuentealba, decide proporcionar a éste una última oportunidad para ver a Mercedes.

En el mismo tren en que salen, con rumbo a Italia, el Príncipe y su mujer, se embarcan Rosa Montestruc y Patricio, separadamente. Rosa ha concertado con el Príncipe que deje sola a Mercedes hasta Dijon, trayecto durante el cual aquél la acompañará y Patricio irá con Mercedes. Este atrevido proyecto puede realizarse con toda felicidad, y en Dijon se separan ya para siempre Mercedes y Patricio.

Cuando el Príncipe vuelve a juntarse con Mercedes, la muchacha le declara terminantemente, una vez más, que no se considera su mujer, que se ha casado contra su voluntad y que no piensa permitirle la menor libertad. El Príncipe acepta a regañadientes, y se propone conquistarla poco a poco, en forma suave y gradual. Cuando llegan ambos a Marsella, se alojan en un hotel para descansar un día o dos antes de seguir a Italia. Entonces Mercedes se da cuenta de la irreparable situación en que se encuentra, pierde toda fe en el futuro y se suicida, abriendo la llave del gas en el cuarto de vestir.

3. *El ambiente y la doctrina*

Cuando se ha leído esta novela, que llena casi novecientas páginas, puede parecer extraño el corto resumen que de su argumento se hace: no hay en realidad ningún hecho sustancial que agregar a esas pocas líneas. Pero el autor ha realizado una obra maestra de presentación de ambientes y de estudio de caracteres, e intercalado muchos episodios que, aunque ajenos aparentemente al movimiento mismo de la intriga, le prestan profundidad e interés.

Anticipémonos a advertir que en esta novela, contrariando

su costumbre, Blest Gana no resolvió la suerte de todos sus personajes, y dejó en el aire, por decirlo así, el hilo de sus vidas, como a la espera de una continuación o un desenlace. Mercedes se suicida, es cierto, pero ¿qué es entretanto de sus hermanos, de sus padres, de sus amigos americanos y franceses? El autor ha querido simbolizar, sin duda, en esta indecisión la no decisión que el problema mismo del trasplantado tenía en su tiempo. Cuando escribió su libro, nuevos grupos de americanos tan ingenuos como los que allí pintó llegaban a Europa en cada vapor; todos ellos podían repetir, *mutatis mutandi,* las aventuras de esos personajes, y salvarse de la vorágine parisiense o perecer en ella, según fuesen sus fuerzas, su discreción y su tacto. Ha sido preciso que dos guerras primeramente y las crisis económicas más tarde cieguen a los americanos las fuentes de subsistencia en Europa, y en París sobre todo, para que vuelvan a vivir en sus patrias, que habían abandonado por haberse dejado encandilar con la brillantez de oropel de un mundo al cual el extraño no tiene acceso sino a medias. Y esto no lo alcanzó a conocer el novelista cuando en 1904 daba a luz su obra.

En lo que toca a presentación de ambiente, hay en *Los Trasplantados* una filigrana de detalles preciosos que sería imperdonable no referir siquiera de paso y en apretado resumen. Hemos dicho ya que el autor no fija la nacionalidad de sus trasplantados; de algunos detalles sueltos en un lado y otro puede desprenderse, sin embargo, claramente, que son chilenos los tipos principales que el novelista tuvo presentes al escribir. Doña Regis, la madre de don Graciano Canalejas, usa manto en lugar de sombrero, y cuando se va a efectuar el matrimonio de Mercedes, sus nietas Dolores y Milagros consiguen que la señora, herida en lo más vivo, no vaya a la ceremonia. Para ello se limitan a enviarle de regalo un sombrero con el que confían se ataviará para ir a la iglesia. La señora, naturalmente, no soporta el ultraje, y llorando por dentro se queda en la casa en el instante en que su nieta va, radiante de hermosura y de juventud, a ser dada al Príncipe.

Los trasplantados han formado en París una sociedad abigarrada, a la cual la genuina aristocracia no concede acceso a sus salones; a todos ellos, los franceses de buena familia distinguen con el nombre común de *rastacueros,* que les evita circunloquios e individualizaciones. Los rastacueros son los emigrados que quieren obtener por medio de la riqueza, generalmente mal empleada, figuración en un mundo exclusivo que no se abre sino muy de tarde en tarde para recibir a personas muy selectas. Dolores y Milagros Canalejas creen que han pasado ya la etapa del rastacuerismo, y todo su empeño es mostrar que no les alcanza la tacha que les opone el europeo. En su afán de vestirse con toda la elegancia posible, de tener buenas relaciones, de mirar en menos a los demás hispanoamericanos, se traicionan, sin embargo, su rastacuerismo y su apetito *snob.* Junto a ellas, doña Quiteria, su madre, que no ha logrado aprender sino un corto número de palabras francesas, que pronuncia detestablemente, forma agudo contraste. De otra especie es el que ofrece Juan Gregorio, hermano de las jóvenes. A este mozo, don Graciano le ha llevado a Europa con la sana intención de hacer de él una persona de provecho: confía en que se titulará ingeniero. Pero el mozo dispone de excesivo dinero para estudiar como cualquier muchacho de sus años, y en cuanto puede cae en una vida de estruendosa bohemia que le vincula a otros como él, viciosos prematuros, y al mundo *intérlope* en que alternan las mundanas y las artistas vividoras. Es inteligentísimo, como prueban algunas de sus observaciones, pero carece de voluntad, de carácter y de entereza para sustraerse al ambiente corruptor que le rodea. En la novela aparece siempre trasnochado y tosiendo, porque en su organismo se insinúan ya los estragos de la vida alegre.

También forma contraste con las dos jóvenes Canalejas su tío Jenaro Gordanera, hermano de doña Quiteria. Es soltero, dueño de fortuna considerable, avaro, y, dominado por la manía de sentirse siempre enfermo y débil, atrasa una vez y otra la fecha de su vuelta a América, que indica como remedio para todos los desastres a que ve condenada a su familia. Es hombre

egoísta e irresoluto, a quien el autor pinta con caracteres poco gratos. Cuando Mercedes y Patricio van a pedirle protección para impedir el casamiento de la joven con el Príncipe, un momento de resolución de don Jenaro pudo haberles salvado; pero no da el paso que de él se aguarda, y Mercedes y Patricio deben separarse una vez más, derrotados ya para siempre.

Los trasplantados deben dividirse en dos grupos fundamentales: los que se han adaptado al ambiente parisiense (Dolores, Milagros, Juan Gregorio) y los que no han conseguido adaptarse y aún se rebelan contra él (doña Regis, don Jenaro). Las dos hijas de Canalejas han adquirido en París la moral acomodaticia del mundo brillante en que se mueven; tal vez no sean malas de índole, pero el afán de figurar las hace cometer todo género de disparates. En el momento en que llega a París la noticia de la muerte de Mercedes, por un telegrama que el Príncipe Stephan envía a un amigo íntimo, la lucha entre la compasión y el deseo de figurar se hace trágica en el alma de Milagros. Le comunica la noticia, con todas las precauciones del caso, Guy de Morins, noble vicioso y elegante que la asedia constantemente. La escena debe ser reproducida casi en su integridad.

Milagritos saltó cerca del mozo:

—¡Ha muerto! ¡Usted me está ocultando que ha muerto!

La exclamación fué hecha con un acento de alarma que no desespera todavía.

—No, está grave, muy grave.

—Muéstreme el telegrama.

Guy se disculpó de no tenerlo. La prisa por salir de la casa le había hecho olvidar el papel.

—¿Pero usted me jura que ella no ha muerto?

El joven juró balbuciente. Un juramento que más bien podría tomarse como una confesión de la catástrofe.

—Entonces —repuso la muchacha con exaltación—, usted va a callarse por esta noche. Yo no puedo perder la oportunidad de ser presentada a la gran duquesa. Mi posición social en el porvenir depende de eso. Mercedes es joven y se mejorará, estoy segura.

... ...

Guy se quedó atónito. La exaltación de la preciosa criatura le parecía inaudita. Una forma de locura de grandezas. En ese momento

no había para ella lazos ni afectos de familia: su posición social, su entrada al gran mundo de una manera indiscutible, debían dominar todo lo demás. Sin dejarlo hablar, la chica repuso:

—Usted es hombre de mundo, y conoce tan bien como yo la importancia de esta presentación. Yo quiero tener una posición indiscutible. Ya estoy harta de saludos desdeñosos, de miradas de grandes damas y de grandes señores que pasan sobre mi cabeza sin verme, de sonrisas protectoras dispensadas como un favor cuando me hago presentar. No quiero que me traten como intrusa. Estoy harta de ser excluída de las fiestas elegantes en casas donde visito (3).

En este mismo tono sigue todavía un buen rato; Guy de Morins no consigue hacerse entender. Cuando se va, le dice:

—¿Y si *ella* hubiese muerto?

—No cambiaría de resolución —contestó ella, retirándose del joven con sombría tenacidad.

—Pues bien, haga usted lo que quiera; yo he cumplido con mi deber. Aquí tiene usted el telegrama.

Después de leer el despacho que comunicaba la muerte de su hermana, Milagros dijo todavía a Guy:

—Usted debe suponer... que esta lectura no viene sino a confirmar lo que pensé desde el primer momento. Si mi pobre hermana no hubiese muerto, usted habría principiado por mostrarme el telegrama en vez de pretender haberlo olvidado. La lectura, por consiguiente, no altera mi resolución. Estamos bajo el peso de una catástrofe atroz; pero podemos ocultarla hasta mañana. Yo iré a ese baile, y me saldré de ahí apenas haya sido presentada a la gran duquesa. No es una fiesta lo que voy a buscar, sino a cumplir con un compromiso. Yo guardo el despacho. Usted, guárdeme el secreto (4).

El joven galán al dejar a Milagros comenta: "el fuego de la fragua parisiense le ha secado el corazón"; pero la reacción no se hizo esperar, y en cuanto estuvo sola, Milagros olvidó el baile, se puso a sollozar por su hermana, y comenzó apresuradamente a despojarse de las joyas que la cubrían. Cuando aparece su marido, Agustín Palomares, le impone de la desgracia; y éste expresa lo mismo que ella había dicho ya a Guy:

(3) *Los Trasplantados*, t. II, p. 494.
(4) Obra citada, t. II, p. 497.

—¿Entonces no vamos a la presentación? Nadie puede saber todavía la noticia (5).

Entre los no adaptados, la más simpática figura es la de doña Regis, incorporada tarde al ambiente parisiense y que por instinto repudia el contagio que puede desviar a su nieta predilecta, Mercedes, del sistema de ideas que ha inculcado en su espíritu, ideas cristianas de sumisión a Dios, obediencia a los padres, caridad, prudencia, sinceridad y modestia. Vivía en el piso alto de la suntuosa casa que habitaba don Graciano Canalejas, y había conseguido que la acompañase en su retiro su nieta.

En ciertos días, cuando la familia comía fuera, Rufina, una sirvienta americana, preparaba en la chimenea de una de las piezas algún guiso nacional. Era entonces, entre las tres, una fiesta de reminiscencias. El vapor de la olla, como un incienso, les traía la devota ilusión de la patria, la trémula emoción del alma envuelta en lo pasado. Pero el violento olor de las legumbres y de las viandas en la cazuela inundaba también la gran escalera de la casa, cuando don Graciano, su mujer y las dos chicas bajaban acicalados y perfumados a buscar el coche que los esperaba para conducirlos a alguna comida. De consuno padres e hijas protestaban:

—¡Jesús! ¡Ya está mi madre con sus guisos de la tierra! —exclamaba, levantando los brazos al cielo, don Graciano.

—¡Tienen razón en creernos salvajes! —decía Milagritos, pronunciando las *erres* a la francesa (6).

Escenas así abundan en la novela, y permiten establecer violentos contrastes, paralelos llenos de gracia, entre los trasplantados a los cuales París ha convertido en mera sombra de lo que fueron y aquellos otros que resisten heroicamente el influjo de la vida parisiense.

Ambos grupos disputan sobre la situación que los americanos tienen en París, participando algunos de la ilusión de que las familias francesas acogen con buena voluntad la llegada de los extranjeros a su intimidad:

(5) *Los Trasplantados,* t. II, p. 501.
(6) Obra citada, t. I, p. 32-3.

—¡Y que nos vengan a contar que la nobleza desprecia a los extranjeros! Mañana, si queremos, casamos a nuestras hijas con marqueses o condes de la mejor nobleza (7).

Es don Graciano Canalejas el que se expresa en esta forma tan optimista. Para el autor, el señor Canalejas está dominado por sus hijas Dolores y Milagros, en quienes encarna el proceso de adaptación del hispanoamericano a las costumbres de la capital de Francia. Pero tiene un contradictor, a veces enérgico, en su cuñado don Jenaro Gordanera, a quien pertenecen las siguientes expresiones:

—¡No estén hablando disparates!..., ¿de qué les serviría entrar a ustedes a los salones de la aristocracia? Para que los mirasen como animales raros. ¿Y qué irían ustedes a aprender ahí? ¡A despreciar a sus compatriotas! ¿Saben mi opinión? Lo que ustedes deberían hacer es irse con sus hijas a casarlas en su país, con sus paisanos (8).

Entre los americanos a los cuales el ambiente de París ha trastornado más profundamente, el autor pone a Juan Gregorio Canalejas, llevado a Francia muy joven y que ya al comenzar la novela era un perfecto desarraigado: hablaba constantemente en francés, y cuando debe volver al español para no dejar a oscuras a su madre, que sabe muy poco la lengua del país en que vive, y a su abuela, que orgullosamente no ha querido aprender nada de ella, la mezcla con palabras francesas traducidas servilmente. Hemos dicho ya que los vicios habían hecho en él una carrera rápida; no habían conseguido sin embargo matar toda nobleza de alma. En una tarde de carreras se encuentra con sus amigos en Longchamp, muy divertido con el espectáculo, con las emociones del juego y con la compañía de sus disolutos compañeros de fiesta y de sus ligeras amigas. En esto pasa cerca de él un emigrado pobre, a quien la fortuna ha vuelto del todo la espalda: en las carreras ha perdido el poco dinero que llevaba, y piensa ya que es necesario volver a la sucia buhardilla

(7) *Los Trasplantados*, t. I, p. 42.
(8) Obra citada, t. I, p. 43.

en la cual se cobija con su amante y las dos hijas nacidas de su unión irregular.

Juan Gregorio leyó en el rostro descompuesto de Sagraves su trágico desconsuelo.

—¿No te ha quedado nada? —le preguntó.

—¡Nada! —dijo Ignacio con indecible tristeza.

Juan le golpeó el hombro alegremente.

—Sí, sí, te queda un apetito formidable; lo veo por las ojeadas que estás dando a los fiambres.

... ...

—Lleva cuanto quieras —le dijo pasándole carne fría, jamón y una botella de vino.

El mismo envolvió las provisiones en una servilleta.

—Esto es para la familia —repuso—; ahora, aquí tienes para ti (9).

Lleva todavía más lejos su generosidad porque ofrece a Ignacio llevarle en coche hasta su casa; Ignacio no acepta. Juan Gregorio, sin embargo, a lo cínico no cree en las virtudes ajenas porque tampoco cree en las propias; sumamente inteligente, es capaz de contemplar a la vez, desde lo alto, la vida de los demás y la que hace él mismo, sin que se le oculte detalle, y capaz también de juzgarse tan acremente como enjuicia a los demás. Su máxima predilecta es que la vida debe ser "corta y buena":

—Sí, sí, corta y buena, abuelita, corta y buena, ésa es la regla de la vida. ¡Ah, por ejemplo, usted no puede hablar de corta, ¿eh? Y lo de buena, usted lo entiende a su modo (10).

En la misma conversación que sostiene con doña Regis, Juan Gregorio expone la teoría completa del trasplantado tal cual la entendía aparentemente el autor. La señora le dice que debe trabajar, que no gastaría tanto si no viviera ocioso:

—¡Ocuparme! ¿En qué? Nosotros, los trasplantados de Hispanoamérica, no tenemos otra función en este organismo de la vida parisiense

(9) *Los Trasplantados,* t. I, p. 151.
(10) Obra citada, t. I, p. 325.

que la de gastar plata... y divertirnos, si podemos. Somos los seres sin patria. Hemos salido de nuestro país demasiado jóvenes para amarlo, y nos hemos criado en éste como extranjeros, sin penetrarlo. Somos la espuma de esta gran corriente que se ilumina con el brillo de la fiesta parisiense y se va desvaneciendo como los globulillos de esa espuma, sin dejar rastro de su paso. Los trasplantados suceden a los trasplantados, sin formar parte de la vida francesa en su labor de progreso, sin asociarse a ella más que en su disipación y en sus fiestas. Inútiles aquí, e inútiles para su patria, que miran con desdén, ¿dónde quiere usted que vaya un trasplantado a encontrar ocupación en este mundo que no lo toma a lo serio y lo mira sólo como un contribuyente traído a su riqueza? Nuestros padres, al dejar a su país para venir a educarnos a Europa con el ánimo de quedarse las más veces en estos mundos, nos condenan al ocio perpetuo, nos inutilizan para la vida de Hispanoamérica. ¿Cómo quiere usted que trabajemos en estas condiciones? No pudiendo trabajar, tenemos que ocupar nuestra actividad en divertirnos. Y ahí tiene usted por qué, abuelita, cuento con que me facilite usted unos doscientos o trescientos francos (11).

Este último rasgo de cinismo completa magistralmente el cuadro; el mozo ha tenido el atrevimiento de hablar a su abuela medio ebrio, tratanto de dominar la lengua que siente fallarle, y el alcohol le ha dado sin duda la brillantez de elocución necesaria para exponer su teoría del trasplantado, sin duda la más completa que se halla en este libro.

Don Jenaro Gordanera, por su parte, opina casi lo mismo que su sobrino Juan Gregorio:

—Nada, nada —repuso animándose Gordanera, envolviéndose en su bata raída, con actitudes de senador romano—; admito que manden de nuestros países jóvenes aprovechados y serios, a completar sus estudios por acá; pero traer niños a educar a Europa es venir simplemente a formar mozos inútiles que jamás se aclimatarán después en su tierra y, por aditamento, se quedarán tan extranjeros como cuando llegaron (12).

Blest Gana conocía los frutos de ambos sistemas de educación europea: él había sido llevado a Francia, de joven, siendo subteniente, con el objeto de estudiar ciencias militares, y al cabo de algunos años volvió a Chile en plena posesión de la

(11) *Los Trasplantados,* t. I, p. 331-2.
(12) Obra citada, t. I, p. 263.

topografía y otros conocimientos útiles; en cambio, su hijo mayor, Alberto, malogró su salud en París y cuando volvió a Chile, como ya hemos contado, era un despojo humano que vivió penosamente corto tiempo hasta morir en plena juventud. En Juan Gregorio puede verse el cuadro general de este desorden que lleva a la muerte, aun cuando no tenemos datos para suponer que al crear ese personaje el autor siguiera puntualmente las etapas de la existencia de su malogrado hijo. Más bien podría encontrar un modelo para la figura de Juan Gregorio en su otro hijo, a quien llamó Guillermo por amor a su hermano el poeta, que tuvo una vida más extensa que la de Alberto Blest Bascuñán, aunque no más provechosa.

Como contraste a la depravación en que la riqueza sume a Juan Gregorio, hijo de padres complacientes, pone el autor a Patricio Fuentealba, el enamorado de Mercedes Canalejas. Joven pobre, de buena familia, aparece dominado por precoz seriedad, en la cual seguramente hay algo de la conciencia del deber que le impone sostenerse a sí mismo y dar lustre a su nombre, que se dedica a sus estudios, logra graduarse en Francia y a poco obtiene una comisión del Gobierno de su patria para permanecer en Francia algún tiempo más, siempre trabajando y estudiando. Patricio debería ser figura importante en la novela, ya que su amor a Mercedes, tan puro y vehemente, bastaría para destacarle en el ambiente; pero aparece pintado con rasgos un poco generales que le restan individualidad. De él menciona el autor su gran belleza física, a la cual no fué en ningún modo insensible la hermosa mundana Rosa Montestruc; es también muy virtuoso, porque las cortas vacilaciones en que le sume el desconsuelo de ver a Mercedes casarse con el Príncipe Stephan no bastan para echarle en brazos de Rosa, que anhela prodigarle consuelos amorosos. Pero es débil: en lugar de convencer a Mercedes de que la solución de sus pesares está en la fuga, para hacer de este modo inevitable el matrimonio, respeta sin vacilaciones el punto de vista de la muchacha, que, formada en la doctrina de una obediencia

ciega a sus padres, marcha hacia el sacrificio resignadamente. En todo caso, el contraste es visible: la riqueza lleva a Juan Gregorio al vicio y a la pérdida de la salud, al cinismo y acaso a la degradación, en tanto que la pobreza conduce a Patricio a coronar brillantemente sus estudios. Cuando ya la esperanza de volverse a reunir con Mercedes se ha convertido para él en una quimera nebulosa, pero antes del suicidio de la que fué su novia, Patricio acepta la invitación de su amigo Campaña, positivista fanático que trata siempre de convertirlo a la religión de la Humanidad, para ir al Africa del Sur a luchar en favor de los bóers.

4. Los Trasplantados y Rastaquouere, *de don Alberto del Solar*

En noviembre de 1889 puso término en Buenos Aires a la redacción de su novela *Rastaquouère* el escritor chileno don Alberto del Solar, radicado en la capital argentina y que allí constituyó una familia respetable. Pocos meses después se publicaba la primera edición de esa obra que parece contener, por lo menos en germen, escenas de *Los Trasplantados* y haber servido de modelo al autor de ésta para escribirla. Echemos una ligera ojeada al argumento de la novela del señor Del Solar para compararla en seguida con la de Blest Gana y ver si aquellos juicios están acomodados a la realidad.

En la obra de Del Solar una familia sudamericana, la de don Cándido Talagante y Palma-Carrillo, se traslada a París a gozar de una fortuna que basta para seducir a gentes de cortos alcances. Tanto el señor Talagante como su mujer son provincianos enriquecidos, y quieren dar a sus hijos, dos mujeres y un varón, oportunidad para vivir mejor en la sociedad europea, a la cual se asoman con cautela de advenedizos. Unas cuantas páginas del libro se llenan con la descripción de los pasajeros a bordo del barco que lleva a los americanos a Francia; algunos capítulos con los detalles de la instalación y con las

primeras relaciones y amistades que hacen en París. Elena y María, las dos hijas de los esposos Talagante, se han formado en la lectura de novelas francesas, y han concebido ideas muy falsas del mundo al cual se acogen; Luciano, hermano de ambas, como hombre sabe que en París va a encontrar el placer a condición de que gaste sin tasa y siempre que no tenga escrúpulos para tomar lo que la vida le ofrece.

La familia americana, una vez instalada en París, cumple el primer rito del ceremonial a que cree deber sujetarse, y da un baile al que asiste un crecido número de individuos del mundo *intérlope* que busca la presencia de los turistas enriquecidos para gozar un poco a su costa, sea haciéndoles víctimas de sus chanzas, sea disfrutando de su mesa. Luciano en tanto ha iniciado una vida nocturna, que comienza a medianoche y termina en sitios de disipación o en torno a mesas de juego, cuando ya el sol está alto. Sus padres ven con simpatía estas expansiones, y sólo la madre aventura alguna advertencia: "¡Vas a enfermar, Luciano!... Creo que abusas de tu buena salud." (P. 175.) Advertencia que el interesado, naturalmente, no oye, o a la cual replica con un dicharacho. Es el propio Luciano quien lleva a casa de su familia al que más tarde será el agente de la desgracia común. Es "un cierto Príncipe polaco, llamado Paul de Kantaski", cuyo nombre "se hallaba unido a la fama de sus aventuras amorosas, a su vida romancesca de calavera a la moda" (p. 213); individuo tronado y sin escrúpulos que se propone casarse con una hija del señor Talagante para arreglar su destrozada hacienda.

La elegida de Kantaski es María, cuya ternura no tarda en ser inflamada con las palabras ardientes que el seductor vierte a su oído tanto en el baile que da la familia Talagante como en otras reuniones en las cuales, como por mera coincidencia, vuelven a encontrarse. El matrimonio se hace a satisfacción del Príncipe, que con él cuenta para salvar de la ruina, y de la familia de la novia, deslumbrada por haberse podido ligar a una familia noble, aunque sea a través de una rama extraviada en los

vicios. Después de la ceremonia los padres de la recién casada salen de viaje, recorren España en busca de los blasones que también ellos creen tener, y entre desengaños y satisfacciones que no bastan a compensarlos, vienen a conocer el desastre de la vida matrimonial de su hija María. El Príncipe no abandonó sus costumbres sino por el tiempo estrictamente indispensable, y luego comenzó a vivir sin rebozo de la fortuna de su mujer, mientras ésta quedaba indefensa en la proximidad de los amigos de su marido, seres desmoralizados que sólo perseguían el placer y que ponían sitio a la virtud de la sudamericana con la tolerancia del Príncipe.

Conocida por los esposos Talagante la desgracia de María, don Cándido inicia los trámites necesarios para el divorcio de su hija, y entonces conoce las peores humillaciones: los mismos que antes le adulaban, ahora se ríen en sus barbas, le significan insolentemente que no les importa nada su asunto y le hacen ver que pierde el tiempo en gestiones judiciales en las que vence el más astuto. Pero el divorcio se obtiene, al fin, y la familia puede reiniciar su vida pacífica de antes, habiendo ganado con la experiencia un amor al terruño, cuya falta, en un instante de ligereza, estuvo a punto de hacerla perder cuanto tenía. Luciano enfermó a causa de su vida depravada y quedó, una vez sano, nostálgico para siempre de los días de placer que había vivido en París. El Príncipe, comprometido en deudas de juego, no tuvo otra salida que el suicidio, y Elena, la otra joven del grupo, contrajo al fin matrimonio con un connacional que supo consolarla y hacerla olvidar los sufrimientos soportados en la triste aventura parisiense.

Hasta aquí la obra del señor Del Solar. Si comparamos su desarrollo con la de Blest Gana, observaremos que los dos autores han fijado la atención en detalles diferentes. El primero traza un libro de poca profundidad, de intriga muy débil, cuyos sucesivos episodios adivina con facilidad el lector; presenta pocos personajes, y consigue difícilmente hacerles discernibles en el ambiente espectacular de la crápula elegante. El segundo se

distingue por los magníficos retratos que desliza en el curso de su obra. Aunque en el prólogo el señor Del Solar explica que ha escrito su libro para responder a las críticas, demasiado generalizadas, que se hacen a la sociedad americana en Europa, por miembros corrompidos de ella que aquí se conocen, en todo él no expone una teoría como la que hemos visto sostener en *Los Trasplantados* al señor Gordanera. Luciano encuentra su paralelo en Juan Gregorio Canalejas, con la diferencia de que el primero, individuo vulgar, carece de gracia, y el otro es inteligentísimo y cede a los malos ejemplos por fallas de la voluntad, no porque no divise el abismo al cual rueda. Las dos niñas Talagante, María y Elena, tienen en *Los Trasplantados* tres modelos a los cuales oponerse: a la primera, deslumbrada por París y la sociedad *intérlope*, se acercan Dolores y Milagros Canalejas, ambas casadas en París con sendos vividores; a la segunda no puede aproximarse Mercedes, la que en *Los Trasplantados* se ve obligada a casarse con el Príncipe Stephan, porque mientras Elena contrae matrimonio con un honesto sudamericano, Mercedes sufre la imposición de los padres para hacer un matrimonio que no desea. Las semejanzas llegan hasta aquí, salvo detalles que no importan mucho.

Las diferencias son mucho mayores, y en conjunto desfavorecen a la obra del señor Del Solar, menos profunda y menos interesante que la de Blest Gana. La debilidad del enredo resta a *Rastaquouère* buena parte del atractivo que la novela debe tener para encadenar la atención del lector. El señor García Velloso, que escribió un detenido estudio sobre esta obra, lo vió claro cuando dijo: "El primero de todos (los lunares) es que Del Solar estudia menos la acción que los caracteres, y de ahí que aparezcan hechos importantes que quedan sin ciertas explicaciones que debieran completarlos." (P. 409.) El crítico pudo reparar además que los caracteres mismos no están del todo acabados. No hay en *Rastaquouère* un solo personaje que se le grabe a uno espontáneamente en la memoria como doña Regis, que cocina sus guisos criollos en la chimenea de su cuarto de

París; como Sagraves, humillado por la derrota, que sirve de amanuense a Canalejas para misiones de baja categoría moral; como las dos Canalejas ya casadas, que pretenden ocultar por algunas horas la noticia del suicidio de su hermana, para no perder un baile... Todos estos individuos, que ruedan confundidos en las páginas de *Los Trasplantados,* hacen la grandeza de esta obra y dan a la perspectiva que ella presenta extraordinaria profundidad. En la obra del señor Del Solar, aunque todo esté bien observado, es menos intenso el tono, más desmañada la presentación de los incidentes, menos claro el determinismo de los hechos que se suceden hasta llegar a la catástrofe. Los contrastes son, además, menos vivos, porque en ella se carece de comentador eficaz de los desvaríos del sudamericano rico, que es el papel de Gordanera, y porque tampoco tenemos allí un ser puro como Patricio Fuentealba, que adora a Mercedes y le ofrece su corazón virginal.

Imposible es imaginar que Blest Gana no conociera la obra de su compatriota, que precedió por varios años a su libro; lo que sí puede asegurarse es que nada tomó de ella para componer el vasto fresco de *Los Trasplantados.* Y si hay coincidencias entre los caracteres de tal o cual personaje, si un dicho incidental parece haber pasado con poco cambio de una novela a otra, ello es debido a que ambas tuvieron un propósito común: hacer la historia de los sudamericanos arrastrados a París por la fiebre de la figuración y que podían pagar su capricho con su fortuna. Pero Blest Gana no necesitaba salir demasiado lejos de su propia casa para encontrar modelos que le ayudaran a la composición del libro, y es evidente que es su vida entera la que enjuicia y condena con las expresiones de Gordanera, cuando hace a éste anatematizar al sudamericano rico que lleva a su familia a París. Pero sobre la base de aquella común historia, los señores Del Solar y Blest Gana añadieron episodios muy diferentes y que dan también orientación diversa a la crítica. Para el autor de *Rastaquouère* lo que importaba probar sobre todo es que el rastacuero no era el único espécimen

humano que América podía enviar a Europa, y que *siútico* en su patria y *rastacuero* en París eran sinónimos. Para el autor de *Los Trasplantados* no se trata ya sólo del fenómeno del rastacuerismo, es decir, de una exhibición sin ton ni son y de fallidas pretensiones de entroncar con la nobleza europea, sino además del daño familiar que el ambiente *intérlope* seguramente produciría, de la disolución del hogar, de la pérdida del respeto a los mayores, de los estragos de la sensualidad siempre satisfecha y de la salud perdida en trasnochadas sin objeto y en fiestas groseras.

XIX. El Loco Estero *(1909)*

1. *Personajes y acción*

Los personajes fundamentales de *El Loco Estero* son los siguientes:

Don Julián Estero, capitán de Ejército dado de baja después del triunfo de Lircay, considerado loco por su familia por razones de intereses;

doña Manuela Estero, su hermana, casada con don Matías Cortaza; tiene amores con el comandante don Justo Quintaverde;

doña Sinforosa Estero, hermana de la anterior, casada con don Agapito Linares; hija de ambos es Deidamia;

Carlos Díaz, llamado el *ñato* Díaz, que disputa el amor de Deidamia a Emilio Cardonel, oficial del ejército.

Como comparsas figuran, además, don Guillén Cunninghman y sus hijos Guillén y Javier, ambos de corta edad. Topín, *Chanfaina* y otros.

La novela comienza en la víspera de la entrada a Santiago de las tropas comandadas por el general don Manuel Bulnes, que vuelven triunfantes de los ejércitos de la Confederación Perú-Boliviana (1), y en sus primeras escenas se muestran aspectos de las fiestas públicas con que se recibe a los vencedores.

(1) La entrada triunfal a Santiago se efectuó el 19 de diciembre de 1839.

Don Julián, cuyo carácter lleno de soberbia y horro de criterio es mal comprendido, ha sido encerrado en una pieza de su casa por su hermana Manuela, y desde entonces pasa a ser para todo el mundo "el loco Estero". La voluntad fuerte de doña Manuela impera desde ese momento, sobre todo por encima de las disposiciones de su marido, don Matías, a quien engaña con el comandante Quintaverde. El *ñato* Díaz, joven alegre y de carácter bullicioso, amigo de encumbrar volantines y de jugar *pegatas*, ve que su amistad de infancia con Deidamia Linares, sobrina de doña Manuela, se convierte en pasión subyugadora, que ningún obstáculo le parece suficiente para dominar. Sus pretensiones se estrellan contra el carácter imperioso de doña Manuela, que ha buscado como novio de la chica a Emilio Cardonel, sobrino de Quintaverde. Cardonel parte a la guerra, y se espera el regreso del ejército para que el noviazgo con Deidamia se haga oficial. En esta delicada emergencia, el *ñato* Díaz pone a contribución su cerebro fértil en ardides, y decide vengarse de las humillaciones que doña Manuela le inflige y del atroz encierro a que se tiene sometido a don Julián. Con la colaboración de don Matías, que quiere también vengarse de las infidelidades de su cónyuge, y de los chicos Cunningham, que inocentemente le ayudan, porque el *ñato* Díaz les entretiene con mil juegos, consigue poner en libertad a don Julián Estero.

Al verse libre, éste pierde toda prudencia, y antes de salir a la calle, donde le espera Díaz, hiere a su hermana con el sable que Cardonel ha dejado en una sala mientras iba al comedor. Díaz le lleva a su casa, le hace cambiarse ropa ahí y esconde bajo el colchón de su propia cama la que ha usado hasta entonces el loco; luego le alberga en casa de don Miguel Topín, persona timorata y de cortos alcances. La alarma que produce en la familia Estero la fuga de don Julián se aumenta por el peligro en que la herida parece poner la existencia de doña Manuela, y mientras Quintaverde se dedica a buscar a don Julián y al *ñato* Díaz, cuya intervención sospecha, don Matías Cortaza, presionado por sus cuñados, presenta demanda crimi-

nal contra el insano, por intento de asesinato. El *ñato* Díaz consigue burlar la persecución que de él se hace, mas para evitar mayores daños decide presentarse a la justicia, y en este sentido envía una carta a Quintaverde. Mientras tanto se ha provisto para don Julián encierro seguro en casa de un modesto artesano, pero don Julián también decide entregarse a la justicia. En una entrevista que celebra Quintaverde con Díaz, éste le dice que posee cartas cambiadas con doña Manuela que hará valer ante el juez si persiste en dirigir la causa contra él. A esta amenaza, Quintaverde replica: "—Le prohibo a usted ocuparse de mis asuntos particulares. —No me ocupo de ellos si usted no me toca; pero si me entrega al juez, entonces todo se sabrá: a usted le corresponde pesar las consecuencias" (2). Estas advertencias persuaden a Quintaverde, y Díaz queda en libertad para poder trabajar en favor de don Julián Estero.

Mientras tanto, Quintaverde ha pensado que sus amores con doña Manuela no pueden continuar, y como tiene ya en vista un matrimonio con una joven de situación, aprovecha que aquélla se encuentra restablecida de su herida para hacerle una visita en la cual le entrega una carta de adiós. En la entrevista, a la cual asiste también don Matías Cortaza, se trata del noviazgo de Deidamia y Emilio, y llamada la primera a presencia de sus tíos, declara no querer casarse con Cardonel. Poco antes la joven había prometido a Díaz ser su mujer a costa de cualquier sacrificio. Después de esta entrevista, doña Manuela lee por fin la carta que le ha dado Quintaverde, y la impresión que le produce es tan fuerte, que cae víctima de un grave ataque; los médicos que la atienden declaran encontrarse ante un caso de meningitis y dan pocas esperanzas de salvarla. Mientras tanto, Julián Estero ha salido en libertad en virtud del desistimiento de la causa que interpuso don Matías Cortaza, a pedido expreso de su mujer, que no quiere seguir agraviando a su hermano, y se ha refugiado en el convento de San Francisco para vivir en paz, lejos del

(2) *El Loco Estero,* p. 226. Cito de la edición de 1935, hecha en Chile.

trato de las gentes. En una ocasión, cuando Deidamia cuida a su tía, ésta se muestra arrepentida de lo que ha hecho y dice que si don Julián pudiese ir a verla, ella le pediría perdón; abriga también la esperanza de que la reconciliación aceleraría el restablecimiento de su salud. El *ñato* Díaz obtiene que don Matías Cortaza y don Agapito Linares visiten a su cuñado don Julián y le pidan en nombre de la familia, y sobre todo de la enferma, que vaya a ver a ésta. El loco, por gratitud a Díaz, acepta la entrevista con la condición de que se dejará al joven casarse con Deidamia. Puestos todos de acuerdo en estos detalles, va por fin don Julián a la casa donde yace su hermana Manuela gravemente enferma; pero la reconciliación no alcanza a producirse, porque la impresión que produce en aquélla la vista de su hermano le causa la muerte.

Don Julián Estero, libre ya y vuelto a la posesión de sus bienes, resuelve irse a vivir al campo y dota a su sobrina Deidamia con la casa de la Alameda en la cual había pasado los años de su cautiverio, y al *ñato* Díaz, su marido, con una casa ubicada en la calle San Pablo.

2. *Chilenidad*

Dentro de las obras de Blest Gana, que nos han hecho reír con la gracia chilena de sus personajes y emocionarnos, no pocas veces hasta las lágrimas, *El Loco Estero* ocupa un lugar aparte por la frescura del estilo, la sencillez de la trama y la profunda humanidad de los caracteres de los personajes. Es la más sencilla de las obras que llevan esa firma, y al mismo tiempo la más vívida, la que mejor refleja las inquietudes de amor del adolescente, la curiosidad ingenua de los niños, el tormento de los celos en el marido engañado y en la mujer infiel, a la cual, a su vez, abandona su amante; la que más calurosamente nos habla de una vida lejana en el tiempo, con glorias y sobresaltos, en los que reconocemos algunas de las estampas que la historia nos ha ofrecido con tinta más pálida y con dibujo más estirado

y serio. Esta mayor dosis de humanidad que se nota en *El Loco Estero* reconoce origen tal vez en el carácter autobiográfico de este libro. Con algunas diferencias, el caso que ahí se pinta existió, y algunos de los personajes retratados por el autor fueron conocidos de todo Santiago hacia 1840.

En el memorándum biográfico que escribió el propio Blest Gana a petición de don Domingo Amunátegui Solar, se leen las siguientes líneas:

> Así, el mismo *loco Estero* no es otro que un señor Otero que vivía en Santiago, por los años de 1839 a 1840, en estado de enajenación mental, en la casa de la Cañada arriba, en frente del Cuartel de Artillería, al pie del Cerro, que ocupaban entonces, por mitad, la familia del doctor Blest, padre del novelista, y la familia Otero, a la cual pertenecía el personaje indicado. Los niños que figuran en esta novela son el mismo don Alberto y su hermano don Guillermo (3).

¿Puede extrañarnos, entonces, que las escenas que describe el autor tengan una poesía fresca y seductora que no siempre se halla en sus otras obras, a pesar de que muchas de éstas han sido escritas al lado de sus modelos? La realidad que evoca el autor en *El Loco Estero* es la de los nueve años, registrada por la memoria del niño con los relieves imprevistos, y no siempre lógicos, que el recuerdo imprime en los hechos. El doctor Blest lleva en la novela el nombre de Guillermo Cunningham: no se olvide que su nombre completo era Guillermo Cunningham Blest; y sus dos hijos se llaman Guillén y Javier. Pues bien, Guillén no es otra cosa que Guillermo, y Javier es uno de los nombres con que se bautizó en el Sagrario de Santiago a don Alberto Blest Gana. Los caracteres están dibujados también, a pesar de la escasa edad del observador, con absoluta precisión. Javier es más juguetón que su hermano mayor; veamos una escena de hogar:

> —Javier, no toques las frutillas, hijito —le ordenó, desde la opuesta extremidad, la voz de la madre, con dulzura.

(3) Amunátegui Solar, *Bosquejo*, etc., p. 564-5.

—Si vuelves a desmandarte, no irás esta tarde a la Cañada —amenazó la voz del padre con severidad.

Javier bajó la frente, fingiendo contrición, pero sus ojuelos pardos formulaban al mismo tiempo la protesta muda de su altiva voluntad.

—Ya ves que Guillén está quieto —agregó la madre para suavizar la aspereza de la conminación paternal.

Con el elogio de la madre, un vivo tinte de carmín coloreó el rostro del mayor de los niños. El, más bien que su hermano, parecía el delincuente. La mirada de sus grandes ojos azules daba a su fisonomía la seriedad casi tímida de los precoces soñadores (4).

Esta escena tierna y llena de poesía hogareña, que transporta a la imaginación del lector todo un cuadro de la época, ha sido narrada por un anciano de casi ochenta años y que ha tenido la felicísima ocurrencia de mezclar a la intriga novelesca los propios recuerdos de su niñez en la compañía querida de su hermano Guillermo. La hemos citado íntegra para que se vea cuál es el tipo de imágenes que ofrece el autor en este libro henchido de poesía, travieso y juguetón como si hubiera sido escrito por un muchacho. El orden de la novela no sufre por las inserciones que de sus propios recuerdos hace el autor: los niños no son más que los compañeros de juegos del *ñato* Díaz, que va a su casa tanto para entretenerles como para lograr ocasión de ver a Deidamia, que vive tabique por medio, y asoman sus rostros curiosos divisando de lejos, y sin entenderlas mucho, las incidencias que forman la trama. El juego preferido de los tres es el del volantín, entonces practicado en Santiago por gentes de toda condición, desde el más encumbrado hijo de familia hasta el último galopín de la calle, o como gusta decir el chileno, *palomilla.* El *ñato* Díaz es expertísimo en el volantín, y a su audacia une la astucia de un zorro y una fertilidad de recursos que la novela acredita hasta la saciedad. Si algún reparo pudiera hacerse a esta novela tan encantadora, tan llena de méritos, seguramente será el de ofrecernos una imagen sobradamente halagüeña del *ñato* Díaz: los expedientes de que debe valerse el mocito para sacar de su celda al loco Estero, los que

(4) *El Loco Estero,* p. 7-8.

emplea más tarde para evitar ser aprehendido por los agentes que rodean su casa, los que pone en juego para doblegar la iracunda sed de venganza que domina al comandante Quintaverde, si bien están todos dirigidos por el amor a Deidamia, parecen impropios de un chico de cortos años, edad en la cual generalmente faltan conocimiento del mundo y tenacidad para perseguir un fin. Al lado del *ñato* Díaz, todos los demás personajes palidecen o quedan obscurecidos, porque él les hace sombra con su gracia amena, su incansable humor, su bondad ingénita jamás desmentida; y claro está que de todo ello resulta que el protagonista de la novela no puede ser otro que este simpático personaje, sin duda el más humano y vibrante que haya creado el autor. Comparémosle, por ejemplo, con Martín Rivas, que siempre pasa por el más completo ser llevado por Blest Gana a la novela. El que haya seguido nuestro breve análisis de aquella novela, o, mejor, el que la lea ahora mismo, verá que Martín es demasiado tímido para despertar simpatía; su rigidez moral le impide dominar a los hombres. Es personaje un poco irreal, ya que en él dominan sólo las virtudes y jamás se le ve condescender con un vicio ni hacer que un hecho cualquiera de los que forman la trama de la existencia le sirva de pedestal. Mientras tanto, Díaz conoce al dedillo la calle y la ciudad entera, tiene amigos en todas partes, habla en su lenguaje a cuantos se encuentra, y aunque de buena familia, parece haber aprendido en el arroyo a vivir a salto de mata, vivo el ojo para no dejarse sorprender en sus ingeniosas y bien inspiradas maldades. Y si existió un hombre así, que no es inverosímil, ¡qué arrebatadora simpatía debió distinguirle! Es una lástima que el autor no haya dejado más datos de él, porque el hervor vital que de joven le movió para adueñarse del corazón de Dei-

damia, arrostrando la oposición de su familia, y para poner en libertad al loco Estero, a despecho de toda vigilancia, debió de hombre maduro y formal haberle servido para llegar muy alto (5).

De él nos dice el autor:

> Criado por dos tías viejas, a las que el espíritu picaresco del vecindario llamaba las lechuzas, el *ñato* había gozado desde temprano de la absoluta libertad con que la gente de poca cuenta dejaba entonces vagar por las calles a sus hijos. Habíase conquistado una gran nombradía entre los pilluelos del contorno, como eximio jugador a las *chapitas*. Sus riñas con los vigilantes, que el pueblo llamaba desdeñosamente *pacos*, eran legendarias.

Y luego:

> Díaz era un muchacho de costumbres puras. No obstante la absoluta libertad de su vida de callejero, se había mostrado desde el principio cariñoso y deferente con los chicuelos de don Guillén; se había identificado con sus juegos, los alentaba en todas sus tendencias elevadas y se prestaba complaciente a hacerles los mejores *volantines* que se encumbraban en la Alameda.
>
> Su ascendiente sobre el espíritu de los dos niños llegó a ser de este modo tan grande casi sobre ellos como el de su padre (6).

Pues bien, acaso estas indicaciones nos sirvan para ver más claro en el carácter del *ñato* Díaz y en la superioridad que él nos muestra sobre el de Martín Rivas. De la infancia de Martín nada sabemos, salvo que su padre era un minero al que la suerte siempre se mostró esquiva, y que prematuramente huérfano debió llegar hasta Santiago, a vivir de prestado en casa de un magnate, donde iba a encontrar el amor. Enamorado de la hija de su protector, masticó horas y horas su solitaria pena, porque no se atrevía a confesar su amor, hasta que su amigo San Luis, que le buscó para llevarle a la Sociedad de la Igualdad, le arrancó la confesión. Martín Rivas no tuvo, pues, la infancia suelta y libre

(5) Algunos rasgos del carácter del joven Díaz parece que corresponden a don Eusebio Lillo, el famoso poeta chileno autor de la *Canción Nacional*. Nos ha comunicado el dato don Carlos Orrego Barros.

(6) *El Loco Estero*, p. 45 y 46.

de este otro muchacho que, perdido en medio de innumerables niños tan callejeros como él, aprendió ardides y desarrolló la astucia como si su destino hubiese sido luchar con todo el mundo y vivir siempre de lance. El mayor grado de humanidad de Díaz resulta de que no cedió nunca al mal ejemplo, ni en la peligrosa escuela que le franqueaba la calle perdió los buenos sentimientos que había heredado seguramente de sus padres y que trataron de mantener y avivar los cuidados de sus tías. Y como el mundo no ofrece con frecuencia seres así, que juntan a la gracia picaresca los sentimientos nobles, por eso el *ñato* Díaz viene a parecernos la más completa figura de hombre que ha trazado Blest Gana y la mejor dotada de nativa inteligencia, fértil imaginación, amenidad y nobles inclinaciones.

3. Díaz y Cortaza

Uno de los pocos aspectos sombríos del carácter del *ñato* Díaz es el espíritu vengativo que le anima; en cierto modo, la notable aventura que se propone, librar a don Julián Estero de la injusta reclusión, aparece motivada por la venganza. Un día están conversando a hurtadillas Deidamia y su joven enamorado, subido él a la barda de la tapia divisoria, cuando doña Manuela se desliza sin ser vista y le echa a la cara el contenido de una jeringa, al mismo tiempo que le apostrofa y recrimina. Entonces Díaz prorrumpe en amenazas: "¡Me la ha de pagar la vieja maldita!, ¡me la ha de pagar!" (7), y desde ese mismo instante fragua una combinación para vengarse. Dispone de un monstruo llamado *Chanfaina,* muy conocido en toda la ciudad, y cuando la gente se retira invadiendo la Alameda, después de la gran manifestación cívica de recepción a Bulnes, *Chanfaina* acomete a doña Manuela y la abraza y besa, por mandato de Díaz. Esta humillación infligida a la dama en pleno paseo encona naturalmente la irritación que le produce el *ñato,*

(7) *El Loco Estero,* p. 65.

porque adivina que es él quien ha enviado a *Chanfaina*. Poco más tarde, en una explicación que tienen don Julián y Díaz, éste le dice:

—Me daba lástima verlo a usted encerrado; pero esto sólo no me habría hecho tal vez animarme a sacarlo de su prisión, si doña Manuela no me hubiese echado de la casa.

—¡Ah!, ¡quería usted vengarse de ella!

—¡Cómo no, pues! El que me la hace me la paga —dijo el ñato con énfasis (8).

Es, además, insolente y díscolo: cuando logra sortear a los vigilantes que Quintaverde había apostado frente a su casa, con encargo de tomarle preso, uno de ellos, montado a caballo, le persigue. Díaz le hace correr hasta que el caballo resbala sobre una losa de piedra.

La escena en que acababa de burlar los ataques del soldado de policía lo llenaba de picaresca satisfacción. No había huído por temor. Había cedido a su genial instinto de lucha, el irresistible impulso de su carácter aventurero.

Pocos minutos más tarde, Díaz llega hasta la casa de Onofre Tapia, antiguo asistente de don Julián Estero, a pedirle albergue durante la noche, y le cuenta el lance:

—¡Buena la escapada! —exclamó Tapia—; por poco no lo pillan.

—De todos modos me habría defendido: yo no consiento en que me tomen por fuerza. Si me buscan por bien, soy mansito; pero si me buscan por mal, me pongo *chúcaro* (9).

Parecida psicología desarrolla en presencia del comandante Quintaverde cuando, reducido a prisión, es interrogado por su aprehensor. En ese momento el *ñato* Díaz amenaza al comandante con dar a conocer al juez las cartas de amor que aquél ha dirigido a doña Manuela y que, interceptadas por el marido

(8) *El Loco Estero*, p. 178.
(9) O. c., p. 202 y 203.

de ésta, pueden hacer públicos los amores adúlteros. Quintaverde, profundamente preocupado, le dice:

—Yo no tengo ningún interés en que usted hable, sino en saber dónde está el loco —dijo con tono inseguro.

—Pero para saberlo tomó usted el peor camino. Si usted me entrega al juez, yo hablo; y si hablo, usted es el denunciador de la mujer que ha sacrificado a su marido por amor a usted. ¡Figúrese el escándalo que esto va a producir! ¡Y en qué momento, comandante! Cuando usted abandona a esa mujer para casarse con otra. ¡Ah!, no me diga que no; todo se sabe aquí en Santiago. Si no somos tantos, pues.

No hallando qué responder y por no confesarse vencido, Quintaverde interrumpió al joven con tono enfadado:

—Le prohibo a usted ocuparse de mis asuntos particulares.

—No me ocupo de ellos si usted no me toca; pero si me entrega al juez, entonces todo se sabrá: a usted le corresponde pesar las consecuencias (10).

El *ñato* Díaz opera con las pasiones de los demás del mismo modo que un consumado estratégico prevé los movimientos del enemigo y a ellos acomoda los de sus tropas. Entusiasmado por su juego peligroso, no le importan los daños que pueda causar. Don Julián, ya lo hemos visto, antes de salir de la casa en que ha estado recluído, hiere a su hermana Manuela; habría resultado muy inconveniente que ella hubiese muerto de resultas de la agresión, y por eso el autor la hace sufrir todavía otro oprobio: Quintaverde le deja una carta en la cual le comunica su determinación de alejarse de su vida. La señora sufre un ataque y muere de meningitis, sin haberse reconciliado con su hermano. Estos pormenores de la intriga no son del todo ajenos a la intervención del *ñato* Díaz, que en resumidas cuentas no ha pretendido otra cosa que vengarse de la menudísima afrenta que le infligió doña Manuela.

Otro personaje de caracteres simpáticos es el marido engañado, don Matías Cortaza, a quien el autor suele presentar con ribetes de ridículo, pero que a la postre resulta una de las figuras más impresionantes del cuadro. Cortaza, hombre tímido y

(10) *El Loco Estero*, p. 226.

apocado, vive sumiso bajo la férula de su mujer, y la infidelidad de ésta termina por anonadarle. Era empleado en el Ministerio de la Guerra (no se olvide que don Alberto fué jefe de sección del mismo):

> Don Matías era el tipo perfecto de aquellos funcionarios subalternos de la Administración chilena, formados bajo el férreo régimen de don Diego Portales, que habían convertido en devoción el severo deber de no faltar jamás a la oficina. Operario oscuro de la gran labor que sacó a Chile del caos de los disturbios políticos y le dió fuerza y prestigio entre los pueblos de Hispanoamérica, Cortaza, como la generalidad de los hombres tristes, era esencialmente metódico. Sus pesares domésticos le hacían buscar en el trabajo diario la cueva en que va a ocultarse el animal enfermo (11).

El autor le muestra, en los días de la acción de la novela, como dominado por movimientos neurasténicos preñados de superstición, con los cuales parece querer sobreponerse a la melancolía que es su compañera inseparable desde que tuvo conocimiento de la infidelidad de su mujer. La escena en la cual el *ñato* Díaz vence los escrúpulos de Cortaza hasta decidirle a secundar la tarea de poner en libertad a don Julián, empresa a que le excita con los celos, es maestra, y por momentos llega a ser cruel la insistencia que debe gastar Díaz para doblegar la resistencia pasiva del pobre sujeto. Cuando don Matías llega a su casa al cabo de la jornada de trabajo, como no siente ánimo de participar en la vida de familia, se va al huerto a leer dos libros que no se cansa de recorrer: el *Robinson Crusoe* y *El Chileno Consolado en su Presidio,* de don Juan Egaña. La elección de estas obras es un acierto del novelista: en ambas el hombre está solo en el mundo, sin otros acompañantes que la naturaleza y sus meditaciones, ajeno al amor y a la ambición; cuando Robinson Crusoe recibe al compañero que le depara la suerte, no le ligan a él lazos de amor, sino un suave compañerismo que no destruye su soledad. El día de la recepción a Bulnes, don

(11) *El Loco Estero,* p. 68.

Matías no sale de su casa; los niños Cunningham preguntan por él, y su cuñado don Agapito les responde:

—Se quedó leyendo en la huerta, eso le divierte más.
—¡Ah!, sí; *El Chileno Consolado en su Presidio* —dijo Javier.
—O *Robinson Crusoe* —añadió Guillén.
Les pasó entonces por el ánimo a los niños, como la nube que oculta el sol por un momento, una sombra de compasión hacia aquel pobre señor que no asistía a tan maravillosa fiesta por llevarse leyendo (12).

En esta alma alejada del trato humano se desarrollan todas las tímidas satisfacciones de la venganza por mano ajena: cuando *Chanfaina* abraza y besa en la calle a su mujer, Deidamia le cuenta el episodio:

No ocultaba su risa a don Matías por la amorosa tropelía del pícaro Chanfaina. Don Matías la escuchó con viva satisfacción, restregándose las manos suavemente, después de poner sobre sus rodillas el tomo de *Robinson Crusoe* que estaba leyendo.
—¡Vean qué diablo de Chanfaina!, ¡cómo la fué a besar delante de todo el mundo!
Era la humillación de la infiel, que reemplazaba en parte al catatán aconsejado por el *ñato* Díaz. Se holgaba de que la Providencia, por medio de tan vil instrumento como el roto pordiosero, la hubiese castigado en su liviandad y en su orgullo.
"¡Bien hecho!, ¡bien hecho! —murmuraba en la misma mañana, arreglando los papeles en su oficina—. Vea qué diablo de Chanfaina como la fué a avergonzar delante de tanta gente; ¡eso la enseñará a la muy pícara a poner en vergüenza a su marido!" (13)

Al quedar doña Manuela herida por la agresión de su hermano, don Matías se turna con los demás habitantes de la casa para cuidarla. Llega entonces hasta su cuarto con timidez, teme también quedarse a solas con la enferma, y al atenderla con la solícita atención que le aconseja su corazón tierno, amante a pesar de todas las humillaciones sufridas, quiere pasar inadvertido; pero la enferma despierta:

(12) *El Loco Estero*, p. 93.
(13) O. c., p. 112.

—¡Agua, agua! —pidió con pronunciación entorpecida.
Don Matías tuvo un temblor de sorpresa al oír esa voz y se apresuró a llevar a los labios de la enferma la bebida que Deidamia había dejado preparada. Doña Manuela bebió con la precipitación de un niño sediento, mientras que su marido, pasándole un brazo por detrás de la espalda, la sostenía. Calmada la sed, dejóse caer pesadamente sin mirar a la persona que le había dado de beber. Cortaza, temblando de emoción, se sentó a los pies de la cama. Sentía al través de la manga de su gastada chaqueta de oficinista el calor de ese cuerpo que no había tocado por tan largo tiempo (14).

Estas menudas emociones, olvidadas ya por lo cotidiano del matrimonio primero, por los celos en seguida y por la separación de cuerpos que siguió a la certidumbre de la infidelidad, revelaron a don Matías que su amor no se había extinguido. Una vez que conversan el *ñato* Díaz y él, comete Díaz la imprudencia de dar por establecido que doña Manuela muere, a lo cual don Matías se rebela como picado de avispa.

El sonido material de la voz de Díaz, admitiendo como probable la hipótesis de la muerte de la enferma, había sacado a Cortaza de las terribles vacilaciones en que flotaba su espíritu al preguntarse si debía sentir o deplorar la desgracia que amenazaba la existencia de su mujer. El invencible amor, amor físico y del alma, aterrado y comprimido en el fondo de su ser por la rabia de los celos, por la ignominiosa certidumbre de su abyección, rompía ahora sus cadenas, apartaba con fuerza irresistible el peso de su odio, y reaparecía triunfante en presencia de una irreparable separación.

El joven Díaz le dice:

—¿Entonces la quiere, don Matías?, ¡para qué está disimulando, todavía la quiere!
—¿Quién le ha dicho que yo la quiero? No hay tal cosa; ¡cómo la he de querer!
Le había temblado la voz al pronunciar ese desmentido, y sintiendo acudirle un arroyo de lágrimas a los ojos, don Matías se volvió con precipitación hacia los estantes del archivo. Sus manos temblorosas cogieron desatinadamente algunos papeles (15).

(14) *El Loco Estero*, p. 206.
(15) O. c., p. 239 y 240.

Cortaza ha olvidado, junto al lecho de su mujer herida, buena parte de las humillaciones y vergüenzas que le debe, y siente que renace el amor de antaño. Imposibilitado por su timidez para demostraciones más claras, se conforma con cuidarla atentamente, dándole de beber las pociones que ha recetado el médico y vigilando su sueño intranquilo y febril. Poco a poco, la salud se insinúa de nuevo en el cuerpo de la mujer, y don Matías se sorprende rezando a la Virgen, de hinojos ante su imagen, por el restablecimiento de la infiel. En ese instante doña Manuela despierta, le mira con ojos vagos y comprende, porque le dice: "—¡Qué bueno eres!"

Don Matías se apoderó de la mano, inclinando la frente sobre ella, en un ademán de incontenible emoción. Ante ese movimiento, los ojos de la señora se llenaron de lágrimas.

—Sí, eres muy bueno; yo no merezco tu cariño.

El sonido de su propia voz precipitó el raudal de lágrimas. Retirando la mano que estrechaba don Matías, juntóla rápidamente con la otra y cubrióse con ambas el rostro, sacudidos los hombros por el hipo del llanto que pugna por refrenarse.

Don Matías tiernamente le dice que no llore, porque eso puede hacerle volver la fiebre, y "al hablar le acariciaba las manos, la cubría con su mirada de perdón, confuso en su timidez"; luego le pregunta si se siente mejor:

—Sí, mucho mejor —contestó ella, enjugando sus lágrimas—; ¡tú me has cuidado tan bien!

—Todos te hemos cuidado —asintió don Matías con sencilla modestia.

—Sí, pero nadie como tú; yo no conocía tu gran corazón.

El enternecimiento volvió a quebrantarle la voz y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos, mientras su mirada se fijaba sobre su marido con ternura.

—Bueno, no hablemos de eso; no se vaya a afligir de nuevo y a empeorarse (16).

En estas escenas se diseña el cambio que sufre don Matías y que le lleva desde el más profundo despecho hasta el arre-

(16) *El Loco Estero*, p. 257.

pentimiento y el perdón, precursor del olvido. La propia doña Manuela se siente arrepentida, y en cuanto puede ruega a su marido que retire la demanda que ha presentado contra don Julián.

—Y cuando venga —dijo con ese sentimiento de reparación—, le devolveré todos sus derechos; él gozará de sus bienes y hará con ellos lo que quiera (17).

Desgraciadamente, este cambio espiritual de don Matías sufre un retroceso. Cuando Quintaverde va a ver a doña Manuela y le entrega la carta de despedida, don Matías es llamado por su mujer, que no quiere aparecer recibiendo a solas al comandante, y doña Manuela, llena de despecho, le dice que Quintaverde se casa. Una ola de amargura le sube nuevamente al rostro y se lo enfría, y las frases que debe decir surgen empañadas por el vaho del sufrimiento. Luego el comandante habla del compromiso de Deidamia y Cardonel, y entonces don Matías exclama:

—Hace bien, todos deben casarse..., todos deben entrar en la cofradía.

"Sí, todos —pensaba al mismo tiempo, rabiando en su interior—, para que les pase lo que a mí" (18).

Finalmente, cuando don Matías y don Agapito van, en compañía del *ñato* Díaz, a buscar a don Julián, en las escenas finales de la obra, el autor atribuye a don Matías una reflexión muy humana y muy justa en sus circunstancias:

Los frailes que encontraban al paso, absortos en la lectura del breviario, hacían nacer en el espíritu de Cortaza la misma sensación de melancólica envidia con que tanto había pensado en la suerte de Robinson Crusoe, libre de amor en las soledades de Juan Fernández (19).

(17) *El Loco Estero*, p. 259.
(18) O. c., p. 275.
(19) O. c., p. 295.

Y por fin, muerta doña Manuela, libre ya de la vergüenza que verla le ocasionó durante tanto tiempo, don Matías siente emociones muy singulares:

Desde los primeros pasos, la caricia del sol lo estremeció con un temblor desconocido. Su pecho respiró ensanchado, libre de su constante opresión. Dejaba atrás, en el recinto del cementerio, su miserable existencia de engañado inconsolable. Algo de íntimo del fondo de su alma entonaba un himno de contento. ¡Libre!, ¡libre!; ya no volvería a tener celos.

El joven entró con él en la casa. Don Matías se dirigió a su cuarto con tranquilo continente. Tomó de una mesa el tomo de *Robinson Crusoe* y fué a sentarse como antes al fondo de la huerta. Ahora podía leer las aventuras del solitario de Juan Fernández sin envidiarlo (20).

Nos hemos detenido en esta figura porque sobre parecernos una de las más completas y bien estudiadas de la obra, en ella el autor muestra una pericia psicológica que muchos de sus críticos le han negado, sin buenas razones. El diagnóstico general de timidez, que cuadra a don Matías, debe tener en cuenta que no es un tímido cualquiera, sino un hombre humillado, a quien el resentimiento debió conducir por el arrebato y por la venganza, si no fuese que en su alma predominaba el apocamiento. El impulso que le acercaba a su mujer, en los días de la enfermedad de ésta, es puramente compasivo y sirve para encender de nuevo las cenizas de un amor casi apagado a fuerza de desdenes.

Las encontradas emociones que pueblan el espíritu de don Matías, estos sentimientos que cambian insensiblemente como la luz del atardecer, encuentran en Blest Gana un pintor extraordinariamente profundo. No se limita el autor a dibujar con precisión primorosa, que revela su conocimiento de los resortes psicológicos, el cambio espiritual que sufre don Matías, sino que además lo enlaza a los acontecimientos, lo hace fluctuar cuando conviene y lo rodea en fin de oportunos símbolos. No creemos que en novela alguna de sus dos épocas haya sabido el

(20) *El Loco Estero,* p. 303.

autor trazar una imagen de hombre tan completa y cabal desde el punto de vista de la psicología. Ya hemos visto que en el *ñato* Díaz hay alguna inverosimilitud, porque muestra en edad prematura un conocimiento avezado del mundo; en don Matías Cortaza todo está medido, justo y bien combinado, y en resumen parece tomado de la vida misma, sin aliños ni afeite, fruto de una observación tan rica como la adivinación de todo aquello que no puede ser observado, sino apenas entrevisto.

4. *Intuición de novelista*

Al contar la vida de Blest Gana en sus últimos años, hemos hecho hincapié en la claridad de sus recuerdos y en el apetito, nunca saciado, que el novelista manifestaba por nuevos detalles de la existencia chilena, y sobre todo de la vida en Santiago, al través de cuantos pudieran dárselos. La mejor muestra de cuán clara y precisa era la visión de los años mozos que conservó Blest Gana hasta el último día, se halla en *El Loco Estero,* novela escrita en plena ancianidad y a cuyo caudal de informaciones sobre el ambiente santiaguino bien poco habría que reparar. Nos hemos servido inclusive de algunas escenas de ella para evocar la vida del doctor Blest en Santiago. La novela adquiere en esta forma una nueva dimensión: es un capítulo de memorias de la infancia, al cual el autor ha engarzado una fábula novelesca; son páginas arrancadas a los recuerdos personales del escritor, que parecían ser tanto más precisos y concretos cuanto más lejos le llevaban los años del escenario físico y del elenco humano en que habían transcurrido la infancia y la juventud. Y como sería enojosamente extenso indicar los muchos sitios en los cuales la realidad y la fantasía se mezclan, nos vamos a reducir a la pintura que el novelista hace de la llegada de Bulnes a Santiago, algunos de cuyos pormenores hemos copiado y referido. Veamos ahora cómo describe la misma escena el editorialista de *El Araucano* (¿don Andrés Bello?) al día siguiente de la solemne ceremonia cívica:

El miércoles 18, día memorable en los anales de Santiago, puso fin al vivo anhelo que agitaba a la capital, efectuándose por la tarde la entrada triunfal de los victoriosos restauradores. La alameda de la Cañada, adornada de tres elegantes arcos, y guarnecida de vistosos tablados, construídos por particulares, y como embutidos entre los pomposos álamos, fué la primera calle de su tránsito, y presentaba una escena de cuya hermosura, animación y alegría difícilmente podrán formarse una idea los que no concurrieron a verla. Ya en los días anteriores había visitado este delicioso paseo bastante gente, atraída por los preparativos que se hacían para solemnizar la entrada triunfal; pero gentío como el de la tarde del miércoles, acaso no se había visto antes en Chile. Desde el primer arco hasta el de la calle de Ahumada había una masa apiñada de gente que apenas dejaba espacio para que pasara la procesión triunfal; y los tablados, que a uno y otro lado formaban un balcón corrido de muchas cuadras, estaban poblados de señoras y caballeros que no cesaban de esparcir flores y de saludar con vivas y aplausos a los valientes que iban desfilando. Precedía a la división, una multitud compuesta de millares de personas de todas clases, poseídas de un alborozo extremado, pero que no desdecía de la solemnidad de la función que se celebraba. A su cabeza venía el ilustre general en jefe, acompañado de S. E. el Presidente, de los ministros del despacho, el Cónsul General de Francia M. Cazotte, y las corporaciones civiles. Seguía luego el general Baquedano y el Estado Mayor, los batallones Carampangue y Valdivia, la brigada de artillería, el Portales, Colchagua, Santiago, los Cazadores a caballo y Carabineros, cerrando la marcha los cuatro de guardias cívicas de la capital, que con los batallones Carampangue y Santiago habían ido a encontrar a la división que llegaba. Al compás de la música marcial, y al son de los aplausos que se mezclaban con ella, marcharon entre una lluvia de flores hasta llegar al óvalo, donde estaban los tablados de los dos colegios de señoritas, dirigidos por la señora Cabezón y la señora Villagra. Detuviéronse allí para escuchar la alocución que pronunció la señorita Covarrubias, alumna de este último establecimiento, y terminada que fué, se ofrecieron coronas de flores al general en jefe, al general Baquedano y a varios otros jefes y oficiales.

Desde aquí continuaron su marcha hacia la casa del Gobierno, torciendo por la calle de Ahumada, donde, además del adorno del pabellón nacional que ondeaba en casi todas las puertas, llamaba la atención un hermoso arco que don Diego Antonio Barros había preparado delante de la suya. Esta calle, como todos los demás puntos que proporcionaban alguna comodidad para ver el cortejo triunfal, estaba llena de numerosa y regocijada concurrencia. Sus aplausos lo siguieron hasta la plaza de la Independencia, en la que se había formado también una vistosa arquería; y luego, al eco de los cañonazos con que hacía salva el castillo de Santa Lucía, subió a la sala de Gobierno el benemérito general en jefe.

Los reflejos de la luna que empezaba su giro plateaban ya las brillantes armas de los valientes Restauradores, que fueron a deponerlas en sus respectivos cuarteles, entre incesantes aclamaciones (21).

Quien haya leído *El Loco Estero* puede ver hasta qué punto coinciden las dos visiones que pueden escogerse como típicas para juzgar el acierto del novelista: el editorial de *El Araucano* y las escenas con que aquél evocó el espectáculo setenta años más tarde.

Pero hemos dejado para el final un detalle de importancia y alcance mucho mayores. En 1934, al publicar su libro sobre Portales, don Francisco A. Encina decía:

La batalla de Yungay es, espiritualmente, el hecho histórico más trascendental en la historia de la República (22).

Y agregaba, para explicar las repercusiones del mismo suceso:

Un alma nacional surgió bruscamente. Sentimientos nuevos brotaron en los ciudadanos. Preceptos y recomendaciones que hasta ese momento habían sido letra muerta o palabras barridas por el viento al salir de los labios de los gobernantes, se hicieron carne. Una fuerza invisible comenzó a alejar al ciudadano de los fuegos fatuos de las ideologías políticas y de las revueltas estériles, y a empujarle hacia la actividad moralizadora y fecunda del trabajo regular. La repugnancia por los sacrificios de la vida ciudadana se transformó en entusiasmo por el cumplimiento de los deberes cívicos (23).

Véase ahora cómo el novelista había pensado más o menos lo mismo cuando, setenta años después de los sucesos, púsose a evocar en París los sentimientos que de niño le habían embargado al ver llegar a Bulnes a Santiago:

Guillén y Javier devoraban con los ojos al personaje que los versos de la loa elevaban al pináculo de la gloria. En la imaginación de los

(21) Del editorial de *El Araucano*, publ. el 20 de diciembre de 1839.
(22) *Portales*, t. II, p. 329.
(23) Obra citada, t. II, p. 334-5.

chicuelos, el hombre un poco gordo y de rosadas mejillas que contemplaban con una especie de pavorosa admiración, revestía las proporciones épicas con que sus lecciones de mitología presentaban a los semidioses. Aquél era el general que había vencido al enemigo, al fantástico vestiglo en que ellos condensaban al ejército de la Confederación. Espada Virgen y Pólvora Bruta les parecían militares de sainete al lado del invencible caudillo, que dominaba la escena con la majestad de su grandeza. Un fuego interno, una ambición de señalarse en la vida, de que sus nombres sonaran algún día en los ruidosos ecos de la fama, inflamaba a los dos chiquillos en presencia de aquella glorificación del prestigioso guerrero (24).

Podría llevarse más lejos todavía la indicación, y hacer ver cómo los dos muchachos, don Guillermo y don Alberto Blest Gana, fueron fieles al voto de abnegación a la patria que entonces espontáneamente se formularan; bastará sin duda lo que hemos recordado para que el lector pueda desprender la lección por sí mismo.

XX. Gladys Fairfield *(1912)*

1. Personajes y acción de la obra

La última obra del autor, publicada sólo ocho años antes de su muerte, es *Gladys Fairfield*, breve estudio de costumbres contemporáneas cuyo ambiente es la alta sociedad que veranea en Suiza y corre de país en país en busca de nuevas sensaciones. Los personajes son, sin embargo, en su mayoría, hispanoamericanos, a los cuales el autor conocía especialmente, y en la figura de Florencio Almafuente, protagonista masculino de la novela, es fácil reconocer a Florencio Blanco Gana, hijo del almirante Blanco Encalada y pariente próximo del autor (1).

En un sitio veraniego de placer se encuentra Florencio Almafuente, que está acompañado de su mujer, Rafaela, y de sus

(24) *El Loco Estero*, p. 100.
(1) *Gladys Fairfield*, p. 66. Cito de la edición francesa de Garnier Hermanos, hecha sin año de impresión, pero cuya dedicatoria es de 1912.

dos hijos, con Gladys, mujer del mayor Fairfield, una norteamericana bellísima. Desde el primer momento se gustan mucho y procuran, por medio de miradas insinuantes, decírselo sin que los demás se enteren. Pero la mujer de Florencio, que es muy celosa, tiene dominado a su marido como dueña de la fortuna que franquea al matrimonio su vida de lujo, y por esto el galán debe andar con sumo tiento. El autor intercala escenas accesorias para dar apariencias de novela a lo que pudo ser sólo un cuento de pocas páginas; una de ellas es el duelo entre Florencio y un norteamericano, Redline, que ha tenido la impertinencia de calificar de afeminado al joven sólo porque su belleza física es extraordinaria y su educación refinadísima. En este duelo, Florencio se porta con entereza admirable y logra herir a su adversario, que no vacila en optar por una reconciliación caballeresca.

Las angustias de Gladys al conocer los detalles de la concertación del duelo, que no debe revelar para no dar a entender cuán enamorada está de Florencio, la llevan a tentar un paso grave. Cita en la noche en su departamento del hotel a Florencio, aprovechando la ausencia temporal de su marido. En esta entrevista el galán se muestra tan reservado y dueño de sí mismo, que la joven siente, además de amor por él, respeto. Mientras tanto, Rafaela Almafuente, que tiene rodeado a su marido de una red de espionaje tan severa como insoportable, intercepta una carta de Gladys y concibe vengarse. La víspera del día fijado para que el grupo se disperse y salga en diversas direcciones, Rafaela coloca en un sobre la carta que Gladys ha dirigido a Florencio, la acompaña de su tarjeta de visita y la destina al mayor Fairfield al hotel en el cual el norteamericano había anunciado que iba a estar alojado al día siguiente.

Katy Vickery, una hispanoamericana que en su juventud se sintió enamorada de Florencio (su primo), y que con el paso de los años no había dejado de mirar a éste como un ídolo, conocedora del proyecto de Rafaela y testigo de la colocación de la carta, se decide a librar a Florencio y a Gladys de la te-

rrible situación que siente aproximarse si el mayor recibe aquel anuncio. En la noche, cuando el cartero ha sacado la correspondencia del hotel, habla con él y termina por sobornarle. Mediante la entrega de cuatrocientos francos, el cartero accede a entregarle la carta.

2. *Fuente real del protagonista*

Aunque la figura que ha servido al autor de modelo para trazar a Florencio Almafuente fué sin duda alguna don Florencio Blanco Gana, hay en la vida de éste singularidades que no concuerdan con los datos que nos da de aquel personaje. La verdad es que Florencio Blanco Gana contrajo matrimonio en Europa con una rusa, Olga Basileevna Trubetzkoy, viuda, madre de dos hijos y que tenía más edad que su marido. Los celos de esta señora para con Blanco Gana, hombre de gran belleza y dotado de prendas personales que le granjeaban excepcional estimación, fueron sólo una parte pequeña de los tormentos que aguardaban al chileno en su vida conyugal. Lo más grave fué que en el momento del matrimonio, Florencio Blanco Gana se negó a firmar un contrato de esponsales como los que se acostumbran en Europa, en los cuales se establecen minuciosamente los aportes de los cónyuges y la forma de su administración, y se casó dentro de un régimen que le dejó enteramente ajeno de la gestión financiera del matrimonio. La Princesa Trubetzkoy poseía ciertos bienes de fortuna de los cuales disponían en gran parte sus hijos, y cuando éstos llegaron a su mayor edad y se emanciparon, los réditos tardaron en acudir a poder del matrimonio Blanco-Trubetzkoy. En estas circunstancias, la Princesa acostumbraba abandonar la casa conyugal y se encerraba en un convento o se refugiaba en el domicilio de su hija, casada ya, hasta donde debía irla a buscar, rendido y solícito siempre, su marido. El objeto de estas fugas era que Blanco Gana pagase con sus escasas entradas los gastos hechos por el matrimonio en su vida común, mientras las rentas

provenientes del patrimonio de la Princesa pasaban a poder de sus hijos, y especialmente de su hija, que se distinguió por sus muestras de crueldad para con su padrastro. Después de muchas dolorosas y humillantes alternativas, Florencio Blanco se encontró un día con la sorpresa de que la Princesa Trubetzkoy había pedido divorcio en su contra: era el colmo de la injusticia, y así lo dejaron establecido los tribunales franceses, donde se vió la causa, que no dieron lugar al divorcio y emitieron un rescripto por el cual se ordenaba a la Princesa regresar a su hogar. Esta lucha estéril agotó la resistencia de Florencio Blanco Gana, que murió en París algunos años antes de que falleciera la Princesa. La triste historia ha sido contada muchas veces, y todos sus narradores están contestes en afirmar que a Florencio Blanco Gana le sobró discreción para conducirse con una mujer que no apreciaba sus méritos y que no descuidó detalle para ponerle en ridículo (2).

Pues bien, por el relato que se acaba de hacer puede verse que en el Florencio Almafuente de *Gladys Fairfield* hay poco de Florencio Blanco Gana. En la novela, Rafaela, la mujer de Florencio, aparece como celosa y como dueña de una gran fortuna; la Princesa Trubetzkoy era lo primero, pero no poseía la segunda. Ambos esposos tienen en la novela dos hijos; en la realidad, Florencio Blanco Gana y la Princesa no tuvieron ninguno; ella sí tenía dos hijos de su matrimonio anterior, grandes ya y que en el curso de la vida matrimonial se emanciparon y se convirtieron en verdugos de su padrastro. Se compren-

(2) Estudió los detalles de tan enojosa cuestión don Benjamín Vicuña Mackenna en una serie de artículos que bajo el título común de *Un Drama de Familia* publicó en *El Mercurio* en 1881. Tales artículos fueron recogidos en el volumen de *Páginas Olvidadas*, que apareció en Santiago en 1931, donde pueden leerse en las p. 338 y sigs.

La fuente de informaciones en que bebió el señor Vicuña Mackenna es el volumen titulado *La Vérité sur le Procés Intenté par la Princesse Olga Troubetzkoi de Blanco Encalada*, que se publicó en Niza en 1881 por la defensa de don Florencio Blanco.

También ha contado las peripecias del matrimonio Blanco-Troubetzkoy don Eduardo Balmaceda Valdés en su libro *De mi Tierra y de Francia*, Santiago, 1932, p. 148 y sigs.

de, por lo demás, que el autor quisiera disfrazar la figura del Florencio de la novela para que no pareciese ser el de la vida real. Este último era pariente de él muy querido, amigo inseparable del novelista durante su vida en Francia, y consta además que Florencio fué asistido en los últimos momentos de su vida por Blest Gana, que sin duda vertió hacia él un entrañable cariño.

3. *Juicio general de la novela*

Como novela, *Gladys Fairfield* no vale casi nada. Muchos personajes intercalados en el relato tienen poco que ver con la intriga misma, y ella en resumen bastaría para animar un cuento, pero no para componer una novela. La escena del duelo, con todos sus detalles extraordinariamente prolongados, no tiene ningún objeto, y sólo es ocasión para mostrar la dignidad y la caballerosidad que animaban a Florencio. Hay también algunas inverosimilitudes. Florencio Almafuente aparece como galanteador irresistible, ante cuya belleza las mujeres quedan deslumbradas, y hombre tan ligero de cascos que su mujer debe vigilarle constantemente y en la forma más odiosa. Sin embargo, cuando Gladys Fairfield le cita en su departamento, al amparo de la ausencia del marido, el galán se esfuma, y la escena de amor que seguramente la mujer había imaginado queda incumplida. Pero hay más: Gladys aparece como dama libre, dueña de sí misma, educada en una escuela que no es la europea, que impone —o imponía aún en el siglo XIX— a la mujer un discreto silencio sobre sus pasiones. Y cuando ella y Florencio están solos en el departamento del hotel, Gladys plantea una situación sentimental en absoluto incompatible con aquellos datos.

—Justamente —exclamó ella—, ¡un divorcio!, pero es que yo no haría esa revelación sino cuando estuviese segura de usted.

—¡Cómo segura de mí! ¿Duda usted de mi amor?

—No de su amor, pero sí de su voluntad de sacrificarse a ese amor como yo (3).

Merced a estas posiciones los dos enamorados, a quienes el autor se ha complacido en presentar realmente afectados por el amor, se separan sin haber cambiado más que tímidos besos de colegiales. Al despedirse, Florencio le dice:

—Usted estima que todo debe obedecer a la conciencia; yo soy de parecer que la mujer que ama no debe razonar sobre los obstáculos que le impiden caer en los brazos del hombre amado (4).

Pero nada de esto mejora la situación de ambos, y Gladys al renunciar a su amor obra ciertamente de acuerdo con su conciencia, pero en abierta contradicción con los otros antecedentes que el autor ha dado de ella.

XXI. Juicio de conjunto

La disposición cronológica que hemos dado a las informaciones anteriores ha permitido al lector, nos parece, seguir paso a paso el desarrollo que tuvo en el novelista el concepto de la novela y el valor sucesivo que dió a unos elementos sobre otros. Lo más saliente en esta enumeración es la grande amplitud de tiempo en que se desenvolvió el trabajo. Comenzó a publicar novelas en 1853, interrumpió la tarea en 1864 *(La Flor de la Higuera)*, y después de evocar el viaje al Niágara en 1867, como información periodística más que como relato novelesco, dejó de escribir hasta que en 1897 dió a luz *Durante la Reconquista*, y finalizó su carrera de escritor en 1912, al publicar *Gladys Fairfield*. La división en dos porciones se establece con suma facilidad, y es fácil también darse cuenta de que las novelas del segundo período son las más acabadas desde el punto de vista literario, las más frescas y agradables por su entrañable humanidad y las

(3) *Gladys Fairfield*, p. 120.
(4) Obra citada, p. 123.

que tratan problemas psicológicos y morales más hondos y conmueven más profundamente al lector. El novelista guardó fidelidad a los propósitos que se había fijado en el discurso de la Facultad de Humanidades (1861) y en cuanta oportunidad se le ofreció para declarar sus intenciones literarias. El estudio de las costumbres por medio de intrigas suficientemente complejas como para encadenar la atención del lector; la fijación de tipos humanos de la sociedad chilena a través de sus protagonistas: tales son los propósitos confesados desde los primeros años de su carrera. A ellos agregó más adelante el tratamiento de algunos problemas morales y sociales de grande envergadura, como puede verse en *Los Trasplantados,* donde es más ostensible el deseo del autor de poner en relieve las consecuencias de prácticas sociales que podían ser oportunas para discutir ideas, sin que la novela pierda su carácter de tal y sin que la lectura del libro sufra por el contenido nuevo que se le ha dado.

Si se nos pidiera dar un orden de magnitud a las novelas de Blest Gana, para que resalten los méritos de cada una, pondríamos sin vacilar en primer término a *El Loco Estero* (1909), la más artística de todas ellas. El refinamiento de los detalles de que se sirvió el novelista para evocar a sus modelos, la gracia de la disposición de los episodios y el arte con que va mostrando las etapas de la intriga, la sucesión de incidentes íntimos y civiles que se entremezclan y se ayudan recíprocamente, y la bien dispuesta combinación y alternancia de motivos cómicos y trágicos, son valores positivos de la novela y están llevados por el autor al más alto grado de perfección que le era posible, en esta obra de la ancianidad. Y a pesar de esta última circunstancia, ¡cuán clara la mirada, cuán frescos los recuerdos que atesora desde la infancia! Han pasado ya setenta años desde que ocurrieron los hechos que narra; han muerto casi todos los compañeros de sus años mozos; se ha transformado la sociedad de la niñez, y hasta la vieja ciudad de sus recuerdos no es la misma, porque ráfagas sucesivas de progreso edilicio la han cambiado y alterado hasta sus cimientos. Pero el novelista, que además está lejos de

la tierra natal, no necesita otra cosa que volverse hacia esa realidad pretérita para formar con ella un cuadro opulento de color, rico de movimiento, henchido de gracia y de chiste, abundoso de contrastes y de alternativas risueñas y lamentables, y para verterlo en una novela animada y nerviosa como pocas hay en la literatura chilena, dentro de la cual es, sin duda alguna, la mejor entre las de evocación personal o autobiográficas. Al través de los años, saltando etapas, revive la amistad entre el doctor Blest y don Diego Portales, y aunque el autor no conoció a este último, consigue describirle con colores auténticos y que parecen los más cabales. Revive también la emoción patriótica que sacudió a los chilenos al tener noticia de la batalla de Yungay, y se liga eficazmente, con supremo toque de intuición, la llegada de Bulnes a Santiago y su ardiente glorificación popular, con el soplo de emulador civismo y de llameante amor a la patria que sintieron los jóvenes y hasta los niños tan pequeños como era entonces el propio novelista. La novela ofrece rasgos característicos de la vida santiaguina en 1839, retratos individuales acabados y perfectos, cuadros de costumbres y de psicología bien graduados y oportunos, y es la que mejor prueba cuán infundado es el reproche que alguna vez se hizo a Blest Gana, de que no sabía estudiar caracteres ni presentar por dentro a sus personajes. Y, como conviene en obras de este género, donde la evocación personal y la confesión ocupan tanta importancia, el estilo mismo es el más sencillo y el mejor aderezado: no lo dilatan ya las digresiones, a veces intolerables, que proliferan en algunas novelas de la primera época, y un soplo de melancólica poesía le da movimientos pausados y solemnes, que suelen atemperar con oportunidad la exuberancia vital de Díaz, la precipitación patológica del loco Estero y la tozudez resentida del comandante Quintaverde. En suma, una novela vibrante de vida, llena de preciosos hallazgos, la más fresca y liviana del autor (1).

(1) De opinión semejante a la nuestra fué don Carlos Vicuña Mackenna, a juzgar por el siguiente fragmento de un discurso que pronunció sobre Blest Gana a raíz de su muerte: "En *El Loco Estero* no ha hecho otra cosa

En segundo término pondríamos a *Durante la Reconquista*, palpitante y ambicioso fresco de la vida nacional, animado por luces históricas realmente notables. Es novela de grandes planos, en la cual historia y ficción se entremezclan y se fecundan mutuamente, aunque la desluce no poco la enemiga que el autor muestra por los españoles, a quienes atribuye todos los defectos y un odio tan sistemático a la sociedad chilena, que llega a parecer simple resorte introducido para hacer más vivo e impresionador el contraste. La investigación histórica nos prueba, en cambio, que la lucha por la Independencia no fué en Chile una excepción a lo que había sido en otras partes: guerra civil entre hermanos enemigos, a la cual ayudó la potencia extranjera que tenía vitales intereses comprometidos en ella. Lo que sí dibujó el autor con admirable corrección, profundidad y profusión de valiosos detalles, fué el ambiente de la época, trastornado por los rumores y brutalmente avasallado por el terror de San Bruno y sus temidos Talaveras. El estilo no es, por desgracia, digno de elogio, y suele vérsele sembrado de reflexiones encumbradas que amenguan la naturalidad de los retratos y dificultan una comunicación más directa entre el lector y la vida evocada por el autor en la novela. A pesar de todo, la resurrección histórica es de extraordinario vigor, no podría ser desmentida por el más escrupuloso conocedor del pasado sino en detalles de poca monta, y la mezcla de historia y de novela es felicísima.

En tercer lugar colocaríamos *El Ideal de un Calavera*, a la que no hemos dado el segundo sólo porque *Durante la Reconquista* es, además de narración novelesca con seres ficticios y tipos creados por el autor, un trozo de historia tratado en grande, visto con claridad y muy bien ingerido en la fábula. *El Ideal de un*

que abrir su alma, que transportar la visión interior a los días de su infancia, por esa especie de reversión interna que se produce en los límites de la ancianidad hacia los primeros recuerdos. Y así nos dió una obra maestra, que no sólo es un valiosísimo documento para apreciar los sucesos de la época, sino que también tiene el muy especial mérito de hacernos conocer la infancia de Blest Gana, pues él y uno de sus hermanos son los niños que con tanto interés siguen las peripecias de la liberación del pobre prisionero de Lircay." (*Revista Chilena de Historia y Geografía*, N.º 43, p. 10.)

Calavera vive sólo como novela, ya que el fragmento por el cual se une a la historia es pequeñísimo y está expuesto de paso; pero como novela es maestra. La psicología del militar, movido a la vez por las pasiones sensuales y por el deseo de figurar en la cúspide; las costumbres de la clase media con sus diversiones poco finas y su tenebroso drama de familia: tales son los dos rasgos más ostensibles en este relato. Agréguese a ellos un plausible estudio de caracteres humanos, aunque haya permanecido ignorado de casi todos los críticos del autor: la soberbia intransigente de Abelardo Manríquez, el buen humor chispeante de Miraflores, el estilo retorcido del simpatiquísimo Solama, por no citar también a las mujeres que figuran en la novela, debido a que su dibujo es menos pronunciado y no hay entre ellas una visible oposición de intereses y de voluntades. En esta novela es, por lo demás, donde aparecen con mayor abundancia los mejores cuadros de costumbres que debemos a Blest Gana, y en todos ellos prodiga el chiste, el buen humor y hasta menudos retratos de personajes episódicos llenos de pintoresco y de gracejo. Por éste se acerca a Dickens: menos fecundo creador que el autor de *David Copperfield,* Blest Gana trata un menor número de figuras, pero de ellas hace estampas inolvidables de gracia y de amenidad. Y no es tampoco despreciable que en esta novela sea donde el autor haya mostrado las mejores dotes de paisajista: en ella, efectivamente, aparecen la naturaleza y la vida urbana dibujadas con precisión y sabor natural, sin la rigidez esquemática y el tono abstracto que hasta entònces habían tenido tales escenas en su pluma.

En cuarto lugar dejaríamos a *Martín Rivas,* que es, sin embargo, la novela que más fama ha dado al autor, la más leída de toda las suyas, la más imitada, discutida y admirada. En esta obra hay muchos temas literarios interesantes, pero no todos tienen el desarrollo que debieran ni están vistos con la misma penetración. El desenlace lo obtiene el autor, por ejemplo, del motín del 20 de abril, al que mezcla dos de sus personajes; pero la presentación de este hecho histórico es tan súbita, que no se ve clara la razón por la cual pudiera Martín Rivas adoptar una idea política que

le llevaba al sacrificio cuando antes no había mostrado inclinación particular a las luchas de partidos. Dar a esta novela un determinado alcance sociológico, más allá de los términos en que planteó el asunto Barros Arana, es una visión antojadiza que no se justifica con el texto mismo de la obra. El encumbramiento de la clase media a mediados del siglo XIX está, sin duda, insinuado en la novela, pero no parece que fuera designio del novelista tratarlo en especial. Más vivo y acusado es el contraste entre Agustín Encina y Martín Rivas, torpe y sin voluntad el primero, enérgico y austero de carácter el segundo; y estas diferencias individuales se ofrecen a cada paso en la existencia, sin que para explicarlas sea preciso acudir al origen y a la posición social de cada uno de quienes las presentan. La comicidad es grande, pero palidece al lado de la que vemos en cada una de las páginas de *El Ideal de un Calavera;* lo mismo puede decirse de la energía y relieve de los personajes accesorios, que en aquella novela aparecen como rodeados de luz, mientras en *Martín Rivas* se nos muestran sumergidos en una penumbra que los empareja y los confunde en la memoria.

Después de estas cuatro obras que creemos las fundamentales del autor, vienen las obras menores, algunas de ellas simples ensayos de la juventud del novelista, otras producto de la ancianidad. Entre estas últimas, la más feliz es aquella amplia novela que con su solo título *Los Trasplantados* traza un programa como para poner a prueba las fuerzas del autor. La intriga ofrece vacíos notorios, y sobre todo carece de un desenlace lógico y coherente; y la novela vale más como exposición de retratos individuales —algunos de ellos muy felices, por cierto— que como conjunto orgánico. Aquellos retratos, por lo demás, consiguen formar una atmósfera moral que refleja a maravilla la disolución del carácter y los daños familiares que produce en los advenedizos americanos la vida frívola de París, única a la cual tienen acceso. Y entre las obras de la juventud, es indudablemente *La Aritmética en el Amor* la que revela arte más avezado y técnica más completa. Abundan también en ella las disquisiciones ociosas, los gratuitos

entretenimientos de un autor que se toma todo el tiempo de sus lectores —como de él se dijo—, pero basta considerar que el mismo exceso aparece con caracteres más odiosos en otras de las obras de Blest Gana, para elevar *La Aritmética en el Amor* al nivel de una buena novela y para darle un sitio entre las mejores.

OBRAS CONSULTADAS

AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS.

Carta confidencial de don Miguel Luis Amunátegui, Ministro del Culto, a don Alberto Blest Gana, Ministro Plenipotenciario de Chile ante la Santa Sede, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, enero-abril de 1935, N.º 84, p. 361-71.

Es de fecha 1.º de julio de 1878 y se refiere a la presentación de don Francisco de Paula Taforó hecha por el Gobierno para que ocupara la silla quedada vacante al fallecimiento de don Rafael Valentín Valdivieso. La hemos aprovechado en el texto.

AMUNATEGUI SOLAR, DOMINGO.

Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena. (Publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía.*) Santiago, 1915. 1920. 670 páginas.

Estudia extensamente a Blest Gana (p. 519-68) y reproduce fragmentos de un memorándum autobiográfico escrito a petición del señor Amunátegui.

AMUNATEGUI SOLAR, DOMINGO.

Historia de Chile. Las Letras Chilenas. Santiago, 1925. 255 páginas.

Trata de Blest Gana en las p. 186-98.

AMUNATEGUI SOLAR, DOMINGO.

Las Letras Chilenas. Segunda edición. Santiago, 1934. 379 págs.

Trata de Blest Gana en las p. 169-80.

ARTEAGA ALEMPARTE, DOMINGO.

Ecos de la Semana. Santiago, julio 22 de 1859. Sumario: Un buen rato de buena lectura. Dos novedades bibliográficas. Antes de levantarse el telón. Un domador de fieras presunto. Moneda corriente.

La Semana, N.º 10, 23 de julio de 1859, p. 158-60.

El primer fragmento, *Un buen rato de buena lectura*, contiene apreciaciones críticas sobre *El Primer Amor* y una comparación entre esta obra y *La Fascinación, Engaños y Desengaños* y *Juan de Aria*.

ARTEAGA ALEMPARTE, JUSTO.

Cuatro novelas de Alberto Blest Gana.

La Semana, N.º 14, 20 de agosto de 1859, p. 209-11.

Se refiere a *Juan de Aria, El Primer Amor, Engaños y Desengaños* y *La Fascinación*. Es, sin duda, el artículo del cual arranca la atribución de la paternidad de la novela chilena a Blest Gana: "Ellas son la mejor y más espléndida defensa que hacerse puede de la novela nacional. ¿Qué dirán ahora los pesimistas de la literatura si se toman el trabajo de hojear esos dos volúmenes que nosotros hemos devorado?"

ARTEAGA ALEMPARTE, JUSTO Y DOMINGO.

Los Constituyentes de 1870. Con un bosquejo crítico por Roberto Huneeus. Santiago, 1910.

LXIII más 470 páginas. Biblioteca de Escritores de Chile.

La parte relativa a Blest Gana, firmada por Domingo Arteaga Alemparte, figura en las p. 434-8.

ASTORQUIZA, ELIODORO.

Don Alberto Blest Gana, en *Revista Chilena*, N.º XXXIV, agosto de 1920, p. 345-70.

Es uno de los mejores estudios sobre las novelas de Blest Gana publicados hasta la fecha, justo y sereno, así como bien documentado, aunque, como hemos dicho en el texto, empaña el crédito de sus proposiciones la extraña ceguera que el autor mostró hacia el lado psicológico de la obra que estudiaba. Escrito después de los artículos de don Pedro N. Cruz, recoge y subraya algunas de las afirmaciones de éste y concuerda en general con él. Concluye diciendo que "es un creador" y que "se avecina mucho al genio, por su vigorosa originalidad".

BALMACEDA VALDES, EDUARDO.

De mi Tierra y de Francia. Santiago, 1932.

237 páginas y láminas.

Contiene referencias a Blest gana en París el cap. VII de la Primera Parte.

BARROS ARANA, DIEGO.

Durante la Reconquista, novela histórica por don Alberto Blest Gana. (Reseña bibliográfica.) En *Anales de la Universidad*, t. XCVII, 1897, p. 5-10.

Puede leerse igualmente en *La Novela en Chile*, por L. I. Silva A.

BELLO C., EMILIO.

Memoria presentada al Departamento de Relaciones Exteriores por el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en México don Emilio Bello C. Santiago, 1902.

71 páginas.

Se refiere a la Conferencia Panamericana de México de 1901-2. Sobre el mismo asunto hemos consultado además: *Segunda Conferencia Internacional Americana tenida en México* (1901-1902), por Marcial Martínez, publ. en Santiago, 1902, 180 páginas.

DONOSO, ARMANDO.

Don Alberto Blest Gana, en *Revista Chilena*, N.º XXXVII, noviembre de 1920, p. 208-13.

Conversaciones con la hermana del novelista, doña Luz, a raíz de la muerte de aquél. Cuenta varios detalles íntimos y familiares y transcribe el trozo de una carta relativa a *Gladys Fairfield* y otra del tiempo de la guerra mundial. También se lee aquí la fe de bautismo de don Alberto, copiada del archivo del Sagrario.

Algunos recuerdos de la señorita Blest Gana sobre las relaciones entre don Alberto y don Domingo Santa María motivaron una intervención de don Ignacio Santa María.

DONOSO, RICARDO.

Un amigo de Blest Gana: José Antonio Donoso. Santiago, 1935.

24 páginas.

Contiene muchas cartas cambiadas entre Blest Gana y Donoso, que fué uno de los compañeros de aquél en el viaje a Europa (1847-1852). Las hemos aprovechado en el texto.

EDWARDS, ALBERTO.

Una Excursión por Santiago Antiguo. El Martín Rivas de Blest Gana y la Sociedad Chilena de 1850, en *Pacífico Magazine*, febrero de 1916, p. 115.

Lo hemos aprovechado en el texto.

FERRER, PEDRO LAUTARO.

Historia General de la Medicina en Chile. (Documentos inéditos, biografías y bibliografía.) Desde el descubrimiento y conquista de Chile, en 1535, hasta nuestros días. Tomo primero. Talca, 1904.

V más 485 páginas.

Contiene abundantes noticias sobre el doctor Blest, que hemos aprovechado en el texto.

FUENZALIDA GRANDON, ALEJANDRO.

Algo sobre Blest Gana y su Arte de Novelar. (1830-1920.) Santiago, 1923.

69 páginas.

Es el discurso de incorporación del señor Fuenzalida a la Facultad de Humanidades, en donde entró a reemplazar a don Alberto Blest Gana. Contiene también la respuesta de don Julio Vicuña Cifuentes. Reproduce en *Apéndice* la dedicatoria de *Martín Rivas*, las cartas sobre *El Ideal de un Calavera* a Vicuña Mackenna y a Lastarria, y la carta de Londres, 28 de mayo de 1872, dirigida por Blest Gana a don Adolfo Ibáñez, en la cual se habla de adquisiciones navales.

HUNEEUS, ROBERTO.
Don Alberto Blest Gana y la Novela Histórica. París, 1897.
VIII más 79 páginas.
Versa especialmente sobre *Durante la Reconquista.*

HUNEEUS, ROBERTO.
Don Carlos Morla Vicuña, en *Revista de Chile,* 1.ª quincena de octubre de 1901, p. 193-224.
Hay de este trabajo una tirada aparte que no hemos visto. La permanencia de Morla Vicuña junto a don Alberto Blest Gana durante muchos años, primero como secretario de la Legación y luego como contador, da al estudio del señor Huneeus importancia para nuestro objeto, aunque contenga pocos detalles sobre ese período.

I. S. M.
Don Domingo Santa María y don Alberto Blest Gana, en *Revista Chilena,* N.º XXXVIII, diciembre de 1920, p. 310-12.
Se refiere a las declaraciones de doña Luz Blest Gana sobre las relaciones entre su hermano Alberto y el Presidente Santa María. Transcribe varios fragmentos de cartas de ambos por los cuales se puede ver que hubo entre los dos el más cordial entendimiento, y copia la que Santa María envió a Blest Gana cuando estaba a punto de dejar el Gobierno, resumen de la elogiosa opinión que se había formado sobre las gestiones diplomáticas de aquél. Esta firmado con las iniciales de don Ignacio Santa María.

LASTARRIA, JOSE VICTORINO.
Obras completas. Volumen XI. *Estudios Literarios.* Segunda serie. Santiago, 1913.
580 páginas.
Contiene, p. 65-79, el informe de Lastarria y Amunátegui sobre *La Aritmética en el Amor,* publicado también en los *Anales de la Universidad,* 1860.

MATTA, GUILLERMO.
Una Escena Social, por don Alberto Blest Gana. En *El Museo,* 1853. N.º 21, p. 326-8.

MONTANER BELLO, RICARDO.

La labor diplomática de don Alberto Blest Gana. (Discurso leído en la sesión solemne que el Ateneo de Santiago celebró en homenaje a su memoria.) En *Revista Chilena,* N.º XLIII, julio de 1921, p. 225-34.

R. H.: *Entrevista sobre recuerdos literarios.*

En *La Unión* de Valparaíso, 1.º de junio de 1919, p. 1 y 3.

Es una conversación con don Augusto Orrego Luco, en la cual éste hace recuerdos sobre don Isidoro Errázuriz y otros hombres de letras. Cuenta sobre todo una entrevista que había tenido en Europa con don Alberto Blest Gana, pocos años antes.

Las iniciales R. H. corresponden a don Roberto Hernández.

R. H.: *Don Alberto Blest Gana. Algunos rasgos de su hermosa labor literaria.*

En *La Unión* de Valparaíso, 12 de noviembre de 1920, p. 1.

A propósito de la muerte del escritor. Contiene muchos errores de fechas.

R. H.: el tronco común de un grupo selecto de escritores chilenos.

En *La Unión* de Valparaíso, 21 de noviembre de 1920, p. 1.

A propósito de la muerte del señor Blest Gana, don Roberto Hernández, a quien corresponden las iniciales, redactó este artículo sobre la familia López Villaseñor, con algunas referencias a don Alberto Blest Gana.

SANTA CRUZ WILSON, DOMINGO.

El Derecho de Patronato de la República de Chile ante el criterio moderno. Santiago, 1921.

136 páginas.

Lo hemos aprovechado en el texto para estudiar la gestión de Blest Gana respecto a la preconización de Taforó.

SANTA MARIA, IGNACIO.

Apuntes sobre la Guerra del Pacífico, en *Revista Chilena,* N.º LIV, agosto de 1922, p. 407-27.

Forma parte del tercer tomo del libro sobre la Guerra del Pacífico, que el autor dejó inconcluso, y contiene un extenso fragmento sobre la Legación de Chile en Francia, con elogiosa opinión acerca de don Alberto Blest Gana y de sus ayudantes, el capitán de navío Luis A. Lynch y el secretario de la Legación, Carlos Morla Vicuña.

SILVA A., LUIS IGNACIO.

La Novela en Chile. Santiago, 1910.

IV más 525 páginas.

Contiene los siguientes estudios sobre Blest Gana: Justo Arteaga Alemparte sobre las *Cuatro Novelas,* p. 36-45; informe de Lastarria y Amunátegui sobre *La Aritmética en el Amor,* p. 46-56; Diego Barros Arana

sobre *Martín Rivas*, p. 59-69; Joaquín Díaz Garcés sobre *El Ideal de un Calavera*, p. 71-3; Diego Barros Arana sobre *Durante la Reconquista*, p. 74-83; Alberto Mackenna S. sobre *Los Trasplantados*, p. 83-102.

SILVA CASTRO, RAUL.
Blest Gana y su novela "Durante la Reconquista". Monografía literaria. Santiago, 1934.
102 páginas.

SILVA VILDOSOLA, C.
Retratos y Recuerdos. Edición Zig-Zag. Santiago, s. a.
274 páginas. Publicado en 1936.
Trata sobre don Alberto Blest Gana en las p. 71-83. Lo hemos aprovechado en el texto.

TOCORNAL, ENRIQUE.
Discursos del señor don Enrique Tocornal coleccionados y precedidos de un Estudio Biográfico por Carlos Walker Martínez. Santiago, 1901.
LXXXVI más 439 páginas y retrato.
Contiene, p. 37-8, el discurso de Tocornal en defensa del mantenimiento de la Legación de Chile en Europa, pronunciado en la Cámara de Diputados el 6 de diciembre de 1871, que envuelve, además, un decidido elogio de Blest Gana.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN.
Los Médicos de Antaño en el Reino de Chile. Santiago, 1877.
379 páginas.
Contiene informaciones sobre el doctor Blest, que hemos aprovechado en el texto.

VICUÑA MACKENNA, CARLOS.
Discurso de don Carlos Vicuña Mackenna, en representación de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en el Ateneo de Santiago. En *Revista Chilena de Historia y Geografía*. 3er. trimestre de 1921, N.º 43, p. 5-11.
Es un elogio de Blest Gana, a quien estudia principalmente como autor de novelas históricas.

VICUÑA SUBERCASEAUX, BENJAMIN.
La Ciudad de las Ciudades. (Correspondencias de París.) Santiago 1905.
608 páginas.
Trata de Blest Gana en las p. 518-26.

SUMARIO

Págs.

Págs.

CAPITULO SEGUNDO

Blest Gana y sus obras

Págs.